Tiempo de granadas

Caterina Karmany



LUNWERG | Narrativa

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

I

1. RESACA
2. JOANAINA
3. EL CÈNTRIC
4. LA COCINERA DE SON CRESPÍ
5. MARGOTA
6. NOCHE DE BODAS
7. EL PRYCA
8. LECHONA EN SALSA DE GRANADA
9. UNOS MARGARITAS
10. SACOS DE HARINA
11. SHIBARI
12. LA SEÑORA
13. EL HOSPITAL
14. OLLITAS DE BARRO
15. CONFITURA DE GRANADA
16. LA CAPILLITA

17. EL ACCIDENTE
18. FRANCINA
19. ALCOHOL
20. CARMETA
21. EL MAR
22. ARROZ CON PICHÓN
23. LAS GATAS
24. CONEJO CON CEBOLLA
25. LA MUSA
26. UNA TILA
27. EMPANADAS
28. ELIONOR
29. UNA MARIPOSA
30. LA MERCANCÍA
31. EL CEMENTERIO

II

32. ¿ALEGRÍA?
33. LA HORA DEL CAFÉ
34. FOTOGRAFÍAS
35. ADELFA
36. EL PREGÓN GLOSADO
37. SALIDA RABIOSA
38. EL GRANADO
39. ESPERANZA
40. LECHONA AL HORNO

AGRADECIMIENTOS

Notas

Créditos

Tiempo de granadas

Caterina Karmany i Jaume

Traducción de Gemma Deza Guil

LUNWERG
EDITORES

A Joanaina Mestre Font, la abuela de allí abajo
A todas las Gatas

I

1

RESACA

Margot abrió los ojos de golpe; estaba a oscuras, acurrucada sobre su lado derecho. Permaneció inmóvil mientras averiguaba dónde se encontraba. Vislumbró el estampado de una tela de lenguas mallorquinas a través de la luz que se filtraba por las grietas de una gran ventana de madera maciza. Eso significaba que estaba en Sant Francesc, en la calle Barracar, en casa de su abuela. Sonrió; por mucho que ahora fuera su casa, siempre sería la casa de su abuela. Pensó que había dormido profundamente porque notaba la almohada húmeda bajo la barbilla. La volteó e intentó hundirse en el colchón. Al cerrar los ojos, notó la costra del rímel en los párpados, algo inusual, porque siempre se desmaquillaba antes de irse a dormir. Únicamente no lo hacía cuando se iba a la cama con alguien, pero no era el caso; hacía mucho tiempo que no notaba el peso del cuerpo de un hombre encima… «¿O no?». Se incorporó como impulsada por un muelle en la espalda.

—¿Hola? ¿Tomeu? —gritó.

No obtuvo respuesta. Se tocó el pelo y se estremeció: lo tenía como el alambre por culpa de la mezcla de espuma y cava que habían lanzado después de engullir las uvas de Fin de Año bajo el reloj de la iglesia, que, como siempre, había dado tarde las campanadas.

—¿Tomeu? —volvió a gritar.

Se abrazó, tenía la piel de gallina por el frío húmedo de aquella casa. Cayó en la cuenta de que no llevaba sujetador, bajó la mano hacia su pubis y cerró con fuerza los ojos ante la evidencia: tampoco llevaba bragas. «No, no, no. ¿Qué has hecho?», se martirizó, y volvió a desplomarse en la cama, como abatida por un tiro. Apretó muy fuerte los ojos: «Si no te acuerdas, no ha pasado; si no te acuerdas, no ha pasado», pero aquella técnica que había usado de pequeña y de la que se reían en la universidad no la ayudó. Tenía un dolor de cabeza atroz, la boca pastosa era un indicio del exceso de alcohol y las imágenes de Tomeu empezaban a proyectársele en el cerebro. «No, no, no, intenta dormir, intenta dormir, intenta dormir».

Le vinieron arcadas y se apartó las mantas, que, aunque más finas por el paso del tiempo, caían a plomo sobre su cuerpo, pero entonces sintió escalofríos y se las volvió a echar por encima de la cabeza. De pequeña aquello también le funcionaba, pero ahora ya no: enterrarse bajo las sábanas ya no era un escondite seguro. No conseguía volver a dormirse, le palpitaban las sienes y la voz del qué dirán no la dejaba en paz: «Eres un desastre, ¿no te da vergüenza? Serás la comidilla de todo el pueblo». Sacó una mano de debajo de la manta, palpó la mesita de noche, cubierta de polvo, en busca del iPhone y lo escondió en aquella cueva improvisada.

Era la una y media del mediodía. Hacía unos años habría saltado de la cama, pero aquel día no la esperaba nadie a comer. Consultó el WhatsApp para revisar los últimos mensajes enviados, por si había alguno inapropiado. Le solía pasar que, a las tantas de la madrugada, enviaba mensajes de todo tipo a la mitad de los camareros de Barcelona, a quienquiera que hubiera compartido la barra del bar con ella, desde «Eres mi mejor amigo, me lo he pasado genial, ¡te quiero mucho!» hasta «¿Tomamos la última en mi casa?», «¿A qué hora acabas?» o fotografías lanzando besos que al día

siguiente la hacían sentirse como la más pequeña de las hormiguitas. Más minúscula incluso: la hacían sentirse como una partícula de polvo de esas que se ven a contraluz.

El último mensaje que había enviado era para Tomeu, a las 5:46; un lacónico «Voy».

—No. No. ¡No! —Esta vez Margot lo gritó bajo su cobertor y notó el trayecto de la gota de sudor frío que le recorría la espalda.

Enseguida se desencadenaron los fogonazos de la noche anterior, bien nítidos. Se recordó en la barra con Andreva, con quien se conocían desde niñas, hablando con unos y con otros. Hacia las cuatro llegó Fina, la hija mayor de su amiga, con su pandilla. Sabía la hora porque Miquel, el del bar, les soltó, medio en serio medio en broma, que no serviría bebida a quienes llegaban borrachos de otros bares: «¡A pasar la cogorza a vuestra casa!». Margot y Andreva se pusieron en plan batallitas, lamentándose de que el tiempo se escabullera tan rápido y haciendo aspavientos porque «la niña» ya estaba a punto de cumplir los treinta, lo que les sirvió de excusa para pedir otra copa —«El tiempo es una apisonadora, ¡bebamos!»— y tomaron chupitos de tequila y de Jägermeister con la pandilla de Fina. Margot se ofrecía para hacer los retratos de grupo y se alejaba cuando todos juntaban las cabezas para caber en una autofoto. «¿Cuántas llegaron a hacer?», se preguntó divertida, pero enseguida empezó a temblarle la sien: «No, no, no, si sales en alguna, la has pifiado». Se ovilló sobre el lado izquierdo y deseó permanecer sepultada bajo aquellas mantas toda la vida.

Repasó aquel momento de la noche. Iba bebida, pero había tenido mucho cuidado con las fotografías y, cuando empezó a flirtear con Tomeu, se mantuvo todo el rato de espaldas a aquella tropa. Se reprendió por hacer siempre lo mismo: tenía la necesidad imperiosa de gustar, y después se sentía obligada a llegar hasta el final. Como

mínimo, el músico estaba bueno, pensó, pero automáticamente le vinieron los recuerdos de cómo había acabado todo y volvió a hacerse un ovillo.

Se habían cruzado con Tomeu en el Cèntric alguna vez, lo tenía visto de toda la vida, desde que era un niño, pero nunca habían intercambiado más de dos frases, del estilo: «Ey, ¿qué tal? ¿Cómo va?». Aquella noche se le acercó arrastrada por Andreva, que lo conocía más porque era el profesor de batería de su hija pequeña, Cesca. Enseguida empezaron a bromear los tres sobre el tamaño de las baquetas, la vibración de los platos y la contención en el toque. Su amiga se fue a saludar a alguien a la otra punta del bar y ella había seguido la conversación. Habían hablado de los grupos que les gustaban —Nirvana a ella, The Strokes a él—, de la vida de fotógrafa en Barcelona y de la intención del músico de ir a probar suerte a Londres. Ella había echado el cuello hacia atrás y se había recogido el pelo con la mano mientras se volvía para pedir otra copa y dejaba a la vista la estrella que llevaba tatuada en la nuca.

A las cinco y media, Tomeu apartó la mano de Margot donde esta agitaba la tarjeta de crédito y pagó con un billete de cincuenta euros sin esperar el cambio. Antes de irse le dijo a la oreja que podía hacerle un recital privado con vino y «unos buenos toques de baqueta», si quería. A ella le sorprendió que fuera tan directo: «Pero ¿de qué caverna has salido? ¿Qué manera es esa de pedir las cosas?», le espetó; quería jugar un rato más. Él se encogió de hombros, giró sobre sus talones y se fue.

Margot se recolocó para escrutar el local e hizo una mueca. No había ni rastro de Andreva, y Miquel, el del bar, no estaba para dar conversación. No quería irse a dormir: desde que había pasado «el incidente» con Aldo, le costaba conciliar el sueño y, si lo conseguía, se despertaba al cabo de unas horas empapada en sudor. Bajó del

taburete, encogió los dedos de los pies como si fueran garras para mantener los zapatos de tacón a raya y caminó recta como una escoba sobre aquellos dieciséis centímetros, o eso le pareció en aquel momento. Cuando llegó a la puerta, se despidió con un «buenas noches» del grupito de jóvenes que fumaban en la terraza y, al cruzar la plaza, escribió aquel «Voy».

Él le había contestado enviándole la geolocalización de la furgoneta, que estaba aparcada delante de la papelería.

—Podemos pasar por mi casa a coger el vino —le dijo cuando ella ya subía al vehículo—, pero no podemos quedarnos porque mi hermano se ha separado y ahora vive conmigo.

Margot resbaló en el asiento del copiloto hasta que le pareció que la frente le quedaba a la altura del salpicadero.

—Pero ¿qué cojones haces? —le preguntó él.

Ella respondió que todo lo que pasara aquella noche tenía que mantenerse en secreto. La aterraba que alguien la viera al día siguiente y estar en boca de todos. Cuando Tomeu detuvo la furgoneta delante de su casa, Margot tenía la espalda donde debería tener el culo.

—De verdad que eres una exagerada —se rio él.

Ella le replicó indicándole con la mano que saliera de una vez y se quedó mirando el ambientador que oscilaba colgado del retrovisor. Lo veía doble. Se incorporó un poco para aguzar la vista. Nada. Se concentró en enfocar. Tampoco. Finalmente, se tapó un ojo para poder seguir el movimiento, pero se mareó y abrió la ventanilla. Le parecía que Tomeu tardaba mucho, le pesaban los párpados, la cabeza le daba vueltas y ya no le apetecía irse a la cama con él.

—Buf, creo que he bebido demasiado —dijo suspirando cuando el músico regresó con el vino.

Tenía la esperanza de que eso lo echara atrás, pero todo lo contrario.

—No te preocupes. Con esto —dijo, señalando la botella que había dejado entre ambos asientos— se te pasará todo. Y con esto otro todavía más. —Y se agarró el paquete.

Margot apretó los ojos con fuerza y deseó estar en la cama. No sabía cómo escaquearse de la situación. Se incorporó en el asiento, no porque ya no le diera vergüenza que la vieran, sino porque todo empezaba a darle vueltas, pero no se atrevía a pedirle que parara la furgoneta para bajarse. No quería quedar como una calientapollas. Cuando Tomeu hubo aparcado delante de casa de su abuela, empezó a besuquearle el cuello. A ella se le revolvió el estómago y se apartó tanto como pudo para que no le encontrara la boca, pero él le agarró la cara con ambas manos y le metió la lengua con virulencia. Margot pensó en una noticia que había visto el día interior en IB3 sobre unas serpientes invasoras que se estaban comiendo a las lagartijas de Ibiza y Formentera y en cómo se retorcían cuando el payés conseguía agarrarlas por debajo de la cabeza. Le vino una arcada y aprovechó la ocasión para separarse y bajar del vehículo. Tomeu hizo lo mismo y la agarró por detrás, ella volvió a apartarse, estaban en la calle y no quería hacer ruido. Buscó la llave, se le cayó el bolso al suelo y, al agacharse para recogerlo, él le acercó el paquete a la cara. «Tú solita te lo has buscado —se repitió mentalmente—, ahora tendrás que acabar lo que has empezado en la barra del Cèntric».

Una vez en casa, fue penoso. Margot quería acabar rápido, dejarlo satisfecho por si se le ocurría explicárselo a alguien y olvidarse, así que tomó la iniciativa. Le desabrochó los pantalones, lo tumbó en la butaca naranja, horrible, que había heredado de sus padres y se le tiró encima sin tener ningunas ganas, pero incapaz de

frenar la situación. Era como si la palabra «calientapollas» estuviera colgada en cada pared que miraba, resplandeciente como un neón. Tomeu la giró en un movimiento brusco que la hizo marearse aún más y tuvo que parar. Además, tenía la vejiga a punto de estallar, así que, aguantándose en las paredes del pasillo, llegó al baño y, al salir, él ya se había colado en su habitación. Se le puso encima, siempre le habían dicho que se movía muy bien, pero la cabeza le daba vueltas y se dejó caer a un lado. Le propuso dormir un rato y retomarlo por la mañana. Y Tomeu debió de irse.

Se torturó con aquellas escenas hasta que oyó que el reloj del campanario daba las dos y decidió actuar. Asomó la cabeza por encima de las mantas, se aclaró la garganta y le envió una nota de voz al joven para echarle la culpa de todo a una medicación inexistente:

«Ay, qué dolor de cabeza. Estoy tomando antibióticos y ha quedado claro que, con el tequila, son mala combinación. No sé muy bien qué decir. ¿Feliz año?».

Después se dio cuenta de que a las seis y cuarto de la mañana Andreva había dejado un mensaje de voz en el grupo «Las Gatas», integrado por las cuatro amigas de toda la vida: ella, Andreva, Catalina y Olga.

«Titi, ¿se puede saber dónde te has metido? Me has dejado sola con el guiri del molino, que no sabe decir ni una puta palabra en mallorquín, y se supone que eras tú quien quería practicar la lengua de Shakespeare».

Margot necesitó un rato para grabar su mensaje; le temblaban los dedos, no conseguía pulsar con el pulgar el icono del micrófono, empezaba a explicar «la tragedia» con Tomeu, pero después se trababa y perdía el hilo. Se arrepentía, así que al final decidió fingir que no había pasado nada.

«Te perdí, tía. Me empezó a dar vueltas todo y, cuando el batería se fue, eché un vistazo al bar, creí que te habías largado y me fui. Ya os contaré».

Enseguida se sumó Catalina:

«Uy. ¿Hay tema para contar? ¿Qué pasó entre el Cèntric i la calle Barracar? No me digas que el guiri os tiró los tejos…».

No tuvo tiempo de responder, Andreva se le adelantó:

«Si no te hubieras ido a las tres, lo habrías visto».

A Margot le iba la cabeza a mil por hora, tenía muchas lagunas y necesitaba saber si había quedado en evidencia:

«Por cierto, no di la nota en el Cèntric, ¿verdad?».

Respondió Catalina, que no entendía la manía de su amiga con lo de «quedar bien»:

«Tú y las notas. Hasta que me fui, estuviste de lo más normal, y si montaste algún numerito, no se acordará nadie, porque cuando yo me fui todo el mundo iba ya muy pasado de rosca».

Las palabras de Catalina y Andreva no le sirvieron de consuelo, quería indagar un poco más, pero apareció Olga en la conversación, que les envió una foto de ella y Manu, su novio, con toda la indumentaria de Fin de Año: sombrerito cónico, antifaz, matasuegras y collar hawaiano.

«¡Chicas! Feliz añoooooo. Ya veo que tenéis muchas cosas que contarme. ¿Quién es el guiri del molino? Nosotros, muy bien, hasta las tantas por la Almudaina con los amigos de Manu y ahora a comer a casa de mis suegros. Suerte que mis cuñados son la bomba».

Olga no soportaba a la familia de Manu, pero escribía lo contrario para convencerse a sí misma de que le gustaba su vida.

Margot volvió a estar tentada de contarles su fracaso sexual de la noche anterior, pero lo descartó. Todavía no les había dicho que aquel año no volvería a Barcelona después de Reyes ni que se

quedaría en Sant Francesc una temporada. Sintió náuseas al pensar que un día u otro se encontraría a Tomeu, y esta vez sí que tuvo que salir de la cama para ir a vomitar. Al volver del lavabo, estaba temblando y se metió en la cama otra vez. Catalina había escrito:

«¿Vendréis a tomar el café?».

«No».

«No».

«No. Familia. Manu».

«Es que os tengo que contar algo».

A Andreva se le activó el instinto de protección:

«¿Ha pasado algo? Titi, últimamente estás un poco rara, hace días que te lo quería comentar».

Después de unos minutos escribiendo y borrando, Catalina decidió no avanzar nada:

«Bueno, no es grave, pero prefiero teneros delante».

Catalina no mostraba nunca sus sentimientos, y mucho menos proponía quedar para «contarles algo». Ninguna de las tres recordaba que lo hubiera hecho nunca, ni cuando su madre había estado ingresada en la UCI, ni cuando le detectaron una mancha en el cerebro que después no fue nada, ni cuando uno de sus «pacientes» del centro la había arrojado contra una pared y estuvo magullada una semana. Siempre eran las otras quienes tenían que tirarle de la lengua.

«¿No tendrá nada que ver con que ayer te fueras tan pronto?».

«Sí y no. Por un lado, sí, pero también estaba cansada y, además, solo quedaban cuatro chungos en el Cèntric».

«Oye, perdona —Andreva sabía que no servía de nada picarle y recurrió a la ironía—, ¡y dos chungas! Vale, va, quedamos para el café, pero yo llegaré a partir de las cuatro».

Margot no tenía ningunas ganas de ir, sabía que el bar estaría lleno de gente y era muy probable que también anduviera por allí el batería, pero las Gatas eran las Gatas:

«Yo también iré, pero ahora me meto en la ducha, a ver si me saco este ejército de *majorettes* de la cabeza. Maldito tequila».

«¿Todavía no te has levantado, titi? Mala puta. Yo intentaré dormir una siestecita, Toni se ha ido a jugar a pádel y las niñas seguro que se pasan todo el día tumbadas».

Andreva era la única de las cuatro amigas que era madre. Tenía tres hijas: Fina, que había estudiado Medicina en Barcelona y trabajaba en el hospital Sant Joan de Déu; Ona, de diecinueve años, que había cambiado dos veces de carrera y ahora, mientras decidía qué quería hacer con su vida, se había puesto a trabajar en una panadería; y Cesca, de quince, que era un hacha de las matemáticas y con la batería, según Tomeu. Andreva también era la única que se había casado, con Toni, su novio desde los trece años, del pueblo. Las familias se conocían tanto que organizaban todas las comidas y las vacaciones de Navidad juntas, alquilaban dos casas en algún lugar a orillas del mar y se juntaban más de veinte personas. Andreva siempre procuraba trabajar aquellos días para ir solo a cenar y dormir.

«Yo tengo comida en casa de los padres de Manu, pero intentaré escaparme por la tarde, hacia las siete o las ocho. ¿Todavía estaréis?», preguntó Olga.

Andreva le escribió por privado a Catalina:

«¿Es necesario que repita tres veces que va a comer a casa de sus suegros?».

Olga sabía que Manu no era santo de la devoción del resto de las Gatas y exageraba las excelencias tanto de él como de su familia para intentar que les cayera bien, pero no servía de nada. Sus

amigas estaban hartas de los exabruptos de aquel larguirucho que siempre se las ingeniaba para alejarla del pueblo, empezando por cuando la había convencido de irse a vivir a Palma. Hacía un año que salían juntos, Olga acababa de recibir los planos para reformar la casa de Sant Francesc que había heredado de su madrina y estaba emocionadísima porque acababan de ascenderla en el bufete de abogados y podía empezar las obras enseguida. Pero cuando se lo explicó a Manu, este le echó por tierra las cuatro paredes del proyecto: le pareció que los techos eran demasiado bajos, que la cocina era pequeña, que el jardín estaba desaprovechado y que el lavadero de la primera planta era un auténtico disparate. Al cabo de unos días, le propuso irse a vivir juntos, disfrazó su proposición con una cena romántica, le habló de un ático que había visto hacía poco «con unas vistas flipantes al Marítimo», le enseñó las fotos de la inmobiliaria y obvió el hecho de que él no podía pagarlo solo. La abogada tampoco podía imaginarse que, al irse a vivir juntos, le caería encima el yugo de la familia de Manu, que se comportaba como un clan. Lo hacían y lo celebraban todo juntos: aniversarios, bodas de plata, bodas de oro (incluso se habían inventado las bodas de latón), Nochebuena, Navidad, San Esteban, Fin de Año, Año Nuevo, Ramos, Pascua, Corpus, San Juan y todos los santos de los padres, los tres hermanos de Manu y los siete sobrinos, que se bautizaban, hacían la comunión, se confirmaban, se casaban y porque no había más sacramentos… El súmmum era que, si fallabas un día, en el encuentro siguiente te bombardeaban a reproches del tipo: «Es que ya no quieres saber nada de nosotros». Lo único bueno de todo aquello para Olga era que en casa de los Socies-Bundó el cava no se acababa nunca, y ella procuraba tenerlo bien cerca para poder aguantar los soliloquios de su suegra, los berrinches de sus sobrinos, que eran unos mimados, o el latazo de

su cuñado, el hermano mayor de Manu, de derechas, al que detestaba.

Suspiró. Seguro que cuando les anunciara que aquel día tenía que irse antes porque iba a verse con las Gatas alguien resoplaría.

2

JOANAINA

Eran las nueve de la noche, la comadrona cogió a la recién nacida por los pies, la levantó a peso bocabajo con una mano y le dio dos azotes en el culo con la otra, pero la niña seguía sin llorar. Volvió a hacerlo, esta vez con más fuerza y animándose en voz alta:

—¡A la de tres va la vencida!

La cría empezó a respirar con fuerza, pero no emitía ningún gemido.

—¿Dónde está el barreño con agua fría? —les gritó a las mujeres que curioseaban al lado de la cama, lanzándoles una mirada asesina.

De repente aquello parecía un hormiguero: una prima se dirigió hacia la puerta, pero tuvo que volver atrás para coger la lámpara de aceite de la mesita de noche, y la otra se tropezó con una sábana, se dio con la cabeza en la cajonera y se quedó aturdida unos segundos, hasta que la parturienta la convenció de que se levantara:

—Bel, si no vas a sacar agua del aljibe ahora mismo, te juro que cuando me ponga de pie no te bastará todo Sant Francesc para huir corriendo.

Con las prisas, la aludida se dejó la puerta abierta y apareció Maria Rosa, la hermana mayor de la bebé, que se quedó paralizada en el umbral.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó al verla la comadrona, que se esforzaba por hacer llorar a la recién nacida, y gritó—: ¡Que alguien

se lleve a esta cría de aquí!

—No —respondió la madre desde la cama, y le tendió la mano—. Ven, Maria, no tengas miedo.

Maria Rosa avanzó despacio. La habitación estaba en penumbra, sus tías solo habían dejado encendido un quinqué, que proyectaba la figura de la comadrona en el techo y parecía una bruja haciéndole rituales a un animalillo indefenso. Se le erizó el vello de la nuca y quiso salir corriendo hacia la cocina, donde su padre y su hermana estaban jugando a cartas, pero se acercó a darle la mano a su madre. Sus tías aparecieron armando alboroto.

—¡Madre del Amor Hermoso! —las riñó la comadrona—, solo sois dos, ¡pero parecéis cuatro! —Las mujeres iluminaron el dormitorio.

Cuando Maria Rosa vio el estropicio, se estremeció. Le recordó al día en que un perro salvaje se había colado en su casa y había atacado a una gallina y dos pollitos. Se tapó la nariz. Había un olor acre, mezcla de sudor y orines.

—¡Traedme el barreño! ¡Rápido! —gritó la comadrona.

Sostuvieron a la pequeña dentro del agua helada de invierno y enseguida empezó a dar coces y a hacer aspavientos con sus minúsculos bracitos, pero no lloraba. Al cabo de unos minutos, la comadrona se dio por vencida y envolvió a la niña:

—Hace años que traigo al mundo a todos los críos de este pueblo y no me había encontrado nunca un caso así.

Le acercó la niña a Francisca, que, agotada después de parir a su tercera hija, solo la miró de reojo e hizo un gesto con el brazo, como diciendo que la pusieran en la cuna:

—¿No tiene la cabeza muy grande? —preguntó.

—Mamá, ¿por qué no ha llorado?

—Quién sabe, Maria Rosa, debe de haber nacido conforme. —Le dio un golpecito en la cintura para que se marchara—. Hala, ve a

buscar a tu hermana para que venga a verla. A tu padre no hace falta esperarlo, que ya debe de estar en el bar explicando que su mujer no ha sabido darle un heredero.

La cría asintió con la cabeza y se fue corriendo a la cocina.

—¿Cómo le vais a poner? —preguntó la comadrona mientras recogía sus enseres.

—Joanaina.

Joanaina creció sin atenciones. Era la pequeña de tres y su madre tenía que hacer mangas y capirotes para ocuparse de toda la familia. Maria Rosa enseguida se puso a trabajar; la mediana, que tenía que cuidar de ellas, tenía más oídos para los chismes de la calle que para el llanto de la pequeña, y su padre ni la miraba porque él quería un niño. Tampoco tuvo mucho tiempo de conocerlo, porque murió cuando ella tenía cuatro años. Eso obligó a su madre y a su hermana mayor a trabajar el doble, y la mediana, que se creía la reina de la casa, se dedicaba más a flirtear con el vecino que a jugar con ella: «Cuando los mayores hablan, los pequeños callan», le repetía cada dos por tres. Y así fue como Joanaina se convirtió en una observadora profesional. Los pocos arrumacos que recibía eran de noche, a menudo cuando ya estaba dormida, y de una madre reventada.

A los ocho años, sin darse ni siquiera cuenta, empezó a trabajar. Fue un domingo de noviembre, a la salida de misa. Cuando quiso ir a jugar con sus amigas a las escaleras del portal de los hombres, como hacía siempre, su madre la agarró por un brazo y le dijo que aquel día no podían perder tiempo. De hecho, Francisca «Pastora» no perdía nunca el tiempo: cuando no estaba dándole de comer al tío Pere, el padrino, estaba haciéndole la cena a su hermano, viudo, o cuidando de los dos animales que tenían en Son Massanet con una

u otra niña colgada a la espalda. Aquel día, Joanaina perdería su infancia; la habían contratado para recoger aceitunas en Binibassí, y por muy buen precio. Las niñas iban cotizadas porque con sus finos dedos podían espigar mejor los frutos del suelo, que a menudo se confundían con piedrecitas.

Bajaron por la calle Mayor escopeteadas, la pequeña casi en volandas por el ímpetu con el que caminaba su madre tirándole de la mano, y no pararon hasta llegar al café La Llibertat. En la puerta había un carro aparcado y un mulo bebiendo de un cubo. El conductor también estaba en el abrevadero, en el mostrador de fuera.

—¿Es este el carro que va a Binibassí?

—Sí. —Apuró de un solo trago el palo con sifón—. No tardaremos mucho en irnos. —Señaló con la cabeza hacia la plaza del Pes dels Porcs, donde había media docena de personas formando un corro—. Todos esos están esperando.

El conductor dejó el vasito sobre la barra, se levantó del taburete y repasó a Joanaina de arriba abajo.

—¿Ya aguantará esta cría en la montaña? La veo un poco escuálida.

Joanaina los miraba a los dos desde abajo y se preguntaba de qué escuálida y de qué montaña hablaban, pero su madre le contestó a aquel hombre que las carnes de su hija no eran asunto suyo, y cayó en la cuenta de que se referían a ella. Le dio un tirón de la mano a Pastora para preguntarle qué pasaba, pero justo en aquel momento llegó su hermana Maria Rosa y la hizo subir al carro. Cuando las dos estuvieron sentadas, una al lado de la otra, su madre le puso un rosario en las manos.

—Coge este rosario, hija mía, y guárdalo bien. Cada noche reza las oraciones con tu hermana, no la pierdas de vista ni te separes de

ella. —Le puso un hato en el regazo—. Guarda bien este fardo con la manta y los cubiertos. —Finalmente, la besó en la frente—. Y no hagas enfadar a nadie.

—Venga, señora —la azuzó el conductor—. ¡Déjese de rosarios, que llegamos tarde!

Y gritó «¡Arre, burro!» y el mulo echó a andar. Joanaina vio a su madre hacerse cada vez más pequeña y el pueblo volverse una mancha blanca y verde.

El inicio del trayecto fue entretenido: primero, la comitiva rezó un padrenuestro y después entonaron canciones que ella desconocía. Pasado Inca, comieron bajo unas higueras y, cuando reemprendieron el camino, achispados por el vino que habían bebido, se enzarzaron en una disputa de glosas que la hicieron reír, aunque algunas no acababa de entenderlas.

—Maria Rosa, ¿qué significa: «Te encenderé la cajita de abajo con una cerilla que no quema»?

—Tú todavía no tienes edad para eso, Joanaina —le sonrió su hermana—. ¿Queréis hacer el favor de rebajar el tono, que la niña tiene orejas? —reprendió a los glosadores.

—Usted perdone, señora marquesa de Su Nada —se le mofó un hombre al que le faltaban dos dientes.

A medida que avanzaron, las glosas se desvanecieron, el frío empezó a calarles los huesos e iban dando tumbos por los botes que pegaba el carro en aquel camino lleno de socavones.

—Rediós, Tòfol —gritó el desdentado—. ¿Qué tienes encima de la nariz? ¿Ojos o botones?

—¡Mecachis en la mar, Bernat, no me vengas con jodiendas! Si no pesaras cien kilos, iríamos más ligeros y el mulo podría esquivar los baches.

Aquello la hizo reír, pero ocultó la cara en el hombro de Maria Rosa porque aquel hombre le daba un poco de miedo, y se durmió hasta que, bien entrada la noche, llegaron a la montaña. La mayorala les ofreció un plato de sopa de pan y aceite y acompañó a las mujeres al pajar, donde se prepararon el catre con las mantas que llevaban. La pequeña Joanaina estaba tan cansada que le pareció una cama hecha de nubes.

Por la mañana, como cada día durante los cuatro meses que siguieron, su hermana la despertaba antes del amanecer y, con el resto de las recogedoras, iban a pie hasta el valle, de donde no regresaban hasta que anochecía. Al llegar, el amo les repartía una cesta de mimbre y las distribuía por zonas. A Joanaina le gustaba más ir a las lajas porque, aunque costaba más recoger los frutos, había piedrecitas y hierbas, y ella a veces se entretenía con un guijarro o un gusano que se escondía. Entonces Maria Rosa le daba un pescozón:

—¡No te despistes, que no acabaremos la faena!

Y ella se estiraba los mangotes, se arrodillaba detrás del cesto y volvía al trabajo. Había días en que el frío les paralizaba los dedos, así que calentaban piedras al fuego y se las iban pasando para despertarse las manos. Ese rato era el mejor, porque las mujeres comentaban si en el pueblo había pasado tal o cual desgracia o si el arriero había hecho alguna trastada entre el olivar y la almazara.

A Joanaina, el arriero Guillem le gustaba porque cuando se acercaba a donde estaban, Maria Rosa se volvía más simpática y no le pegaba pescozones si se quedaba un rato embobada. Una noche, después de las oraciones, su hermana le dijo, en voz muy flojita, que quizá algún día sería su cuñado. Se equivocaba, porque al año siguiente, cuando regresaron, el arriero se había prometido con la

hija del amo. Maria Rosa se volvió huraña, y aquellos cuatro meses a Joanaina se le hicieron eternos.

3

EL CÈNTRIC

Margot estuvo veinte minutos debajo de la ducha y, cuando acabó y se dio cuenta de que no había llevado la muda al lavabo, maldijo su esqueleto porque se le metería el frío en los huesos. Se envolvió el pelo en una toalla, el cuerpo en otra, contuvo la respiración e hizo un esprint de diez metros hasta llegar a su habitación. Cogió los Levi's 501 que quedaban más arriba de la maleta, la primera camiseta del otro montón, que era de los Flipper, y un jersey gris de punto: su indumentaria de siempre.

Con el frío en el cuerpo, corrió hasta la cocina para poner la cafetera italiana al fuego y, mientras esperaba el borboteo de su droga matutina, se calentó las manos con la llama azul y la vista clavada en las puntas de la tapa. Se tragó un paracetamol con el primer sorbo de café con leche y sostuvo la taza con las dos manos mientras soplaba el líquido, que quemaba. Había empezado a aficionarse al café a los siete años. Justo después del accidente.

El reloj del campanario había dado las cuatro cuando Margot salió de casa. Se arrebujó el anorak de plumas hasta la nariz y encogió el cuello de manera instintiva. Sabía que si aquel frío denso encontraba alguna fisura y se le metía en el cuerpo, ya no se lo quitaría de encima. Al pasar por delante de la panadería, todavía olía a lechona al horno. Casi todo el pueblo encargaba una aquel día. Se acordó del último 1 de enero antes del accidente. Su padre le ofreció

acompañarlo a buscar el cochinillo a la panadería, después de que ella se lo hubiera pedido más de una vez y siempre se hubiera llevado un sopapo de su madre: «¡Las niñas no van a buscar la *porcella*!».[*] Así que aquel año, loca de contenta, saltó al asiento del copiloto del 4L.

El panadero, un hombre alto y corpulento, le pareció un gigante. Llevaba un delantal que en algún momento había sido blanco que le llegaba por debajo de las rodillas y, trabado al cinturón, un trapo que se pasaba cada dos por tres por la frente. Sus movimientos eran ampulosos y precisos: agarraba la pala por el extremo, la metía en el horno de leña, que tenía dos montañas de rescoldos, a lado y lado, buscaba la bandeja correspondiente y tiraba de ella. Después se volvía, con gotas de sudor renovadas, y dejaba el animal asado sobre una mesa de madera: «Aquí está, media lechona con patatas».

Aquel día, su padre agarró al panadero por el codo y se apartaron un poco: «Tenemos que hablar un momento de negocios. Tú —le dijo a ella— vigila al cochinillo, no sea que se escape», y la pequeña sonrió, porque sabía que era imposible que aquel animal partido por la mitad volviera a la vida, pero, por si acaso, se fijó en su oreja rígida y un poco chamuscada, en su piel brillante y en sus dientecitos visibles. Margot recordaba con claridad aquel 1 de enero: bebieron cava e incluso le sirvieron a ella. Su padre estaba contento y decía que había encontrado un inversor para su negocio y que pronto se acabarían las penurias. Pero la euforia duró poco: al cabo de una semana, el panadero se desdijo y su padre volvió a ser el hombre atormentado y arisco de siempre.

Margot hundió más el cuello en el abrigo y apretó el paso en dirección al Cèntric. Dos jóvenes fumaban en la puerta, pasándose el peso de una pierna a la otra para quitarse el frío.

—¡Buenas! —los saludó ella.

—¡Uep! —respondió uno de ellos.

Empujó la puerta de vidrios opacos y se detuvo unos segundos en el umbral para que se le acostumbrara la vista a la luz amarillenta del local. Sus amigas estaban en la barra, llena de parroquianos. En el pueblo, a las tres de la tarde, todo el mundo había acabado de comer, fuera laborable o festivo, y muchos ponían rumbo al bar, sobre todo los días de fiesta, para comentar los chismes de la noche anterior. Margot suspiró mientras se desabrochaba un poco el anorak y se preparó para recibir miradas inquisidoras. Como siempre, a la derecha, sentados alrededor de dos mesas, estaba lo que las Gatas habían bautizado como el «sanedrín»: una docena de hombres, desde un picapedrero hasta un exconsejero socialista, que se dedicaban a arreglar el mundo. Podían pasar de la tertulia política al cotilleo cruel en un pispás. Margot se detuvo a saludarlos:

—Muy buenas, ¿qué tal va? —lo dijo al aire, pero mirando a los que conocía más: el carpintero del final de su calle y Maties Solico, que había sido su profesor de filosofía en el instituto.

—¡Pues muy bien! —respondió el carpintero.

—¡Y mejor que irá! —respondió Solico—. ¿Qué? ¿Ya se te ha pasado el bailoteo?

Ella puso una mueca de no entender nada.

—¿Es que no te ha enviado el vídeo Matarina? —Solico abrió los brazos en cruz—. Cuando lo ha enseñado aquí, me ha dicho que te lo enviaría.

Margot notó que se le humedecían las axilas.

—Pues no he visto nada. ¿Tengo que preocuparme? —lo dijo en tono de broma para buscar la complicidad del profesor porque no tenía ni idea de qué le hablaba.

—¡Qué va! Nada que no hayamos hecho todos alguna vez.

Notó que le ardían las orejas y se encaminó hacia sus amigas, que le sonreían al final de la barra. El trayecto de quince metros se le hizo eterno, pero la tranquilizó el hecho de que, como mínimo, Tomeu no estuviera allí.

—¿Qué pasa, Sarandonga? —la saludó Catalina.

—¿Queréis decirme qué narices es eso de un vídeo que me acaba de decir Solico?

—¿Es que no te acuerdas?

—¿De qué?

—Del momento Sarandonga. —Andreva rio—. Ay, Gatas, fue buenísimo, yo tampoco me acordaba hasta que me lo ha enseñado Matarina.

—¿Y esa tía por qué tiene que grabar? ¡A las tantas de la madrugada! Siempre hace lo mismo, joder.

Andreva le tendió el móvil. En la grabación, que evidentemente había circulado por todo el bar, se veía a un grupo de gente bailando el «Sarandonga», con ellas dos en medio del corro completamente entregadas. Margot no quiso acabar de ver el vídeo, aprovechó que Miquel entraba en la barra para pedirle un cortado.

—¿Qué, Margalideta, cómo estás? ¿Recuperada? —le dijo el camarero.

—Qué viaje, madre mía; sí, un poco de dolor de cabeza, pero soportable —mintió, y se volvió hacia sus amigas—. Y con la vergüenza disparada, tías, qué papelón.

—¡Pero si a las cinco de la mañana aún teníais sed! —le dijo Miquel mientras le ponía el cortado—. A las cinco y media todavía querías invitar a una ronda de tequilas. ¡Y os salía el alcohol por las orejas! —dijo, moviendo la cabeza a lado y lado, indicando que no tenían remedio.

—Suerte que no me hiciste caso.

—¿Y qué quieres? Alguien ha de tener un poco de cabeza, a esas horas. Además, ¡justo después me dices que no llevas ni un duro encima!

—¡No! —Margot no podía consentir quedar como una mala pagadora—. Te dije que no llevaba efectivo, que tenía que hacerte un Bizum o pagar con tarjeta.

—Es igual, de todos modos, te invitaron. Y los tequilas que os tomasteis con tu hija, Andreva, corren de mi cuenta. —Se volvió hacia Catalina—. ¡Parecían una puta zarza! Le daban cuerda a todo quisque, y te aseguro que las conversaciones no eran para todos los oídos.

—Porque somos simpáticas. —Andreva se sentía reconfortada los días de resaca.

—¿Simpáticas? Unas pesadas, eso es lo que sois. ¡No había manera de que os fuerais! —sentenció el camarero en broma.

Miquel había nacido, literalmente, detrás de aquella barra. Sus padres habían cogido el bar a principios de los años setenta. Antes de la Guerra Civil se llamaba La Llibertat y era el punto de encuentro de los republicanos. Los franquistas se apoderaron de él muy pronto y le cambiaron el nombre por Días de Gloria, aunque todo el mundo lo conocía como el Días. Sin embargo, nunca cuajó como el rincón de conversión que pretendían, así que en 1971 se lo traspasaron a los padres de Miquel por una miseria, y su madre, que sabía más que el diablo, le volvió a cambiar el nombre, le puso Cèntric y, al no distinguir entre viejos y jóvenes, lo convirtió en una máquina de hacer dinero. Entonces ya tenían una hija, Pilar, y al cabo de un año la patrona se quedó embarazada de Miquel. Como era el segundo, no hizo caso de las primeras contracciones y rompió aguas mientras preparaba un café. Se lo llevó a la mesa al cliente, despatarrada, mientras le decía a su marido que fuera en busca de la comadrona.

Parió al niño en la trastienda y al día siguiente ya lo tenía en una cuna en una punta de la barra, al lado de la máquina de tabaco.

Así fue como Miquel quedó atrapado en aquel universo de puros que colgaban de labios en movimiento, de copas de Terry que se bebían de un trago y de carajillos de ron Amazona. Aprendió que no existen los domingos, ni los festivos, ni las vacaciones, y que el único credo cierto era el de hacer dinero. Empezó a tirar cañas a los siete años, subido a un cajón de refrescos porque no llegaba al tirador, y a los dieciocho reconvirtió uno de los almacenes del bar en una especie de pub oscuro con bolas de discoteca donde toda su clase y las posteriores se habían dado el primer magreo con alguien, si no algo más. Ahora solo lo abría algunas noches señaladas, como la de Fin de Año.

—No solo eso, Margalideta —seguía con la copla Miquel—, que te largaste en medio de una bomba de humo y tuve que aguantar una hora más a esta *transformer*, que no se quería ir hasta que tú volvieras. —Y pellizcó a Andreva en el hombro—. Y yo le decía: «Pero ¿volver de dónde? ¡Si ya debe de estar durmiendo!». Y así hasta que su ahijado se la llevó a rastras.

—¡Oye! —Andreva se puso de pie en el taburete para que Miquel, que ya estaba otra vez en la otra punta de la barra sirviendo unas bolsas de patatas fritas, la oyera—: Conmigo no te metas, que yo solo estaba preocupada por mi amiga.

—Por una amiga que debía de estar roncando. ¿O no?

—Efectivamente. Roncaba —mintió Margot aliviada.

En ese momento entró Matarina, la autora del vídeo. Si alguien de fuera hubiera preguntado quién era aquella mujer, los vecinos del pueblo le habrían contestado que era la voz de Sant Francesc. Había perfeccionado tanto el arte del chismorreo que daba igual sobre qué le preguntaras, fuera papeleo, política, asuntos de la iglesia o de los

lugareños; lo sabía todo. Se llamaba Bàrbara, pero pocas veces la llamaban por su nombre, tenía cincuenta y tres años, era recia y llevaba el pelo rizado y tan corto que parecía un casco incorporado. Le encantaba el dulce, tanto, que prefería comerse dos trozos de ensaimada a mediodía que cualquier menú, y también le gustaba el licor de hierbas dulces. Se pirraba por el licor con hielo. Siempre vestía pantalones anchos y una camisa larga por encima, y en invierno añadía una chaqueta de punto, aunque nunca tenía frío. Explicaba las «noticias» con una voz ronca que le daba credibilidad: «Si supierais cómo se han encontrado la casa: olía tan mal que los bomberos no podían ni entrar, y estaba hasta el techo de trastos». Eso fue cuando el ayuntamiento tuvo que sacar el cadáver de una anciana que vivía sola, alertado por el hedor que les llegaba a los vecinos. O: «¿Ese? Ahora vive en la barraca de Can Palau. ¿Sabes dónde te digo? Sí, detrás de la residencia, aquella leonera rodeada de palmeras. Ha puesto una placa solar, pero dicen que no funciona y que les tiene pinchada la electricidad a los pobres viejos». Matarina, además, estaba metida en todas las entidades del pueblo, menos en el club ciclista y en la asociación de cazadores, y lo mismo podía hacer una lectura en la iglesia que cantar en la coral laica, ayudarte a tramitar los papeles para una prestación u organizar la cena anual de la Cruz Roja. En el pueblo no le tenían en cuenta que fuera una chismosa porque siempre estaba dispuesta a echar un cable, y porque todos aprovechaban, en un momento u otro, su información. Había sido secretaria del ayuntamiento media vida, pero hacía unos años que había pedido el traslado a un pueblo cercano porque todos los vecinos de Sant Francesc, en lugar de quejarse al alcalde, acudían a ella, y ella no quería estar a malas con nadie: «No quiero pagar los platos rotos del alcalde, solo me faltaría eso».

Cuando vio a las Gatas en la barra, Matarina soltó una risotada maligna: se alegraba de ver caras nuevas, que no estaban por la mañana cuando había ido a tomar el primer café.

—¿Y qué pasó con las campanadas? —le preguntó el carpintero.

—Pues lo mismo de todos los años, que el satélite ese día se satura y los del Llano pagamos el pato.

—Como en verano, que los alemanes nos roban la cobertura —se quejó un hombre calvo y barbudo que había sido presidente de la Obra Cultural Balear en sus inicios y que a menudo se añadía al sanedrín—. «Capacidad de carga», lo llaman. Y aquí hace rato que la hemos sobrepasado.

Andreva le hizo una señal con el brazo a Matarina para que se acercara.

—Oye, ¿tú no nos has dicho que le enviarías el vídeo a esta? —Le dio un codazo a Margot.

—Ay —dijo, y se volvió hacia ella—, perdona, ¡se me ha ido el santo al cielo!

—Mujer, podrías pedirle permiso a la gente que sale, antes de enseñar según qué cosas —respondió Margot con tono agrio.

—Pero si no estáis haciendo nada malo. ¡Válgame Dios! Hemos visto cosas mucho peores en este local, ¿eh, Miquel? —Y como estaba lejos, le hizo un gesto al camarero para que se acercara—. Sus cafés van a cuenta mía, ¿entendido? ¿Y me pones un carajillo de hierbas cuando puedas? Va, no os enfadéis… En el Brutal sí que se lio gorda.

Matarina empezó a contar la pelea que había habido en el otro bar de Sant Francesc. Se le sumó Miquel, que tenía detalles suculentos que había ido recabando de otros clientes, y acabaron pasando al pueblo de al lado, donde un hombre había perdido una mano mientras encendía fuegos artificiales: «Es que, si no estalla,

no te puedes acercar, y se ve que el muy tonto fue a ver qué pasaba, cogió el cohete y, ¡bum!, adiós mano». Matarina era así: sabía de todo y de todo sabía más que tú.

Pasadas unas horas, Andreva miró el reloj de publicidad de Coca-Cola que hacía décadas que coronaba la barra: ya no aguantaba más la incertidumbre y acercó la cabeza a las dos amigas y, bajando el tono de voz, dijo:

—Bueno, Catalina, tenías que explicarnos algo, ¿no?

—Ay, chicas, es que hay mucha gente todavía, y ya se sabe que todo el mundo tiene tres orejas y dos bocas —murmuró.

—Pues vámonos a otro sitio. ¿Por qué no cenamos algo? Tengo el plato de arroz *brut*[**] en los pies.

—¿Estará abierto el Giorgio de Sinera? —Margot era una fanática de la pizza—. Hace mil años que no voy.

—Sí, yo prefiero salir de Sant Francesc.

—Vale. Aviso a Olga. —La fotógrafa siempre pendiente de que ninguna amiga se sintiera excluida.

El Giorgio era una pizzería muy conocida de Sinera que servía unos platos de pasta enormes, unas pizzas descomunales y unos postres monumentales, todo buenísimo, y la factura no pasaba nunca de los quince euros. Eso sí, si querías cenar allí, tenías que hacer horario de extranjero y a las siete o las ocho tener ya los pies bajo la mesa. El propietario y cocinero, Jordi, había estudiado Trabajo Social con Catalina y pensó que italianizándose el nombre tendría más éxito. Las recibió con besos, abrazos y una cierta extrañeza porque las Gatas solían llegar con el último turno, cuando casi era hora de cerrar, y tenía que embutirlas donde buenamente podía.

Aquel día, en cambio, pudieron escoger sitio, y eligieron una de las mesas altas que quedaba al final de la barra. Justo cuando se

estaban sentando entró Olga. Cuando Catalina las tuvo a todas delante, el estoicismo del que había hecho acopio durante toda la semana se derrumbó y, como si se le hubiera reventado una compuerta interna, rompió a llorar. Las amigas se miraron sin decir nada, esperando a que se rehiciera.

—Chicas. —Catalina bebió un trago de agua y fue directa al grano—. Tienen que operarme de un tumor en los ovarios.

Tras unos segundos de silencio, Andreva saltó: sus reprimendas a Catalina porque nunca pedía ayuda eran habituales.

—¿Cómo? ¿Un tumor? —Silencio—. ¿Y no nos has dicho nada hasta ahora? Porque, si ya tienes cita para operarte, quiere decir que has ido unas cuantas veces al médico. —Inspiró mirando al techo y después buscó los ojos de su amiga—. Eres increíble, titi.

—No quería decir nada hasta no estar segura.

—¿Tus padres lo saben? ¿Y tu hermano? ¿Y tu hermana?

—No. Todavía no se lo he dicho a nadie. A mi hermana hace semanas que no la veo, fue un día a casa de mis padres a pedirles dinero y nunca más se supo.

—Anda que a esa también hay que hacerle un monumento… —Andreva soltó un resoplido sonoro—. Pero prefiero callarme. Ahora, que también te digo que de los cojones de una podemos colgar a la otra, porque ya te vale, a ti también.

—¡Venga, déjala hablar! —Margot, en su papel de pacificadora.

Catalina les contó que, cuando empezó a tener dolor de ovarios, náuseas y mareos, el médico de cabecera le diagnosticó una menopausia precoz, pero que la cosa había ido a peor, hasta que una noche tuvo que ir a urgencias a Miracor, le hicieron unas pruebas y encontraron el tumor.

—¿Y ya tienes día para la operación? —Olga necesitaba tenerlo todo programado.

—Sí, el veintitrés de marzo.

—¿Tan tarde? —se quejó Andreva.

Margot arqueó las cejas advirtiéndole que no siguiera por ese camino. Ver a Catalina, que nunca lloraba, con aquellas lágrimas le había encogido el alma y consideraba que no necesitaba broncas, así que cambió de tercio, como hacía siempre que le incomodaba la situación.

—¿Y podrás hacer las glosas de San Antonio?

La asistenta social era una de las glosadoras más populares de la isla, la invitaban a todos los recitales y el 16 de enero, vigilia de San Antonio, iba a Artà y a Miracor, de hoguera en hoguera, desbancando a todos los contrincantes de versos improvisados.

—No seas boba, Margalida, que el tumor lo tiene en los ovarios, ¡no en las cuerdas vocales!

La réplica de Andreva con el verdadero nombre de la fotógrafa las hizo reír y Catalina aprovechó para desviar la conversación:

—Por cierto, ¿qué día te vas, Margot?

—Pues eso os quería comentar… Que no me voy, voy a quedarme una temporada, seguramente hasta después del verano.

La noticia sorprendió a las amigas, que estaban acostumbradas a sus visitas fugaces. Margot les recitó el discurso que había memorizado para cuando llegara ese momento:

—Quiero hacer mis fotos y salir del bucle de la agencia. Me han concedido un permiso sin sueldo y algunos colegas de aquí me han dicho que, entre catálogos de ropa y alguna que otra boda, me las puedo ir apañando.

—¿Es por Aldo? —preguntó Olga—. ¿Has vuelto a saber algo de él?

—No, no es por él —mintió Margot, que había recibido un mensaje de su ex a primera hora de la tarde y no había tenido valor

de leerlo—. Es que necesito hacer un trabajo más creativo e intentar exponer. Si no lo hago ahora, no lo haré nunca.

—¡Vaya, ya salió la apocalíptica! —Andreva no soportaba la obsesión de sus amigas por la edad—. A mí me parece perfecto. Aunque no sé si aguantarás un invierno en Mallorca… Tú estás acostumbrada a venir cuando hay fiestas y todos salimos, pero, en febrero, a las seis de la tarde, por las calles de Sant Francesc solo pasan las bolas rodantes esas de las películas del Oeste.

—A mí no me mires —añadió Catalina—. Si vas a sentirte sola, te acompaño a adoptar un perrito y te vas a pasear con él.

Volvieron a estallar en carcajadas y Margot suspiró y descorrió un poco la cortina:

—¡Anda, mira, si ahí hay una tienda de fotografía! Con un poco de suerte no tendré que ir a Palma. Odio conducir por la ciudad.

Las otras respondieron al unísono:

—¡Tú odias conducir en general!

Entre una cosa y otra, las Gatas salieron de la pizzería pasadas las once. Al llegar a casa, Margot abrió el mensaje de WhatsApp de Aldo: «He salido de todos los grupos de tu familia y amigos, como querías. ¿Puedes hacer lo mismo?». Margot no tecleó ninguna repuesta. Tenía resaca, estaba cansada y sabía que, si le escribía, él le repetiría que era una salvaje por haberlo dejado por videoconferencia y ella volvería a notar aquel saco de piedras en el estómago. Se tomó un orfidal y se metió en la cama.

Catalina se duchó antes de irse a dormir y, cuando hacía unos minutos que estaba tumbada, recibió un mensaje:

«Me tienes abandonado y tengo un animalillo muy inflado que tiene ganas de verte».

«Hoy no estoy de humor».

«¿Ni unas fotos?».
«No, hoy no».

Olga fue a dormir a casa de sus padres, en Sant Francesc, porque no quería recibir una bronca de Manu por haberse marchado antes de que se acabara la comida familiar. Por la mañana ya habían discutido porque ella había dejado la taza de café con leche en la mesita de la sala de estar sin posavasos. A Manu tampoco le había gustado que se pusiera los pantalones de cuadros —«Pareces el payaso de Micolor»— y se los había cambiado por aquel vestido rojo ajustado con botones en la espalda que ahora le estaba costando Dios y ayuda desabrocharse. Pensó que, como mínimo, había sido la preferida de su suegra, que mantenía a las tres nueras sumidas en una especie de competición permanente: «Tendrías que darle lecciones de estilo a Sandra, que hoy parece un butanero», le había soltado. Olga se puso el pijama de felpa y se abrazó mientras miraba por la ventana. La estrella de Navidad de la calle tenía la mitad de las bombillas fundidas; seguro que Manu también lo habría criticado, pero a ella la hizo sentir como en casa.

Andreva encontró a su marido y a su hija pequeña, Cesca, dormidos en el sofá. Observó a Toni. Con el paso de los años había perdido pelo y ganado kilos, era tan patilargo que los pies le sobresalían de la butaca y llevaba las uñas largas y sucias. «Menudo par de pezuñas», pensó, y decidió que no se molestaría en sugerirle que se las cortara. Estaba cansada de decirle cómo tenía que vestirse, de hacerle la maleta cuando viajaban, de verlo llegar a casa y repantigarse en el sofá, de reñirlo cuando se sentaba con el mono sucio del taller para ver cualquier deporte en diferido mientras ella hacía los deberes con la pequeña y se encargaba de la cena. Lo

quería, pero su matrimonio se había convertido en una S.L. de mantenimiento de casa y familia y echaba de menos la complicidad de cuando se casaron. A veces deseaba que él la engañara con otra para tener una excusa para separarse, pero Toni no tenía energía ni para eso. Subió al dormitorio, comprobó que Ona estuviera dormida y pensó que Fina ya daría señales de vida. Se tomó una valeriana, se puso el pijama peludo de estrellas y se acarició los pechos y la barriga por encima. Aquel tacto la tranquilizaba, pero la calma solo le duró diez minutos, los que tardó en cepillarse los dientes, ponerse la crema facial y meterse en la cama. Debajo del edredón le volvieron los nervios de cada domingo y no consiguió pegar ojo en toda la noche.

4

LA COCINERA DE SON CRESPÍ

Cosme Pinya, el heredero de Son Crespí, dejó la copa de brandi en la mesita y se acomodó en la butaca orejera de terciopelo rojo que daba a la ventana. Le gustaba observar a las criadas por la calle, ajetreadas y sin perder el rumbo, como las hormigas. Pasó los dedos por las molduras caprichosas del reposabrazos y se dio dos palmaditas en la barriga. Había comido demasiado y le esperaban un par de horas de acidez, pero aquella comilona había sido como acariciar el cielo con los dedos. Las sopas, las perdices, el lechón con salsa de granada, exquisito, y, de postre, la coca de albaricoque eran dignos de un marqués. Sonrió por debajo del bigote, con malicia; se había propuesto deslumbrar a aquella familia de la nobleza valenciana para que en el futuro le dieran el «sí» al matrimonio con su hija mayor, Apol·lònia, y estaba convencido de que lo había conseguido. Habían acertado contratando a Martina como cocinera, aunque se hubieran enemistado con los señores de Son Godall, donde trabajaba antes de que ellos se instalaran en la ciudad.

Se habían trasladado de la propiedad de Son Crespí, en Sant Francesc, hacía dos años, cuando murió su padre. Habían dejado a un hombre de confianza como administrador de las fincas y se habían mudado todos a Palma menos Anton, el hermano pequeño, que con la herencia se fue en busca de fortuna a las Américas. Aun

así, eran un gentío en aquel palacete: él, sus dos hermanas, su mujer, un tío abuelo y sus dos hijas: Apol·lònia y Coloma.

Cerró los ojos satisfecho y deseó que Cinta, su mujer, estuviera embarazada de un heredero. Amaba a aquellas niñas, pero anhelaba tener un hijo a quien legarle todas las tierras y propiedades porque, de lo contrario, irían a parar a su hermano, y era bien sabido que Anton era un cabeza hueca. Le dio un sorbo al brandi, dejó la copa en la mesa, sacó un puro de la cajita de oro de filigrana, lo encendió y le dio una calada lenta y sonora. Expulsó el humo haciendo círculos y abrió el periódico por las necrológicas. Lo interrumpió su mujer:

—Necesitamos una criada, Cosme, para cuando vienen invitados.

—Que ya sé que te gustaría que fuera cada día, pero no puede ser… —intervino él, sin apartar la vista del periódico.

—No te quejes, que bien que te gusta a ti relacionarte con la flor y nata.

Era verdad, Pinya se inflaba como un pavo real cuando trataba con los más adinerados de la isla.

—En eso tienes razón. —Le dio otra chupada al puro—. Pero no podemos hacer estas celebraciones cada día. Hoy era causa mayor.

Cinta se sentó en uno de los brazos de la butaca y Cosme apoyó el periódico sobre sus piernas.

—Por cierto, ¿te has fijado en el heredero de Can Fang? No le quitaba los ojos de encima a Coloma.

—No pases el arado antes que el buey, Cinteta, primero vamos a por los valencianos, y luego ya veremos qué hacemos con Coloma, que aún es una niña. Lo he encontrado un poco bobo, no sabía ni hablar en castellano con los padres de José Antonio.

—Con las tierras que tienen, no le hace falta hablar ningún idioma.

—Y si le saca un montón de años, mejor, así se morirá antes que la nuestra.

Cinteta rio por lo bajini y le dio una palmada en la rodilla para censurarlo.

—Eso no se dice, Cosme, no se le desea la muerte a nadie. —Se levantó, quería retomar el hilo.

—Pero si solo he dicho…

No lo dejó acabar:

—Nada, no has dicho nada, pero no me cambies de tercio. Necesitamos una criada porque en días así, y estando yo de esta manera, no puedo hacer esfuerzos. —Se agarró la barriga por debajo del vientre—. Es urgente que cojamos una.

—Pero ¿no acabamos de contratar a una sirvienta?

—A Praxedis, sí. Pero en esta casa la faena se multiplica, las niñas cada vez necesitan más cosas, yo pronto no podré hacer nada y Martina va desbordada con los guisos. —Sabía que con el embarazo se lo ganaba. Y que eso era lo más efectivo de todo; las necesidades de las niñas, pase, pero el parto de un posible heredero y la cocina eran sagrados.

—Vale, pues que venga una moza.

Praxedis era prima de Francisca «Pastora», de Sant Francesc, y así fue como Joanaina dejó de recoger aceitunas y empezó a trabajar de criada en casa del heredero de Son Crespí. Entonces tenía doce años y le hizo ilusión y pena a partes iguales. Por un lado, no tendría que dormir en el camastro de paja ni pasar frío a la intemperie, pero, por el otro, le daba un poco de miedo tratar con personas nuevas, ahora que ya conocía a todas las recogedoras de Binibassí. En cuanto llegó, el mayordomo, Llorenç, y su tía postiza le enseñaron las habitaciones. Joanaina quedó maravillada al ver aquellas lámparas de araña colgadas de los techos, y las cortinas, las

alfombras y los tapices que decoraban las paredes. Nunca había visto tanto terciopelo junto. De hecho, nunca había visto nada de terciopelo y se le iba la mano a tocarlo. Las chimeneas eran de mármol blanco y cada mañana, después de ventilar las estancias, tenía que encenderlas antes de que los señores se levantaran.

Pero las habitaciones del servicio no tenían nada que ver con la parte señorial: eran minúsculas y apenas si cabían una o dos camas pequeñas pegadas a la pared. A Joanaina le tocó dormir con Praxedis. La cocina fue lo que más le gustó, con aquella chimenea tan grande, las ollas de todas las medidas y un sinfín de utensilios que no había visto nunca. La cocinera la había recibido con recelo porque temía que aquella niña fuera más un estorbo que una ayuda, pero Joanaina se la fue ganando poco a poco. Su inocencia y las preguntas que hacía, sin rastro de malicia, la hacían reírse a carcajadas, y, además, era viva como una cendra y tenía un don para la cocina.

Joanaina también le robó el corazón a Llorenç, el mayordomo, que le enseñó a leer y escribir, y estaba muy orgulloso de ella: siempre decía que la letra no era su punto fuerte, pero que sumando y restando era un hacha y que tenía mucha maña para el dibujo, aunque a esto último no le dedicaban demasiado tiempo porque el mayordomo creía que no le serviría de nada. Estaba equivocado.

Tres meses antes de salir de cuentas, la señora parió a un niño blanquecino y raquítico. No medía más de un palmo. Llamaron a los médicos más reputados de Palma, pero el pequeñín no sobrevivió y la casa se sumió en un duelo que duró años. Cuando Joanaina cumplió los diecisiete, todo cambió: Cinta se volvió a quedar embarazada y, como los médicos les habían quitado toda esperanza de ser padres de nuevo, la familia lo atribuyó a un milagro. La señora hizo ofrecer misas a la madre de Dios de Lucas para que el

embarazo llegara a buen puerto y el señor estuvo a punto de subir al monasterio a pie para que fuera un niño —al final envió al mayordomo cargado de viandas para los monjes y este volvió con los pies hechos un cristo—. Mientras tanto, las ventanas volvieron a abrirse, las hijas de Son Crespí bordaron sábanas y vestiditos para su futuro hermano y ordenaron limpiar hasta el último rincón de la casa. Precisamente limpiando, haciendo equilibrios encima de una silla para descolgar las cortinas de la habitación principal, Praxedis se cayó y se rompió la cadera. Tuvo que dejar de trabajar y Joanaina pasó a ocupar su puesto. Además de hacer la faena, tenía que satisfacer las necesidades de las hijas de la casa. Apol·lònia era malvada y le hacía repetir las cosas una y otra vez por mera diversión. Cuando al cabo de unos meses se casó en «la península», Joanaina suspiró, porque Coloma era un trozo de pan y, como tenía su misma edad, se escapaban juntas a pasear a escondidas. Joanaina siempre se negaba, pero la hija pequeña del señor le decía: «¿Quién manda en esta casa?». Y la otra respondía: «La señora Coloma, que, aunque tiene alas, no vuela como una paloma». Y se echaban a reír y se iban. Joanaina no se habría imaginado nunca que un recién llegado lo estropearía todo y la marcaría de por vida.

Anton, el hermano de Cosme, llegó a casa de los señores después de fundírselo todo en Cuba. La primera vez que lo vieron, a Joanaina y a Coloma les sorprendió su forma de vestir, con pantalones y camisa blancos, la perilla y aquel bigote repeinado. La sobrina pensó que era el hombre más guapo que había visto en su vida y enseguida se encaprichó de él. Él la invitaba a pasear y le contaba aventuras de La Habana para impresionarla, todas inventadas. Cuando se hubo ganado su admiración, le empezó a hacer preguntas sobre la criadita: que si de dónde era, que si dónde

dormía, que si estaba prometida, y Coloma respondía de cualquier manera y volvía a casa con el morro torcido, enfadada con la criada. Joanaina, como sabía la devoción que su amiga sentía por el señorito, empezó a callarse cosas, como que cada vez que la veía le clavaba la mirada en los pechos y se relamía los labios, lo que la incomodaba.

Anton se fijó enseguida en aquella criada menuda que era como una chispa, toda nervio, y la perseguía con la idea de que debía de tener las nalgas prietas y los pechos tersos, todo virgen. Al poco no le bastó con mirarla de arriba abajo, sino que la perseguía por las habitaciones y, cuando estaba sola, la ponía contra la pared e intentaba meterle la mano por debajo de la falda. Joanaina se escapaba de él como podía y bajaba a la cocina, al refugio de Martina, donde respiraba tranquila. Un día, cansada de que aquel hombre la persiguiera por toda la casa, se sinceró con Coloma:

—Tu tío hace cosas raras.

—¿A qué te refieres con cosas raras?

—Es como si jugara al escondite y, cuando me encuentra, me tira su aliento de puro y me quiere ver las enaguas. No me gusta.

Coloma se echó a reír.

—¡Eso de que te persigue será en sueños! Qué más querrías tú, que un hombre tan guapo como mi tío te anduviera detrás, si puede tener a todas las que quiera. —Y empezó a caminar de un lado para otro de puntillas—. Cuando salimos a pasear, todas las muchachas lo miran y parecen unas desvergonzadas, pero es tan guapo que no se pueden resistir. El otro día, la hija de Sebastiana Rancana fingió que tropezaba con él para que la saludara, pero él dice que cuando está conmigo no tiene ojos para ninguna otra mujer. —Y dio dos vueltas de puntillas, con las manos en el pecho.

Lo que no sabía aquella adolescente era que su tío quedaba con todas las del paseo y las que no eran del paseo. En tres días ya lo conocían en todas las tabernas, casinos y burdeles de la ciudad y los alrededores.

—Pero ¿a ti no intenta verte las enaguas? —le preguntó Joanaina con curiosidad.

—¡Va, no digas tonterías! ¿Tú te has mirado alguna vez? —Tiró de ella hasta el espejo con el marco dorado que Joanaina limpiaba cada día y la agarró de un hombro con una mano mientras, con la otra, le sujetaba la barbilla—. ¿Es que no ves que tienes los ojos de rata? —Joanaina intentó apartarse, pero Coloma se mantuvo firme —. No, no, ¡mira, mira qué nariz! —Y le giró la cara de perfil—. ¡Si se podría colgar de ella una lámpara de aceite! —La apartó de un empujón—. Quizá deberías hacerle caso a la cocinera, a Martina, y pasar más tiempo con el servicio, porque me parece que mi tío te ha nublado la razón.

Se dio media vuelta y, tras dar unos pasos, se volvió y añadió:

—Y si te atreves a hablarles de esta tontería a mis padres, seré yo quien te saque de aquí con cajas destempladas.

Calló, una vez más. Sofocada por la vergüenza, le pidió a la cocinera que la reclamara de ayudante, pero la señora Cinta se negó porque «ahora que lo sabe hacer todo, no podemos dejarla ir». Ante la negativa, Joanaina averiguaba siempre dónde estaba el señorito y se iba a hacer la faena a la otra punta de la casa, hasta que un día él la pilló en el desván.

Anton cerró la puerta, empujó a la criada hasta que cayó en la cama bocarriba, le levantó las enaguas y empezó a restregarse contra ella. Joanaina, petrificada, se puso a rezar mentalmente. Él se bajó los pantalones, ni siquiera se los quitó, y se tumbó encima de ella. Mientras la criada, inmóvil, cerraba los ojos con fuerza, el

señorito le mordisqueaba el cuello y le agarraba los pechos. Joanaina notó una cosa fuerte, como un guijarro del río, que le rozaba el muslo y se murió de miedo pensando que era un cuchillo, pero cuando él se lo hizo tocar, se dio cuenta de que era un palo grueso como una mano de mortero. De lejos, se oyeron pasos en el pasillo que daba a la escalera. Anton le tapó la boca y empezó a moverse muy rápido, arriba y abajo, un buen rato, hasta que ella notó un líquido caliente en el muslo. Entonces el señorito se levantó, se subió los pantalones, se echó el pelo hacia atrás con ambas manos y se fue.

Joanaina no se atrevía a moverse, se tocó el muslo y notó aquella especie de baba de caracol, más espesa, pero no se atrevió a mirarla. Pasaron dos horas hasta que la cocinera la encontró, tumbada, con las faldas por debajo de la barbilla y el llanto atrapado en el pecho. No se dijeron ni pío, solo la meció:

—Llora todo lo que tengas que llorar.

Pero a la muchacha las lágrimas se le habían atravesado en la garganta. No denunció los hechos porque uno no puede denunciar lo que no sabe que no se merece. Pero a partir de aquel día, siempre que podía se quedaba en la cocina. Se levantaba muy temprano, y al principio solo mataba a los conejos y desplumaba a las gallinas, furiosa, para desquitarse del dolor. Más adelante se atrevió con los dulces. Preparaba bizcochos de huevos cocidos, leche y azúcar para que el servicio también desayunase y se inventaba mermeladas que la transportaban a otro mundo. La primera mañana que las hizo, la cocinera se le acercó muy rápido, decidida a echarle una reprimenda y enviarla a descansar, pero cuando la vio sonriendo mientras removía la olla reculó.

Un sábado, Martina la convenció para salir a pasear. Joanaina pensó que irían a buscar a algunas criadas de los alrededores y

después se quedarían echando la tarde detrás del Borne para espiar a las mujeres más elegantes de la ciudad y sacarles todos los trapos sucios, como solían hacer. Pero aquel día no fue eso lo que pasó. Caminaron mucho más allá del paseo, hasta dejar atrás la ciudad y llegar a un pinar. La cocinera le hizo recoger romero, hierbabuena y muchas otras plantas, que fueron dejando dentro de un hatillo. Al regresar a casa, las esparcieron sobre la mesa de la cocina y la cocinera le fue explicando las propiedades de cada una. Le enseñó que el romero iba bien para las enfermedades respiratorias; la manzanilla, para las náuseas; el tomillo, para el mal de mujeres, y el toronjil, para el insomnio. Joanaina intentaba memorizarlo todo y, de vez en cuando, le hacía repetir algo, porque la cocinera hablaba tan rápido que ni respiraba. Solo se detuvo a coger aire cuando le quedó una rama solitaria en medio de la mesa. Se puso seria:

—Y ahora quiero que estés muy atenta.

Joanaina asintió con la cabeza y observó aquella rama con florecillas rosas.

—Grábate esta planta en el cerebro. Es adelfa. Yo tenía tu edad cuando me la mostró mi madre. —Joanaina volvió a asentir—. Huélela y memoriza bien su olor. —Joanaina se acercó e inspiró—. Ahora voy a enseñarte a hacer una infusión milagrosa.

Llegó el verano y Cosme, Coloma y sus tías viajaron a Valencia para visitar a Apol·lònia; Cinta, que estaba de seis meses, se trasladó a casa de su madre mientras esperaba el parto. Anton se hizo «el amo y señor del alcachofar», según decía, y aquellas semanas el palacete se convirtió en una casa de citas. Cada tarde se reunían allí decenas de personas para jugar, beber y bailar. A menudo, ni él mismo recordaba quiénes eran ni cuándo las había invitado, pero daba lo mismo, todos entraban y acababan a altas horas de la madrugada.

La víspera de que su hermano regresara de viaje, Anton le pidió a Martina que preparara una cena de gala:

—Es la última juerga, y tiene que ser sonada —le repitió varias veces.

Comieron arroz caldoso, lampuga con pimiento rojo, codornices rellenas y cremadillos, y dieron cuenta de todos los licores y las cajas de puros de la casa. A las cuatro de la madrugada, Anton empezó a susurrarle a la oreja a una joven con rizos pelirrojos que se reía escandalosamente con la vista en el techo, la agarró por la cintura y subieron a la habitación. La cocinera se hizo la encontradiza con el señorito en el pasillo.

—¿Ha ido bien la cena? —se interesó.

—De maravilla, Martina, ¡eres una bendición del cielo! Todo el mundo ha quedado hechizado con tu comida. Estaba todo de rechupete.

—Me alegro. —Se agarró una punta del delantal y se la trabó en la cintura—. Bien, pues si no necesitan nada más, con su permiso, voy a retirarme y a tomarme una infusión, que me ha dado dolor de cabeza.

Anton la agarró por la cintura para levantarla en volandas, pero, entre que había bebido y que Martina era maciza, no logró alzarla más de un par de centímetros; al soltarla, él se tambaleó y tuvo que apoyarse en la pared. Ella aprovechó la ocasión:

—Me parece que le sentaría muy bien una taza de la tisana que he preparado —mintió—. Lleva romero, que va bien para la gota, y —se aclaró la garganta y bajó el tono de voz— dicen que da cierta vigorosidad.

Se arrepintió de esto último, temía que el señorito se ofendiera, pero a Anton se le salieron los ojos de las órbitas:

—¡Martina, a ti hay que hacerte un monumento!

La agarró del brazo para dirigirse a la cocina, y ella le sirvió una buena taza de la infusión que reposaba en el caldero. Mientras el señorito se la bebía, apoyado en la jamba de la puerta, la cocinera le dio un puntapié a un cubo lleno de flores rosas y lo metió bajo el fregadero. Reía por dentro, pensando que aunque le hubiera dado matarratas, aquel necio se lo habría bebido con los ojos cerrados.

Al día siguiente por la mañana, la amiga de Anton se despertó con el pelo pringoso. No sabía muy bien dónde estaba, descorrió las cortinas y, al ver a Anton inmóvil en la cama, en medio de un charco de vómito, se vistió en un abrir y cerrar de ojos y salió por la puerta del servicio como alma que lleva el diablo. Martina ni siquiera tuvo tiempo de preguntarle qué pasaba. Esperó, paciente, a oír los gritos de la criada, que al cabo de una hora alertaron a todo el mundo de que el señorito estaba muerto.

Aquello trajo cola. Cuando Cosme Pinya regresó, removió cielo y tierra para averiguar qué había sucedido. Pagó a la policía para que investigara y contrató a un detective. La información que recogió fue siempre la misma: Anton bebía, comía, fumaba, se drogaba, frecuentaba locales de dudosa reputación y, cuando se le acababa el dinero, se iba al muelle de Palma y solo Dios sabía qué hacía allí para conseguir efectivo. Avergonzado, el señor Pinya aceptó el diagnóstico del médico, un hombre recto y de misa, que determinó que su hermano había muerto de un ataque al corazón provocado por la gota que sufría y que se había agravado por la vida disoluta que llevaba.

5

MARGOTA

Después de quince días en Mallorca, Margot todavía no había hecho ninguna fotografía. Había aplazado el momento de ponerse a pensar en ello con el pretexto de que había que arreglar el corral y el jardín, porque cuando hacía unos años había reformado la casa lo había dejado «para más adelante». Los dos naranjos y el limonero estaban perfectos, pero tuvo que desmochar los granados y el níspero bajo la supervisión de su vecina, Francina, que desde el accidente era como una madre. Tenía la extraña fijación de que no cavara muy hondo para no dañar las raíces de los árboles y le había hecho plantar las alcaparras en la otra punta del jardín. Margot continuó con las malas hierbas, cortó las hojas secas de las dos plantas de aloe y plantó rosales en contra del parecer de la vecina: «Las rosas necesitan atención y me parece que tú no tendrás tanta paciencia». Después limpió el horno de leña, amontonando bien las ramas y los troncos para hacer la fogata, y llevó al punto verde las tres jaulas donde antes había conejos, palomas y gallinas. «Nunca se sabe cuándo te pueden ir bien unos huevos caseros, y ahora dicen que hay unas gallinas que ponen unos huevos negros que son pura canela en rama», le criticó Francina. Margot pidió presupuesto para poner un emparrado en el muro de piedra arenisca que separaba su jardín del patio contiguo, cosa que a la vecina también le pareció exagerada. «Yo qué sé, ¿y si en verano me da por tomar el sol en pelotas?», se

defendió Margot, harta de los peros de aquella mujer a la remodelación del jardín. Por último, y sin compartirlo con nadie, hizo demoler el antiguo excusado y en su lugar proyectó una ducha exterior.

La casa resplandecía porque de día se quitaba los nervios limpiando, menos el desván, donde había demasiados recuerdos. Había clasificado los camisones, los manteles y las sábanas de su abuela y había llevado todas las prendas bordadas que amarilleaban a una tintorería para que les devolvieran su estado anterior: «Son una maravilla y no quiero que se pierdan». Cada día salía a correr a las seis de la mañana, comía a la una e iba al bar a tomar el café enseguida. Y evitaba a Tomeu. Todavía le venían flashes de la noche de Fin de Año, aún tenía remordimientos por si algún vecino los había visto entrar en casa, y rezaba por no salir en ninguna fotografía del Instagram de nadie. «No, no, no». Aquel día, el que hacía diez, cuando se dio cuenta de que estaba recorriendo su casa de un lado a otro como si estuviera enjaulada, decidió afrontar el presente:

«Tomeu, espero que estés bien. Te escribo porque querría que el episodio de Fin de Año no enturbie nuestra relación y podamos seguir echándonos unas risas en el Cèntric cuando nos encontremos, ya que voy a quedarme una temporada en Sant Francesc. También te ruego que no le cuentes a nadie lo que pasó. De hecho: ¿pasó algo? Gracias».

El profesor de batería respondió al whatsapp enseguida:

«Tranquila, que no pasó nada y soy una tumba. Tu reputación no caerá en picado. No te preocupes. De hecho, no creo que nos veamos mucho por el Cèntric porque mañana me voy a Londres, como te dije. Igual nos vemos en Pascua o en verano».

Margot sacudió los puños a la altura del pecho en señal de victoria y se vio con fuerzas para leer los mensajes que Aldo le había enviado los dos últimos días y que había archivado:

«Te recuerdo que tienes cosas en casa y que esto no es un trastero. Si me dices dónde estás, te lo envío».

«No entiendo nada, Margot, ¿me puedes contestar?».

«¿Se puede saber dónde te has metido? Lo que me has hecho es una salvajada. No te quiero ver nunca más».

«Dime dónde tengo que enviarte tus mierdas».

Margot respiró hondo y decidió escribir la respuesta primero en las notas y después copiarla en un whatsapp para que él no pudiera ver que empezaba a escribir y se paraba, que escribía y se paraba.

«Estoy de viaje. De mis cosas, solo quiero el espejo de anticuario, el cuadro rosa y las dos litografías. Enviaré a alguien a buscarlo».

Archivó la conversación con las manos temblorosas y bebió tres tragos de agua porque su abuela siempre le decía que era el mejor tranquilizante después de un susto. Con el corazón a cien, Margot subió a su habitación y, aunque ya había salido a correr a primera hora de la mañana, abrió el cajón de la ropa de deporte y cogió la prenda que quedaba más arriba de cada pila: mallas negras, camiseta fucsia y cortavientos blanco. Se calzó las zapatillas Asics negras y fucsias y agarró la riñonera para el móvil y los AirPods.

En lugar de ir cuesta abajo, como solía hacer por las mañanas, porque era la manera más rápida de salir del pueblo, subió hacia el pinar que coronaba la colina. Las Gatas tenían razón: eran las cinco de la tarde y no había ni un alma en la calle. Cuando tomó el primer camino sin asfaltar exhalaba vaho y se subió la braga hasta debajo de la nariz. Sonaba «Wet Dream». Inconscientemente, adaptó el ritmo, empezó a respirar más seguido y percibió el olor a tierra

húmeda. Se vio de pequeña, haciendo aquel mismo recorrido con su padre para ir a buscar musgo para el belén. Dejó el camino y se adentró en el pinar. Con cada pisada, se hundía en la hojarasca. Pensó que había acertado quedándose unos meses en Sant Francesc. Cuando las matas empezaron a invadir el sendero y los pinos se hicieron más espesos, dio media vuelta porque ya había oscurecido. Se detuvo para recuperar el aliento y aprovechó para subir una foto a la galería de Instagram.

Por culpa de eso no vio que Margalida Morgana subía en dirección contraria y levantaba el brazo para saludarla: «Mierda, ahora no puedo dar media vuelta». Se encontraron delante de la iglesia.

—Ey, ¡qué tal! ¿Estás por aquí? —le preguntó Morgana con un tono exagerado.

«No. Soy una entidad del metaverso», estuvo a punto de contestarle Margot, pero pensó que, si pensaba quedarse unos meses en el pueblo, le convenía quedar bien.

—Sí. Vine para Fin de Año y me quedo una temporadita.

—Me lo dijo Matarina y no me la creí, porque a ti nunca te ha gustado Sant Francesc.

«El pueblo está bien, lo que no me gusta es la gente como tú», pensó, pero no lo dijo.

—Mujer, no es que no me guste, es que por trabajo me va mejor vivir fuera, pero nunca he dejado de venir.

—Ya, eso también es verdad. —Le sonó el teléfono y Margot rogó al cielo que descolgara y se terminara la conversación, pero Morgana colgó y lo puso en silencio—. Es Marc, que parece que no puede hacer nada sin mí. Lo conoces, ¿no? Marc es mi marido.

«Sí, conozco a Marc, que había sido una estrella del fútbol; sí, sí, todos lo sabemos», se dijo mentalmente.

—Ya lo llamaré después. —Morgana guardó el teléfono en la bolsa—. ¿Tú qué hacías? Pintabas o hacías esculturas o algo así, ¿no?

—No. Soy fotógrafa. —Y sacó un pañuelo para enjugarse el sudor de la frente y para ocultar la cara de irritación.

—¡Anda! —Apretó los ojos y se llevó el índice a los labios, como si pensara—. Siempre había pensado que eras artista.

—Ya ves, a cualquier cosa le llaman arte. —No pudo seguir disimulando el tono sarcástico.

—Uy, no te ofendas, soy yo, que no me entero de estas cosas. Hace años que no voy a una exposición.

Margot estuvo a punto de decirle que lo hiciera, que quizá le iría bien para ampliar horizontes, pero se calló.

—¿Y tú? ¿Qué es de tu vida?

—Yo, como sabes, estudié matemáticas. —Margot estuvo tentada de responderle que no tenía ni idea, pero se volvió a morder la lengua—. Doy clases en la Universidad de las Islas Baleares, pero viajo mucho al extranjero. El año pasado hice un seminario en la Universidad de Berkeley y les gustó tanto que me ofrecieron trabajo, pero lo rechacé porque mudarnos todos allí era un follón. Y eso que Marc habría podido pedir una excedencia y venir sin trabajar, porque a mí me habrían pagado una morterada.

—Bueno, pues nada, me alegro de haberte visto —respondió para zanjar la conversación.

Pero Margalida Morgana continuó:

—¿Y tu novio no ha venido? Porque salías con un chico alto, ¿verdad? ¿No se llamaba Albert?

—Se llama Aldo.

—¡Ah, eso! Sí, sí, tengo tantas cosas en la cabeza que las superfluas se me olvidan. Sí, de hecho, hace ya tiempo, no recuerdo

cuándo, me lo encontré de tardeo un día en el Cèntric y me dijo que no habías podido ir. —Fue como un puñetazo en el estómago—. Y ahora recuerdo que me contó que sus padres le habían puesto Aldo porque eran fans de *Un mundo feliz* de Aldous Huxley.

Margot intentó cortar en seco aquella escenificación:

—Pues ya no estamos juntos. —Levantó las palmas de las manos para frenar cualquier comentario—. No pasa nada, es-tá superado —mintió—, y ahora me voy, que, con el sudor, esta humedad no me va nada bien, a ver si voy a pillar un resfriado.

—Sí, esta puñetera humedad es peligrosa —volvió a exagerar—. A ver si quedamos y nos ponemos al día, ¿no?

Margot pensó que antes se citaría con el demonio y apretó el paso hacia casa. Cuando llegó al corral le dio un puntapié a un cubo vacío que había quedado por en medio. Odiaba a Morgana. La odiaba desde el día que había llegado a la escuela, con su vestido rosa y su melena dorada hasta la cintura. Era el primer día de EGB, todos estaban emocionados porque cambiaban de las monjas al colegio de los mayores y los hicieron esperar, formados en el patio, hasta que el resto de los cursos hubieron entrado. Entonces les enseñaron dónde estaban el gimnasio, el invernadero, el comedor y, por último, su aula. Allí, la tutora les presentó a una niña nueva, Margalida Morgana, que venía de Palma. Ella misma les explicó que su familia se había mudado a Sant Francesc porque la empresa de distribución de golosinas donde trabajaba su padre había cerrado y había encontrado trabajo en la gasolinera de las afueras del pueblo. Lo que no dijo es que antes de que cerrara, Miquel Morgana había llenado la furgoneta con lotes de todos los productos que repartían, entre ellos, una docena de cajas de caramelos PEZ, de aquellos que tenían un dispensador con cabeza de animal. Aquella golosina convirtió a «la nueva» en la reina del patio, porque cada día le

regalaba caramelos a quien le había caído mejor: «Hoy la persona que mejor me ha caído es…», y agitaba un tubo cuadrado de PEZ como si fuera una varita mágica hasta que señalaba a alguien y se lo regalaba. Margot, que entonces se llamaba Margalida, y Catalina nunca participaron de aquel juego, primero porque les daba rabia aquella cursi remilgada, y segundo porque preferían una rebanada de pan con sobrasada que aquellos caramelos harinosos.

La cosa no habría pasado de ahí si «la nueva» no se hubiera obcecado en ponerles un sobrenombre a las cinco Margalidas que había en clase, incluida ella.

—Yo seré Lida, tú Marga, tú Magalí, tú Margalida y tú… —dijo repasando a Margot de arriba abajo—, tú serás Margota.

Margota porque tenía el pelo rizado y rebelde, pecas por toda la cara, los mofletes inflados y sonrojados y unos muslos que le rozaban por la cara interior. Margota porque heredaba la ropa de su hermana, porque a finales de verano, si los pies le habían crecido, le cortaban la punta de las sandalias de plástico, porque los zapatos le iban grandes o pequeños, y los chándales siempre tenían parches en las rodillas. Margota porque no merendaba un panecillo individual sino dos rebanadas de pan con sobrasada en medio, y muchas veces con aceite y tomate y sin nada más. Y de no haber sido por Morgana, nunca se habría dado cuenta de nada de eso.

Aquella noche, cuando su madre le estaba desenredando su endemoniado pelo, rompió a llorar y le pidió que hablara con los maestros porque ella no quería ser Margota. En vez de eso, su madre le sugirió que arreglara el problema ella misma por la vía diplomática:

—Tú dile que ese nombre no te gusta, que quieres que te llamen Margalida. Si lo haces con educación, te hará caso.

Al día siguiente intentó hablar con Morgana, pero era como una Nancy, siempre tenía un círculo de niñas a su alrededor y era imposible acercarse a ella. Cuando Morgana la vio empezó a increparla:

—¡Eh, Margota! ¿Quieres venir a jugar a las gomas a la salida? —En aquel entonces, Margot era torpe—. Ay, no, que con esos muslos seguro que te enredas y tendremos que cortar la goma para rescatarte.

»¿Sabéis por qué en la tienda ya no quedan Bollycaos? ¡Porque Margota se los ha comido todos! —Ella, que se moría por comerse uno entero y no solo por darle un mordisco al que a veces llevaba Catalina.

»¡Margota, Margota, da una vuelta y levanta la piernota!

Y ella dio media vuelta una y otra vez hasta que hizo ver que aquel nombre, que la devastaba, no le afectaba. Tenía la esperanza de que se olvidarían de él, pero pasó todo lo contrario: a los maestros les iba bien tener nombres diferenciadores y, al cabo de unas semanas, hasta los padres de sus amigas y el suyo propio la llamaban Margota.

Margot había revivido aquel momento una y otra vez durante cuarenta años y siempre se imaginaba lo mismo: que agarraba a la estúpida de Lida por una trenza y le tiraba de ella hasta que le hacía rectificar.

Se fue a la ducha para quitarse aquellos pensamientos de la cabeza y después les envió un mensaje a las Gatas preguntándoles si les apetecía ir a tomar algo al Cèntric. Andreva tenía que hacer la cena para toda la familia porque Toni llegaba tarde; Olga estaba preparando un juicio para el día siguiente y Catalina respondió que podía quedar al cabo de media hora.

—Así que te has encontrado a Morgana. No te preocupes, que el otro día hizo como si no conociera a Olga.

—¡Qué dices!

—Lo que oyes. Se ve que se encontraron en el tren y le preguntó si era ella o su hermana. ¿Tú crees que no las diferencia? ¡Venga ya, hombre! Lo hace para hacerse la interesante.

—Calla, calla, que me ha dado la lata con una universidad americana que la quería contratar.

—No te creas nada, esa no ha ido nunca a Estados Unidos. ¡Qué narices! Si lo más lejos que debe de haber ido es a la península. ¿Y qué más te ha dicho?

—Además de dejarme claro que la fotografía no es arte, me ha echado en cara aquel tardeo de hace unos años al que yo no pude ir porque tenía trabajo y se presentó Aldo solo. Me ha dicho que hablaron un rato.

Catalina le restó importancia:

—Chica, eso no es ninguna novedad. Aldo hablaba con todo el mundo.

Miquel, que iba y venía detrás de la barra, se les acercó:

—¿Todo bien por aquí? —Y Margot respondió alzando la copa de cerveza para que les pusiera otra ronda—. Por cierto, ¿qué es eso que has colgado en Instagram?

—¡Ah! Nada, una foto de una exposición de una colega mía que está en Ámsterdam y que visité hace unos meses.

—¿Y no has colgado la foto hasta ahora? —Catalina intuía que su amiga les ocultaba algo.

—Entonces me olvidé —mintió Margot—, y como la exposición aún está abierta, sirve igual de promoción. Por cierto —quería cambiar de tema—, ¿quién es ese de la terraza con el sombrero de paja y una pipa? Él sí que se merece una foto en Instagram.

—Uy, me parece que es un poco bohemio. Miquel —se dirigió al camarero, e hizo un gesto con la cabeza hacia la derecha para señalarlo—, ¿de dónde ha salido ese?

En aquel momento entró Matarina, que cada día cenaba más pronto para pillar a todos los cafeteros de la tarde. Miquel le hizo una señal para que se acercara a la barra:

—¿Ese del sombrero de paja es el que está en la casa cerca del pozo de Son Costals?

—Sí. —Matarina se volvió hacia ellas—. Es el bisnieto de Son Crespí. Vivía en la península, pero ahora se ha instalado aquí y dice que es pintor.

—¡Mira tú por dónde! ¡Hablando de artistas! Quizá se lo tendríamos que presentar a Morgana, que quiere conocer a uno —soltó Catalina, y Margot se echó a reír—. Nada, Bàrbara, cosas nuestras. Perdona, que te he cortado.

—No sé mucho, solo que tiene la casa llena de lienzos y caballetes, y que sus cuadros se cotizan muy bien. Eso sí, se ve que, si no le gusta lo que ha pintado, no tiene manías y lo tira al contenedor.

—Pues aquí lo va a tener jodido, con la recogida selectiva. ¿Qué día lo sacará a la puerta? ¿El de la fracción resto? —Catalina se echó a reír ella sola.

—Tendrá que ir al punto verde —intervino Miquel—. De todos modos, si fuera tan bueno, no habría venido a caer muerto aquí. ¿O no?

—Y que lo digas —respondió Matarina—. Esto es como un hoyo: solo vienen a parar aquí los que ya no pueden caer más bajo. —Y con esa sentencia dio la conversación por zanjada—. Miquel, ¿me puedes traer el cortadito de hierbas a la mesa del truque?

Y fue a sentarse con tres jubilados que hacía un momento habían colocado el tapete verde de felpa y estaban barajando los naipes para empezar la partida.

—Los va a desplumar a todos —vaticinó Miquel.

—Por cierto, ¿cómo está tu hermana? Hace tiempo que no la veo —le preguntó Margot, cambiando de tema.

Pilar tenía seis años más que Miquel y detestaba hacer de camarera en el bar familiar. Sus padres la obligaban a ir los fines de semana y ella obedecía, pero enfurruñada y con malas caras. Solo quería estar detrás de la barra para hacer experimentos con los refrescos y la lejía, o para acercar una cerilla a un vaso lleno de licor para que prendiera, y les dio más de un susto. Ya estudiaba en la universidad cuando se inventó un chupito de Tia Maria para tener la excusa de quemar alcohol y que saliera una llamarada. Fue todo un éxito, pero su madre lo atajó en seco por miedo a que, además de los chupitos, se incendiara todo el bar. «Ya te puede salir un buen empleo, con eso que estudias, porque, si no, nos vas a arruinar el negocio». La mujer no entendía qué hacía su hija estudiando Química, pero le gustaba poderle dar una carrera. «¡Dice que repasa mezclas!». Y todos se mofaban: «Si, unas buenas mezclas debe repasar, ¡pero de licor!». Y ella capeaba y remataba: «¡Si son de esas, se las puedo enseñar yo!».

Pilar se especializó en biotecnología, que era lo que había ido a estudiar a Barcelona, y, al sacar una de las mejores notas de la facultad, enseguida la contrataron en una empresa catalana puntera en investigación de plasma. Ella prefirió trasladarse a una sede que tenían en Hasseldorf antes que dirigir una división en Cataluña. Cuanto más lejos del Cèntric, mejor. Mientras sus padres vivieron, volvía a Sant Francesc por Navidad o Fin de Año, pero desde que no

estaban evitaba las épocas de fiestas para no tener que hacer horas detrás de la barra. Aquella Navidad ni siquiera había telefoneado.

—¡No ha tenido tiempo ni para hacer una videollamada! —les dijo Miquel a las dos Gatas—. ¡Estará muy ocupada…! Quedamos en que nos conectaríamos en Navidad para que conociera a su ahijado y ¿a ti te ha llamado? —Miró a Margot, que negó con la cabeza—. Pues a mí tampoco.

Se rieron los tres, pero enseguida el camarero se puso serio:

—Desde que murió mi padre tengo una sensación de vacío que no sé explicar. Es como si ahora ya no me quedaran referentes, ¿sabéis? Y eso que, al final, tenía la cabeza perdida; pero, como mínimo, había alguien por encima, ahora ya nos toca a nosotros. —Meneó la cabeza para ahuyentar ese pensamiento—. Pero ¿qué le vamos a hacer? ¡Es ley de vida!

Con uno de sus movimientos rápidos, atravesó la cortina de tela que separaba la barra de la cocina y volvió a salir con el anorak puesto y un cesto de esparto colgado.

—Bueno, me voy a buscar la cena, que, si no, hoy no veo al niño. Enseguida vuelvo.

Al medio año de nacer su hijo, Miquel empezó a ir a cenar a su casa: «No puede ser que el crío solo me vea en el bar». Así que, por primera vez, en el Cèntric se había contratado a un camarero, que cubría tres horas por la noche y hacía de refuerzo los festivos. Era un chico joven que estudiaba Historia en la universidad y aquellos días se había pedido fiesta porque tenía exámenes.

—¿Qué queréis? ¿Que suspenda por mi culpa? —se defendió Miquel cuando Margot y Catalina lo riñeron—. Venga, me voy. Si no queréis nada, vuelvo en diez minutos.

—Lo de este hombre no se paga con dinero —dijo Margot cuando se hubo ido.

—Es un trozo de pan.

6

NOCHE DE BODAS

—¡Con ese alarido, tiene que ser un niño a la fuerza! —vaticinó Cosme Pinya a sus hermanas cuando le llegó el llanto de la criatura recién nacida.

Se bebió la tercera copa de brandi de un solo trago y fue corriendo a la habitación. Se encontró a Cinta tumbada en la cama, llorando. Sobraban las palabras. Cosme dio media vuelta y salió sin conocer a su tercera hija. Vagó sin rumbo por la ciudad y, cuando se cansó de preguntarse por qué su mujer era incapaz de parir a un macho, entró en la primera taberna que vio y siguió bebiendo brandi en la barra, solo. El camarero lo miraba, porque aquella fisonomía le sonaba de algo, pero no sabía de qué. Cuando se lo preguntó, Cosme se dirigió a la sala llena de clientes y exclamó:

—¡Señoras y señores! —Levantó los dos brazos como si hubiera ganado una carrera—. Soy el hermano de Anton Pinya, ¡una ronda para todos! —Y se volvió como un torero.

Los clientes respondieron con aplausos y una ovación de «¡viva Pinya!», pero aquel grito, en lugar de animarlo, lo hundió: sin heredero, no solo se perderían sus posesiones, sino además su linaje, y bebió hasta caer inconsciente. Al día siguiente se despertó en una cama desconocida de una pensión de mala muerte, y la mujer que lo había arrastrado hasta allí ya no estaba.

Tomasseta de Vallremosa tenía veinticinco años, era prostituta y estaba casada con un joven agricultor, vecino suyo de toda la vida. Cada lunes, cuando su marido se iba a trabajar, ella rezaba dos padrenuestros para que no descubriera nunca la doble vida que llevaba: «Si no lo haces por mí, Dios mío, hazlo por Jaumet, que se moriría del disgusto», rogaba. Jaumet pensaba que su mujer trabajaba cada noche en la fábrica de lanas de Can Ribas, en el barrio de la Soledat, en Palma. El vallremosino también estaba convencido de que de lunes a viernes su mujer dormía en casa de una prima. Y es cierto que iba a esa casa, pero de madrugada, cuando acababa de trabajar, porque, por muy parientas que fueran, la de Palma le cobraba un buen pico cada vez que llevaba a un hombre, así que prefería llevárselos a un hostal o arriesgarse a ir a casa de ellos.

La noche que Cosme Pinya entró en la taberna, Tomasseta bebía y lloraba la muerte de su último amante fijo y sospechó que aquel hombre sería fácil de engatusar. De hecho, fue el cliente más solícito y generoso que tuvo nunca. Y también el último.

Los días siguientes al nacimiento de su hija, Cosme no lograba quitarse de la cabeza a aquella mujer de melena pelirroja por más que se esforzaba. Cada día iba a misa, se confesaba y después se encerraba en el despacho e intentaba concentrarse en la lectura. Se repetía una y otra vez que no volvería a hacerlo, pero soñaba con ella cada noche y le parecía verla en todas partes. Hasta que una tarde, desesperado, volvió a la taberna: «Solo una vez más, la última». Al cabo de unas horas no solo se había acostado con Tomasseta, sino que había perdido el reloj de oro de su padre y dos terrenos jugando al siete y medio. Cada vez que perdía gritaba: «¡Para que se lo pula otro, me lo pulo yo!», pagaba otra ronda y pedía más cartas a la banca.

Con el paso del tiempo, medio arruinado y enamorado de la prostituta, sus hijas y su mujer empezaron a molestarle, así que se propuso casar a Coloma. A esta, enamorada como estaba de su difunto tío, no acababa de gustarle ningún pretendiente, pero cuando su padre la amenazó con encerrarla en un convento, consintió. Al cabo de cuatro años, las hermanas de Cosme, las únicas que más o menos lo mantenían a raya, habían muerto y él no tardó en dilapidar buena parte de su patrimonio invitando a rondas, jugando a cartas y haciendo malas inversiones.

Cinta fingía que no pasaba nada y llegó a creerse su propia fantasía: que Cosme se iba a Sant Francesc para ocuparse de las propiedades, que por eso dormía tantas noches fuera de casa y llegaba cansado y de mal humor. Las pocas veces que le había pedido algo para las niñas, se había puesto hecho un basilisco y le había contestado que era una mantenida y que ni siquiera había sabido parir a un macho. Así que cuando Cinta lo oía llegar, se encerraba en su habitación. Apenas comía, y cuando les cortaron la luz, como hacía meses que el señor no pasaba por casa, ordenó a Joanaina, la única criada que quedaba, que encendiera velas por toda la casa. Con aquella iluminación, la pequeña Sebastiana llegó a dudar de si era un fantasma. Vagaba por la casa desierta sin hablar con nadie, a menudo se pellizcaba o se quemaba con las decenas de velas que había por toda aquella casona para notar algo y le montaba rabietas por cualquier nimiedad a Joanaina.

Pero lo peor todavía estaba por llegar.

De un día para otro, Tomasseta desapareció. Por fin se había quedado embarazada, Jaumet estaba pletórico y ella decidió dejar la vida nocturna para ocuparse de su hijo, que era idéntico a su padre. Al cabo de dos años, una mañana de primavera, se tropezó con Cosme Pinya en el paseo del Borne. Tomasseta se hizo la despistada

y giró sobre sus talones, pero él le tiró de un brazo y cuando se vio reflejado en la cara del pequeño, con los mismos ojos verdes y la misma mancha en la mejilla, acabó de trastornarse. Corrió a su casa, agarró a Cinta, la empujó contra la pared y le levantó el camisón, que ella no se quitaba en todo el día: «Vas a darme un heredero, lo quieras o no».

Se estaba desabrochando los pantalones cuando entró Joanaina con una tisana que la señora le había pedido; intentó retroceder, pero el señor se abalanzó sobre ella, la derribó en el suelo derramándole toda la infusión por encima y se fue gritando: «¡Me lo fundiré todo, os juro que me lo fundiré todo!». Cinta ayudó a la criada a levantarse y, entre lágrimas, le recomendó que se fuera: «Vete, chiquilla, vete de esta casa o perderás la cabeza como nosotros».

Al día siguiente, Joanaina le pidió permiso a su madre para volver a Sant Francesc. Francisca «Pastora» accedió; a fin de cuentas, las dos hijas mayores se habían casado fuera del pueblo y la pequeña le haría compañía. Pero al cabo de poco, Martí Taconer pidió su mano. Hacía dos años que había enviudado y pensó que Joanaina, habiendo sido criada en Palma, sabría llevar la casa y, como no era demasiado agraciada, no debía de tener muchos pretendientes. Martí le propuso a Pastora apañarlo de alguna manera. A Joanaina la petición la cogió por sorpresa:

—Madre, ¿cuántos años debe de tener el amo Martí? —preguntó, haciéndose la despistada mientras miraba por la ventana a un gato que preparaba el asalto a un dragón en el corral.

Francisca estaba concentrada zurciendo un calcetín con un huevo de madera dentro.

—Y yo cómo lo voy a saber, Joanaina; pero no le debe de faltar mucho para los cuarenta.

—¿Cuarenta? —Se volvió de golpe—. ¡Son muchos!

Su madre dejó de coser para calcular:

—Más o menos. Ten en cuenta que, cuando naciste tú, vino su madre a regalarnos un cubo de nísperos y él ya le pasaba de la cintura.

—¿Y cómo es su madre?

—Murió de una fiebre alta hace años. Era una santa.

Joanaina empezó a girar la llave de hierro de la puerta de la despensa, que quedaba debajo de la escalera.

—¿Y él de qué hace? —preguntó, fingiendo poco interés.

—De labrador. Aprendió el oficio de bien pequeño con su padre y nunca le ha faltado trabajo.

Pensó que, como mínimo, no era un vividor, la profesión de los Pinya.

—¿Y cómo debe de ser de trato? —Se sentó en una silla baja, casi a los pies de su madre, que se esforzaba por acertar a meter el hilo por el ojal de la aguja—. Cuando vino, ¿qué le dijo?

—Ay, deja de atosigar ya con tanta pregunta, Joanaina. —Con el interrogatorio no conseguía enhebrar—. Pues ¿cómo quieres que sea? ¡Un hombre! Ni muy hablador ni muy poco, y con olor a tabaco y a bebida.

Joanaina pensó que, si no hablaba mucho, mejor. También se acordó del señorito, y se santiguó. No estaba bien desearle la muerte a nadie, pero a fe de Dios que ella se la había deseado muchas veces.

—¿Y ahora por qué te santiguas? —le chistó la madre—. ¿Eso quiere decir que sí?

—No lo sé, madre, es que lo encuentro un poco viejo. —La joven no tenía ningunas ganas de que un hombre volviera a tocarla.

—¿Y qué te piensas? Los de tu edad o están casados o ennoviados. —Dejó de coser y el huevo de madera cayó al suelo y las asustó—. ¡Es que me sacas de mis casillas!

Joanaina detuvo el huevo con un movimiento preciso de los pies. Cuando era pequeña era la que más corría de toda la calle y pasaba la pelota mejor que los niños, pero, al cumplir los seis años, su madre no la dejó jugar más y la reclamaba para pelar guisantes, hacer conservas de tomate u ocuparse de cualquier otro menester en la cocina.

—¿Y usted qué cree que debo hacer? —Le alargó el huevo.

—Yo creo que te convendría. —Francisca lo cogió y se lo quedó en la mano.

—Pero es que —continuó Joanaina, pensando en una excusa— tampoco es muy agraciado.

—¿Y qué te crees? ¿Que tú eres la reina de Saba?

Ella volvió a mirar por la ventana que daba al corral; el gatito había atrapado al dragón.

—Joanaina, ya no eres ninguna niña, no habrá más oportunidades como esta.

—¿Y qué? Pues me quedaré soltera y me pondré a trabajar en cualquier sitio, no me da miedo.

—Y serás la solterona del pueblo. A veces no basta con ser trabajadora. ¿Quieres ser pasto de habladurías toda la vida?

Ella negó con la cabeza.

—Pues ¿qué hacemos?

—Enviad a decirle que sí —respondió Joanaina en voz baja.

No hubo noviazgo. No estaba bien visto que un viudo se paseara por la calle con otra mujer sin haber pasado por el altar, por más que la primera estuviera muerta. Así que, al cabo de unos meses, un

martes por la tarde, en la misa de diario, sin fiesta ni convite, se casaron, y después Taconer se fue a jugar al truque como cada segundo día de la semana. Joanaina cenó una rebanada de pan con sobrasada y empezó a poner orden en la cocina.

Al volver, Martí olía a alcohol y a puro, y como hay Dios que le enseñó a Joanaina en qué consistía la noche de bodas. Le abrió las piernas, y esta vez sí que le entró la mano de mortero. Le hizo daño y le salió sangre, cosa que el hombre valoró: «Tu madre ya me lo había dicho, que no te habían estrenado». Cuando empezó a roncar, Joanaina se fue a la mecedora que había junto a la vidriera y observó la luna llena hasta que se quedó dormida con el almanaque en las manos. Aquel mes era el indicado para sembrar habichuelas y ajos, podía hacer dos surcos al final del corral, al principio del huerto, que estaba desaprovechado, e intentaría revivir el granado de delante. Se imaginó también dos jaulas, una para conejos y otra para gallinas, y alguna tórtola. Y, cosa extraña, soñó que dos niños correteaban por allí, hasta que Martí la despertó:

—¿Qué haces aquí dormida, mujer?

—Me puse a mirar una cosa en el pronóstico y me venció el sueño.

—Por mí puedes dormir donde quieras, pero algún día tendrás que venir conmigo a la cama para tener vida marital, que los hijos no caen del cielo y tú debes de querer tener hijos. Es lo que toca.

Martí Taconer, que no creía en Dios, en aquel momento rogó al cielo por que Joanaina fuera fértil; la miró, ella asintió sin demasiada convicción y se agachó para encender el fuego en el suelo y poner un caldero. A ella le daba igual quedarse sola, pero pensó que, como había soñado con ellos, vendrían niños. Martí siguió con sus mandamientos:

—¡Ah! Y segunda cosa —dijo mientras el reloj del campanario dio las seis y media de la mañana—, a esta hora el desayuno ya debería estar en la mesa, que falta media hora para que amanezca y el campo no espera.

Era pleno invierno, el suelo tenía manchas de humedad por aquí y por allá y había que caminar sorteándolas para no caer de culo. Joanaina no dijo ni mu y, en un instante, tuvo la mesa puesta. Había preparado café —que para ellos era un lujo, pero se había acostumbrado a tomarlo donde los señores y Martí consintió en tomárselo en casa y no en La Llibertat—, calentado la leche y untado unas rebanadas de pan con confitura. Como las servilletas estaban húmedas, las había secado con piedras que había echado al fuego, como hacían en Binibassí.

Sonrió al recordar la camaradería que había entre aquellas mujeres. No volvería por nada del mundo al olivar, pero añoraba aquella complicidad. Cómo se enfrentaron al amo cuando pretendía que Tonina, que se encontraba mal, trabajara —«Si es por cosas de mujeres, arriba y a trabajar, que eso lo habéis tenido desde que el mundo es mundo»—, e hicieron su faena por ella durante varios días. Cómo se sublevaban si veían que les querían estafar un céntimo, cómo consolaron a su hermana, Maria Rosa, cuando el arriero la dejó plantada, y cómo se dormía de agotamiento pero sonriendo mientras veía cómo cantaban y bailaban jotas y boleros. «Todavía les quedaban ganas de brincar», pensó, y se pellizcó la verruga que tenía en la barbilla, instintivamente, para volver al presente.

Taconer rompió la costra de azúcar de la confitura para coger una buena cucharada, y aprovechó aquel rato para explicarle que los martes y los jueves por la tarde iba a las reuniones de La Llibertat, que eran sagradas. Joanaina no sabía en qué consistían aquellos

encuentros porque no había entrado nunca en un café, ni lo haría hasta pasados muchos años, pero asintió, conforme. Tenía la sensación de que se encontraría más a gusto estando sola que con un hombre rondando por la casa.

—Esta confitura está buenísima. ¿La has hecho tú? —Ella hizo un gesto afirmativo—. Caramba, es digna de reyes. ¿Has visto que tenemos un granado? Pero está pocho.

—Sí, le hace falta una buena desmochada, y no creo que tenga ningún rebrote que agarre.

—Bueno, le puedo decir a Jaume, el podador, que pase. E iremos a ver a mi primo, que el otro día me ofreció un esqueje de granado. —Cuando estaba en la puerta se volvió hacia ella—: ¿Te gusta pasear? Porque puedes venir conmigo al mercado, si quieres.

—Ni me gusta ni me deja de gustar, pero habrá que afilar todo esto. —Y le mostró a su marido las hojas dentadas y melladas de los cuchillos.

—Anda, date prisa, que iremos juntos. El amo me ha encargado que mire unos arados.

Era mentira. Martí había trabajado de lo lindo el día anterior en el campo de Son Tropell porque aquella mañana a primera hora tenía una cita. Acompañó a Joanaina al afilador y se fue hacia La Llibertat. En el portal lo esperaban dos hombres. Uno era alto y tenía tal panza que los botones, al llegarle al ombligo, ya no le cerraban. Se llamaba Xim, era de Miravall y, cuando no fumaba un puro, lo mordisqueaba sin encenderlo. Al ver a Martí, lo agarró por los hombros y lo hizo entrar. El otro hombre, Granell, cerró la comitiva: era bajito y atlético, y aquel día iba muy repeinado, con la raya a un lado y el pelo bien pegado a la cabeza.

—Caray, Granell, que peste a agua con limón que echas. Pareces un cochinillo en adobo. —Xim le guiñó un ojo a Taconer—. ¿Todo

esto es porque Magdalena va a venir al mercado?

—A los únicos que tengo que ver es a vosotros, pero me gusta ir arreglado. No como tú, ¡que ya podrías comprarte camisas de tu talla!

—Haya paz —ordenó Martí—, que tenemos otras cosas que discutir o el amo me echará del trabajo antes o después.

Los tres hombres pidieron un carajillo de hierbas y se sentaron en la mesita más apartada de la barra, la que daba a los vitrales ámbar que separaban el café de una sala donde los martes y los jueves se hacían las reuniones de Esquerra Republicana. Taconer no fallaba nunca. Xim y Granell no eran del pueblo, pero Martí los conocía porque el alimonado también era labrador y pariente de Xim.

La idea de comprar el molino de harina de Can Vinuet había salido por casualidad, un día que coincidieron los tres en aquel mismo café para jugar al truque y la pareja de juego de Martí les contó que se había muerto el propietario del molino y que los herederos trabajaban en Palma y se querían deshacer de él. Hablaron del tema durante toda la partida y, ya sea por los envites o por los chupitos de licor, habían acordado que se encontrarían de nuevo al cabo de ocho días.

Aquella mañana calcularon que entre los tres solo reunirían la mitad de lo que costaba y que no les quedaba más remedio que pedirles un préstamo a los hermanos Merlos, la peor calaña del pueblo. No les entusiasmaba la idea, pero la oportunidad de ser sus propios jefes pesaba más, aunque al principio Taconer tendría que seguir haciendo de labrador. Al día siguiente se acercaron a la lechería y cerraron el trato del crédito con el mayor de los Merlos, que les tendió un fajo de billetes mientras torcía la boca en un

mohín espeluznante, a medio camino entre una mueca y una risotada. Ya tenía a otros pillados.

7

EL PRYCA

El aroma a café a primera hora de la mañana había acompañado a Margot desde que nació. Carmeta, su madre, se levantaba al despuntar el alba, antes de que se filtrara el primer rayo de luz por la ventana, se echaba la bata rosa por encima del camisón con los ojos cosidos por las legañas, se calzaba las pantuflas maquinalmente, adivinando dónde estaban, y cogía en brazos a Margalida. Subía las persianas de la cocina que daban al corral, dejaba a la niña en la mecedora o en la trona, ponía la cafetera italiana en el fogón y se la quedaba mirando fijamente hasta que empezaba a borbotear. Entonces se servía un café muy corto, le daba unos cuantos soplidos para enfriarlo, se lo bebía de dos tragos, de pie, y empezaba el baile del desayuno: calentaba la leche para Martí, su marido, hacía un montoncito de quince galletas maría para él y otro de diez para su hija mayor, Aina, dejaba el azucarero en medio de la mesa camilla y cortaba rebanadas de pan para los bocadillos, de sobrasada el día que había suerte y de pan con aceite y nada los demás, que eran mayoría. A medida que el olor del café se esparcía por la casa, Martí y Aina salían de las habitaciones. Él saludaba con un «eo», le daba un beso en la frente a Margalida, que andaba jugando con una maderita, una libreta o lo que fuera, porque se entretenía con cualquier cosa, y justo en el momento en el que se sentaba, Carmeta le vertía el café en el bol y después la

leche caliente del cazo, que humeaba, hasta que su marido le decía «basta» y empezaba a desmenuzar las galletas y echarlas dentro, formando una masa. Entretanto, su mujer le envolvía el bocadillo en papel de aluminio, Martí lo cogía, suspiraba y le preguntaba qué haría de comer.

—No lo sé —respondía Carmeta, para quien era un suplicio pensar cada día qué podía cocinar—. Quizá potaje de habas.

—De acuerdo, pero no compres nada, haz más sopas, si acaso, y ve a casa de mi madre a buscar acelgas y cebollas, si te hacen falta. Ella tiene para dar y regalar.

Carmeta decía que sí con la cabeza mientras preparaba el tazón con Cola Cao para Aina, que ya lo esperaba sentada en su sitio y en silencio hasta que su padre se marchaba. Entonces empezaba a parlotear de lo que fuera mientras su madre le metía prisa para no llegar tarde, le pedía que vigilara a Margalida mientras ella se vestía y, cuando estaba lista, salían a acompañarla a la escuela. Cuando la pequeña y ella regresaban a casa, Carmeta se tomaba el segundo café, con mucha leche, y lo removía y removía con la mirada perdida hasta que prácticamente se le quedaba frío. Se comía una rebanada de pan con aceite y nada más, y entonces se dedicaba a Margalida, que estaba tan embobada con el espectáculo matinal que ni se notaba que estaba.

Solo una vez lloró desconsolada. Tenía cuatro años y no paraba de retorcerse en la trona:

—¿No puedes hacer que se calle la niña? Va a despertar a todo el vecindario —se quejó Martí sin apartar la vista de las gachas de galleta.

—No sé qué le pasa, siempre es un ángel.

—Pues hoy está endemoniada. No hay manera de empezar el día tranquilo en esta casa.

Solo le faltaba oír eso a Carmeta, que por las mañanas no tenía fuerzas ni para respirar.

—A veces, los niños lloran.

—¿Y por qué diantres lloran? ¿No le puedes hacer una tisana de alguna hierba para que duerma un poco más? ¡Parece un búho, siempre con los ojos abiertos de par en par!

Y Carmeta aquel día hizo el baile del desayuno con la niña en brazos, sentada a horcajadas a un lado.

—¿Qué te ha pasado, Margalida? —la reprendió su madre mientras removía el segundo café.

La pequeña se encogió de hombros, y su madre le empezó a cantar «En Mallorca hay una dama que es hermosa como el Sol…», que a la niña le encantaba porque iba de una mujer que tenía una melena rubia hasta los talones y que se llamaba María, pero la intérprete siempre cambiaba su nombre por Margalida. No recordaba que el culpable de su rabieta era un sueño con una cafetera italiana convertida en pájaro, con un pico enorme y un solo ojo, que estaba a punto de atacarla en su camita. Carmeta la apretó contra su pecho, «Válgame Dios, ay, Margalida, mira que es bonita mi dama», y la niña buscó que sus mejillas se rozaran. Hasta el cabo de unos años, Margalida pensó que todas las mejillas de los adultos eran como las de su madre: húmedas.

Cuarenta y dos años después, Margot se despertó sobresaltada y empapada en sudor. Había tenido un sueño muy extraño: una cafetera con forma de bestia cobraba vida y la perseguía. Se sentó en la cama. Aquella pesadilla le sonaba de algo, pero para no darle demasiadas vueltas la atribuyó a la necesidad de hacerse con una Nespresso: «De hoy no pasa». Le pidió el coche a Francina y, cuando lo tuvo en el aparcamiento, recordó por qué odiaba los supermercados.

Cuando Margot tenía siete años habían abierto un Pryca en un polígono entre Sant Francesc y Palma. Ir allí era toda una aventura. A Carmeta le fascinaba la variedad de pasta que había en los estantes; a Martí, la cantidad de botellas; a Aina, las galletas y los chocolates, y Margota, que era como entonces la llamaba incluso su familia, se quedaba embelesada delante de los lácteos. En la tienda del pueblo solo había yogures naturales o con gusto a fresa; en cambio, la nevera del Pryca contenía un universo de vainilla, natillas, chocolate, mezclas con mermelada, arroz con leche —«qué puñetas será eso»— y el súmmum: las copas de chocolate con nata. Todavía recordaba que por culpa de una de aquellas copas había recibido la primera bofetada de su madre. Se había puesto pesada con que comprasen un paquete, había montado una pataleta y su padre la había reñido y había acusado a Carmeta de malcriar a las niñas. Como Margota seguía rezongando, su madre le soltó un guantazo que casi la tira al suelo.

—¡Te he dicho mil veces que cuando te dicen «calla», te calles!

A la niña empezó a temblarle la mandíbula.

—Y no te pongas a llorar, porque te suelto otro, ¡que te lo mereces!

No se lo merecía, y Carmeta lo sabía, pero en la escala jerárquica ella solo tenía a sus hijas por debajo y, a fin de cuentas, tenía que enseñarles a obedecer.

Hicieron el viaje de vuelta en silencio y, al llegar a Sant Francesc, Martí salió a fumar al jardín. Se quedó allí más de media hora, caminando de un lado para otro, encendiendo un cigarrillo con la colilla del anterior y maldiciendo el día que había conocido a Carmeta. Había dejado su carrera deportiva y los estudios por ella, se había hecho cargo del negocio familiar pensando que podría

remontarlo, pero la harina no daba y los comercios que había intentado poner en marcha habían fracasado.

Cuando nació Margota, ahogado en deudas, empezó a jugar en timbas clandestinas en el restaurante de al lado del molino. Tenía un don: sabía plantarse cuando pensaba que había ganado suficiente para una semana. Como las partidas acababan tarde y prefería dormir con Munda, la camarera del restaurante, a hacerlo en su casa, empezó a pasar noches fuera. Una tarde, su amante le sugirió que montaran un casino ilegal en el almacén de harina: «¡Tú sabes las ganancias que tiene el cabrón de mi jefe…! Podrías tenerlas tú, nosotros». Al principio, Martí se había negado, le daban miedo los delatores, había tenido malas experiencias con los chivatos y no quería que se le presentara allí la Guardia Civil y lo dejara aún más desplumado o, lo que es peor, que lo metieran en la cárcel. Pero la noche del Pryca, después de sentirse un desgraciado porque no había podido comprar dos miserables copas de chocolate con nata, se decidió:

—Oye, no me hagas la cena, que me voy al molino.

Carmeta, que ya estaba batiendo los huevos para las tortillas francesas de rigor, se volvió con la batidora en la mano:

—¿Ahora? ¿Tan tarde?

—Sí, ahora, tan tarde.

Cuando su padre se marchó, Margota no pudo contenerse de preguntar:

—¿Eso quiere decir que papá no dormirá aquí otra vez?

—No lo sé, Margota —respondió Carmeta de espaldas, con la mirada clavada en la sartén y las mejillas húmedas por las lágrimas —. Pero, si en lugar de hacer tantas preguntas, estudiaras un poco más, quizá nos iría a todos un poco mejor.

La niña no entendió de qué manera sus notas podían mejorar la vida familiar, pero como su curiosidad no tenía fin, siguió indagando sobre las escapadas de Martí:

—Mamá, ¿adónde va papá cuando no duerme en casa?

Esta vez, Carmeta se dio media vuelta, agarró a Margota por los hombros, se agachó hasta quedar a la altura de sus ojos y, con una tranquilidad aterradora, le dijo:

—Si vuelves a abrir la boca, te juro que te llevarás la segunda bofetada. ¿Entendido? —Se enderezó—. ¡Las niñas no preguntan tanto! Y si sigues así, irás al infierno.

Ante tal amenaza, a la pequeña no le quedó más remedio que tragarse la duda que más la carcomía: «¿Cuándo me querrá mi padre?», y no volvió a preguntar nada más. No quería ir al infierno. Los primeros días le costó refrenarse, porque con la imaginación que tenía se pasaba el día cuestionándose cosas, pero poco a poco fue matando la curiosidad: «Además —se decía—, si mi madre me ha avisado de que iría al infierno, es porque sabe que soy una niña mala». Y como no quería que nadie más pensara que era una niña mala, se propuso ser la más buena de todas. Sacaba las mejores notas de clase, pero, si llegaba a casa con un ocho, su madre la acusaba de estar en Babia. Despuntaba en atletismo, pero cuando quedó segunda en el campeonato de Baleares, su padre le soltó: «Del segundo no se acuerda nadie». Hacía todo lo que le pedían su hermana y sus amigas, pero, a la hora de ir a pasear, le daban de lado porque era una repelente. En aquella época empezó a desear que su familia desapareciera. Y así fue.

Margota se ganó el segundo bofetón de su madre cuando murió la abuela materna. Durante el velatorio, con la planta baja llena de vecinos, quiso entrar en la habitación del féretro para despedirse de la difunta. Carmeta la frenó: «A tu edad no se pueden ver muertos,

que tendrás pesadillas», y la envió a jugar al jardín. La niña se aburría y fue a curiosear por las habitaciones de aquella casa tan grande hasta que, en el cuarto de baño de la planta superior, encontró el maquillaje de su abuela y empezó a pintarrajearse. Le pareció que tenía maña, aunque el carmín se le salía de los labios, llevaba colorete hasta en las orejas y la cantidad de sombra de ojos azul hacía daño a la vista. Cuando bajó al recibidor, que seguía lleno a rebosar, Carmeta la agarró por un brazo, la hizo salir al jardín y le soltó tal guantazo que Margota se cayó al suelo: «¿Qué van a pensar de ti? ¿Que eres una presumida? ¿Que de mayor serás una cualquiera? Que sea la última vez que me pones en evidencia, ¡que vas a ser la comidilla de todo el pueblo!».

«Vas a ser la comidilla de todo el pueblo», aquel era el legado que su madre le había dejado, pensó Margot delante de los lácteos. Y es que más que a no tener ni un duro o a que su marido durmiera fuera de casa, Carmeta tenía miedo a que la gente dijera que no tenía ni un duro o que su marido dormía fuera de casa.

La fotógrafa cogió cuatro paquetes de copas de chocolate con nata y compró la cafetera Nespresso. Cuando lo tenía todo metido en el maletero, recibió un mensaje en el chat de las Gatas. Era Olga, que les recordaba que aquel viernes celebraba su aniversario en Palma y les volvía a ofrecer la habitación de invitados y el sofá cama de su casa. Todas respondieron que no, que preferían dormir en Sant Francesc aunque fuera tarde. Se cansaban rápido de salir de fiesta por Palma y, seguro que cuando tocase ir a la discoteca, se marcharían. Era la hora perfecta para hacer una parada técnica en la panadería de Sinera, que a las cuatro de la madrugada ya ofrecía empanadas y ensaimadas.

8

LECHONA EN SALSA DE GRANADA

El 22 de julio de 1936, cuando los golpistas entraron en Sant Francesc, Joanaina volvía de Son Massanet con el carro lleno de cebollas. Había hecho un día caluroso, el mulo tenía sed y se detuvo en el pozo de Son Costals para que bebiera. Se quitó el pañuelo de la cabeza y se enjugó la frente con la muñeca; desde que sabía que estaba embarazada, se pasaba el día sudando. Cuando regresó a la carretera, el animal se asustó de una camioneta llena de hombres que los adelantó tocando el claxon y, después, con los brazos en el aire, gritaron: «¡Arriba España!». Joanaina pensó que debían de tener poco trabajo. Cuando llegó al pueblo vio a un grupo de mujeres que corrían apresuradas y, al entrar el mulo por el portón, las vecinas le explicaron que habían llegado los falangistas y que había follón en la plaza. Pero ella no estaba para tonterías, no entendía más política que la de irse a dormir con toda la faena hecha, y aquel día todavía tenía que matar una gallina y un pichón y preparar una buena cena para anunciarle a Martí que esperaban un hijo.

Cuando los golpistas entraron en Sant Francesc, Martí Taconer estaba poniendo orden en los aperos de trillar en un campo que hacía frontera con Vilavella. Tenía previsto ir al molino de harina de Son Vinuet para hablar con Xim y Granell, pero, al ver la camioneta llena de fascistas, lo dejó todo de cualquier manera y echó a correr

hacia la plaza de la República. Llegó resollando y se encaramó a un poyo para ver qué pasaba. Justo en aquel momento, el Merlos joven, el pequeño de los hermanos usureros, disparó la escopeta al aire dos veces. A continuación, un hombre flacucho se subió a la espalda de otro más achaparrado, arrancó la placa de la plaza y la depositó a los pies del maestro de ceremonias, que la hizo añicos con la culata del arma: «Aquí tenéis vuestra República, hijos de puta». Él mismo arrancó con violencia la placa de Esquerra Republicana que colgaba en la fachada de La Llibertat y un viejo gritó: «¡Arriba España, muera la República!». Cuatro jóvenes fueron en busca del alcalde, que estaba dentro del café, y lo sacaron de allí a culatazos. Le habían puesto un balde en la cabeza y se tambaleaba. Los cuatro falangistas iban cachondeándose de él, empujándolo ahora hacia aquí, ahora hacia allá, y le daban golpes en aquel sombrero denigrante. El alcalde perdió el equilibrio y se cayó al suelo. La plaza enmudeció y Martí Taconer apretó los puños con tanta fuerza que cuando los falangistas levantaron al alcalde y lo lanzaron dentro de la camioneta se había llagado la carne de las palmas. El espectáculo del escarnio había acabado por aquel día, pero aquello era solo el comienzo.

Taconer fue directo a su casa y encontró a Joanaina dormida sobre la mesa de la cocina, marinada de ajo y perejil. Últimamente aquella mujer se quedaba frita en cualquier parte. La despertó, y cuando ella se ofreció a calentarle la cena, le dijo que no hacía falta, que no tenía hambre. Él quería explicarle que le hervía el corazón y ella quería contarle que le ardían las entrañas, pero, en vez de hablar, se desnudaron en silencio, se pusieron las camisas de dormir y se tumbaron dándose la espalda, cada uno mirando la pared de delante.

Al día siguiente, a primera hora, el labrador fue al molino y encontró allí a Tòfol, el segundo alcalde de Sant Francesc e hijo de los dueños de La Llibertat. Cuando el día anterior los falangistas se habían llevado al alcalde, se había escabullido por la puerta de atrás del café, había cogido la bicicleta del vecino y había ido a esconderse al molino. Estaba convencido de que sería el siguiente a quien buscarían. Martí le dijo que podía quedarse el tiempo que hiciera falta: «Los republicanos no dejarán caer Mallorca, esto no tardará en calmarse».

Pero no se calmó: los falangistas tomaron el ayuntamiento, desalojaron La Llibertat y desfilaban por las calles del pueblo amenazando a todos aquellos que tenían alguna vinculación republicana. Cuatro dirigentes de Esquerra se ocultaron fuera de la población y no volvió a saberse de ellos; Tòfol no se atrevía a moverse del molino, y a los que se quedaron en sus casas los sacaron a punta de fusil, los asesinaron y corría la voz de que arrojaron sus cuerpos a un pozo del pueblo de al lado.

Después de la derrota del desembarco del capitán Alberto Bayo, aquel otoño Martí empezó a callar, por recomendación de su refugiado: «No son tiempos de arengas, Taconer —le decía—. Ahora hay que actuar por detrás, con cabeza; si no, nos matarán a todos, a ti el primero». Había ejecuciones frecuentes y aquellos días señalados los fascistas solían organizar un buen banquete. Cuando estaban en Sant Francesc o en los pueblos de los alrededores contrataban a Joanaina para que les cocinara. Ella alertaba a Martí y, durante la noche, Tòfol se adentraba en la garriga. Por eso las tres veces que las milicias de la Falange irrumpieron en el negocio de Taconer no encontraron a nadie.

Con todo, el gobernador de la isla emplazó a los mallorquines a que denunciaran a todos los que se escondían a cambio de

impunidad, cada vez los iban acorralando más y el molino estaba en el punto de mira. Martí movió hilos para que su amigo pudiera salir de la isla hacia Barcelona en una barcaza y una noche, oculto y tapado con sacos, lo llevó hasta el enlace de Albauda. No escondió a nadie más en el molino, pero dos mayorales que lo tenían contratado de labrador lo despidieron. Corrían demasiados rumores sobre él. No lo denunciarían porque era el mejor labriego que habían tenido nunca, pero no querían problemas. De hecho, siempre había algún invitado que insinuaba que si los fascistas no lo mataban era gracias a las comilonas que Joanaina cocinaba. «Si esta mujer tiene que ponerse a trabajar e irse a una fábrica, no tendrá tiempo para nosotros», decía uno, y el resto de los comensales gruñían, como si fueran cerdos.

El matrimonio fue trampeando la temporada con lo poco que daba el molino de harina y las faenas que le salían a ella, y Martí empezó a apreciar a su mujer: era trabajadora, lista y una cocinera magnífica. Estaba seguro de que el nacimiento de su hijo los uniría.

Al cabo de siete meses, Miquela nació muerta. Joanaina había ido al campo a recoger las hierbas para la lechona en salsa de granada que tenía que preparar el día siguiente en Sa Baronia, la finca de más renombre del término. El viejo se había casado en segundas nupcias con una forastera que era ahijada de un dirigente franquista de la península. Paloma había conocido a la cocinera en la plaza, donde la madre de los Merlos, que le hacía de guía, le había dicho que guisaba como los ángeles:

—Es esta —dijo, y le dio un tirón a Joanaina del brazo—. Por cuatro chavos, señora Paloma, tiene el éxito asegurado.

—¿Esta es la que prepara el cochinillo ese que coméis por aquí?

—Sí, hace una *porcella* con salsa de granada que no sabes qué comes. —Y se volvió hacia Joanaina—: ¡Vamos, chiquilla, habla!

¡Que pareces boba!

Joanaina no sabía qué responder:

—Qué exótica, con el mantón y esta falda.

—Faldones —la corrigió la señora Merlos—. Son faldones. Es Joanaina sola, que los lleva, nosotras ya vamos normales.

—Ay, me encantan, ¿puedo tocarlos? —No esperó a que nadie le diera permiso—. ¡Uy, raspan! ¡Qué incomodidad, pobre mujer!

—Encantada —consiguió decir Joanaina.

Paloma la contrató y ella aceptó el encargo, aunque con Miquela dentro iba más lenta. Aquel día salió a coger las hierbas que necesitaba despacito y, cuando ya tenía una mano en el romero, notó una punzada tan fuerte en las entrañas que le pareció que la partía por la mitad y tuvo que aguantarse en la higuera que tenía detrás. Empezó a soplar mientras se arrodillaba a los pies del árbol y se agarraba con ambas manos al tronco. Aquel dolor no se lo podía enviar la naturaleza. El sol ya se había puesto y hacía un frío que cortaba la piel cuando el dolor se espació un poco, cogió lo que había arrancado y regresó a pie a Sant Francesc. Fue directa a casa de la comadrona, pero no estaba: los franquistas la habían echado por roja y había vuelto a su pueblo.

Joanaina cayó de bruces cuando le faltaba una calle para llegar a su casa. Una vecina corrió a levantarla, dio un grito al aire pidiendo ayuda y, cargándola con otras dos mujeres, la llevaron a casa. Hicieron lo que pudieron. Habían ayudado a los partos de sus hermanas y cuñadas, pero no vieron que la niña tenía el cordón enrollado al cuello. Tampoco habrían sabido qué hacer, así que Miquela nació muerta. Aquella noche, Martí tiró al suelo todo lo que encontró en la cocina: los platos y los vasos que estaban escurriéndose, el ramo de margaritas que Joanaina siempre tenía encima de la mesa, el jarrón que les habían regalado cuando se

habían casado, todo. Cogió la botella de coñac, se fue al molino y no volvió hasta al cabo de dos días.

Al día siguiente, Joanaina se levantó y fue a hacer la cena a Sa Baronia, donde había llegado la noticia:

—Pobrecilla. Pero mírala —le murmuró la señora Paloma a una amiga, también de la península—, con ese cuerpo y esa cara tan vulgares. Está claro que la niña quería salir de ahí dentro cuanto antes. —La amiga se tapó la boca para reír bajito—. De todas maneras, estas mujeres de pueblo son como conejas y dentro de dos días volverá a estar embarazada.

Pero Joanaina no volvía a quedarse encinta y, cuando salía a la calle, notaba la mirada de lástima de la gente. No era una mirada de acompañamiento a su dolor, sino cargada con el veredicto de culpable porque no había sabido parir un hijo. Cada vez que pasaba por delante de la lechería de los Merlos, oía al hermano pequeño que decía: «Uno que no sabe pagar y la otra que no sabe parir, de los dos no hacemos uno entero». Ella apretaba el cenacho, erguía la cabeza y seguía su camino, rezando un avemaría mentalmente.

Tuvieron que pasar tres años y que la guerra se acabara para que Joanaina por fin volviera a quedarse embarazada. Esta vez, la noche que se lo explicó a su marido coincidió con que el régimen le acababa de imponer una cuota de harina exagerada al molino y Martí había llegado a casa echando pestes. Era la primera vez que él le hablaba del trabajo; normalmente iba al bar a desahogarse, pero ahora ya no lo hacía, por temor a los delatores, que vendían su alma a los caciques por tener un mendrugo de pan en la mesa. Cuando su esposo se sentó pensativo con la cabeza entre las manos, Joanaina se volvió hacia él con el cuchillo en la mano y le dio la noticia entre lágrimas. Martí también se echó a llorar:

—Pero ¿estás llorando? —le dijo ella, frotándose los ojos con el antebrazo.

—¿Acaso no estás llorando tú?

—Pero yo es porque estoy pelando una cebolla, ¡cazurro!

Y se echaron a reír, tanto, que acabaron sentados en el suelo, enlazando las lágrimas con las risas sin saber si reían de alegría o de miedo. Cenaron patata cocida con cebolla y una butifarra que le habían regalado a Joanaina en la última casa en la que había cocinado. Un manjar. Taconer se bebió media botella de vino y aquella noche se dio una tregua: ya pensaría al día siguiente en los problemas.

Martí se propuso que Joanaina no trabajara tanto durante aquel embarazo. Es cierto que le convenía tener una oreja en las comilonas de los franquistas, pero más de una vez se le había pasado por la cabeza que quizá Miquela había nacido muerta por las caminatas que se pegaba su mujer yendo y viniendo de las fincas cuando él necesitaba el carro, que desde que tenía el molino era casi siempre. No había día en que alguien no le dijera que se la había tropezado en tal camino o en tal calle con el cesto en una mano y el quinqué en la otra. Hasta entonces, Martí no le había dado importancia, pero aquel embarazo lo cambiaba todo. Así que, desde que supo la buena nueva, cada noche se sentaba en la mesa de la cocina con los cuadernos y repasaba una y otra vez las filas de números con un lápiz. Podía pasarse horas, pero siempre acababa igual: frotándose la cabeza con las manos y con las libretas cerradas. Joanaina lo miraba de reojo mientras preparaba la cena. Hacía días que le daba vueltas a una idea que los podía salvar. La tercera noche que vio a Martí encallado se decidió a hablar:

—Hoy, en la comida de Son Cotoner, he oído que se reían de Bertran porque la Guardia Civil se presentó en su casa y le encontró

una partida de sacos de trigo escondidos en una doble pared de la chimenea. Contaban que, como no los pudo untar, le dieron tal somanta de palos que se orinó encima.

En tiempos de escasez, en la isla el estraperlo solía saldarse con un aviso y un buen regalo para el guardia civil de turno. A los estafadores más importantes, con contactos y dinero, normalmente no les pasaba nada, pero a los pequeños estraperlistas como Bertran, sin capacidad para pagar las sumas que reclamaban los agentes, les caían multas, palizas y, a veces, calabozo.

Martí casi no la escuchaba, se lo tomó como un mero chisme. Entonces Joanaina se volvió con un tenedor manchado del huevo que estaba batiendo y le espetó, casi gritando:

—Pero ahora que lo dan por escarmentado es cuando más sacos tendría que ocultar, Bertran, porque están convencidos de que no volverá a hacerlo. Lo único que tendría que encontrar es otro escondrijo.

Eso sí que surtió efecto. Martí levantó la cabeza de la libreta, la aplanó con las dos manos, la cerró y de repente se le abrió el apetito. Se levantó y, sin venir a cuento, besó por primera vez a su mujer en los labios. A Joanaina, aquel beso suave y carnoso sí que le gustó, y casi se olvida de echar la cebolla a la tortilla.

9

UNOS MARGARITAS

Olga siempre celebraba su cumpleaños el primer viernes después de cumplir años en el bar Flexos, un histórico de la ruta de ambiente de Palma. A las cinco de la tarde ya estaba sumergida en la bañera llena de sales pensando en qué vestido se pondría. Se decidió por el de lentejuelas rosa palo, corto y con un escote en la espalda que dejaba al descubierto el tatuaje de una flecha que le recorría la columna. Le quedaba perfecto, como si se lo hubieran hecho a medida. Se miró de perfil, se tocó la barriga inexistente y concluyó que aquella faja que anunciaba Khloé Kardashian por Instagram era una de las mejores compras que había hecho nunca. Sus amigas se meterían con ella cuando se lo dijera: «No se trata de peso, se trata de que el vestido quede sin ninguna arruga ni marcas de ropa interior —respondería—. ¿Qué pensáis que llevan las estrellas de cine en las alfombras rojas, cuando van con esa ropa tan ceñida?». Dudó de si el vestido no sería demasiado extremado para ir al Flexos, pero enseguida se convenció: «O me lo pongo hoy o, si me engordo un kilo, ya no entraré en él».

Olga no tenía báscula por recomendación médica, para que no se obsesionara con el peso, pero como desde la adolescencia era una máquina de contar calorías, mantenía religiosamente la talla 36. Combinó el vestido rosa con unas deportivas Jimmy Choo blancas con motivos rosas y un poco de plataforma, se clavó unas horquillas

de moño en la parte derecha de la nuca para dejarse suelta la melena castaña y ondulada por encima del hombro izquierdo y se puso un pendiente de aro de oro en la oreja que quedaba a la vista. Se alejó y se acercó al espejo de cuerpo entero unas cuantas veces y sonrió. Eran las siete, un poco temprano para ir con lentejuelas por la calle, pero Andreva les había pedido quedar antes del sarao porque necesitaba una *gatada* y eso pasaba por delante de todos los protocolos.

Andreva había tenido un mal día en el trabajo y quería desahogarse. Trabajaba en una empresa familiar de calzado desde hacía veintisiete años. Había entrado como administrativa y enseguida la habían ascendido a secretaria de dirección. Se había ganado a don Gabriel, el dueño, porque era la única que no le hacía la pelota: si llegaba tarde a una cita, lo regañaba, y si llegaba vestido de cualquier manera a las reuniones del Consejo de Administración, cosa que hacía a menudo, lo reñía. «¿De verdad tiene que presentarse de esta suerte? —le decía—. Aunque qué más da, si todos esos que le esperan saben el dineral que tiene, vaya hecho harapos o no». Al cabo de poco también empezó a cuestionarle alguna decisión empresarial: «Usted es el amo, pero esta campaña no tiene ningún futuro». Al principio, al viejo le hacía gracia discutir con aquella muchacha, pero hasta que Andreva le vaticinó que los calcetines con solo un dedo, el gordo, serían un fracaso estrepitoso, como así ocurrió, no le había prestado demasiada atención. A partir de entonces, Andreva pasó a ser imprescindible. Se fiaba más de ella que del Consejo de Administración, a los que consideraba un puñado de familiares aprovechados que recibían beneficios sin moverse de la poltrona. El que más, su hijo Víctor, que había empezado tres carreras, hecho másteres por todo el mundo y puesto en marcha dos negocios de

ocio nocturno y un parque acuático con su dinero, y había fracasado en todo. «Este hijo mío, Andreva, no sabe lo que es el esfuerzo», se lamentaba.

Hacía años, al reincorporarse al trabajo tras la baja de maternidad por Ona, Andreva le había aconsejado que se centrara en fabricar calzado deportivo de calle: «No son las típicas zapatillas de hacer deporte; han de poderse combinar con ropa de vestir. Créame, son el futuro». Se lo sugirió porque tenía los pies destrozados de cargar con la pequeña de un lado para otro y porque ella ya estaba acostumbrada a las combinaciones de ropa informales, y a veces estrambóticas, de Catalina, pero, sobre todo, porque el fin de semana anterior Olga, que acababa de volver de un viaje a Nueva York, se había presentado en una cena con un vestido largo de seda y unas zapatillas deportivas carísimas: «Allí ahora todas van así», había argumentado la abogada. Don Gabriel, incrédulo, accedió a diseñar una pequeña colección de zapatillas deportivas, y tuvieron tanto éxito que crearon una división que al poco ya ingresaba la mitad de los beneficios de toda la empresa. Fue entonces cuando el viejo se inventó un cargo para ella: jefa de operaciones.

El Consejo de Administración se subía por las paredes con la secretarilla, sobrenombre que pronunciaban con la «ll» bien marcada. Hicieron circular mil rumores en contra de ella, como que se entendía con don Gabriel, lo que a él le hizo reír, o que él empezaba a chochear y ella se estaba aprovechando, que era su hija ilegítima… Esto último sí que lo divirtió y, a partir de entonces, empezó a llamarla «hija» en público. Cuando los del consejo comprobaron que calumniándola no conseguían nada, se quejaron de que aquella joven no tenía estudios y, para hacerlos callar, don Gabriel le pagó un máster en Dirección y Administración de

Empresas que ella aprobó con los ojos cerrados. Pero cuando el viejo murió, su hijo Víctor asumió la dirección de la empresa y empezó a hacerle la vida imposible.

En primer lugar, contrató a Rosa, una compañera de la facultad, y con la excusa de quitarle carga de trabajo a Andreva, le traspasó algunas atribuciones suyas. Después le cortó el acceso a diversos programas informáticos sin darle ninguna explicación. Y una mañana, al llegar a primera hora, se encontró con que habían sacado todas las cosas de su despacho y habían demolido el tabique. A Andreva no le sabía mal trabajar al lado de sus colegas, hasta que quedó claro que Víctor lo había hecho solo para llamarle la atención y abroncarla en público. Algunos compañeros le habían enviado mensajes de apoyo, pero nadie se atrevía a acercársele para no salir escarmentados.

El día de la fiesta de Olga, Andreva había vuelto al despacho a mediodía, después de una reunión fuera, y se había encontrado la oficina desierta, cosa extraña porque los viernes casi todo el mundo comía cualquier cosa delante del ordenador para acabar la faena y salir a las tres. Cuando a las tres menos cuarto aparecieron todos riendo y un poco achispados, se le cayó el alma a los pies: «Ay, Víctor, tendrías que institucionalizar estos picapicas de los viernes…, ¡hacía tiempo que no me reía tanto!», le oyó decir a Maite, una veterana que disfrutaba zahiriendo a los colegas que le molestaban. Andreva empezó a sudar, aguantó el nudo en la garganta hasta que hubo acabado el informe de la reunión y fue corriendo al lavabo para estallar en llanto. Le faltaba el aire y necesitaba salir inmediatamente de la oficina, así que se cambió la blusa por un top de blonda escotado, se pasó el desodorante de bola unas cuantas veces, se retocó el maquillaje, se puso la americana y les escribió un whatsapp a sus amigas para quedar antes de la fiesta. Al llegar a la

cafetería, estaban todas menos la protagonista de la noche, que apareció como si caminase por una alfombra roja.

—¡Titiiiii! ¡Pareces un árbol de Navidad!

Todas rieron.

—Perdonad. —Olga se echó la cascada de cabello hacia atrás con gesto exagerado—. No se cumplen cuarenta y cuatro cada día. —Hizo una pausa y contó con los dedos—. Ay, claro, como vosotras hace tanto que los cumplisteis, ya ni os acordáis.

—Ya está, jovencita. Pero ¿has visto este coco que tiene dos más que el tuyo? —Catalina inclinó la cabeza mostrando un pelo corto negrísimo—. Pues ni un Farmatint me he puesto. ¡Nunca! ¿Quién puede decir lo mismo?

—A ver, aquí la menda tiene cuarenta y siete y ya hace más de diez que se tiñe —la cortó Andreva—. Pero ya sabéis cuál es la alternativa a no cumplir años, ¿no? —Todas asintieron—. ¡Pues venga! ¡Brindemos por la homenajeada!

—Vamos a una de aquellas mesas —propuso Olga señalando las que había al lado de la ventana—, así vigilaremos el Flexos y saldré cuando empiecen a llegar los invitados.

—¿Y Manu?

—Acaba de decirme que aprovecha para acabar unas cosas urgentes en el trabajo y que llega justo.

No era verdad: Manu estaba enfadado porque le había propuesto que cenaran solos en un restaurante de estrella Michelin, pero ella había preferido gastarse la pasta en la fiesta, como cada año.

—¿Y qué, cariño? —Olga cogió de las manos a Andreva, que las apartó porque no quería llorar—. ¿Qué ha pasado?

—Nada, que desde que murió don Gabriel todo se ha complicado. Justo antes de palmarla, cuando hizo la fusión con la empresa de Barcelona, pactó una serie de condiciones conmigo, como, por

ejemplo, que Víctor lo relevaría como presidente, pero que me nombraría directora ejecutiva, casi a su mismo nivel, y que mi cargo de jefa de operaciones desaparecería. Pero, como se murió de repente, no ha quedado constancia en ninguna parte de esas conversaciones, así que el cabrón de su hijo ha contratado a una amiga suya, Rosa, la ha nombrado directora ejecutiva y, como mi cargo no consta, le está asignando todas mis funciones.

—¿Y aquella otra hija de puta de la que me hablaste? Maite, se llamaba, ¿no? —Catalina ya sabía algo de la situación.

—Esa es la peor. —Se le humedecieron los ojos—: Cuestiona todo lo que le pido, se niega a hacerlo y critica todas mis decisiones, como Rosa y otra bruja. Se pasan el día hablando de mí en voz alta, como si yo no estuviera delante. Y cuando de verdad no estoy, Rosa hace que todo el mundo le reporte a ella, aunque sean temas que llevo yo.

—Pero tú estás por encima de ellas, ¿no? —Olga tenía muy claras las jerarquías—. Si mandas tú, puñetazo en la mesa. Tienes que hacerte valer.

—Sí, el organigrama escrito es muy bonito, pero en la práctica no se respeta. Hablé con Víctor, pero me respondió que, si no sabía aguantar la presión, ya sabía dónde estaba la puerta. —Dejó la copa de cerveza en la mesa porque le temblaba la mano.

—Es que, cariño, esto es un caso de *mobbing* clarísimo e irá a más si no les paramos los pies —intervino la abogada—. Tendrías que denunciar.

—Sí, claro, ¿*mobbing* a la jefa? ¿Dónde se ha visto eso? Tengo que sobreponerme, pero no sé cómo. A veces tengo que encerrarme en el lavabo porque no puedo respirar, el corazón se me acelera y me parece que me voy a morir. —Apuró la cerveza, hizo un gesto para pedir otra ronda y apoyó la cabeza en las dos manos.

Las lágrimas caían sobre la mesa.

—Andre, soy abogada, y de las buenas. Esto lo llevamos a los tribunales y lo ganamos. Hazme caso.

—Tía, escucha a Olga, que sabe de lo que habla. —Margot ya hacía rato que la quería abrazar, pero entre ellas las demostraciones físicas se podían contar con los dedos de una mano.

—Y que no te afecte emocionalmente, cielo —añadió Catalina—. Todo eso es envidia, quieren tu puesto. No te lo tomes como algo personal.

—Ya, pero es muy difícil de separar. Estoy temblando ya porque pronto tendré que cuadrar las vacaciones y, por sus cojones, los tres se han pedido la última quincena de junio, y ya sabéis que para mí San Juan es sagrado. Si me quedo sin poder ir al encierro de los Dimonis, me muero.

—Joder. ¿Ya estáis con las vacaciones de verano? Pero si aún no ha pasado Semana Santa. ¿Qué digo Semana Santa? ¡Si todavía me tienen que operar!

—Ay, sí, tía, tu operación, ¿estás nerviosa? Solo faltan veinte días.

Olga recibió un mensaje de Manu, que ya estaba en el Flexos, así que se levantó porque sabía que, si no la veía, era capaz de dar media vuelta y largarse.

—Queridas, os dejo, que Manu ya ha llegado. Ya hablaremos con calma, Andre, ¿de acuerdo? —Les lanzó un beso al aire—. No tengáis prisa, y todo esto está pagado. Venga, hasta ahora.

Antes de coger el bolso, entró en Instagram para ver cuántos *likes* tenía su foto con el vestido de cumpleaños. Sonrió, ya pasaba de doscientos. También vio que Margot había colgado una fotografía con una amiga en el Manneken Pis.

—Por cierto, Margalideta —dijo con un tono condescendiente—, ¿me puedes decir por qué cuelgas fotos tan desfasadas?

—Esa es Mariona, la periodista que vive en Bruselas. Hoy es su cumpleaños, ¿no has visto la inscripción?

En el pie de foto ponía: «El descubrimiento del año. ¡Felicidades! ¡Y que sean muchos más! #siemprejuntas».

—¡Ah! Es a la que conociste hace unos meses en aquel viaje *revelador* a México, ¿no? —Olga se había puesto celosa porque la etiqueta #siemprejuntas la utilizaban las Gatas en sus fotografías.

—Sí, pero no hace falta que lo digas en ese tono de voz. —Hizo una pausa para beber—. Venga, vete ya, ¡que llegarán los invitados y no estarás! —No quería abrir el melón de las fotos.

Cuando Olga vio el panorama en la puerta del Flexos, se temió lo peor: Manu estaba hablando con los primeros invitados, Lluís y su nueva pareja, Macià. La abogada se había hecho íntima de Lluís porque le había llevado la custodia de Maurice, su precioso galgo que su ex se quería llevar a Marsella. Ganó el caso, se hicieron inseparables y Manu, a quien no le gustaba ni ampliar el círculo de amistades ni juntar grupos distintos, lo empezó a odiar.

—Oh, *ma chérie*. —Lluís, que era mallorquín de toda la vida, soltaba francesadas de vez en cuando para hacerse el interesante—. Estás *très magnifique, sublime.*

—¡Estás… deslumbrante! —la saludó Macià colocándose la mano sobre los ojos a modo de visera, como si le diera el sol de cara.

Los invitados fueron llegando y Olga, feliz, ejercía el papel de anfitriona. Le encantaba ser el centro de atención y aquel juego de besar, dar la mano, indicar dónde podían dejar los abrigos y decir las dos frases de cortesía iniciales la hacía sentirse importante.

—¡Venga, que empiece la fiesta! —gritó levantando los brazos.

Manu, que se había quedado en un rincón con unos amigos suyos, lanzó un resoplido despectivo.

—¿Qué hace ese, tanto resoplar? —Andreva no lo tragaba: desde que lo conoció, pensó que no era trigo limpio, y, además, se pasaba la vida criticando Sant Francesc.

—No sé cómo lo soporta. Es un lunático. —Catalina cogió una empanada al vuelo de la bandeja de un camarero—. Si no como algo, me voy a caer redonda, porque hoy no he comido.

—Hablando de lunáticos. —Y Andreva señaló hacia la puerta—. ¿Y ese? ¿De qué planeta ha caído?

Los camareros le cerraban el paso a un hombre con gorra de estilo madrileño, pipa y una gabardina hasta los tobillos. Olga se acercó a las Gatas:

—¿Lo conocéis?

—Es un pintor que se ha instalado en Sant Francesc —respondió Margot—. Se ve que es bastante bueno, y está todavía más bueno.

—Ah, vale, ¡pues, si es del pueblo, le digo al segurata que lo deje pasar!

Corrió hacia la puerta, agarró al pintor por un codo y, como no tenía con quién juntarlo, lo dejó con ellas, porque Manu ya le estaba haciendo señas para que se acercara.

—¿Y ese muerto de hambre? —le espetó.

—No es ningún muerto de hambre. Es artista. Su familia es de Sant Francesc. ¿Qué quieres que haga? ¿Que lo deje fuera? Total, solo es uno más, no viene de ahí. —Olga no juzgaba nunca a las personas por la primera impresión.

—Fuá, un artista, lo que nos faltaba… Pronto esto parecerá un circo. Siempre haces lo mismo, Olga, pareces una ONG. —Se bebió la copa de cava de un trago y señaló hacia Lluís con la cabeza—: Y ya puedes ir a calmar a tu amigo, que parece una loca.

—Pero ¿qué dices? Si solo está bailando. Se lo está pasando bien. Va, no te metas con él, que es como de la familia.

—¡Ja! Solo me faltaba eso. Ojalá fueras igual de espléndida con tu familia política.

Estaba resentido porque Olga se negaba a celebrar su cumpleaños con sus padres y hermanos.

—Manu, lo hemos hablado mil veces. Si nunca he celebrado mi cumpleaños con mis padres, ¡no voy a hacerlo con los tuyos! Bueno, yo voy a divertirme, que aún me aguarás la fiesta, amorcito. —Le dio un beso como si no pasara nada, pero tenía un nudo en el estómago.

—¡Cuidado con la bebida, que ya nos conocemos!

Manu lo dijo gritando, bien fuerte. Andreva estuvo a punto de responderle que la dejara en paz y, como sabía que por más que fingiera, a su amiga aquel grito le había dolido, propuso sacar el pastel personalizado que le habían llevado de regalo:

—Hagámoslo ahora porque, si no, lo mato, titis, de verdad que lo mato.

Olga sopló las velas, y a medianoche el bar abrió las puertas a toda la clientela. La *drag queen* habitual subió al escenario y, como siempre empezaba la actuación con «Rata de dos patas», uno de los himnos de las Gatas, Olga tiró de sus amigas hasta la primera fila, donde la cantante las vio tan entregadas que las invitó a subir a cantar con ella. Olga vio de lejos que Manu cogía el abrigo para irse e intentó atraparlo. En la puerta le suplicó que no se marchara y le prometió que se comportaría.

—¿Seguro que ya se ha acabado el espectáculo?

Ella fingió que no captaba la indirecta.

—Qué dices, si la Quely Deluxe canta una hora. Mírala, no me digas que no la encuentras total.

—De total vergüenza, querrás decir… —Estaba a punto de soltarle otra impertinencia de las suyas cuando una voz de hombre lo llamó por el nombre y corrió hacia él para abrazarlo.

A Olga le cambió la expresión, saludó al recién llegado levantando la mano para quedar bien y entró escopeteada a buscar a Margot.

—Niña. —Agarró a su amiga por el brazo—. Aldo está aquí.

—Pero… —La fotógrafa se había quedado noqueada—. ¿Por qué lo has invitado?

—¡No seas tonta! Yo no lo he invitado, se ha presentado a la torera. Está fumando con Manu en la puerta, pero no tardarán mucho en entrar.

La abogada la arrastró hacia los lavabos y se encerraron.

—Oye, no te preocupes, que Manu no le dirá que estás aquí. A veces es un poco tocapelotas, pero sabe guardar un secreto. Escucha. —La cogió de las manos y notó que su amiga temblaba—. ¿Por qué no salimos y lo saludas? Las Gatas no te dejaremos sola en toda la noche, para que no te pegue la brasa con volver, y ya está. Por cierto, ¿dónde están las demás?

—Han salido a fumarse un porro con el pintor. —Margot se había sentado en la taza del váter y cuando su amiga hizo el gesto de salir y la agarró por la muñeca, estalló—: No, no quiero verlo, por favor. No quiero verlo. ¡No me cojas! —Y perdió los estribos—. ¡¿Es que ni esto me podéis respetar?! —gritó.

A Olga le sorprendió aquella reacción y entendió que allí había algo más de lo que sabían.

—Margot, ¿qué os pasó para que estés así? Tía, estás temblando.

—Tiemblo de rabia y de impotencia. Ya te lo contaré otro día, pero, de verdad, ahora me quiero ir.

Olga conocía otra salida que quedaba cerca de los lavabos y que daba al vestuario de los camareros y a un patio interior. Allí se encontraron a Andreva, Catalina y el pintor, muertos de risa.

—Tías, tengo que irme. Está Aldo y no lo quiero ver.

—¿Aldo? Tú ves *misiones* —se embarulló Catalina.

—Sí, de negritos de África. Ay, que me meo. —Andreva se aguantaba el pis con la mano en el vientre—. Si no puedo entrar en el bar, tendré que soltarlo detrás de un coche.

—¡Un buen negro me convendría a mí! —Más risas.

Olga detuvo la conversación porrera:

—Chicas, no es ninguna broma. U os vais con Margot o me la llevo a mi casa.

—No pasa nada, nos podemos ir. —Se esforzó Catalina—. Tomaremos la última en el Cèntric, seguro que Miquel todavía tiene abierto.

—Pero… —Catalina y Andreva se miraron y le dijeron a Margot—: Tendrás que conducir tú. —Catalina sostenía el llavero en alto, y volvió a reírse.

—No pasa nada, ahora no hay tráfico, me veo capaz de llegar al pueblo. —Era capaz de cualquier cosa antes que ver a su ex.

Olga le dio un beso en la frente a su amiga.

—Envíame un mensaje cuando lleguéis. —Y al oído le dijo—: Y no te preocupes, que no sabrá que has venido.

Cuando la abogada entró en el Flexos, Aldo estaba en la barra y parecía un periscopio. Al verla, levantó el brazo para llamarla, ella se abrió paso hasta él y se disculpó por no haberlo recibido como tocaba: «Ay, perdona, pero justo cuando has llegado unos amigos me han reclamado porque me han regalado un cuadro y he ido a guardarlo». Aldo le respondió que no pasaba nada, que estaba en Palma por trabajo y que cuando había visto su foto en Instagram

había decidido ir a felicitarla en persona: «Fueron muchos años y acabar de esta manera ha sido muy duro para mí. Erais como una segunda familia». En otra situación, Olga se lo habría creído, pero tenía la mirada de pánico de su amiga grabada en el cerebro, así que le dio conversación solo para entretenerlo mientras las demás se iban. Pidió dos copas de cava y le preguntó para quién estaba trabajando. Aldo, que era un profesional de la mentira, se inventó que habían avanzado la presentación del nuevo Cupra Formentor en Palma:

—Como tiene un nombre de lugar mallorquín, se ha hecho un avance restringido para gente VIP en la isla. La presentación oficial es la semana que viene en Alemania.

Olga levantó la mano hacia Lluís y Macià e intentó escabullirse, pero Aldo la agarró por el codo y le preguntó por las Gatas. Respondió que ya se habían ido —«Ya sabes, las sacas del Cèntric y se cansan enseguida»— y que a su ex no la había visto más que el día de Navidad. Se hizo la ofendida:

—Dijo que se iba unos meses de viaje y esta semana me llamó para avisarme de que no venía a la fiesta.

—Valiente amiga.

—Sí, me supo mal, porque se ha ido a Bruselas a celebrar el cumpleaños de una nueva amiga. Pero, bueno, no se lo tendré en cuenta.

Y entonces sí que aprovechó el desconcierto de Aldo para largarse. Él había sentido una cierta satisfacción cuando Olga había hablado mal de su ex, pero, a medida que llegaba al aparcamiento, se transformaba en rabia. Margot se le había vuelto a escapar. Se lio a darle patadas a las ruedas del coche de alquiler hasta que se dio cuenta de que las cámaras lo podían grabar. Así que subió al

vehículo y condujo hasta el aeropuerto. Fue a la sala VIP, compró un billete de avión y a las 5:50 cogía el vuelo hacia Barcelona.

A las 5:50, Olga y Manu salían por la puerta extraoficial del Flexos. Después de los nervios que había pasado con Aldo, la abogada se había desahogado con Lluís y Macià a base de margaritas mientras Manu los observaba con menosprecio y los grababa con el móvil sin que se dieran cuenta. Al llegar al ático del paseo Marítimo, Olga quiso hacer el amor y él la apartó, como había hecho durante los dos últimos años.

—Yo no lo hago con borrachas.

—Pero si no voy trompa. —Se quitó los zapatos de tacón y se tambaleó. —Uy, un poco, pero poco.

Se puso de puntillas para intentar darle un beso en los labios y él la empujó hacia abajo por los hombros.

—¡¿Qué dices?! ¡Si no te aguantas de pie! Vete a dormir la mona, va. —Y la apartó de un manotazo.

Al día siguiente, cuando se despertó, Manu ya no estaba en la cama. Se arrastró hasta la cocina para coger un ibuprofeno y se lo encontró apoyado en el mármol de la encimera, mirándose las uñas.

—¿Qué? ¿Dolor de cabeza?

—Ay, sí, un poco. —Intentó disimular—. Pero lo que nos reímos no se paga con dinero. —Enseguida se arrepintió de haberlo dicho.

—Sí que se paga con dinero, sí. —Se volvió para meter un vaso de leche en el microondas—. ¿Sabes cuánto nos gastamos en bebida?

—Pero si lo pagué todo yo, era mi celebración. Y un día es un día.

—No se trata de si es un día o dos, se trata de que siempre pasa lo mismo y ya estoy harto de estar pendiente de ti. Cada vez que

salimos, sufro por cómo acabarás la noche. No sabes parar y me haces quedar en evidencia. ¿Te quieres ver? —Y cogió el móvil—. Porque ayer te grabé, que ya estoy hasta los mismísimos cojones. ¿Quieres ver cómo no te cabía ni la lengua en la boca? —la amenazó.

—¿Puedes borrarlo, por favor?

—Ni de coña.

—Pero ¿qué dije?

Manu cogió la taza de café con leche y se sentó en la butaca. Ella fue por detrás implorándole:

—Por favor, ¿me puedes decir qué hice?

Olga se hizo un ovillo en el sofá, con la cabeza apoyada en el reposabrazos y las rodillas abrazadas al pecho. Tenía náuseas y tuvo que ir corriendo al lavabo, el alcohol le aflojaba el vientre. Al salir decidió tumbarse en la cama. Oía la retransmisión de las motos en la televisión, quizá la dejara tranquila, pero apareció en la puerta como un gigante:

—Eso, eso, a tumbarte, otro sábado perdido. ¿Y la comida con mis padres qué? Volverás a ser un cadáver. Y no me hagas la comedia de que te encuentras mal y quieres irte antes. Porque si estás así es tu puto problema.

—No me riñas más. Si lo que quieres es hacerme sentir mal, tranquilo, te aseguro que lo peor ya me lo he dicho yo solita. Para, por favor.

—Era ayer cuando te tenías que decir las cosas a ti misma. Me voy a hacer el vermut con los vecinos.

Se puso el Apple Watch y salió de la habitación dando un portazo. Olga escribió inmediatamente a Lluís:

«Lluís, ¿monté algún número ayer?».

Le respondió enseguida:

«¿Número? No sé qué quieres decir».

«Si hice el ridículo, si dije algo fuera de tono o me caí o me puse en evidencia».

«¿Evidencia? Pero si estabas pletórica e ibas divina. ¿Por qué?».

«Por nada. Ya sabes que las lagunas mentales me ponen nerviosa».

Antes de la comida familiar, Manu le plantó una Coca-Cola delante del plato sin mirarla a la cara. Olga procuró estar atenta a las conversaciones, aunque se estaba muriendo por dentro, y cuando le ponía la mano en el muslo, él se la apartaba. A la hora del café, apoyó la cabeza en su hombro y él se levantó para irse al sofá a echar la siesta. Al regresar a casa, Olga volvió a ovillarse en el sofá y se esforzó por no llorar. A las once se fue a la cama.

10

SACOS DE HARINA

Martí Taconer no durmió durante toda una semana, hasta que tuvo el plan listo. Primero se fue a ver a Bertran y dos labradores de fuera del pueblo para proponerles unirse y vender el máximo de sacos de harina en el mercado negro. Al principio, Bertran se negó, pero Martí le replicó con la argumentación de Joanaina y se lo ganó, con la condición de que no quería ningún saco ni en su casa ni en ningún campo. Los otros dos aceptaron enseguida y quedaron en que le enviarían trigo sin declarar a Can Vinuet; había riesgos, pero también se abría la posibilidad de llevar una vida digna, y el hecho de que Joanaina estuviera en la cocina del enemigo los tranquilizaba. Xim y Granell, sus socios en el molino, también estuvieron de acuerdo. Taconer solo les puso una condición: solo él sabría el entramado entero, los otros conchabados solo dispondrían de la información de las fechas y los lugares de encuentro para las faenas concretas que hiciera falta. Así sería más difícil que la policía los cogiera.

Después, Martí se fue al cementerio de Vilavella y convenció al sepulturero para que sacara a un difunto reciente de debajo de tierra y le vendiera el ataúd. Le dijo que si todo iba bien, pronto le compraría otro por el doble. Aquel hombre, cuando oyó hablar de tanto dinero se echó a reír, y Taconer comprobó que era cierto lo que decían: que los pocos dientes que tenía los tenía tan separados

que cuando se reía se le veía hasta la campanilla. Por la tarde ya tenía la faena hecha, aunque Martí le había dicho que pasaría al cabo de dos días porque aún le faltaban unas cuantas visitas.

Fue a una de las fincas donde había trabajado hasta que el amo lo había despedido por rojo hacía unas semanas. Como no quería llamar la atención, fingió pasar de largo unas cuantas veces hasta que vio a Amador, su antiguo aprendiz. Cuando el joven lo divisó, intentó esconderse detrás de la higuera esplendorosa que había en medio del campo. Aquel árbol daba unos higos cuello de dama negros como un puño que eran canela fina: «No hay en toda Mallorca una higuera como esta», le respondía Martí al mayoral cada vez que amenazaba con arrancarla. Martí dio un rodeo hasta el camino que conducía a los frutales y le hizo señas con la mano a Madoret para que se acercara. El joven pensó que Taconer, con el genio que tenía, le sacaría un ojo por haberle quitado el puesto, pero decidió ir de todos modos porque le estaba agradecido por todo lo que le había enseñado. En lugar de ponerle un ojo morado, charlaron un buen rato. Taconer movía los brazos como si le explicara una gran proeza y el joven, que se había quitado la gorra, se rascaba la cabeza cada dos por tres, como si no acabase de creerse lo que estaba oyendo. Pero era todo lo contrario: Amador no había visto nada tan claro en sus diecisiete años de vida.

Cuando tuvo el «sí» del aprendiz, Taconer fue corriendo a su casa a preguntarle a Joanaina si se acordaba del mote del amo del olivar de Binibassí, porque el tráfico de harina iba del centro y sur de la isla hacia la sierra de Tramuntana, mientras que el aceite hacía el camino inverso. «Galandó», le respondió ella sin dudarlo ni un momento. Los hermanos Galandó recibieron a Taconer con recelo, pero después de compartir unos vermuts y descubrirse todos del mismo bando, cambiaron de tono y lo enviaron a Araló, donde

conocían a un buen contacto para hacer intercambio. Aquel hombre, de linaje Orfila, no estaba demasiado bien considerado en el pueblo, pero era el amo del cotarro y daba trabajo a los críos. Tenía malas pulgas y, para cerrar un negocio con él, tenías que hacer como en el siete y medio: ni pasarte con la apuesta, porque te cerraba la puerta en las narices, ni quedarte corto, porque entonces te trataba de tonto y también te rechazaba. Taconer, que era buen jugador, consiguió un buen trato, sellado con un puro y una copa de palo. Orfila incluso le ofreció volver al Llano de Mallorca cargado de aceite, pero, desde que había escondido a Tòfol en el molino de Can Vinuet, Martí se había vuelto cauteloso, y más ahora que esperaban un hijo: «De momento no, pero cuando todo esto esté engrasado, podemos volver a hablar del asunto». Lo que no sabía es que no tendría tiempo de engrasarlo.

Xim y Granell hacían funcionar el molino a destajo para moler todo el trigo que llevaban los labradores conchabados, después Martí trasladaba la harina al escondite y, cuando lo tenía lleno, que solía ser una vez por semana, metía todos los sacos dentro del ataúd, lo cargaba en el carro y, de madrugada, él o Madoret iniciaban la ruta con los ojos atentos para adivinar los caminos y no encontrarse con la Guardia Civil. Al llegar al primer encinar de la sierra de Tramuntana ya los esperaban dos hombres forzudos que descargaban y los acompañaban al café El Dorado. Taconer no volvió a hablar nunca más con Orfila, que movía los hilos de Palma, sino que los pagos los hacía el amo del bar, un individuo seco con los pantalones caídos y camisa holgada que siempre mascaba un mondadientes, tan esmirriado que, cuando servía las mesas, parecía que fuera a romperse. Seguramente por eso los hércules no se separaban de él cuando hacían las transacciones en la trastienda del local.

La vuelta era lo que se hacía más duro, sin haber dormido apenas. Una vez, la Guardia Civil pilló a Madoret y le preguntó adónde iba en busca del muerto. El joven, que tenía la habilidad de imitar a personas y animales, empezó a tartamudear para que los agentes pensaran que le faltaba un hervor y, efectivamente, lo dieron por imposible y lo dejaron irse.

Taconer no dejaba reposar el dinero. En cuanto lo tenía, hacía el reparto entre los hombres y lo apuntaba todo en una libreta. Los primeros tiempos la guardaba bajo una piedra del jardín, pero cuando empezaron a acumularse los cuadernos y el dinero ya se agrupaba en fajos de billetes, no se le ocurrió nada más que hacer un buen hoyo bajo la cama, embaldosar la habitación a escondidas —no hubo ninguna más embaldosada en todo el pueblo en mucho tiempo— y dejar sueltos los azulejos de encima del hoyo. Al tener listo el nuevo pavimento, llamó a Joanaina y le mostró el escondrijo. Había llegado a la conclusión de que era la única persona que no lo traicionaría; al fin y al cabo, pronto le daría un hijo.

Pero Martí no llegó a conocer al niño que esperaba. Una mañana, cuando Granell abrió el molino, se lo encontró muerto, colgado de una viga. En el suelo, bajo los pies, había unas colillas y el cabo de un puro de los caros: «¡Maldito hijo de puta!», gritó. Reconoció el rastro del Merlos más joven, que, además de usurero, se había convertido en el dirigente de la Falange en el pueblo. Se la tenía jurada a Taconer desde joven, desde cuando iba por La Llibertat y el labrador siempre lo dejaba en evidencia con juegos de palabras que hacían reír a todos los parroquianos pero que él no entendía, y acababa marchándose indignado. Lo había denunciado unas cuantas veces por rojo o con pretextos inventados, y al ver que los mandamases del régimen no le hacían caso, se tomó la justicia por

su cuenta. La Guardia Civil determinó que Taconer se había suicidado.

Horas después, dos mujeres comentaban en la plaza que era imposible que se hubiera matado: «Con la ilusión que le hacía tener ese hijo, no puede ser. Nunca». Uno de los Merlos las oyó, las denunció por ir contra el régimen, las llevaron al cuartel de la Guardia Civil, las obligaron a beberse dos vasos de aceite de ricino y les raparon la cabeza.

Joanaina enterró a su marido sin hacer preguntas. El día antes, cuando los amigos de La Llibertat le habían llevado el cuerpo y habían empezado a sembrar cizaña, los había mandado callar:

—En esta casa no se habla de eso. —Miró a lado y lado de la estancia para comprobar que solo estaban sus amigos republicanos —. Ahora no se puede hacer nada. Martí está muerto, y bien muerto. —Señaló con un dedo la habitación donde estaba el cadáver—. Hemos de dar gracias de que nos lo dejen enterrar, así que las únicas palabras que quiero oír son los ruegos por su alma.

—Pero se puede pedir justicia —reclamó un joven, que había acudido con su padre.

—Ni justicia, ni justicias. He dicho que ahora no se puede hacer nada. Y, si no me vais a ayudar a amortajarlo, ya os podéis marchar.

Se fueron todos, con la boina en el pecho. Solo el carpintero del final de la calle se ofreció:

—Joanaina, si necesitas cualquier cosa, pídemela. Nos tienes aquí para lo que haga falta.

Ella asintió y lo acompañó a la puerta para ver si llegaban las vecinas que tenían que ayudarla con la mortaja. Cuando las mujeres le preguntaron qué haría —«Ahora que te has quedado sola y con un niño en camino»—, Joanaina respondió:

—Lo mismo que hasta ahora: intentar llegar al final del día.

Se acarició el vientre, que ya estaba bajo, pero no quiso descansar «Hasta que no hayamos acabado la faena», se enjugó las gotas de sudor que le resbalaban por debajo del pañuelo negro y se remetió los mechones rebeldes. Empezaban a surcarle la frente unas arrugas precoces que le conferían un aire duro.

Aquella noche, con el cuerpo de su marido en la cama, volvió a dormir en la mecedora, como la primera noche de casados, pero con una diferencia: ahora sabía cómo quería vivir.

Al día siguiente, a primera hora, se presentaron en su casa los hermanos Merlos, altivos, repeinados y como si le perdonaran la vida. Le dieron permiso para hacer un velatorio, pero ella se negó: Taconer no lo habría querido y, sobre todo, ella no tenía la intención de deberle ningún favor a gente de aquella índole.

—No quiero hacer ningún velatorio. Es como ustedes dicen: matarse va en contra de la ley de Dios y ahora solo nos queda rogar por su alma. Eso sí, les pediría que viniera el cura al entierro.

Antes de irse, los usureros le dieron quince días para pagar la mensualidad que les debía su marido del préstamo del molino:

—Y por su propio bien, deshágase de este negocio. No es trabajo para una mujer.

Joanaina se tocó la verruga que tenía en la barbilla para morderse la lengua y estiró el cuello invitándolos a irse. Cuando cerró la puerta, se dirigió a la cocina a hacer pan, bizcochos y galletas con la harina que le habían enviado los socios de Martí, cualquier cosa que le permitiera pegar puñetazos a la masa. Estaba cansada de que los hombres le dijeran lo que podía y lo que no podía hacer, harta de satisfacer unos deseos que la golpeaban muy dentro, en el vientre, y que dolían más que los moratones que salen en la piel. Se prometió que el hijo que esperaba no pasaría hambre

y, lo que es aún más importante, que en aquella casa no entraría ningún hombre a quedarse. Después repartió todo lo que había amasado entre los vecinos y amigos de su marido, que atribuyeron los presentes a la pena de la viuda. Joanaina no derramó ni una lágrima por el difunto y, cuando lo enterraban, rezó, pero no por su alma, sino porque Dios la ayudara a salir adelante sola.

Esta vez el parto fue como la seda. Fue un niño y nació a mediodía; pesaba tres kilos y lloró con desconsuelo. Joanaina le puso Martí y, a partir de aquel día, fue el pequeño Martí o el Taconer hijo.

11

SHIBARI

Aldo llegó al aeropuerto del Prat a las 7:00. No había pegado ojo, llevaba la camisa y los pantalones arrugados, iba mal afeitado y, como tenía una escala de cuatro horas, se compró una camisa y una americana. Se duchó y arregló en la sala VIP y, mientras desayunaba unos huevos con beicon, llamó a Gaspar Fillol, diputado en el Parlamento hasta que molestó y ahora eurodiputado en Bruselas. Se habían conocido cuando ambos trabajaban en el gabinete del *conseller* de Políticas Digitales de la Generalitat de Catalunya.

—Estás de suerte —le respondió Gaspar—. Podemos quedar para cenar. Qué ilusión, tío, ¿cuánto hace que no nos vemos?

—Pueeeees —alargó la «e» fingiendo que pensaba—, ¿dos legislaturas?

—Es que, colega, el asunto aquel del trol fue de traca: mira que poner una foto de perfil del primer tío que encontrasteis en Google… ¡Hay que ser inútiles! Suerte que el *conseller* Bassol paró la investigación, porque la policía os habría metido un puro que te cagas.

—No te negaré que lo del trol fue una metedura de pata, pero, hijo de puta, tú tampoco moviste ni un dedo por salvarnos.

—Colega, aquello era insalvable. Encima usasteis la IP de la consejería. De locos, tú…

—Bueno, eso es agua pasada. —Aquel episodio aún removía a Aldo—. Además, estoy mucho mejor en la agencia de publicidad, tengo una panda de esclavos a mi cargo y *priority pass* en todos sitios, así que no me puedo quejar.

—Bueno, colega, te tengo que dejar. Ahora te envío la dirección del restaurante, quedamos a las ocho, si te parece.

Se encontraron por la noche en uno de esos locales clásicos de Bruselas donde sirven mejillones con patatas fritas. Gaspar pidió sin mirar la carta y añadió una botella de Cantillon.

—Con esta cerveza, colega, vas a flipar.

Aldo fue al grano.

—Necesito localizar a una amiga de Margot.

Gaspar utilizó una cáscara de mejillón como cuchara para coger un poco de salsa y sorbió haciendo ruido:

—Aldonet, no está bien tirarse a las amigas de las novias. ¿Cómo está… —tardó unos segundos en ubicar el nombre— Margot? Tío, se llamaba Margot, ¿verdad?

—Lo hemos dejado. Bueno, me dejó ella por videoconferencia hace ocho meses y aún no la he visto. Una llamada y ya está. ¿A ti te parece normal? Ni tan solo ha recogido las cosas de mi casa.

El eurodiputado sorbía otro mejillón y le resbaló por la comisura de los labios un hilillo de aceite anaranjado que detuvo con la lengua.

—Tíralas. Que se joda. —Se enjugó con la servilleta, que quedó naranja—. Pues mira que siempre me pareció que la tenías en el bote.

—Y la tenía… Alguien le ha lavado el cerebro, estoy seguro.

—¿Qué quieres decir? Uy, ¿y quién es ese hombreeeee? —preguntó cantando el estribillo de una serie colombiana.

—No. No es eso. Me aseguré de que no me ponía los cuernos. —Se frotó los nudillos por instinto—. Pero últimamente iba con una gente de mierda que me daba mala espina.

—Oye, que hay más peces en el mar, ¿eh? La única putada es que el alquiler y el coche te los comes con patatas, ¿no?

Aldo negó con la cabeza:

—El alquiler sí, pero el coche lo paga ella, ya te digo si lo paga. Está a su nombre. Le encasqueté el crédito sin que se diera cuenta y todavía paga la mitad sin conducirlo.

Gaspar rio como una hiena:

—Hostia, eso sí que fue una jugada maestra. Mira que me parecía una tía espabilada.

—¡Qué va! Margot es un desastre con el papeleo, habría firmado lo que le hubiera puesto delante. Es la persona más indecisa del mundo, por eso te digo: es imposible que haya tomado la decisión de dejarme por ella misma. Por eso quiero hablar con ella, tío, que no me responde ni a los mensajes, la mala puta.

—¿Y crees que está en casa de esta piba de aquí?

—Sí. —Le enseñó el selfi de Margot y su amiga, las dos con las bufandas hasta la nariz y el Manneken Pis de fondo.

—¿Esta? ¡Pero si yo la conozco! Es Mariona Comes, la corresponsal de Catalunya Ràdio.

—¿Sabes dónde vive?

—No, porque aún no me la he tirado. —Rio—. Pero sé por dónde salen de copas los periodistas expatriados. Si quieres, pagamos y te llevo y nos damos un meneo. Pero no me quedaré hasta muy tarde, que tengo un rollo con una diplomática parisina y la voy a abrir como un melón.

Aldo estalló en carcajadas. Gaspar dejó dos billetes de cincuenta encima de la mesa, le hizo un gesto al camarero y se fueron sin

esperar ni la cuenta ni el cambio.

Fueron al Central, un local enorme con dos terrazas en el llamado «barrio europeo». Gaspar fue directo a la planta baja, donde solían estar siempre los periodistas. Había tres mesas juntas llenas de copas de cerveza y platos con restos de pastel de chocolate de alguna celebración. Enseguida localizó a Mariona y se le acercó para hacer las presentaciones. Aldo desplegó sus encantos y, cuando vio la ocasión, la invitó a beber y la apartó del grupo.

Charlaron un rato, la periodista pensó que quería ligar con ella, y no se lo tomó mal hasta que Aldo le preguntó por Margot. De repente le vino un flash del viaje a México, cuando había conocido a la fotógrafa y le había enseñado algunas capturas de Instagram de su novio. Le dio rabia no haberlo reconocido hasta aquel momento. Quiso volver al grupo enseguida, pero Aldo la retuvo por un brazo: «Por favor, escúchame, estoy desesperado». Y le soltó la letanía de que no podía vivir sin Margot, que si hablaban seguro que ella también veía que estaban hechos el uno para el otro, que con amor todo se superaba y que estaba dispuesto a perdonarla por haberlo dejado por videoconferencia. «Qué cojones», pensó la corresponsal. Sabía toda la historia. Pol y ella la habían empujado a dejarlo, había presenciado la videollamada y, al colgar, cuando Margot tuvo el ataque de ansiedad, la había abrazado tan fuerte como había podido. Mariona le hizo creer que, «efectivamente», Margot había estado allí hasta aquella mañana, pero que ya se había ido.

—Y no te diré dónde está porque, si te ha pedido tiempo, es porque lo necesita. Está todo aún muy tierno.

—¿Tierno? Me parece que te ha explicado alguno de sus cuentos. Va, que todos sabemos que tiene una imaginación prodigiosa. ¿Qué se ha inventado esta vez?

—Mira. —Mariona cerró los ojos como si pensara—. Estoooo —y alargó la «o» y se petó los dedos dos veces—, Aldo. —Sabía que eso heriría su orgullo—. Mira, Aldo, vale más que no sigas por ahí. Aunque me hubiera comentado algo, que no lo ha hecho, serías el último a quien se lo contaría. Solo te digo que la gente va y viene, que nos enamoramos y nos separamos, y que no hay que ser tan dramático. Es ley de vida.

Aldo la agarró con fuerza de un brazo:

—Estábamos bien. Margot la cagó muchas veces y la perdoné. Y después se va de viaje y me deja. No tiene ningún sentido.

Mariona hizo un gesto brusco para zafarse de él:

—Ya te he dicho que no sé nada. Mira, no te conozco y no quiero meterme en medio.

Aldo la soltó, se volvió para comprobar que nadie hubiera visto la escena, fue hacia donde estaba Gaspar y le pidió largarse de allí.

—Gracias, tío, no ha servido de nada, pero me has hecho un favorazo. Te debo una. Que vaya bien con la diplomática. Me voy caminando al hotel.

En cuanto se fue, Mariona llamó a Margot para explicarle la escena y la intentó calmar:

—No sufras, no volverá a Mallorca. Me ha dicho que mañana tenía que ir a Alemania por trabajo, y es verdad porque un colega periodista que lleva temas de automoción me ha confirmado que el lunes empieza la Feria del Automóvil de Frankfurt y Cupra tiene que hacer un superanuncio. Él se encarga del marketing digital de esos coches, ¿no? —Margot respondió que sí—. Pues estate tranquila.

Pero a las cinco de la madrugada Margot se había mordido tanto las uñas que tenía los dedos en carne viva, a las seis estaba desayunando, se durmió en el sofá hasta las ocho y entonces ya no

aguantó más y se fue a casa de la vecina. Sabía que Francina era madrugadora y que estaría haciendo alguna faena. La encontró en la entrada, sentada en la mecedora y cosiendo una montaña de tela de color crema:

—Te dije que no me hicieras cortinas, que me compraré unos estores cualquiera y ya está. —Le gustaban los paneles de estilo japonés.

—Eso que dices es un embrollo, siempre se atascan, y no hay punto de comparación con una buena cortina.

Margot acercó una silla, no quería hablar de nada serio, solo tener compañía, pero Francina la notaba rara.

—¿Te pasa algo? Tienes mala cara. —Vio que el comentario violentaba a Margot y le puso una mano en la rodilla—. Oye, que yo contenta de que vengas con excusa o sin ella: ¿quieres un táper de albóndigas?

Le confesó que Aldo estaba muy pesado, que la perseguía y que estaba harta de escoger a hombres malos. Francina arrugó la nariz:

—¿Es que te ha hecho algo? —preguntó, y dejó el fardo de tela encima de otra silla.

Margot se arrepintió al instante por preocuparla y mintió:

—No. No ha hecho nada, pero estoy pensando que me quedaré para vestir santos, Francina —quiso disimular.

Enseguida le supo mal haber dicho eso porque Francina era viuda desde hacía muchísimo tiempo, pero la vecina se había echado a reír.

—¿Eso es lo que te quita el sueño? Ay, señor, mi niña: ¡más vale vestir santos que vestir tontos! —Se bajó las gafas de coser hasta la punta de la nariz—. ¿Sabes qué me dijo una vez tu abuela? Y tenía más razón que un santo: «¿Hombres? Vale más tener una cuba, que tiene más usos». Y, mira, yo le hice caso. —Las dos rieron—. Tu

abuela hablaba poco, pero, cuando hablaba, subía el pan. —Se le acercó para hacerle una confidencia, como si estuvieran rodeadas de gente—: Eso sí, también te digo que no me gustaría morirme sin haber tenido un orgasmo.

Margot dio un brinco. Con la edad, la modista estaba perdiendo el pudor.

—Ay, Francina, no me digas esas cosas, ¡que para mí eres como una madre!

—¿Qué pasa? Me preocupa más que hayas tenido un buen orgasmo que al hombre de tu vida. Eso del hombre de la vida son tonterías. ¡Tú tienes que ser la dueña y señora de tu propia vida!

Se quitó las gafas, se las dejó en el regazo y le agarró una mano, seria:

—Mira, mi niña, una de las cosas que peor me saben es que tu abuela y yo no te supimos educar en el sexo. Cómo te íbamos a hablar de eso, si no sabíamos nada del placer. Me apostaría lo que fuera a que tu abuela tampoco tuvo ningún orgasmo.

—¡Vaya! Parece que hoy te has aprendido la dichosa palabrita, ¿eh?

En cualquier otra ocasión, Margot le habría seguido la conversación y al final se habrían partido de risa, pero aquel día no tenía el cuerpo para hablar de hombres.

—Francina, he venido por interés —mintió—: ¿Me prestas algún libro? Todavía no he subido al desván y, como en este pueblo internet es como los Reyes, que pasan una vez al año, no me puedo descargar nada en Kindle.

Francina señaló hacia la estantería del comedor:

—Ya sabes dónde están —dijo, y se levantó—. Yo me voy a acicalar, porque a las diez pasa a buscarme Alfonso. —Se habían conocido en el último viaje del Imserso—. ¿Quieres venir al Nobla?

Vamos a comer unas banderillas nobleras. ¿Las has probado alguna vez? —No esperó respuesta—. Están de rechupete.

—No, no. No vaya a ser que te den ganas de probar esa palabra que has aprendido.

Se echaron a reír las dos:

—No te apures. No será hoy. Te puedes llevar los libros que quieras.

La verdad es que Margot no se había fijado nunca en los libros que tenía Francina y pensó que componían una mezcolanza preciosa. Las fábulas de Mosén Alcover las había leído todas de pequeña, dejó para más adelante una antología de Blai Bonet y las *Cròniques de mig estiu* de Maria Antònia Oliver. La biografía de March de Pere Ferrer estaba superada, como *Te dejo, amor, en prenda el mar*, de Carme Riera. Así que cogió tres: *Un invierno en Mallorca*, de George Sand, para comprobar cómo aquella amante de Chopin arrastraba a los mallorquines por el barro; *39º a la sombra*, de Antònia Vicens, porque hacía poco que había leído *Lovely* y le había maravillado, y *De com era infant*, del padre Rafel Ginard, versionado por Maria del Mar Bonet en un disco que le encantaba y de quien no había leído nada.

Mientras rebuscaba en aquella estantería, hojeando los libros, cayeron unas láminas amarillentas que apenas se aguantaban juntas. Las cogió y con un grito —«¡Me voy, Francina, y cuidado con las banderillas!»— que la mujer mayor recibió entre carcajadas, se fue a tumbar al sofá de su casa, a ver si con la lectura se olvidaba de Aldo. Empezó por los papeles antiguos que se habían caído: eran de la Sección Femenina del franquismo. Le extrañó que la vecina, que siempre había lanzado pestes de aquellas mujeres, guardara un fragmento de aquella revista, y lo leyó con curiosidad porque justamente la cosa iba de sexo: «Si te sugiere la unión, entonces

accede humildemente, teniendo siempre en cuenta que su satisfacción es más importante que la de una mujer. Cuando alcance el momento culminante, un pequeño gemido por tu parte es suficiente para indicar cualquier goce que hayas podido experimentar».

Le dieron arcadas y dejó de leer porque se acordó de un episodio de la facultad.

Había salido con Pol, su mejor amigo, por la Zona Hermética de Sabadell, como cada jueves. Los dos vivían en la Vila Universitària y se habían conocido porque trabajaban en los cines de Cerdanyola sirviendo palomitas y bebidas. Era guapo, fuerte, desinhibido, provocador, abanderado de una causa, la homosexualidad, y divertidísimo. Aquella noche bebieron chupitos, bailaron en el podio del Park Paladium y a las cuatro de la madrugada, cuando lo fue a buscar para coger juntos el penúltimo bus hacia los apartamentos, no lo encontró. Fue al bar de delante, donde se encontraban cuando se perdían, pero tampoco estaba; seguro que se había liado con alguien y ella, por tonta, tendría que esperar una hora más, así que se sentó en la barra y pidió una cerveza.

Al cabo de diez minutos se le acercó un hombre, le dijo que era médico en el hospital Taulí, la invitó a unos chupitos de tequila y, cuando ella se dio cuenta de que llegaba justa al autobús, él se ofreció a acompañarla hasta la estación de tren. Vivía al lado. Al llegar a la estación, todavía faltaba una hora para que saliera el primero, y la invitó a subir a su piso. Margot accedió y todo pasó muy rápido: él la empujó hasta el sofá, se le puso encima a horcajadas, empezó a besarle el cuello y le agarró las tetas por encima de la camiseta mientras le buscaba la cremallera de los tejanos. Ella intentó apartarlo, pero él la cogió de las dos muñecas: «Entonces ¿para qué has venido? No te hagas la beata». Margot

respondió que le daba todo vueltas y que prefería irse, pero estaba tan mareada que no se veía con fuerzas de llegar a la puerta. Él la arrastró hasta la cama y la tumbó, le quitó los pantalones y las bragas, todo junto, y se le puso encima. Le lamía el cuello mientras le abría las piernas, que ella intentaba cerrar, hasta que se las sujetó con las dos manos, sin miramientos, y la penetró con fuerza. Margot gritó de dolor y le puso las manos en el pecho para apartarlo, pero no sirvió de nada, se dio por vencida y cerró con fuerza los ojos deseando que acabara pronto. Al cabo de diez minutos, él se estremeció, soltó un gemido y se apartó:

—¡Hostia! Me podías haber dicho que tenías la regla. —Se levantó y fue al baño.

—No la tengo.

—¿Y esto qué es? —La había desgarrado con las embestidas y ahora limpiaba la sangre de las sábanas con una toallita húmeda—. Hostia puta, que son de mil hilos.

Margot era incapaz de moverse, así que aceptó una camiseta que le ofreció el médico y se durmió del cansancio. Cuando la claridad los despertó, él quiso repetir. Ella se negó, tenía clase y la noche anterior le había hecho daño.

—Sí, claro, daño. Pues por los gruñidos que hacías, no parecía que te doliera nada, todo lo contrario.

En el tren, con la cabeza apoyada en la ventana, Margot se repitió que tenía que olvidarlo, que ya estaba, que era ella la que había subido a su casa y que era lo que tocaba. Estuvo dos días sin salir de su habitación, pero tardó meses en quitarse de encima la sensación de suciedad. No se lio con nadie más hasta que conoció a Felip Linares, una eminencia de la teoría del color que había ido a Bellaterra a impartir un seminario y la había tratado como una

becaria en casa y en la cama. Más de una vez había fingido, para quitarse aquel pecho peludo de encima. Gemidos.

Margot se levantó de golpe para ahuyentar aquellos pensamientos, volvió a sentarse, cogió *39º a la sombra* y lo soltó al leer que los padres de la protagonista habían muerto. Volvió a levantarse, dio dos pasos, se sentó otra vez, cogió el libro de Sand y no pasó de la portada. Flashes. Flashes. Y más flashes. Solo le quedaba salir a correr para desahogarse. Cuando cogió el móvil, ya vestida para salir, vio un mensaje de Olga, que las invitaba a cenar el viernes siguiente. No les daba ninguna pista, solo una dirección y una hora: las nueve de la noche.

Al cabo de una semana, a la hora en punto, las Gatas llegaron al lugar indicado. Como siempre, Olga llegaba tarde. Lo hizo al cabo de un cuarto de hora, resoplando y pidiendo disculpas:

—Perdón, perdón, una reunión que no se acababa nunca. —Miró el número extrañada—: ¿Esta entrada corresponde al número 35?

Lo preguntó porque nada hacía pensar que aquello fuera un restaurante. Había una puerta de hierro oxidada enorme y parecía un edificio abandonado.

—Madre mía, ¿es que no sabes dónde nos invitas? —le preguntó Catalina.

—No. Me dio las invitaciones un cliente. ¿Llamamos?

Les abrió la puerta un joven con una coleta y un delantal de piel, que se presentó como el guía. Les indicó que siguieran la flecha hasta el montacargas. Margot se detuvo en seco. No soportaba los sustos, los trenes de brujas ni las películas de miedo, y avisó a aquel chico que, si se trataba de una de esas cosas, ella se largaba. Él le respondió que no se preocupara, que la experiencia de aquella noche solo era excitante, y remarcó la palabra «excitante»

intentando disimular una sonrisa. El pasillo que conducía al montacargas estaba lleno de plásticos de obra y enseguida se abrieron las puertas. Las Gatas entraron y, sin pulsar ningún botón, notaron que subían.

Cuando las puertas volvieron a abrirse, todo había cambiado: estaban en una sala de parqué de madera maciza y cuadros que recordaban a los de Jackson Pollock; en la entrada había tres butacas Chester individuales y una mesita de vidrio sin patas. Las recibió el chef, que llevaba una chaqueta de cocinero de doble abotonadura negra y una gorra también negra con calaveras de colores, y las acompañó a una mesa alargada donde ya había diez personas sentadas.

—Bravo, todo el mundo nos mira —dijo en voz baja Margot, que odiaba ser el centro de atención.

Cuando estuvieron sentadas, entró una pareja con kimonos negros y se sentaron presidiendo la mesa. Shikyro era alto, llevaba la cabeza rapada y una barba puntiaguda; a Sira le llegaba la melena hasta la cintura y llevaba los ojos delineados de tal manera que parecía asiática. Entonces el chef les comunicó que todo estaba a punto para la cena erótica: ostra ahumada en sal de jengibre y rosas, dados de atún y salmón con aceite de almendra, col rellena de pato tostado con canela, guindilla y tapioca al bourbon, canelón de ave con bechamel de coco, brocheta de ciervo en su jugo y trufas, todo ello regado con cava. Después les anunciaron que iba a dar comienzo la demostración de shibari. Las Gatas intercambiaron miradas. Ninguna de ellas sabía lo que era. El barbudo explicó que era una práctica erótica procedente de Japón que consistía en atar a la pareja con cuerdas que rozaban y se anudaban en puntos considerados estimulantes.

—Uy, a Toni si le pongo unas cuerdas o me deja o querrá hacerlo cada noche. —Andreva y su incontinencia verbal.

—Chis —la reprendió el resto del público, que sí que sabía adónde había ido.

Sira se quitó el kimono. Debajo solo llevaba un tanga blanco. Shikyro le vendó los ojos y empezó a atarla, primero por las muñecas, luego por los muslos, los brazos, el vientre y el pecho, hasta que la dejó en suspensión, colgada de una cuerda que pendía de una viga.

—Parece un jamón, solo que colgada a través. —Catalina y sus comparaciones.

Todas rieron, y volvieron a mandarles callar.

—Ostras, a mí me ha encantado la estética. Me gustaría hacerles una sesión de fotos. —Margot y el trabajo, siempre el trabajo.

Esta vez nadie les llamó la atención. Sira explicaba que el placer lo producía la cuerda, que frotaba muchas zonas erógenas, pero también la espera: cuánto tiempo estaría, dónde le rozaría, dónde haría el nudo, con cuántas vueltas y con qué presión. Todo eso, aseguraba, te llevaba al éxtasis.

—Pues yo creo que debe de tener su qué, ¿no? —Olga no sabía cómo reavivar la llama con Manu—. Eso sí, si el tío se pasa un pelo con la cuerda… —continuó, y se agarró el cuello con la mano—, ¡caput!

—Qué queréis que os diga, lo encuentro machista.

Catalina lo dijo justamente en uno de esos momentos de silencio, y todo el mundo lo oyó. El barbudo le respondió:

—Las mujeres también hacen nudos, solo faltaría. De hecho, en el taller enseñamos ambas cosas. —Y les repartió una tarjeta a cada una—. Por si queréis venir a probarlo. En la web veréis algunos vídeos y los horarios de los seminarios.

La pareja hizo una reverencia al estilo oriental y se fue. El público aplaudió y las Gatas fueron las primeras en bajar.

—Bueno. —Andreva tiró la tarjeta a una papelera y el resto la imitaron—. ¿Dónde vamos a tomar un gin-tonic, que yo, si cuelgo a Toni del techo, se me hunde la casa con el barrigón que ha echado.

Rompieron a reír y pusieron rumbo hacia la Almudaina. Pero una de ellas no había tirado la tarjeta. Llamó al día siguiente.

12

LA SEÑORA

Xim y Granell llamaron a la puerta de Joanaina el día en que el pequeño Martí cumplía una semana. El bebé dormía en el capazo debajo de un granado y la viuda andaba sembrando cerca un surco de lechugas que tuvo que dejar a medias al oír voces de hombre en la entrada.

—Buenas tardes —los saludó mientras se secaba las manos en el delantal.

Le sonaban, pero no sabía de qué.

—Buenas tardes —respondieron casi a la vez.

—Ustedes dirán. ¿Puedo ayudarles en algo? —Y entonces cayó en que eran los socios del molino.

Empezó Xim, más barrigudo que nunca, con el ombligo asomando entre los botones de la camisa.

—Primero de todo, queremos presentarnos: somos los socios de Can Vinuet y venimos por un asunto, ¿cómo se lo diría…?

—Delicado. —Granell tenía el mal vicio de acabar las frases de los demás—. Un asunto bastante delicado que tiene relación con su marido.

—Sí. —Xim agarró al socio por la muñeca para que no se embalara—. El caso es que hemos dejado pasar unos días para respetarle el duelo, pero hay cosas que…, estoooo…

—¡Que no pueden esperar más!

Joanaina se tocó la verruga para no reír. Al día siguiente, ella misma tenía pensado ir al molino para poner orden al estraperlo.

—¡Por todos los santos! ¡Digan lo que tengan que decir de una vez por todas!

Se produjo un silencio, y Granell y su ímpetu volvieron a tomar la palabra:

—Tenemos la sospecha de que su marido no murió ahorcado. Bueno, ahorcado sí que murió, pero que no se colgó él, sino que lo colgaron.

Joanaina puso gesto de disgusto y cogió aire. No era de eso de lo que quería hablar:

—Si han venido a inflarme la cabeza, ya pueden volver por donde han venido. —Y dio unos pasos hacia la puerta. Ya estaba harta de cuentos de conspiraciones—. Ahora mismo no necesito saber cómo murió mi marido; necesito saber cómo pagar las deudas que dejó, cosa que sus socios veo que no solucionan.

—Señora, hemos tenido que digerir muchas cosas.

—¿Digerir? Para poder digerir primero hay que comer, y si no ponemos orden pronto, ni eso podremos hacer. Hablan de respeto, pero han esperado una semana para venir a ver a su viuda y, encima, para contarme patrañas. ¡Lárguense de aquí!

Joanaina abrió la puerta.

—Por favor, espere. —Xim la agarró de la muñeca—. Si colabora con nosotros, se lo compensaremos. No tiene que ser fácil criar a un hijo sin ayuda de nadie.

—Ustedes no tienen nada que opinar sobre cómo crío o dejo de criar yo a mi hijo. —Hizo un gesto rápido con el brazo para zafarse de él—. Y eso de colaborar, ya lo veremos. Primero tendrán que explicarme qué quieren.

Los hizo sentarse en las sillas de madera de la entrada mientras ella iba a buscar al pequeño Martí. Se había dormido mirando las hojas del granado, que, mecidas por la brisa, lo dejaban hipnotizado.

—Ahora sí. —Acercó el capazo a la mecedora de telas mallorquinas y se sentó con las puntas de los pies clavadas en el suelo y el cuerpo echado hacia delante para evitar el balanceo.

Con aquella nariz ganchuda, el pelo peinado hacia atrás, en un recogido —no había tenido tiempo de ponerse el pañuelo—, y los ojos pequeños y negros, Joanaina parecía un águila a punto de atacar. O eso le pareció a Granell, que sospechó que no se lo pondría tan fácil como creían.

—Se lo repito: digan lo que hayan venido a decir. —Con los gemelos como piedras, el balancín no se movió ni un milímetro.

Cuando Xim empezó a explicarle que declaraban menos harina de la que tocaba se recostó en la mecedora con las manos entrelazadas sobre la barriga: «Así me gusta, ahora venís a mí». Escuchó con atención el relato del que reconoció como el más listo de los dos, con las interrupciones de Granell que no aportaban nada, y cuando acabó el discurso llegó a la conclusión de que su difunto marido se había asociado con dos mentecatos para que no llevaran las cuentas.

—Así que no saben nada de nada. —Detuvo la mecedora apoyando las puntas de los pies.

—Nada de nada —lamentó Granell, con las piernas abiertas, los codos en las rodillas y la vista clavada en la boina que retorcía entre las manos.

—¿Y qué cuentas se hacen?

Ella sabía perfectamente cómo se tenía que actuar, pero quería hacerlos padecer. Se levantó de la mecedora y empezó a caminar de un lado para otro por la entrada para ponerlos nerviosos. Y cada vez

que notaba que Granell quería decir algo lo hacía callar con un «¡chitón!». Hasta que se agachó para tapar a Martí —aquel crío siempre se bajaba la mantita hasta la cintura—, se aclaró la garganta y dijo:

—En caso de que me estén contando la verdad, les puedo asegurar que en esta casa no hay nada. Ahora bien, es posible que tenga una idea de dónde está el botín. Si fuera así, ¿cómo sé que no acudirán a las autoridades?

—Señora, nos jugamos el pescuezo. Los Merlos nos tienes agarrados por los… Nos matarán si no pagamos pronto. —Xim sudaba.

—De acuerdo. ¿Traen coche? ¿O tenemos que coger mi mulo?

Joanaina sabía dónde estaba el escondrijo desde el primer día porque había seguido a su marido y pensaba que la pocilga de Son Massanet, que utilizaban como leñera, era un lugar pésimo porque quedaba a la vista del camino y porque, si los pillaban, no habría duda de quién era el contrabandista. A menudo, cuando su marido estaba en el molino, ella se acercaba a poner más leña fina sobre los sacos y también trababa la puerta de madera para que no se abriera con un golpe de viento. Y se guardaba mucho de decirle nada a él. De hecho, alguna noche de entregas se escondía detrás del algarrobo que quedaba cerca y, cuando su marido se había ido, se quedaba un rato para comprobar que no hubiera nadie que pudiera delatarlos rondando por allí.

Cuando Xim y Granell vieron los veinte sacos flanqueados por pilones y tapados con leña se abrazaron, saltando y llorando de alegría. Al instante se echaron un saco cada uno a la espalda. Joanaina los detuvo de un grito:

—¡Alto ahí! —La miraron con el ceño fruncido, extrañados—. Si mi marido dirigía este negocio, lo justo es que yo lo herede.

Los dos hombres se echaron a reír, aún con los sacos a cuestas.

—Pueden reírse todo lo que quieran, pero si se lo explico a las autoridades, no creo que salgan bien parados. Y pueden estar seguros de que a mí no me quieren meter en la cárcel, que me necesitan para hacerles sus comilonas. Además, qué voy a saber yo, una pobre viuda, de los negocios de mi marido, si las mujeres no servimos para nada.

Dejaron los sacos en el suelo y la escucharon.

—No sé —dijo, y se volvió hacia Granell—: Quizá en una comida de esas los puedo enviar a Llurí, a la casa que hay cerca de la noria. —Taconer le había contado que aquel hombre delgaducho había nacido sietemesino y que su madre lo había parido subida a la noria de al lado de su casa.

El aludido bajó la mirada y Xim se rebotó:

—Tampoco hace falta ir con amenazas, señora.

—Y usted calle, porque también sé adónde va a pasar las horas cuando acaba en el molino, y a su casa no es, a no ser que ahora haya pintado las paredes de rosa.

Una noche que su marido había llegado de buen humor y con un coñac de más le había contado que un poco más allá de la fábrica de harina habían puesto un burdel, que Xim era asiduo y que muchas veces se encontraba allí con la Guardia Civil, pero no precisamente para hacer detenciones.

—Les guste o no, la única que se sabe todo el intríngulis es una servidora, y me parece que no les conviene perderme. Así que mejor se van olvidando de los sacos, porque, además, no sabrían qué hacer con ellos, y empezamos a hablar de las condiciones.

Los dos hombres clavaron la mirada en el suelo, avergonzados. Tenía razón. Granell se retorcía una punta de la camisa con rabia y

Xim se quitó la gorra y se enderezó todo lo que pudo para simular respeto.

—Por supuesto, hablemos.

Los tres se sentaron en los pilones de madera que hacían de barrera a los sacos. Y así fue como, en aquella antigua pocilga, Joanaina tomó el relevo a su marido en el contrabando de harina. El negocio tampoco echaría en falta a Taconer, porque al día siguiente mismo ella empezó a mejorar y ampliar toda aquella trama. A primera hora se dirigió al pequeño pinar que separaba su campo del vecino, por el norte. Quedaba sobre un cerro y era tan angosto que ni los republicanos se habían atrevido a ocultarse allí. Buscaba un pozo seco que había visto una vez, tapado con unos tablones para evitar desgracias. Cuando lo encontró y comprobó que seguía seco, volvió a aupar en brazos al pequeño Martí y se fue en busca de Madoret. Lo encontró saliendo de su casa y le ofreció pagarle el doble de dinero por todos los viajes a Araló. El joven aceptó sin pensárselo:

—Joanaina, es usted, es usted, es usted… —No le salían las palabras—. No sé qué es, pero ahora mismo la besaría. Por fin podré dejar de labrar.

Ella negó con la cabeza. No le parecía conveniente que lo dejara de golpe; tenía que ingeniárselas para que lo despidieran.

—Todos sabemos que Pau Donat es un hombre temeroso de Dios; tienes que hacer que te eche. Te enfrentas a él blasfemando, llamas por su nombre a la Guardia Civil o llegas un día borracho, me da igual, pero no te puedes ir sin más.

—No se preocupe, señora, que lo haré bien.

Aquella misma noche, Madoret agarró una buena turca con unas botellas de palo que había robado una noche de juerga con un

amigo. Al día siguiente, Donat lo encontró a las puertas de su finca vomitando y blasfemando, que es lo que más le dolió.

—Habías empezado muy bien, pero te has vuelto un vago y un maleante. Un hereje. Debería denunciarte a las autoridades.

El joven le imploró que no le dijera nada a su familia, le prometió que iría a misa cada tarde durante dos meses y que se sentaría cerca de él para que fuera su modelo. Aquella misma noche trasladó todos los sacos a la nueva madriguera y esperó órdenes.

Mientras tanto, Joanaina intentaba adivinar qué labradores estaban conchabados, además de Bertran, pero sus socios tampoco sabían nada de aquel asunto. Aquellos dos hombres la sacaban de quicio.

—La madre del amor hermoso… ¡Pero ¿es que no conocen ni a sus clientes?! —Y abrió los brazos en cruz como un Santo Cristo.

—Sí, pero nunca nos hablaron del estraperlo ¡y menos ahora que Taconer está muerto! —se defendió Granell con el pecho henchido—. Que habría sido lo correcto, ¿no? —Y se volvió hacia Xim, que le dijo que no con la cabeza con cara de circunstancias—. ¡Ah! Así que tú también crees que tampoco. Pues nada, ¡maldita sea! —Apagó la colilla del cigarrillo de un pisotón y se fue.

—En una cosa tiene razón, y es que aquí, al molino, no ha venido nadie sospechoso —dijo Xim, que se le acercó al oído a Joanaina para decir «sospechoso».

—¡Por supuesto que no han venido a buscar líos! ¡Pero qué quieren! ¿Que manden hacer un llamamiento?

—También Taconer nos podría haber dejado algo escrito, unas instrucciones o una libreta con los nombres de los implicados y las cuentas.

—Sí, claro, aquí encima. —Y señaló una especie de mostrador que habían colocado en la entrada para poder enredar un poco a los

guardias civiles si iban a hacer una inspección.

Joanaina se remetió los pelos rebeldes en el pañuelo y dio unos pasos de un lado para otro. Caminando pensaba mejor: «No sé si Martí fue muy listo o muy tonto al escoger a estos dos zoquetes como socios».

—Bueno, pues a partir de mañana vendré cada día —sentenció, colgándose al pequeño Martí como un fardo.

—No sé si es muy conveniente que una mujer ande por un molino. Los clientes se reirán de nosotros…

Joanaina lo cortó:

—Una mujer no, una viuda que tiene que pagar una deuda. Merlos me ha dado una prórroga de una semana para que le lleve el dinero.

Xim se encogió de hombros y ella dio media vuelta y se subió al carro.

—¡Arre! —Cuando el burro echó a andar se volvió para mirar al viejo—: Mañana a primera hora estaré allí sentada —gritó, señalando el poyo de la entrada.

Había dejado atrás Can Vinuet y aún se hacía cruces de que fueran tan zopencos.

—Te prometo, Martinet, que te educaré para que no seas como ese par. Y rezaré para que encuentres a una mujer con quien te entiendas para trabajar, que quizá nosotras no tenemos tanta fuerza en los brazos como vosotros, pero lo que es cerebro, os podemos dar con cucharilla. —Alzó la vista hacia el cielo—. ¡Y tú quizá no estarías muerto!

Durante las semanas siguientes, Joanaina envolvía a Martí en una manta, cogía el carro al despuntar el alba y llegaba al molino empapada por el rocío. Se sentaba en el poyo, atenta a las conversaciones y los movimientos de todos los que entraban. No

tardó en echarles el ojo a tres hombres, uno joven que siempre iba con la camisa abierta, otro que fumaba en pipa y debía de tener la edad de Taconer, y un tercero, mellado, que llevaba un sombrero de paja con una cinta roja. Al último lo descartó. Era el enterrador de Vilavella. Lo llevó a un aparte y le pidió que no volviera; le dijo que si necesitaban alguna caja, se lo haría saber un muchacho llamado Madoret. A los dos primeros los adivinó porque siempre hablaban de la luna, que si la luna llena enloquece a los hombres, que si sabían qué día era luna llena, que si con luna menguante no había que sembrar… También a ellos los llevó a un aparte y les dijo que a partir de aquel día las cosas cambiarían.

Y vaya si cambiaron. Para empezar, alquiló algunas tierras pequeñas que sus amos habían dado por muertas: «Señora, esa tierra es demasiado compacta, no crece nada». «Pues ya la soltaremos», pensaba ella mientras se hacía la viuda desvalida para convencerlos de que la dejasen probarlo. «Eso sí, les rogaría que no digan nada, porque no quiero que todo el mundo se ría de mí si no funciona». Y aquellos pequeños terratenientes que habían intentado aprovecharse de ella se quedaron ojipláticos cuando vieron que Madoret hacía magia y que en un abrir y cerrar de ojos ya segaban espigas como butifarras.

Joanaina también se reunió con Orfila: «No. No es con los de Araló con quienes quiero hacer tratos, con quien quiero hablar es con el mandamás». Se reunieron en Palma, acordaron que los pagos se harían en la capital cada quince días, sin intermediarios, y ella accedió a hacer algún viaje de aceite de bajada.

Para acabar, contrató a la novia de Madoret, que era de un pueblo a medio camino entre Sant Francesc y Palma, y a una amiga suya para que dos días a la semana se hicieran pasar por embarazadas. Los miércoles y los viernes o los martes y los jueves

subirían al tren estando de ocho meses, con sacos de harina bien atados a la barriga. Tenían que llevar pañuelo en la cabeza y poner cara de cansadas. En la penúltima parada tenían que tirar los sacos por la ventana, donde los recogerían los vendedores ambulantes de Araló. Pero ellas tenían que bajar en la última estación, dar una vuelta por Palma y volver al tren tan arregladas que no debían parecer las mismas.

Los ingresos se multiplicaron. No para hacerse ricos, porque eran muchos a repartir y, además, ninguno lo pretendía, pero sí para vivir dignamente y ahorrar un poco.

13

EL HOSPITAL

Margot fue la primera en llegar al hospital. Catalina todavía dormía la siesta. Margot se había cruzado con la madre de su amiga, que le había explicado que estaba más animada, que tenía un poco de dolor en los puntos, como era natural, pero que había comido y visto la tele un rato. Tenía que irse porque, si no, no llegaría a tiempo de coger el tren, pero le agradecía que aquel viernes las Gatas la relevasen y le echaran una mano. Margot le respondió que lo hacían encantadas y que no se preocupara, que la cuidarían bien.

Abrió la puerta despacio, para no despertar a la paciente, que roncaba que daba gusto. Recordó la primera vez que la había visto dormir en un campamento, en quinto de EGB, y cuánto se había asustado al verle los ojos entreabiertos, como ahora. Habían nacido con menos de un día de diferencia: «Nos llevamos doce horas; yo soy la pequeña, claro», solía decir Margot, y Catalina siempre respondía: «Sí, ya se nota, por la sensatez». Durante aquel campamento también se habían hecho amigas de Andreva, que era un año mayor. Se habían escapado las tres a la playa, siguiendo a los de octavo, y, al volver, el guardia de seguridad las había perseguido hasta quedarse sin aliento. Se rieron tanto que ya no se separaron más.

Margot dio unos pasos hasta la ventana y, de repente, recordó aquel mismo hospital, treinta y nueve años antes: los árboles habían

crecido, las jardineras estaban llenas de flores y ella ya no tenía ganas de llorar… La voz de Catalina interrumpió sus pensamientos:

—Eh, ¿qué haces tú aquí? Si tú odias los hospitales…

—¿Y a quién le gustan, tía? Pero si tu mejor amiga te obliga a ir… —Abrió las palmas de las manos—. ¿Cómo estás? —No la dejó responder—: Esas dos acaban de decir por el grupo que ya están en el ascensor.

—Me irá bien una dosis gatuna. Lo que daría por una caña, tengo la boca sequísima. ¿Me acercas el agua?

Faltó poco para que Margot no le tirara la botella por encima cuando Olga irrumpió en la habitación con un portazo y su sonido habitual de pulseras y tacones.

—¡No me digáis que habéis empezado la fiesta sin mí! —gritó, cosa que provocó el chitón de Catalina—. Túmbate, cariño. —Le guiñó el ojo—. Te he traído bombones.

—Qué bien. Ideales para alguien a quien no le gusta el dulce —bromeó la convaleciente.

—Ya lo sé, pero nos los tomaremos nosotras, para combinar con el whisky que ha cogido Andreva. Ahora viene, que ha hecho un alto en el lavabo. Ya veréis, lleva la bolsa llena de botellines.

Y era verdad. En cuanto entró, Andreva vació la bolsa encima de la cama: había unos veinte botellines de tamaño minibar de hotel.

—No pongáis esa cara, chicas, que sabéis de sobra que mi cuñada trabaja de camarera en un hotel del puerto de Almúnia.

—¿Tú crees que yo estoy para pimplarme todo esto?

—Calla, que me acabas de decir que te tomarías una caña —le señaló Margot.

—No, titi, ¡si no son para ti! Son para las que no nos han quitado un quiste de ovario —aclaró Andreva.

—Gracias por recordármelo. —Levantó el brazo con la sonda.

Andreva repartió un botellín a cada amiga y, sin pedir permiso, se sentó en la cama.

—Venga, ahora en serio, ¿cómo te encuentras?

—Bien, pero… —Se pasó la mano unas cuantas veces por la cabeza casi rapada, como solía hacer cuando no sabía cómo decir algo—. El bulto es más grande de lo que pensaban y han decidido quitarme la matriz. Y ahora, no sé, me siento rara.

—Pero titi, si siempre has dicho que no querías tener hijos, ¿qué más da? ¿Es que te quieres poner a parir ahora, a los cuarenta y seis? —le dijo Andreva.

Margot le dio un codazo.

—No, no es que me quiera poner a tener hijos —respondió, y le brillaban los ojos—, pero una cosa es decidir que no quieres y otra que lo decidan por ti. Me siento como si ya no fuera una mujer entera. No sé, no sé cómo explicarlo. Hoy… —Guardó silencio unos segundos y entrelazó las manos—. Me da vergüenza, pero os lo cuento: he soñado que había subido a San Nofre y que unos cuervos me atacaban, los tenía por encima de todo el cuerpo y me picoteaban, y, cuando se han ido, resulta que me habían hecho un agujero aquí. —Y se dibujó un círculo desde el ombligo hasta los ovarios.

—Eso que dices es muy antiguo, Catalineta —la interrumpió Andreva—. Hay muchas cosas, además de la maternidad, que nos definen como mujeres, y te lo dice la única de aquí que ha parido.

Margot secundó a la operada:

—Tía, yo te entiendo, a veces me pregunto por qué no me ha sonado el reloj biológico. Tampoco es que me torture, pero alguna vez me he planteado si soy una mujer estropeada, porque, si se supone que la naturaleza nos ha programado para tener ese instinto,

¿por qué ha pasado de mí? Y esto sí que me tortura de vez en cuando: ¿qué aportaré yo al mundo?

—Cariño —le dijo Andreva—, a mí ese puto reloj tampoco me sonó y mírame.

Andreva se había quedado embarazada a los diecisiete años de Toni, y los padres de los dos no se lo pensaron: se casarían y punto. Ella no lo vio como un obstáculo. Estaba enamoradísima de su novio y se convenció de que no pasaba nada si abandonaba su sueño de estudiar Medicina en Barcelona. Durante unos años les estuvo agradecida a sus padres, que cuidaban de la niña mientras Toni y ella estudiaban formación profesional: ella de administrativa y él de mecánico, pero, con el tiempo, empezó a guardarles rencor porque la hubieran obligado a casarse. Y ahí comenzaba el círculo vicioso. Primero la atacaba la rabia por no haber podido ser médica, después se sentía culpable por estar enfadada con sus padres y acto seguido se transformaba en un ser servil de quienes ellos se aprovechaban: la llamaban para que los acompañara al médico, si tenían un problema con internet o les llegaba una factura que no entendían, para hacer la declaración de la renta o por cualquier motivo. Mientras tanto, su hermana, que era jueza y no tenía hijos, no movía ni un dedo y se llevaba todos los piropos.

—Bueno, como mínimo no te morirás sola —intervino Olga con su sentido práctico.

—¡Oye! Que tengas hijos no quiere decir que te acompañen en el lecho de muerte ni que hayas contribuido con nada a la naturaleza. Titis, cada vez tengo más claro que, de viejas, tenemos que habilitar una casa para vivir juntas: contratamos a cuatro enfermeras ¡y listos!

—O enfermeros —añadió Margot guiñando el ojo.

—O enfermeros. Por mí, como me parece que ya no tendré ganas de nada, todos para vosotros —dijo Andreva.

—¡Eso quiere decir que piensas morirte después que Toni, gatona! —Catalina daría un brazo por pasar los últimos años de su vida con sus amigas.

—Si no se muere antes, ¡lo matamos!

Se echaron todas a reír y Catalina cambió de tercio porque sabía que hacía tiempo que su amiga prefería la compañía de ellas a la de su marido. Pero, sin querer, abrió otro tema espinoso:

—Por cierto, Andreva, estos días he estado mirando Instagram y he visto que Ona y aquel chico están juntos. El sábado colgó *stories*, más que nunca.

—¿Es que te tiene en «mejores amigos»?

—¡Pues claro! ¿Acaso no soy su madrina? —presumió.

—Ay, sí, hija, sí —suspiró—. Parece que ha cuajado la cosa.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta? —indagó Olga.

—Sí, pero es un chico problemático. Bueno, problemático tampoco. ¿Cómo os lo diría? El tema es que antes de ser chico era chica.

—Vaya, que es transexual —dijo Margot, políticamente correcta —. ¿Y qué?

—Pues que me habría gustado alguien más normal. Ya lo sé, titis, ya sé que decir esto me deja en muy mal lugar, pero ¿qué queréis que haga si es lo que siento?

—Míratelo por el lado bueno —le sugirió Catalina—: así no se quedará embarazada.

Se hizo un silencio en el que todas intercambiaron miradas antes de estallar en carcajadas.

—Mala puta. —Andreva se enjugaba las lágrimas de tanto reír—. A ver si al final no me voy a quedar a hacerte compañía esta noche.

—Es que no hace falta, cariño, que nosotras dos —dijo Olga señalando a Margot— ahora mismo no tenemos nada mejor que hacer. ¿A que no?

—Exacto. Pero ¿seguro que no quieres que me quede? —le preguntó Margot a Catalina.

—No, tú sal un poco por el Cèntric, a ver si vuelves a ver al pintor aristócrata ese —le respondió Catalina.

—Que no va a pasar nada, os digo, qué pesadas que sois. Hemos coincidido tomando el café cuatro veces y ya está —protestó Margot.

Cuando oyeron las ruedas de los carritos del hospital con la cena, la fotógrafa aprovechó la oportunidad para marcharse.

—Bueno, ya os traen la comida. —Agarró el bolso que había dejado sobre la butaca y le hizo un gesto con la cabeza a Olga—: ¿Levantamos el campamento?

—Va, sí. Descansa mucho, cariño, y a ver si el lunes ya te dan el alta. Cualquier cosa, nos lo dices. —Y miró a Andreva—: ¡Y tú no le des alcohol!

—No, a ella cero, pero —dijo, y alargó la mano hacia Olga, que jugaba con un botellín todavía por abrir—, si tú no lo vas a aprovechar, dame eso, que debe de estar mareado de dar tantas vueltas.

—Claro, ten. —Y se lo tendió.

—Titi, estás desconocida, ¿qué mosca te ha picado hoy?

—Tengo que estar un tiempo sin beber porque he empezado un tratamiento con el dermatólogo —mintió—. Me han salido unas manchas rojas en la cara.

—¿Manchas? ¿Qué manchas? ¿Dónde las ves? —Andreva era el santo Tomás de las cuatro.

—Uy, hace tiempo que me han salido, pero me las tapo con el maquillaje. —Miró el reloj—: Es tarde, os lo cuento el próximo día.

En el ascensor, Olga, que quería desviar la conversación sobre sus supuestos problemas dermatológicos, no pudo reprimirse de comentar la jugada:

—No me digas que no nos podríamos haber quedado tú o yo a dormir. A veces, parece que Andreva no quiera estar en su casa. ¿Tú crees que está bien con Toni?

—Ya sabes lo protectora que es. ¿No te acuerdas de cuando te ingresaron por anorexia en COU?

—Sí, es verdad, pero ni tanto ni tan calvo. —Y miró el techo de acero—. Aunque es cierto que no sé qué habría hecho sin ella.

Llegaron a la planta baja y, al salir del ascensor, Margot se detuvo, agarró a su amiga por el brazo y se disculpó:

—Nena, me sabe mal haber desconectado tanto los primeros años que estuve en Barcelona. No era consciente del infierno que estabas viviendo.

Olga se encogió de hombros.

—No tienes que pedirme perdón, cariño, tú también vivías tu propio infierno. No hay que darle más vueltas.

A Olga le habría gustado quedarse unos minutos más, pero no quería llegar tarde a la cita que tenía, así que se despidió y corrió hacia su Mini blanco mientras Margot se despedía de ella con la mano. Condujo hasta el paseo Marítimo, tomó las avenidas, dobló a la izquierda después de la gasolinera y aparcó detrás de la Casa de la Iglesia. Caminó unos doscientos metros hasta la librería de viejo, miró hacia arriba para comprobar la calle y el número, después a derecha e izquierda, y se coló por la puerta de al lado.

Margot llegó pronto a Sant Francesc, pero no tenía ganas de encerrarse en casa, así que hizo un alto en el Cèntric.

—¡Uep! —la saludó Miquel—. ¿Qué tal está Catalina?

—Bien, está bien. El lunes o el martes le darán el alta.

—Muy bien. ¿Quieres tomar algo?

—Pues estoy en ese momento en el que no sé si quiero una manzanilla o un gin-tonic directamente.

—Mujer, una manzanilla es muy sosa.

—Me has convencido. —Se sentó en un taburete y dejó el bolso en el de al lado—. Pero no me lo pongas demasiado cargado, que aún no he cenado.

Con la copa le trajo una bolsa de patatas fritas, y se inclinó un poco por encima de la barra para acercársele:

—Oye, el otro día me telefoneó Aldo. —Margot resopló—. Sí, tía, qué mal rollo. Nada, con la excusa de unas entradas para un concierto de Metallica me preguntó si estabas por aquí. Como nos avisaste de que no le dijéramos nada, le respondí que hacía muchos días que no te veía, pero, agárrate fuerte, entonces me insinuó que salías con alguien. ¿Es verdad?

—Claro que no. ¿Y qué le dijiste?

—Que no sabía nada, pero que no me sonaba. Suerte que al final no vamos al concierto.

Retiró los brazos de la barra y se remetió el pelo rizado por detrás de las orejas, señal de que daba la conversación por zanjada.

—En fin, Margarín, el próximo novio que traigas, que sea el definitivo, que por mucho que la nuestra seas tú, les acabamos cogiendo cariño.

Y Miquel se fue a atender a Matarina, que andaba metiendo unas monedas en la tragaperras. La chafardera, al ver a Margot, se le acercó.

—¿Cómo está tu amiga? Me han dicho que ha habido complicaciones.

Margot miró a Miquel incrédula, ¿cómo podía saberlo todo?

—Ya sabes cómo es esto…

Respondió de mala gana para ver si se iba:

—Sí, tuvieron que hurgarle un poco más, pero ha ido todo bien. —Y se volvió fingiendo que leía el móvil.

—Qué mala suerte, solo les faltaba eso a esta familia, es la más normal de todos ellos. Y tú no debes de haberlo pasado nada bien, yendo al hospital, con el tiempo que estuviste…

Por ahí sí que no pasaba. Margot se levantó del taburete.

—Se me ha hecho tarde. ¿Me cobras?

—Vete, vete, ya está pagado —le respondió el camarero, y cuando hubo salido por la puerta, reprendió a Matarina—: Anda que ir a recordarle eso, tú también…

—¡Caray, Miquel, que de eso ya hace muchos años! Ya le tocaría haberlo superado.

«Eso» había pasado hacía treinta y nueve años. Como cada primer domingo de septiembre, Margota había ido en coche con sus padres y su hermana a la procesión de la Beata a Santa Margalida. A ella le encantaba, porque no era la típica procesión de misa, sino que unos demonios perseguían por las calles a unas muchachas vestidas de campesinas para robarles los cántaros que cargaban bajo el brazo y, si los conseguían, los tiraban al suelo para hacerlos añicos. Durante el viaje de ida, Margota se había imaginado que era una de aquellas campesinas, pero con superpoderes. Llevaba unas katiuskas rosas —como las que calzaban sus amigas y que sus padres se negaban a comprarle: «¡Para dos días que llueve!»—, el jubón era una coraza como la de la Afrodita de los dibujos animados, y cuando se le acercaron unos demonios para quitarle el cántaro, ella los había fulminado con sus pechos misil. No les había contado nada de su fantasía durante el viaje porque seguro que sus padres se habrían reído de ella y su hermana le habría dado una colleja: «¡Tonta!».

Al llegar a Santa Margarida se encontraron a una prima de su madre. Como todo el mundo, se quedó hechizada con la belleza de Aina: «Carmeta, yo no sabía que tuvieras esta niña tan preciosa, es guapísima. —Y la miraba de arriba abajo y le acariciaba el pelo negrísimo, largo y liso—. ¡Pero si parece de las que salen en las revistas! —Y volviéndose hacia la hija mayor—: Reina mía, tienes los ojos azules del abuelo Tomàs, los más bonitos de Sant Francesc». Aina respondió «gracias» con una sonrisa tan amplia que se le vieron todos los dientes, blancos y perfectamente alineados, no como los de Margota, que le crecían unos por encima de los otros, pero su padre había dicho que, si no era de vida o muerte, no había dinero para ponerle los hierros.

Margota estaba acostumbrada a ser invisible cuando iba con toda la familia, pero lo que no se esperaba era el tirón de orejas que le pegó su madre a su hermana mayor, y mucho menos que le gritara en medio de la calle:

—¿«Gracias»? ¿Qué respuesta es esa? ¿Qué habrá pensado de ti Pietat? Que eres una presumida sin modales. Creída, más que creída. Qué vergüenza nos has hecho pasar. ¿Es que no sabes que el orgullo es un pecado? Si sigues dándote humos, nadie te querrá. ¡Y te quedarás sola!

Margota se tapó la boca para que no la vieran sonreír, pero Aina se dio cuenta y le dio un collejón.

—Ya te puedes reír, que a ti no te dirán «guapa» en tu vida, desgraciada. Que eres más fea que un pecado.

—Ojalá te mueras.

Lo dijo tan flojito que su hermana no la oyó, pero, por si acaso, corrió unos pasos para darle la mano a su madre. Vieron toda la procesión y, cuando se iban, se cruzaron con un remolino de niños que esperaban para comprar globos de helio. Margota pidió uno,

pero su padre contestó que eran muy caros y su madre añadió que, además, luego se desinflaban o se soltaban del cordel y se iban volando tan alto que no podías recuperarlos.

—Mejor, mamá, podemos apuntar nuestra dirección y así, si llega a otro planeta, sus habitantes nos escribirán —dijo la niña.

Otra colleja:

—Si en vez de pensar en esas chorradas te concentraras en las cosas importantes, otro gallo cantaría.

—Pero si saco las mejores notas de toda la clase… —replicó, porque no entendía que lo que ella hiciera pudiera tener tanta repercusión en la familia.

—Como sigas viviendo en las nubes, las buenas notas no te durarán mucho. De la imaginación no se come.

Margot llegó triste y enfadada al coche y empezó a dar patadas al asiento del conductor. Estuvo un buen rato enfurruñada, hasta que oyó el grito de su padre: «¡¿Adónde vas?, hijo de puta!». De repente, unos faros la cegaron, el coche se salió de la carretera, dio tres vueltas de campana, impactó contra algo y todo se fundió a negro.

La niña se despertó al cabo de una semana en el hospital. Intentó levantarse, pero un tubo pinchado en el brazo la frenó. Tenía la boca seca y con gusto a hierro, como cuando chupaba a escondidas las cadenas oxidadas de los columpios del monte de Conhort, cuando todavía no había parque en el pueblo.

—¡Mamá, mamáá! —Y al ver que nadie le respondía, lo probó con el nombre—: ¡Carmeta, Carmeeeeta!

Entró un desfile de médicos y enfermeras, le hicieron pruebas, la obligaron a beber agua, le mandaron que se calmara y le dijeron que no se preocupara, que pronto iría a verla alguien de su familia.

Y así fue. Cuando se estaba acabando la gelatina que le había llevado una enfermera llegaron su abuela y Francina. Enseguida se dio cuenta de que algo no iba bien: primero, su abuela llevaba el mantón de bonito, de terciopelo, que solo se ponía para la misa de la fiesta mayor, y, segundo, la vecina iba de negro, cuando ella siempre llevaba vestidos con estampados de flores o combinaciones de colores.

—¿Cómo estás, mi niña? —Francina le dio tres besos seguidos y ruidosos en la misma mejilla.

Joanaina intentó encontrar las palabras. Quería hacerle caso a Francina, que le había sermoneado con que tuviera tacto, pero estaba tan rota que no fue capaz:

—Margota —habría podido llamarla «Margalideta», pero no era una mujer de diminutivos—, tuvisteis un accidente muy grave y están todos muertos. Los enterramos anteayer. —Y le dio un beso en la frente.

En aquel momento, a la niña le cayó una losa sobre el pecho que la había acompañado toda la vida: «Es culpa mía», se dijo.

El médico, que esperaba en la puerta, le explicó cómo había sido el accidente y por qué habían muerto todos, pero Margota lo oía muy lejos. No se podía quitar aquella voz de la cabeza: «Tú lo deseaste y ahora están muertos».

La hicieron quedarse un día más en observación. No cenó, solo sorbió dos cucharadas de caldo y se adormeció gracias a un calmante. Su abuela acercó la butaca a la ventana, se comió cinco galletas de aceite que llevaba en el bolso y se quedó mirando el cielo toda la noche. Cuando al día siguiente, a primera hora, Margota se despertó y se dio cuenta de que no había sido un sueño entró en una especie de letargia de la que no salió en meses. Se dejó hacer todas las pruebas en silencio. Después de comer, llegó Francina, la

vistieron y la pusieron en una silla de ruedas. A su paso, las enfermeras la abrazaban y la besaban, pero la niña no sentía nada.

Al llegar a casa de su abuela, Francina —«Gracias a Dios que tú estás bien»— la acompañó a la que sería su nueva habitación, en el piso de arriba, que había sido de su padre cuando era joven. Pero nada. Ni una palabra. Bajaron y Joanaina había cocinado unos huevos con tomate. No le supieron a nada. Francina y su abuela le hablaban, pero ella no entendía lo que le decían. No podía mirarlas a la cara. No quería estar allí. Quería volver atrás y no haber deseado aquellas muertes.

Al día siguiente no fue a la escuela y Francina, como era miércoles, se la llevó al mercado. Fue peor todavía: las mujeres se paraban y la besaban y después repetían que qué tragedia tan grande y que qué milagro que la pequeña se hubiera salvado. Y las enternecía verla llorar. Pero la niña no lloraba de pena, sino de culpa, porque los había matado ella.

El lunes siguiente, cuando volvió a clase, pasó algo extraordinario. Una vez al año los visitaba un fotógrafo para hacerles retratos individuales y uno de toda la clase. A Margota no le gustaba especialmente aquel día porque sus padres solo accedían a que le hiciera la fotografía de grupo, así que se pasaba todo aquel rato en el patio mientras el resto de sus compañeros entraban y salían. Pero aquel año la tutora la llamó:

—¡Margota Serra!

La niña hizo que no con la mano para indicarle que se había equivocado.

—Margota, ven, que te toca a ti.

Se levantó y fue corriendo hasta ella.

—¿Estás segura?

—Sí. Esa mujer que es modista, ay, ¿cómo se llama? —La maestra era de fuera del pueblo.

—¿Francina?

—Sí, me parece que me ha dicho Francina, que es vecina vuestra.

La niña asintió.

—Pues me ha dicho que te hagamos la foto.

Margota entró entre temerosa y curiosa y vio que no era el mismo fotógrafo calvo de cada año, sino una mujer rubia con una coleta alta que se llamaba Maria. La hizo sentarse en un taburete que hacía girar hasta que quedaba a la altura que quería. Llevaba unos pantalones de una tela extraña que la niña no había visto nunca; «tejanos», la informó Catalina desde fuera. Aquella fotógrafa disparó dos veces con la cámara, que la deslumbró con el flash, la hizo levantarse y le dio una tarjeta: «Para tus padres». Se acercaba la época de las comuniones, y de las sesiones aburridas de las escuelas siempre caía algún cliente. Margota la guardó en la libreta y, de allí, en la mesita de noche, y cada día, antes de irse a dormir, leía aquel nombre con letras doradas: Maria Ventura Bordoi, y soñaba con ella como una heroína que desenmascaraba a toda suerte de malvados con su cámara.

Pero en el pueblo la gente no paraba de murmurar: «Ay, qué pena, tan pequeña», «Martí era un bicho malo, pero nadie se merece un final así», recordándole que era una asesina. Y cuando su abuela la enviaba a comprar y alguna mujer le preguntaba de dónde era, otra siempre le respondía: «Es la nieta de la Taconera, la que no tiene padres», y la primera asentía: «Virgen santa, pobre niña», y a veces una tercera: «Es igualita que su abuela».

En la escuela, los miramientos —«Tratadla bien, que no tiene padres»— duraron dos días. Los niños se olvidaron enseguida del

accidente y volvían a burlarse de ella: «Margota vive con una vieja y se volverá tan chocha como ella», «La abuela de Margota tiene dos mulas, una que labra y otra que habla». Cuando los oía, se le aceleraba el corazón, se mareaba e iba corriendo a esconderse en el invernadero para que no vieran que le costaba respirar. Cada vez, Catalina iba a buscarla y le cogía la mano hasta que se recuperaba. Una vez le dio una piedra con forma de corazón que acababa de encontrar entre las lechugas. Margot todavía la conservaba.

La niña estaba convencida de que se merecía el sobrenombre de Margota y cada noche, antes de sacar la tarjeta de la fotógrafa, se arrodillaba con los codos sobre la cama, miraba fijamente el crucifijo de la pared y le pedía que se la llevara también. Entonces ponía el despertador a las cuatro de la madrugada para comprobar que todavía seguía viva, y respiraba aliviada.

Aún ahora, de adulta, le pasaba algo parecido. Cuando tenía pareja o repetía unas cuantas veces con un hombre, antes de quedarse dormida siempre les pedía un favor: «Si esta noche te despiertas, por lo que sea, comprueba que respire».

14

OLLITAS DE BARRO

Al cabo de siete meses al frente del negocio, Joanaina habría podido saldar toda la deuda del préstamo con los Merlos, pero prefirió seguir con las mensualidades para no despertar sospechas. Seguía haciendo de cocinera en las casas de los caciques, con la oreja tan pegada al comedor como la nariz a los platos que cocinaba, y durante ese tiempo también aprendió a entrar y salir de los cafés sin que ni siquiera la viesen para cerrar tratos. Toda de negro, menuda y ágil, se colaba por el pasillo entre la barra y las mesas y entraba dentro a hacer negocios con los peces más gordos, y a veces más peligrosos, de la isla. Solo una vez un guardia civil la pilló en la calle: había salido deprisa de cobrar de El Dorado y se estaba intentando meter el fajo de dinero en una bolsita rectangular que ella misma había cosido y que se encorchetaba a la cinturilla de los faldones, por la parte de dentro, cuando el agente se le acercó riendo. No hizo falta mediar palabra. Joanaina le dio la mitad del dinero y, encima, el hombre se mofó con un: «¡Ahora sí que le cabe!». No la volvió a pillar nunca más.

Un domingo, cuando regresaba de misa con su hijo colgado como siempre, se dio cuenta de que en los últimos tiempos los niños del barrio del Barracar estaban más flacos, con las piernecitas delgadas como las palomas. También vio que los hombres parecían cadáveres dentro de unos pantalones que un día habían sido de su

talla y que ahora tenían que sujetarse con un cordel para que no se les cayeran; las mujeres, con los vestidos harapientos y la mirada apagada y vacía, caminaban encorvadas.

No pegó ojo en toda la noche y al día siguiente fue al molino decidida a poner dos nuevas condiciones a sus socios: como era ella quien asumía más riesgos, se quedaría seis sacos de harina al mes. A cambio, si algún día las ganancias menguaban, ella se llevaría la parte más pequeña de dinero. Y una última cosa: tenían que llevarle dos docenas de ollitas de barro de las que hacían a escondidas en el tejar del pueblo, de esas que tenían el cuello estrecho y tapa.

Aquel mismo día empezó a delegar en Madoret. Ella se encerró en la cocina y removía y removía graseras llenas de granos de granadas hasta conseguir el grado de consistencia que quería para una nueva confitura. Tenía que quedar bien espesa. Durante aquellos días, Joanaina no dormía, salía de casa para ir a cocinar a los banquetes, iba a Palma cada quince días para pasar cuentas con los capitostes del estraperlo y solo hablaba con sus socios del molino si surgía algún problema. Y surgió uno: Granell.

Se dio cuenta una tarde en que lo sorprendió a la entrada del molino presumiendo del reloj de oro que se había comprado delante de una pandilla de chiquillos. Bajó del carro a toda prisa y pegó tal grito de «¡Zape!» con la vara alzada que uno de los críos pensó que era el coco. Los niños pusieron pies en polvorosa y Granell, muy enfadado, cruzó los brazos con las piernas abiertas. En otro momento, Joanaina se habría reído de su pose de perdonavidas, pero estaba tan cegada que estiró el brazo y el dedo índice señalando el almacén:

—¡Tú delante! —Le temblaba la barbilla de rabia.

El hombre echó a andar hacia el fondo del molino, hasta que tropezó con Xim. Los tres entraron en el almacén. Joanaina estaba

indignada: «Nada de lujos ni ostentaciones», se lo había puesto como condición antes de empezar y ellos lo habían aceptado. «También tú, mequetrefe», Joanaina nunca le faltaba el respeto a nadie, pero aquel día notaba que el corazón se le salía por la boca.

—¿Os tengo que recordar cómo murió mi marido? ¿Es que queréis acabar como él?

—Pero… —intentó replicar Granell.

—Ni peros ni peras. Hacemos esto para vivir con dignidad, para no tener que agachar la mirada cada vez que un falangista escupe delante de nosotros y, sobre todo, para ayudar a la familia y a los amigos, si es que tú tienes de eso último.

Granell se puso rojo como la grana, se volvió con las venas del cuello infladas, dio cuatro puñetazos a unos sacos de harina y se fue a que se le pasaran los nervios al campo. Xim lo defendió:

—No sea tan estricta con él, solo lo hace para impresionar a Magdalena Canterana. Hace años que le va detrás y ella, como puede suponer, no sabe ni que existe.

Los Canteranos eran la tercera familia más importante del Llano. Antes de la guerra, el tatarabuelo hacía unos canteranos de madera norte de filigrana que con el tiempo cobraron fama incluso fuera de la isla. El abuelo había ampliado el negocio con una pequeña fábrica en Palma y el padre, después de la guerra, consiguió el permiso para exportarlos; había tenido suerte porque en aquel momento Franco quería mejorar su imagen en el extranjero.

«Y el zopenco de Granell, con sus aires de grandeza —se decía Joanaina de vuelta a casa mientras removía las graseras—, pretende que Magdalena se fije en él, no me hagas reír». Y negaba con la cabeza, pero a la vez pensaba y pensaba qué podían tener en común aquellas dos almas. «¡Nada de nada!». Se convencía: ¿qué coincidencias podían tener un mentecato que se creía una estrella de

cine porque tenía los ojos azules y un reloj de oro y una muchacha que, además de guapa, era tan inteligente que su padre le había dejado llevar el negocio de muebles familiar, pese a las críticas que le habían llovido por eso?

Joanaina era poco dada a las habladurías, pero a veces, al salir de misa, no le quedaba más remedio que bajar con alguna vecina y se enteraba de los chismes del pueblo. Un día, una mujer se lamentó de que Canterano había rechazado a su hijo como chófer: «Y eso que es una eminencia y discreto como él solo», pero se ve que le habían puesto tantos requisitos que era imposible cumplirlos. «¿Y qué era lo que querían?», preguntó Joanaina. Al cabo de dos días, ya fuera por mediación o por amenaza del contrabandista Orfila, Granell aprobaba el examen y se convertía en el nuevo chófer de la familia. Esa era toda la coincidencia que podría haber entre aquellas dos almas de cántaro: el joven le haría de conductor a Magdalena. «Quién sabe —le había dicho Joanaina—, quizá a fuerza de ir y venir se fija en ti».

Dos días después de haber sacado a Granell del molino, Joanaina encontró la textura perfecta para la confitura. La dejó reposar, cogió una de las cazuelitas que había escondido en el horno —«Tendré que ponerles un doble fondo»— y fue a ver al carpintero del final de la calle, el que el día del velatorio de su marido le había dicho y repetido «Estamos aquí para lo que haga falta». Pues había llegado el momento. Lo encontró sentado a la puerta:

—Buenas tardes, Andreu. ¿Puedo pasar?

—Entra, entra. —El hombre se levantó y se enjugó la frente con un pañuelo blanco lleno de manchas que le dejaron un buen rastro negro—. ¿Puedo ayudarte en algo, Joanaina?

—¿Te acuerdas de que el día que enterraron a Martí, el Señor lo tenga en su gloria, me dijiste que si algún día…?

Él no la dejó acabar:

—Sea lo que sea, si está en mis manos, lo haré. Ya sabes que Martí y yo siempre íbamos juntos a La Llibertat y teníamos intención de abrir un teleclub, por eso él probó a hacer fortuna con el molino, y yo creo que la habría hecho de no haber sido por toda esta barbaridad que ha ocurrido después. —Volvió a enjugarse la frente varias veces, con fuerza.

Joanaina no lo dejó retomar el hilo:

—Sí, un poco sí que está en tus manos.

Sacó una de las ollitas del cesto y le pidió si podía hacerle una tapa interior, que quedara ajustada justo donde el cuello se estrechaba, a un dedo de distancia de la tapa superior, que fuera fácil de poner y quitar, pero que sellara bien. El carpintero se rascó la nuca unos segundos, más por la extrañeza del encargo que por la dificultad.

—¿Y para qué lo quieres?

«Virgen santa, con las preguntas», pensó ella.

—Ya lo verás. Serás el primero en saberlo, pero ahora no me preguntes nada.

—Pues espera aquí, que te la hago ahora mismo. —Se fue al banco y agarró un trozo de tablón fino—. Cada día tengo menos trabajo: desde que Tònio ha puesto el escudo de la Falange en la entrada, todo el pueblo le encarga a él el trabajo para no tener problemas.

Joanaina no dijo nada. El carpintero la miraba de soslayo de vez en cuando, mientras recortaba y pulía el redondel. Al cabo de diez minutos sopló la pieza, comprobó si encajaba en el recipiente, la limó para que quedara mejor ajustada y se la tendió, muy intrigado.

—Gracias. —Joanaina giró sobre sus talones y lo dejó más confundido que nunca.

Al día siguiente, cuando la mujer del carpintero salió para barrer el portal encontró una ollita pequeña dentro del postigo y, cuando la abrió, fue enseguida a enseñársela a su marido. El carpintero fue corriendo a casa de Joanaina con los ojos centelleantes y le dijo que no sabría cómo agradecérselo nunca.

—Sí que me lo puedes agradecer. Me puedes hacer veinticuatro tapas más.

Entonces le dio un papel para que se lo diera a su mujer: tenía una granada cerrada dibujada y, encima, en cuatro líneas, las instrucciones para hacer la confitura. En la esquina inferior izquierda de la cuartilla había dibujada una manzana. Él la miró extrañado y Joanaina le respondió que se fuera a hacer el encargo y, cuando acabara, se lo explicaría todo.

15

CONFITURA DE GRANADA

Margot se despertó sobresaltada y sudando, el corazón le iba a mil por hora y tuvo que encender la luz para saber dónde estaba. Había soñado que caminaba por el paseo de Gracia y que la gente le gritaba y le arrancaba la ropa hasta dejarla desnuda. Hacía décadas que no tenía aquel sueño, desde que a los dieciséis años se había gastado todos los ahorros en unos Levi's, la primera prenda de ropa de su vida totalmente suya. Hasta entonces siempre había llevado cosas heredadas, primero lo que se le quedaba pequeño a Aina y, después del accidente, las prendas que escogía de las enormes bolsas de basura que las mujeres de los pueblos de alrededor le llevaban a su vecina para que se las hiciera llegar a su prima monja. Joanaina y Francina desballestaban las bolsas en cuanto las recibían y se quedaban todo lo que le pudiera ir bien a la niña. Esos días, Margota se sentía contenta, pero cuando salía a la calle caminaba con la mirada gacha por miedo a que algún niño o niña le reclamara el jersey o la falda.

Margot tuvo una punzada y fue corriendo al armario en el que su abuela guardaba la ropa que consideraba de valor. Sí, todavía estaba allí: colgado en el lado derecho, dentro de una funda de plástico, detrás de un abrigo de astracán que vete tú a saber de quién había sido, también envasado, y destacando, en medio de un sinfín de mantones y faldones negros, estaba su odiado vestido de la primera

comunión. Lo sacó de la funda, el blanco ya amarilleaba, y se lo probó por encima, abrazándolo, delante del espejo. No era tan detestable. Al contrario, era bastante bonito, y todo gracias a Francina, modista, que en época de comuniones se daba un hartón de coser vestidos para un buen puñado de familias y había sacado tiempo de debajo de las piedras para arreglarle el suyo. Nunca se lo había agradecido.

El día de la primera comunión solo habían pasado ocho meses desde el accidente. Joanaina había considerado que no estaban para festejos y que podían pasar con el vestido de Aina. Francina se había esforzado en actualizarlo, porque en cinco años la moda había cambiado mucho. Le había recortado las mangas y se las había abullonado un poco. Después lo blanqueó, le cambió el lazo marrón por uno rosa, le cosió un ramo de florecillas en el medio y por debajo le añadió una falda almidonada para darle un poco de volumen. Margota salió de casa muy contenta, pero cuando llegó a la plaza de la iglesia y vio al resto de las niñas con aquellos vestidos tipo pastel de nata de tres pisos, se escondió detrás de la vecina. Francina la animó para que fuera a hacerse la fotografía de grupo en las escaleras que conducían al portal de los hombres. Como nunca decía que no, fue, pero se puso detrás de todo, al lado de los niños, para que no se viera que su falda no era ni la mitad de voluminosa que las del resto. Y en el momento de caminar todos hacia el altar, en lugar de juntar las manos bajo la barbilla, como habían ensayado, se cogió el vestido por los lados para que pareciera que tenía tanto vuelo como los otros.

Durante la misa, en lugar de escuchar al cura, se las apañó para que aquellas niñas tan estiradas, con Margalida Morgana y su cancán en primer puesto, no la apartaran. Así que a la salida las fue a buscar y les soltó: «Yo soy un dónut y vosotras un pastel de dos

pisos», «Es un vestido con doble función; ¡si me quito el lazo puedo hacer de monaguillo!», se burlaba de sí misma. Cuanto más se reían las otras niñas, más se armaba de coraje y más se rebajaba Margota: «En el fondo, he tenido suerte con este vestido, porque si ahora viniera un ladrón, seguro que descartaría ir a robar a mi casa». Y cuanto más se menospreciaba, más risas provocaba. A partir de aquel día, a Margota la incluyeron en el grupo y siguió interpretando aquel mismo papel para no salir de él. Lo hacía por ella, pero también por Catalina, porque estaba cansada de que tuviera que pelearse para que la dejaran jugar. Seguían haciéndolo. Margota se burlaba de sí misma para que la aceptasen y Catalina la rescataba.

Margot cayó en que todavía no se había tomado el primer café. Aun así, siguió rebuscando en el armario por si encontraba más tesoros. Olió los camisones de encaje, preciosos, y del estante del fondo salió rodando una cajita dorada, se abrió y salieron los zarcillos que le había regalado su abuela cuando cumplió los dieciocho años, justo antes de irse a Barcelona. Joanaina había descosido los botones de oro de un bellísimo jubón de su madre que guardaba como si fuera un tesoro y había ido al relojero, que visitaba Sant Francesc un jueves cada quince días, para que les pusiera un cierre.

El reloj del campanario dio las diez. Margot guardó los pendientes, se duchó y se vistió en un santiamén, y, como no tenía ni una miga de pan, decidió ir a desayunar a Can Ronca. Nada más entrar, la embistió el olor a leña de la chimenea del fondo, delante de la cual entraban en calor unos cuantos jubilados. Un grupo de mujeres había juntado dos mesas y se movían regularmente en una extraña coreografía, y tanto reían a carcajada limpia, echando la espalda hacia atrás, como se inclinaban sobre la mesa para

cuchichear. «A saber a quién estarán poniendo de vuelta y media», pensó, sin saber que precisamente hablaban de ella. Se sentó en la mesa que quedaba más alejada, justo delante de la televisión, que estaba encendida sin volumen. Empezó a leer el libro del padre Rafel Ginard que le había dejado Francina: «Cada uno tiene que cantar con su propia voz y no puede ver las cosas sino a través de su propia alma. Proceder de otro modo sería imitar al prójimo, falsificarse, matar la libertad que todos guardamos con tanto celo. Esclavitud artística, no».

«Esclavitud artística, no». Quizá ese fuera su problema, que se había dedicado toda la vida a mirar hacia fuera para adaptarse y ser aceptada y nunca había mirado hacia dentro. La voz de una mujer que la llamaba la sobresaltó:

—¡Buenas! ¿Eres Margota? ¿La de la Taconera?

Era una mujer rechoncha de pechos grandes que llevaba un vestido bata cruzado y, debajo, un jersey de punto de manga corta. Con el frío que hacía… Margot se abrazó de manera instintiva.

—Sí. Soy yo.

—¿Ves? —le reprendió a otra, menuda, con un jersey rosa y pantalones marrones, que había quedado en segundo plano—. Es que hacía tanto que no venías que esta —continuó sin mirar a su compañera— me decía que no, pero eres igualita a tu padre, que Dios lo tenga en su gloria. Siempre fuiste más Taconera que Bronda.

—Sí, eso dicen.

Margot volvió a abrir el libro para zanjar la conversación, pero las inquisidoras no se dieron por vencidas.

—¿Y vas a quedarte muchos días? —preguntó la segunda.

—Sí, voy a estar una temporadita por aquí. Gracias. —Abrió el libro otra vez.

Ni así se saciaban.

—Pero ¿no tenías un buen trabajo en la península? —La del pechamen, que era más lanzada.

Estuvo a punto de no responder, pero pensó que, si corría la voz de que estaba en paro, sería peor, ya que de ahí pasaría directamente a ser una fracasada, y luego a que ya se veía venir, pobrecilla, que nunca fue muy normal.

—Sí. Soy fotógrafa y estoy trabajando en una exposición, pero para prepararla da igual si no estoy en Barcelona y, como no tengo horario, puedo hacerlo desde aquí —contestó con una sonrisa forzada.

Llegó la camarera con dos rebanadas de pan tostado de kilo bien untado en tomate y aceite, con una cantidad ingente de jamón y diez o doce aceitunas rotas.

—Ahora te traigo el café con leche.

—Gracias, Tona. —Pensó que si hacía como si no existieran, las cotorras la dejarían en paz, pero nada más lejos de la realidad.

—Ay, Tona, ya que estás, ¿nos traerías dos zumos de naranja? Niña, no te molesta que nos sentemos un rato, ¿no?

«Preferiría que me quemaran en la hoguera por bruja», pensó, pero se calló, cosa que aquellas urracas interpretaron como un «sí» y acercaron dos sillas hasta su mesa.

—Claro, tendrás que aprovechar las obras tan grandes que hiciste en casa de tu abuela. ¡Porque mira que se formó polvo aquellos días! Y los coches no podían ni pasar, con los contenedores que pusieron.

Y eso que aquellas mujeres no vivían en el Barracar.

—¡No habrás arrancado los granados! —Fue como si la menuda despertara de repente, indignada.

—No, el jardín de mi abuela está intacto.

—Las mejores granadas del pueblo. —Suspiró la tetuda—. Y la mejor confitura. Qué mala suerte que se haya perdido la receta —le retrajo—, porque tú no debes de saberla preparar… Hace tantos años que te fuiste y apenas has venido, ¿verdad?

—Me fui de joven a estudiar, pero sí que la sé hacer —mintió, y notó una punzada en la barriga: su abuela había insistido en enseñarle aquella receta, pero ella siempre se desentendió.

Estuvieron unos segundos en silencio, hasta que la chaparra activó de nuevo la metralleta:

—Oye, tú, ¿y tu novio aquel? ¿Cómo se llamaba? ¿Àlex?

—Aldo.

—Eso. ¿No ha venido?

—Es que es raro que no lo hayamos visto. Siempre venía a desayunar aquí y charlaba un rato con nosotras.

—Es que ya no estamos juntos.

—¿Qué me dices? —Con los brazos cruzados sobre el pechamen —. Con lo que le gustaba Sant Francesc. A veces lo decíamos con esta —continuaba, sin mirar a su amiga—, que parecía más de aquí que tú.

La fotógrafa estuvo a punto de levantarse, pero, en vez de eso, le dio un mordisco al pan tostado, un manjar que aquellas dos mujeres le estaban fastidiando.

—Tú tampoco digas lo que no es. —La menuda le dio un golpe en el brazo—. La que es del pueblo es ella. —Y dirigiéndose a Margot —: Pero es verdad que era tan simpático que se hacía querer.

Cuando vieron que comía sin prestarles atención, las dos mujeres se dieron cuenta de que se habían metido en un berenjenal.

—¡No seas borrica, Maciana! —exageró la regordeta—. ¡Ay, mira qué tarde se ha hecho! Yo tengo que irme, que, si no, no tendré lista la comida a la una y media.

Se levantó y la otra la siguió. Salieron cogidas del brazo.

Margot ya no se pudo calmar y se reprendió a sí misma por no haberlas frenado a tiempo: «Tendría que haberles dicho que no quería compañía porque tengo trabajo. Seguro que ahora no tendría este mal cuerpo». Siempre le pasaba lo mismo, que encontraba las respuestas adecuadas cuando las conversaciones se habían acabado —«tendría que haber dicho esto, debería haber contestado aquello, más me valía haberme callado»— y después le costaba quitárselas de la cabeza. Ahora no podía dejar de pensar en que la receta de la confitura de granada se había perdido por su culpa. Y, de repente, tuvo una especie de premonición: o quizá no.

Recordó que cuando tenía quince años, cada martes iba una profesora a enseñar mecanografía a la Casa de la Cultura de Sant Francesc y ella y Catalina asistían a las clases. Para conseguir el diploma tenían que entregar un trabajo de sesenta páginas que consistía en pasar a máquina cualquier cosa cuyo original estuviera escrito a mano. Ella había mecanografiado las recetas de su abuela, las había llevado a Ca Na Negra, que lo mismo te encuadernaba un trabajo como te vendía una galleta de aceite con una anchoa dentro, y se lo había regalado a Joanaina para San Juan, que, además de ser la fiesta mayor, era su santo.

Margot pagó y se apresuró en regresar a casa: «Si encuentro el regalo, quizá también encontraré la receta de la granada», e imaginó que el compendio aún estaría donde lo había dejado su abuela: dentro de la artesa que tenían en la cocina y que, con las obras, había ido a parar al desván. Subió los escalones de dos en dos y, al abrir la tapa de la artesa, vio la punta de una espiral negra debajo de unos trapos, tiró de ella y la levantó como quien alza un premio. Cayeron media docena de cuartillas, delgadas, amarillentas y manoseadas. Se sentó en el suelo a examinarlas: era la misma

receta de confitura de granada repetida en seis hojas parecidas pero no idénticas. En cada folio había dibujada una granada en un punto de maduración distinto; había una cerrada y altiva con su corona, otras medio abiertas o rajadas en dos mitades con algunos granos jugosos sobresaliendo de la cáscara. Encima había una lista con los ingredientes de la famosa mermelada: un kilo de granos de granada, cebolla, canela y azúcar o miel. A continuación, dos o tres líneas de explicación de la elaboración:

> Pelar las granadas, que tienen que ser agrias. Separar los granos y calentarlos en la grasera con un poco de azúcar para que se ablanden y quitarles las pepitas. Exprimirlos y poner el zumo a hervir. Añadir tres cuartos de azúcar por cada litro de zumo de granada. Remover hasta que se funda el azúcar y agregar canela y piel de limón y de granada para espesar la mezcla según se quiera salsa o confitura.

Todo escrito con la caligrafía estirada y trémula de su abuela. Además, en la parte inferior izquierda de cada hoja había dibujado una pieza de fruta o una hortaliza: una manzana, una pera, una cebolla, una naranja, dos cerezas y un pimiento.

Apagó la bombilla polvorienta y bajó a la cocina con las cuartillas: los ingredientes, las medidas y la explicación siempre eran los mismos, solo cambiaba el dibujo de fondo y la fruta del final. Levantó una hoja y la miró a contraluz; en la parte de atrás había unas fechas grabadas, como con una aguja o un palillo, que iban desde septiembre de 1940 hasta febrero de 1950. Las fechas de las seis recetas eran diferentes. «¿Por qué necesitabas tantas recetas idénticas, abuela?».

—¿Tú sabes por qué mi abuela tenía tantas recetas de confitura de granada? —Margot sorprendió a Francina, que recogía perejil de una maceta.

La vecina se enderezó y suspiró.

—Vale más que te quedes a comer. —Le ofreció el codo para que la joven se agarrara y se dirigieron a la cocina—. No me lo contó ella, ya sabes que era muy discreta, sino que he ido averiguándolo por el barrio, pero te explicaré todo lo que sé.

16

LA CAPILLITA

Durante una semana, por las noches, Joanaina dibujó las recetas. Cuando el pequeño Martí se dormía y una vez acabadas las faenas de la casa y las cuentas del estraperlo, se sentaba a la mesa camilla de la cocina con el quinqué bien cerquita y, hechizada por el olor de la confitura de granada que borboteaba, abría el paño donde guardaba los lapiceros de colores que aún conservaba de cuando, de jovencita, el mayordomo Llorenç le había enseñado a escribir, y se ponía manos a la obra. Primero alisaba la hoja una y otra vez con las dos manos, después se alejaba un poco y, con trazos decididos, pintaba la granada. A continuación, casi pegada al papel, escribía la receta básica, sin los ingredientes secretos, con la misma letra alargada y temblorosa de cuando tenía doce años, y finalmente esbozaba una fruta u hortaliza pequeñita en la esquina inferior izquierda de la hoja. Era una marca que simbolizaba a una familia del barrio: una cebolla para los Ceballot, con cinco hijos y una madre consumida; una pera para los Pereta, dos abuelas, la madre y dos hijas pequeñas, con el marido y el hijo mayor contratados en una propiedad de Vilavella; o dos cerezas para la Mortera, que subía a dos gemelos mientras rezaba por su marido, porque, si se moría en prisión y se quedaban sin las siete pesetas que recibían por los trabajos forzosos, los niños y ella tampoco sobrevivirían. Todas aquellas familias tenían algo en común: pasaban hambre.

Al día siguiente de finalizar un dibujo con la receta, cogía una ollita de barro, la llenaba de harina hasta el cuello, la cerraba con la tapa falsa y la cubría con unas cucharadas de confitura de granada para que pareciera que todo el recipiente estaba lleno de mermelada; finalmente, le ponía la tapa de encima. Cuando salía adonde fuera, metía el potecito lleno en el cesto y, de camino, lo dejaba detrás de la persiana de alguna familia. Al poco, todo el barrio lo sabía, pero nadie se atrevía a abrir la boca por si alguien los denunciaba ante las autoridades y les obligaban a devolver la harina. Los vecinos, que hasta entonces lo habían compartido todo, se miraban con curiosidad. Las calles del Barracar nunca habían estado tan limpias, siempre había alguien barriendo el umbral por si conseguía vislumbrar a quien trajinaba con aquellas ollas. Incluso un día a primera hora, la Ceballota madre echó hojarasca del jardín a las puertas de su casa para tener una excusa para estar un rato en la calle.

—Con este viento, no hay manera de mantener la entrada limpia —le mintió a la Pereta joven, que venía de buscar los víveres del racionamiento.

—Sí, cuando se levanta un poco de viento, todo viene hacia aquí. Por lo del Pes dels Porcs no se ensucia tanto. Eso es que el nuevo alcalde ya procura que delante de su casa siempre esté limpio.

—Calla, calla, que vengo de allí —indicó la joven levantando la cesta— y la Merlos ya volvía a caminar más tiesa que un pavo real. Desde que su Ramonet es uno de los que corta el bacalao y reparte alimentos en la lechería, parece que te perdone la vida.

La Ceballota se santiguó y cambió de tema:

—Cada día vuelve más vacío el cesto.

—Sí, y el nuestro, sin hombres en casa, todavía es más escaso, como si los niños no tuvieran que comer.

—Y el pan, cada día más negro. —La mayor quería sacar el tema de la harina.

—Y aún gracias.

—Quién tuviera harina. —Y le guiñó el ojo.

Silencio.

—Sí, pero tenemos que dar gracias de que aún nos llegue todo esto. —Levantó un poco el cesto, medio convencida de que la Ceballota hablaba por hablar.

La Pereta se moría de ganas de cotillear sobre las ollitas, pero le daban miedo los delatores, así que apretó los labios y se marchó como alma que lleva el diablo.

La Mortera, que caminaba detrás de la persiana con uno de los gemelos en brazos y lo había oído todo, lo dejó sobre la cama y salió, escoba en mano.

—Esta calle siempre está sucia —se quejó a la Ceballota.

—Anda, pues si tú tienes la entrada como una patena, no sé cómo te las apañas, con los dos críos.

—Son dos angelitos, no se quejan por nada.

—No me mientas, que ayer por la noche había uno que lloraba a voz en grito.

—Es que ya empiezan a gatear y se pegó de morros con una olla de barro que estaba por en medio. —Dejó la escoba apoyada en la pared—. Espera, que te la enseño, porque se me agrietó, y así me dices si te parece que se puede arreglar.

La Mortera entró en casa y salió con una de las ollitas de Joanaina. La Ceballota resopló y miró a ambos lados de la calle.

—Ay, me pensaba que me había vuelto loca. ¿A ti también? ¿Y sabes quién ha sido?

—No. —Dejó la olla en la trampilla—. Pero es confitura de granada. ¿Quién hay que cocine una lechona con una salsa de

granada que conocen hasta los de fuera del pueblo?

—¡Anda! ¿Será Joanaina? Pero no puede ser, si para criar a su hijo las pasa canutas. Dicen que Taconer, en paz descanse, solo le dejó deudas.

—Exacto, deudas del molino. Es la única de la calle que puede tocar harina, si quiere.

—Pero si se la tienen que dar casi toda a las autoridades.

—¡Pues no se la debe de dar!

La Ceballota negaba con la cabeza.

—No me lo creo, la conozco de toda la vida y es la persona más recta que hay en el vecindario.

—Y eso qué más da. Además, hay otra cosa. —Se acercó al oído de su vecina—. Estas tapas de madera. Alguien se las habrá hecho, digo yo. —Y miró hacia la carpintería del final de la calle.

—¡Calla! El carpintero era muy amigo de su marido, Dios lo tenga en su gloria.

La Mortera asintió con la cabeza.

—Caramba, Mortereta, para parecer una mosquita muerta me da a mí que eres muy viva.

Las dos se dirigieron a casa del carpintero, que las mandó a freír espárragos y fue corriendo a ver a Joanaina. Cuando lo vio entrar, pensó que había llegado el momento de explicarle los detalles de su plan para que lo difundiera.

—Lo haremos con la capillita.

La capillita, una caja rectangular de madera que, cerrada, medía tres palmos de alto por dos de ancho y tenía un asa en la parte superior para poderla transportar fácilmente de casa en casa, era, de hecho, un santillo portátil. Una vez que la capillita llegaba a su destino, se abrían dos portezuelas y se levantaba un capitel de filigrana sencilla que descubría, detrás de un vidrio, a una sagrada

familia de cerámica. En Sant Francesc había una veintena de capillitas que cada semana pasaban de familia en familia. Al barrio del Barracar le correspondían dos, siempre las mismas. Joanaina le pidió al carpintero que hiciera una base falsa de madera para que las mujeres pudieran esconder la hoja de la receta con la fecha y el pedido de harina. A partir de aquel día, la capillita no duraba ni veinticuatro horas en cada casa.

Durante diez años, la cocinera repartió dos o tres ollas al día como máximo, para no levantar sospechas. Nadie mintió nunca ni pidió más de lo que necesitaba, todos sabían que el vecino pasaba las mismas penurias. A veces, la confitura traspasaba el tope y se mezclaba con la harina, pero la retiraban con cuidado para no echar a perder ni un gramo de aquel oro blanco, de manera que el barrio empezó a tener un olor característico a pan de granada, un olor a flor roja, ácida y dulce que solo los vecinos identificaban. Cuando pasaban por delante de una casa que desprendía aquel aroma sonreían. Al poco, todo el mundo supo quién repartía la harina, pero, cuando le hacían algún comentario, Joanaina se desentendía. Mientras su hijo fue inocente, se lo llevaba a todas partes: primero dentro del capazo, luego cogidito de la mano en volandas, y cuando ya era más grandecito, encima del carro se entretenía con el mulo. Pero el niño crecía como la espuma, cada vez hacía más preguntas y, cuando tenía ya ocho años, a Joanaina se le metió en la cabeza que tenía que alejarlo de Sant Francesc. Le dio vueltas y más vueltas al asunto hasta que se le ocurrió que podía aprovecharse del deseo de la señora Leonor, la esposa de uno de los generales más sanguinarios de la guerra, por Mateu Xipoter.

Cuando la señora Leonor se paseaba por Sant Francesc, todo se detenía. Los hombres se quitaban el sombrero, las mujeres la repasaban de arriba abajo, los niños agachaban la mirada,

avergonzados, y las niñas jugaban a ser ella, con aquellos andares tan elegantes, con el cuello estirado y una cadenilla en el gaznate como si fuera un collar de perlas. Los domingos, cuando la puerta de la iglesia chirriaba y aparecía la señora Leonor, siempre unos minutos tarde a propósito para que se hiciera el silencio, todas las cabezas se volvían para mirarla. Ella se santiguaba con parsimonia, se arreglaba la mantilla de encaje y, con paso de vals, caminaba por el pasillo central hasta el primer banco, reservado para las autoridades. Hasta el rector se detenía unos segundos al verla entrar. Desde los bancos de los hombres, su marido la reprendía con la mirada, pero la señora Leonor ni se inmutaba, porque nunca miraba hacia los lados.

El matrimonio vivía en Palma, pero el general Gossi se había adueñado de una de las propiedades tildada de roja y los fines de semana los pasaban en Sant Francesc. A ella no le gustaba nada ir al pueblo y procuraba no mezclarse con los vecinos porque temía que antes o después descubrirían su secreto. Pero su marido insistía en ir cada sábado porque estaba convencido de que aquellos aires la ayudarían a quedarse embarazada. Y preñada sí que se quedó, pero no del general, sino de Mateu Xipoter, el mozo que mantenía la propiedad, que, además de labrar, recoger las almendras y hacerle el amor a la señora, también tenía un nido de tabaco que daba miedo.

Joanaina descubrió el amorío una noche que había ido a cocinar y oyó unos gruñidos procedentes del pajar. Se acercó a comprobar si se había escapado algún animal, pero la escena que encontró era muy distinta y le serviría para chantajear a la señora, que, minutos después, ya en casa, le ofreció una copa de brandi.

—Habría intercedido con mi marido sin necesidad de coacción, Juanita.

«Joanaina —pensó ella—, no se lo aprenderá nunca».

—No importa que sea la mejor escuela de Palma —respondió la cocinera—. Solo que se quede internado.

Al cabo de nueve meses, la señora Leonor daba a luz a una niña, Llucia, con el cabello dorado de su madre y los ojos aceitunados de su padre; Mateu recibía uno de los mayores cargamentos de tabaco de la isla; el pequeño Martí empezaba a estudiar en Palma a regañadientes, y Joanaina respiraba más tranquila.

La calma le duró seis años, hasta que unos nuevos ricos quisieron comprar casas más grandes y empezaron a construirlas a las afueras del pueblo, cerca del Barracar. Uno de ellos era Jaume Peralta: bigotito fino, camisa azul, puro en la boca y peinado con tanta agua con vinagre que cuando se te acercaba parecía que llegara un bote de hinojo marino con patas. Se paseaba todo el día por Sant Francesc tocándose el bigotillo y haciendo preguntas.

Un atardecer de invierno se presentó en casa de Joanaina con dos guardias civiles. Entraron los tres sin llamar y la sorprendieron en la cocina con un tenderete de ollas.

—¡Dios mío, menudo susto me han dado! —les espetó—. ¿Es que no les han enseñado a decir «Ave María» en la instrucción? —Cogió un vaso de agua y les hizo una señal para que esperaran a que le diera un sorbo—. La cocinera de la casa en la que serví de niña, en Palma, siempre decía que el agua va bien para los sustos, y válgame Dios si no me han dado uno bueno. ¿En qué puedo ayudarles?

Los hombres echaron un vistazo a la grasera llena de mermelada.

—Estaba a punto de llevar toda esta confitura de granada, ¿quieren un tarrito para sus mujeres?

—Tengo entendido que ya no es tiempo de granadas —dijo Peralta, desconfiado.

—Está a punto de terminar. Por eso mismo las confito, porque este año los granados han dado fruta hasta hace dos días y todavía

queda alguna por madurar.

—¿Y por eso le regala confitura a toda la calle?

—Toda la calle es un poco exagerado, pero sí, en este barrio nos ayudamos y compartimos. Mi hijo y yo no nos podemos acabar todas estas granadas, y no está la cosa para tirar nada, ¿no cree? De hecho, la semana pasada fui a casa del alcalde a prepararles la cena y le regalé una como esta. —Levantó una ollita—. Se lo puede preguntar.

—Ese no es el tema —respondió el guardia civil más joven, y empezó a abrir y cerrar cajones. Después se volvió hacia el que mandaba—: Yo no veo nada del otro mundo. Bueno —dijo desplegando una servilleta en el aire para mostrar que estaba llena de agujeros—, salvo que ya es hora de que cambie estos trapos.

—¡En los cajones no tendrá nada, so bobo! —El agente le dio una colleja y tiró de él hasta el corral.

El nuevo rico le pegó un puntapié a las cajas de madera que había amontonadas y acto seguido abrió de un empujón la puerta del excusado, que cerró inmediatamente con un grito de asco.

—Señora, que tiene que tirar agua ahí. Dios santo, me escuecen hasta los ojos —renegó.

—Debe de haber sido el niño, que aquí todavía no ha llegado el alcantarillado. —Miró de soslayo a Peralta y sonrió con disimulo.

—Pero ¿el niño no estudia en Palma?

—Sí, pero viene de vez en cuando.

—¡Ah, sí! —exclamó el agente más joven—. Juega a fútbol con el Sant Francesc y es muy bueno. Cuando no está, siempre pierden.

—Si le gustara tanto estudiar como el maldito balón, otro gallo cantaría.

Joanaina vigilaba de reojo al guardia civil que mandaba, que ahora escrutaba el corral: primero se acercó a una tina y retiró la

tabla que tapaba el recipiente. Removió un poco el agua con la mano y resopló como si no encontrar nada lo aliviase. Él también estaba un poco harto de las denuncias de aquellos nuevos ricos tan ahuecados. Después el agente se dirigió al horno, y eso sí que hizo que a Joanaina se le cortara la respiración: si lo abría, quizá se diera cuenta de que era más corto de lo que tocaba, porque detrás de una pared falsa escondía la harina que repartía por las casas. Por un momento se imaginó colgada, como su difunto marido, y solo pidió que no la encontrara su hijo. Pero al ver que Peralta pasaba por delante de las jaulas, saltó:

—No abra la de la gallina, que desde que está sola pica —exageró.

El hombre la miró, meneó la cabeza a ambos lados, abrió la jaula con furia, revolvió la paja y, justo en aquel momento, el animal le clavó un picotazo.

—¡Remil putas serenas! ¡Aaaaauuuuuuuuuuu! —aulló, agitando la mano en el aire mientras el guardia civil joven se esforzaba por no reír.

El registro finalizó, pero a Joanaina se le quedó el miedo en el cuerpo durante los cuatro años que siguió repartiendo harina.

17

EL ACCIDENTE

—Dicen que había días en que la calle olía a granada y que era un olor tan peculiar que consolaba a los vecinos. El carpintero me contó que se cruzaban y sonreían, pero que, si alguien le hablaba de eso a tu abuela, ella salía por peteneras. Nunca admitió que era ella.

Margot escuchó el final del relato con los ojos enrojecidos e hinchados.

—La traté muy mal, Francina.

Con quince años, Margota había empezado a avergonzarse de vivir con su abuela, de tenerla que acompañar con el carro a Son Massanet a recoger cebollas, manzanas, albaricoques o higos. Solía montarse en la bicicleta y alejarse de su lado y, si por lo que fuera no le quedaba más remedio que subirse al carro, no se sentaba junto a ella, en el pescante, sino que se escondía dentro hasta que llegaban al huerto.

—¿Entiendes ahora por qué cuando te fuiste te dije que no te preocuparas por Joanaina, que siempre estaría bien cuidada? ¿Y que si a mí me pasaba algo, toda la calle se haría cargo de ella?

Margot asintió mientras se enjugaba los ojos con la mano. Le temblaba la voz:

—Pero es que yo no sabía nada de todo esto. ¿Por qué nadie me lo explicó?

—Ya sabes cómo era tu abuela. A mí tampoco me lo contó nadie, he ido pillando trozos de aquí y de allá. Además, siempre le dieron miedo los grises, incluso cuando se acabó la dictadura. Decía que no habían desaparecido, que solo habían cambiado de chaqueta. —Francina bebió un poco de agua—. Igualmente, ¿habría cambiado eso algo? ¿Te habrías portado mejor? ¿Te habrías quedado en Sant Francesc?

Margot se puso a la defensiva:

—Joder, Francina, se supone que tienes que consolarme.

—Siempre lo he hecho y seguiré haciéndolo los años que me queden por delante. —Miró hacia el cielo—. Es normal que cuando tenías quince años no quisieras saber nada de nosotras, te recordábamos todo el drama que habías vivido. Pero, Margalida, Joanaina te quería con toda su alma.

—Pues podía habérmelo demostrado un poco mejor.

Francina se encrespó y dio una palmada en la mesa camilla.

—Por ahí sí que no paso, mi niña, por mucho que te quiera. ¿Qué te has creído tú? ¿Que para ella fue fácil perder a su hijo y a casi toda la familia? —Cuando vio que Margot se arrebujaba en la silla, bajó el tono de voz—. Joanaina también tenía que pasar el duelo, Margalida, y, aun así, nunca bajó la guardia. Te ofreció todo lo que tenía, pero tú no lo querías. Y lo asumió, tuvo que asumir que no cocinaríais nunca juntas. ¿Tú sabes lo que tuvo que significar eso para ella? ¿Sabes la de veces que fue a casa de Catalina para agradecerle a su madre las horas que te pasabas allí? Habría querido que estuvieras con ella aquí, pero sabía que te convenía estar con niñas de tu edad. Y te diré una cosa más —quiso abandonar el tono dramático—: a aquella familia nunca les faltaron pasteles de verduras, ni empanadas, ni berenjenas rellenas, ni cocas de perejil y

pimiento asado, ni tortas de Navidad, porque siempre que preparaba les llevaba una buena ración.

Francina recogió los platos de la mesa, sacó medio bizcocho de la despensa, tapado con una servilleta de tela de cuadritos blancos y rojos, y cortó dos trozos. Margot lo probó con la cuchara pero apartó el plato: no le entraba. Y eso que era de avellana, porque, como no le gustaban las almendras, cada vez que iba a Sant Francesc su tercera madre sustituía un fruto seco por el otro. Siempre había sido así: Francina la mimaba, la abrazaba, la besaba y era su confidente. En la adolescencia, cuando le vino la primera regla, fue la más precoz de su clase y, al ver toda aquella sangre, fue corriendo a casa de la vecina para pedirle que la acompañara a urgencias porque se estaba muriendo. La mujer, que hacía unos meses ya le había comprado los primeros sostenes, sacó un arsenal de compresas y tampones.

—No te estás desangrando, mi niña, tranquila.

La menstruación, además, vino acompañada de un aumento significativo de su culo y sus caderas, y eso la remató. Margota no se había enamorado nunca hasta que llegó Él. Se llamaba Tommy, era alto y rubio, llevaba el pelo engominado, no tenía ni un solo grano en la cara, y tenía unos dientes blanquísimos y alineados, no como los suyos. Llegaba los viernes, se iba los domingos y recorría todo el pueblo con una Derbi Variant con Metrakit, nada que ver con las Mobylettes que los niños de su edad les cogían prestadas a sus abuelos. Solo Dios sabe cuántas veces soñó que Tommy la invitaba a subirse a aquella moto, pero, en lugar de eso, un sábado al atardecer, en el Cèntric, lo pilló hablando con un amigo y comparando su culo con una plaza de toros. Se le cayó el mundo encima.

Aquel también fue el último sábado que Margota cocinó con su abuela, el rato más dulce de la semana para aquella anciana, aunque no lo demostrara. Y aquel día era especial, porque Joanaina le quería enseñar la receta de la mermelada de granada. Cuando la oyó llegar ya estaba todo a punto: las granadas acabadas de coger, la grasera, las cucharas de madera y los nervios por traspasarle lo que sentía que era una parte importante de su legado. Pero Margota ni siquiera entró en la cocina; subió a escape a su habitación, se encerró con llave y, cuando su abuela fue a ver qué le pasaba, la echó de malas maneras. Le gritó que la cocina era «una puta mierda» y que no pensaba aprender más porque no quería acabar haciendo de criada por las casas como ella. Joanaina apretó los puños, le cayeron dos lágrimas y bajó en silencio a arrinconar todo lo que había preparado. A partir de aquel día, Margota empezó a vivir a dieta para reducir aquellas ancas que, todavía ahora, de adulta, veía como una plaza de toros.

Pensaba que lo había enterrado todo, que aquellos recuerdos ya no le volverían, pero la conversación con Francina había despertado un torbellino.

—Todo esto no habría ocurrido si no hubiera matado a mis padres.

A Francina se le salieron los ojos de las órbitas.

—Pero ¿qué dices? —Y retiró hacia atrás la silla.

—Que sí, fue culpa mía.

Francina se levantó y se le acercó.

—Pero ¿cómo se te ocurre pensar esas cosas? ¿Cómo vas a tener tú la culpa de que un camión se os echara encima? No tiene ni pies ni cabeza.

Margot respondió con la mirada perdida:

—¡Lo deseé tanto! —Se mecía adelante y atrás—. Lo pedí tanto, que se murieran, que me dejaran en paz, que desaparecieran. Y dentro del coche…

—¿Dentro del coche qué?

—Le daba patadas al asiento de mi padre para incordiarlo porque no me había querido comprar un globo.

Francina la cogió de las manos.

—Pero ¿no ves que eso es un disparate? El accidente no es culpa tuya. ¿A ti te parece que las patadas de una niña en la espalda del conductor pueden provocar un accidente como aquel? Todo eso no son más que tonterías. El camión iba por el carril contrario, ¡no vosotros! Tú no tuviste la culpa de nada.

—¿Cómo? ¿No fue mi padre el que se distrajo y se salió del carril?

—¡No! ¡Claro que no! No seas boba, Margalida. ¿Tú no crees que, tal como era tu padre, que no había quien le chistara, si le hubieran molestado tus patadas en la espalda no habría hecho bajar a todos los santos del cielo?

Margot se lo pensó. Era cierto. Con el carácter de su padre no se jugaba. Permanecieron unos minutos en silencio.

—Pero…

—Pero nada. ¿Quieres ver el informe de la policía?

—No, no, no.

El hecho de revivir aquel día volvía a dejarla sin respiración.

—Te prometo que lo buscaré para que lo veas. —Se levantó y le crujió la espalda—. Estaba entre los papeles de Joanaina y lo pone bien claro. En una curva, el camión perdió el control y se os echó encima. Estaban todas las marcas, bien claras, en la carretera. Además, salíais de la procesión de Santa Margalida y un montón de testigos se lo explicaron a la policía. No hay ninguna duda.

—¿No lo dices por consolarme?

—No, hija mía, no lo digo por consolarte. Lo que no sé es cómo has podido vivir tanto tiempo con esa losa.

Margot se encogió de hombros y se enjugó los ojos con el pañuelo que le había tendido Francina.

—Hablando de buscar…

Francina dejó la frase a medias para generar un poco de intriga y romper el mal momento de Margot. Se apoyó un instante en la mesa camilla de la cocina para coger aire, le dolía la espalda, y se dirigió al comedor. Cuando Margot la vio caminar ligeramente encorvada y con el lazo del delantal cayéndole sobre las nalgas, mayor de lo que recordaba, se dio cuenta de que la mujer fuerte que tantas veces la había recogido del suelo se había hecho vieja. Al volver del comedor, Francina le alargó algo.

—Mira lo que encontré en uno de los baúles de tu abuela que no quisiste.

—¡No! —exclamó Margot tapándose la boca con las manos—. ¡No me creo que la guardara!

Cogió la máquina de fotografiar negra que la mujer le ofrecía y le dio unas cuantas vueltas entre las manos. Luego miró por el objetivo e intentó hacerle una foto, pero el clic sonó vacío: no tenía carrete. Era su primera cámara. Se acordaba perfectamente del día en que habían ido juntas a Palma a comprarla con el dinero que había ganado en la pasera de albaricoques donde había trabajado cada tarde de julio, como casi todos los niños y las niñas de Sant Francesc.

—¿Te acuerdas de la pasera?

—Pues claro, hija mía, si fui fue por ti, porque te aseguro que yo aquel dinero no lo necesitaba para nada, y menos con el calorazo que hacía.

La jornada empezaba a las cuatro de la tarde. Al llegar, el encargado les asignaba un lugar con dos cajones para sentarse y otro en medio donde había extendido un cañizo de madera. Se sentaban una en cada extremo y ya no se movían de allí. A la izquierda había un cubo vacío y, a la derecha, más cajones, llenos de albaricoques maduros. Había que cortar los albaricoques por el medio con un cuchillo, tirar el carozo al cubo e ir llenando aquel tapiz de madera, con las mitades bien juntas. Cabían unas trescientas. Cuando alguien acababa un secadero, levantaba el brazo y gritaba «cañizo», como si fuera un bingo, se acercaban dos mozos, lo retiraban, te daban un papelito y te preguntaban si querías hacer otro. Los viernes canjeabas los papelitos por la paga. Cada secadero eran cien pesetas y se podían hacer individualmente o entre dos y repartir el dinero. Joanaina iba sola y Margot y Francina los llenaban juntas.

—¿Quieres que te diga una cosa? —le preguntó Francina—. Creo que fue con esta cámara con la que empezaste a levantar los ojos del suelo.

—¿Qué dices? No es verdad. Si siempre me has dicho que era una niña muy observadora.

—Sí. Muy observadora —dijo, y desvió las pupilas hacia la derecha—, pero de reojo.

Con el dinero de la pasera, Margota no se compró una Agfamatic de aquellas que se contraían para pasar el carrete, el regalo estrella de las primeras comuniones de aquel año y que vendían en la tienda de La Negra, sino una Kodak, la que había visto que llevaba la fotógrafa de la escuela. El día que la tuvo todo cambió: ya no volvió a caminar con la vista clavada en los pies para esquivar las miradas de todo el mundo, sino con la cabeza bien alta y los ojos tras el visor. Poco a poco dejó de ser «la niña que no tiene padres» para

ser «la niña de las fotos», otro elemento extraño, porque «¿Qué hace todo el día con la cámara colgada?», «¿Qué quieres? Ha crecido sin padres». Pero gracias a aquella máquina descubrió que todo se podía iluminar u oscurecer, e incluso dividir en partes bonitas y feas.

—No sabes lo importante que fue para mí esta cámara. —Y los ojos le volvieron a brillar.

—¿Otra vez, hijita mía? ¿Qué te pasa ahora?

Sin saber por qué, se había acordado de las clases del curso de fotografía en el Raval, una de sus alumnas había retratado a su abuela como proyecto final.

—Fui una nieta de mierda, no le di más que mala vida. ¡No le hice ni una foto!

—Sí que le hiciste, lo que pasa es que no te acuerdas. —Francina quería consolarla, sabía que le había hecho muy pocas, pero no soportaba su tormento—. Además, ¡a ella no le gustaba que la retrataran! —Volvió a cogerle las dos manos—. Margalideta, no pienses más en eso, no te puedes pasar así toda la vida. Todos hicimos lo que pudimos, y tu abuela entendía muchas más cosas de las que tú crees. ¿Y sabes qué?

Margot negó con la cabeza, con la cara húmeda y la vela cayéndole, como si tuviera cinco años.

—¡Que todavía guardo la fotografía que nos hiciste a las dos!

—¡Qué dices! ¿La de delante de los granados? ¡No entiendo por qué se empecinó tanto en hacerla allí! ¡No había luz!

—Ay, mi niña —suspiró—, porque aquellos granados nos unieron de por vida…

Pero, como no quería explicarle nada más, se levantó, otra vez ayudándose de la mesa camilla, y se excusó: estaba cansada, quería echar una siesta.

Segundos después de sentarse en la butaca, Margot recibió un mensaje en el grupo de las Gatas. Era Catalina; les preguntaba si alguna de ellas podía ir al hospital aquella noche a hacerle compañía. Andreva fue la primera en responder: tenía a toda la familia en casa para ver el fútbol y cenar después. Si hacía falta, los dejaba plantados, pero sus padres se lo reprocharían toda la vida y Toni se pondría muy nervioso, porque siempre se ponía nervioso cuando tenían invitados. Margot contestó que iría ella, sí, que se duchaba y salía para allí.

Pero antes aún le quedaba una pregunta que hacerle a Francina:

—¿Te puedo preguntar una cosa? —No esperó a que la vecina le diera permiso—. ¿Por qué te quedaste en Sant Francesc? ¿Y por qué estabais tan unidas la abuela y tú?

—Porque me hizo más de madre que mi madre.

Francina suspiró, cerró los ojos y Margot supo que no le sonsacaría nada más.

—¿Me prestas el coche para ir al hospital hasta mañana?

La mujer asintió con la cabeza, medio adormilada.

18

FRANCINA

Francina tenía catorce años cuando sus padres la prometieron con Ramonet, el menor de los Merlos. La mercería que regentaban estaba cargada de deudas y trocaron a su hija con el usurero a cambio de que les perdonara el crédito. «Te la tendrás que ganar poco a poco —le había aconsejado su futura suegra—. Piensa que todavía no es mujer, aún juega a las muñecas». Al principio, su prometido solo pasaba por la tienda de vez en cuando, le llevaba chucherías y jugaban una o dos partidas a la oca sentados en la parte de dentro del escaparate, así la niña iba acostumbrándose a él y los clientes también. Al cabo de unos meses ya iba a comer dos veces por semana: los miércoles y los sábados.

Francina no acababa de entender quién era aquel hombre. «Un amigo de la familia —le decían sus padres—, que te quiere mucho, así que tienes que hacerle caso». Él le llevaba vestidos nuevos, le ponía la mano, grande y peluda, encima de la suya y, antes de irse, le acariciaba el pelo y le daba un beso en la mejilla, ante la mirada permisiva de sus padres, que la animaban a acompañarlo a la puerta, cogidos del brazo.

Cuando la mercera avisó a Merlos de que Francina «ya era mujer», la niña pasó de saltar a la comba en la calle a ir al cine con el usurero y su madre de carabina. Aquel cambio le gustó, la hacía sentir mayor, más que sus amigas, que nunca habían visto una

película. Francina les explicaba que aquella sala oscura tenía una caja tan enorme que cabían dentro todos los actores, coches e incluso trenes.

—¿Y no te da miedo, si cuando apagan las luces todo está tan oscuro? —le preguntó sin malicia la hija del panadero de su misma calle.

Francina, que nunca había pensado en eso, aquel día empezó a tener un poco de miedo, sobre todo cuando Ramonet le ponía la mano en las rodillas. Ella se enderezaba para echarse hacia atrás y buscaba a su madre, pero justo en aquel momento a la mujer siempre le daba tos. Un sábado, al volver a casa, no pudo reprimirse de contarlo.

—Tendrás que acostumbrarte a sus caricias, Francina. Tienes que casarte con él porque, si no, nos moriremos de hambre.

—¿Nos quiere matar? —Eso sí que la asustaba, más que la oscuridad del cine.

Su madre le dijo que no, pero que, si no se casaba con él, no les perdonaría la deuda, tendrían que cerrar la tienda y se quedarían sin dinero. Y a la niña se le metió en la cabeza que, si no tenían dinero, se quedarían sin casa, tendrían que irse a vivir debajo de un puente y se morirían de frío o de hambre. Y todo por su culpa. Y como no quería que nadie se muriera, el día que Ramonet se presentó con un anillo de compromiso, le sonrió y lo abrazó muy fuerte.

Con el anillo en el dedo, aquella noche Francina y Ramonet fueron solos al cine. Él le propuso sentarse en las últimas filas, que, fue entonces cuando ella se fijó, estaban llenas de parejas con los abrigos sobre el regazo. Ramón le tapó los muslos con su gabardina y, al apagarse las luces, se los empezó a tocar. La niña se echó hasta atrás del todo de la butaca, pero él le susurró: «Tranquila, si te relajas, no te haré daño». Y daño no le hacía, pero tampoco le

gustaba e intuía que, si tenían que hacer aquello a escondidas, era porque no estaba bien. Miró a su alrededor y no solo vio que otros abrigos también parecía que estuvieran vivos, sino que algunos jóvenes, además, juntaban las lenguas. Y eso sí que le dio asco. Para evitar que Ramón acertase en sus labios, Francina clavó la mirada en la pantalla y no se movió ni un centímetro. Aquel día conoció a Grace Kelly. Le pareció tan guapa que casi se olvidó de los tocamientos. Al salir, Ramonet le dijo que era idéntica a la actriz y le prometió que cuando se casaran le compraría todos los vestidos que quisiera. La engatusó.

Francina tenía diecisiete años recién cumplidos cuando pasó por el altar. Había intentado convencer a su prometido de posponerlo hasta que aprendiera a cocinar y llevar una casa, pero él le había contestado que no hacía falta porque vivirían en un palacio y tendrían criadas que lo harían todo. Otra mentira. Lo único que tenía que hacer, le dijo, era ser la mujer más guapa de Sant Francesc, más que doña Leonor: «Gossi se va a cagar, porque mi mujer es más tierna». No soportaba que el general se hubiera apropiado de la posesión de Sant Francesc a la que él le tenía echado el ojo.

La llegada del matrimonio revolucionó el Barracar, que entonces ya se había transformado en una mezcla de casonas y viviendas humildes de toda la vida. El usurero se había apoderado de la casa de un pobre hombre que había muerto antes de devolverle el préstamo, muy cerca de la casa de Joanaina, y también había comprado la del otro lado, que hacía esquina, para unirlas. Las obras concluyeron dos meses antes de la boda, y mientras estaban de viaje de novios las dos consuegras habían trasladado los baúles y las maletas de la novia, que según se rumoreaba tenía más vestidos que una emperatriz.

—Pues solo nos faltaba eso —soltó Joanaina cuando una de las Peretas se lo explicó—. Una emperatriz en el Barracar. ¡Esta sí que es buena! —Y se echó a reír—. Hace diez años toda esa gente no pisaba este barrio ni por asomo ¡y ahora vendrá a vivir la nobleza!

—Y se ve que están de viaje en Covadonga, ¿te imaginas? ¡De viaje!

Joanaina no sabía dónde estaban los lagos de Covadonga, pero no le hacía ninguna gracia vivir al lado de Ramón, y eso que el estraperlo de harina se había acabado hacía tiempo, al abolirse las cartillas de racionamiento. Fue la única del barrio que no salió a cotillear el día que llegó la pareja.

Era un sábado a mediodía, quien más quien menos tenía el puchero en el fuego, pero toda la barriada salió a la calle porque se morían de ganas de ver a la novia y criticarla. Sin embargo, cuando vieron a aquella cría tan joven, tan atenta, tan risueña, tan rubia y con aquellas pecas tan graciosas en la cara, les dio lástima. Él la cogía por la nuca y le hacía dar vueltas, ahora hacia aquí, ahora hacia allá, controlando que hablara justo lo necesario, porque no quería que la «contaminaran».

—Pues a mí me han parecido buenas personas —le dijo Francina a Ramón al entrar en su nueva casa.

—La mitad son rojos. Si me hubieran dejado hacer la limpieza que quería, no se habría salvado ni uno. Además, nosotros estamos por encima de ellos. Pronto conocerás a la gente con la que te tienes que relacionar. Ahora empezaré las obras del chalé del campo, y ya verás qué fiestas daremos allí. Aquí, cuanto menos salgas, mejor. Si quieres hablar un rato, te vas a la lechería con mi madre.

Francina ya no lo escuchaba, parecía una abeja, dentro de aquella casa nueva: subió las escaleras, alabó los cuadros que había colgados, entró en las habitaciones, olisqueó las flores que habían

dejado las dos consuegras y se tumbó en su nueva cama, que encontró un poco rígida: «Porque no es de lana —le explicó Ramón —, es de espuma. Puedes estar segura de que no hay ninguna como esta en todo el pueblo».

Al final del recorrido, la joven salió al corral y se subió a la escalera de la higuera que estaba apoyada en la pared y que separaba su patio del de Joanaina. La cocinera estaba sentada en una silla baja de enea con el pañuelo negro, las faldas y los mangotes removiendo algo en un fuego en el suelo. Ni se percató de que la espiaban, estaba demasiado absorta. Su socio, Xim, había muerto hacía unos días y su viuda le había dado quince días para comprarle su parte del molino o lo pondría a la venta. Lo comprendía, a ella tampoco le interesaba ya la harina; al abolirse el racionamiento, el negocio del contrabando se había acabado. Pero aunque ya no se pasaba tanta hambre, solo los franquistas tenían dinero, y pensar que tendría que asociarse con alguno de ellos la espeluznaba. Tenía que evitarlo a toda costa.

Joanaina no conoció a Francina hasta al cabo de tres días, y fue porque le llegó un olor de quemado tan fuerte que subió al terrado y la vio fregando en el suelo, de rodillas, una olla negra como el tizón, carbonizada. La muchacha había intentado hacer un guiso rico porque sus padres venían a comer. Su madre siempre le había dicho que aquel estofado era fácil de preparar: «Lo echas todo en la olla, que borbotee un rato y, a la hora de servirlo, lo viertes sobre las gallofas para que se calienten, y sanseacabó. No puede ser más fácil». Francina había seguido su consejo: había echado las legumbres y las hortalizas en la olla y lo había dejado todo en el fuego. De mientras había subido a la habitación a arreglarse, quería ir bien maquillada y peinada, como le gustaba a su marido. Pero se había entretenido más de la cuenta buscando el colgante de la

Virgen de Covadonga que le había regalado Ramón durante el viaje de novios y, al bajar, estaba todo quemado.

Hacía quince días que se había casado y le parecían quince meses. En aquel pueblo las horas no pasaban, siempre encerrada en casa esperando a su marido, que cada vez llegaba más tarde y a menudo borracho y se metía en la cama directamente. Solo habían salido una noche, a una cena de la Falange en Palma. Francina, que tenía mucha maña cosiendo, se había arreglado un vestido para que le quedara como el que le había visto a Grace Kelly al recoger el Oscar en una revista. Había deshecho todo el cuerpo del vestido, lo había reforzado por los lados para que el escote recto se aguantara mejor, había descosido los dos tirantes gruesos para convertirlos en cuatro finos, y los había cruzado por la espalda, esto último, invención suya. A Ramonet le pareció excesivo: «¿Adónde vas, enseñando tanta carne? Ya te puedes poner un vestido un poco más recatado o una chaqueta encima».

Con la chaqueta, el vestido perdía toda la gracia, pero Francina le obedeció. Al fin y al cabo, todavía desconocía las costumbres de los sitios a los que la llevaba. Aquella noche fue la primera de muchas que la dejó en evidencia: «Todavía tengo que enseñarle modales», gritó en medio del salón de fiestas al ver que se había acercado a felicitar a la cantante. Tiró tan fuerte de ella que le dislocó el brazo, y cuando se quejó, le respondió que, si la volvía a ver hablar con la farándula, «pandilla de maleantes», podía estar segura de que le iba a doler. El hueso se soldó, aunque mal, y desde aquel día Francina tuvo un brazo más corto que el otro. Era casi imperceptible, pero ella lo sabía bien.

Ahora fregaba y fregaba una olla que nunca volvería a ser la misma con los ojos llenos de lágrimas, pensando en los gritos de Ramón. Joanaina se enterneció; calculó que, de no haber nacido

muerta, su hija Miquela ahora tendría más o menos su edad. Seguro que también habría quemado algo aprendiendo a cocinar.

19

ALCOHOL

Olga llegó a la altura de la librería de viejo, miró a derecha e izquierda y se detuvo delante del escaparate, fingiendo que le había llamado la atención alguna publicación, hasta que un hombre pasó de largo. Con un movimiento de lagartija, se escabulló por la entrada lateral, cerró inmediatamente la puerta y se apoyó, aliviada, para escrutar la sala. Faltaban diez minutos para que comenzara la sesión, pero las sillas, dispuestas en corro, ya estaban casi todas ocupadas. Olga no conocía a nadie. Se sentó en una de las pocas sillas que quedaban libres cerca de la puerta, las más discretas, silenció el móvil y lo guardó en su bolso Gucci. No vio que Catalina acababa de enviar un mensaje al chat de las Gatas desde el hospital.

Había sido una semana difícil, necesitaba hablar, así que, en cuanto se abrió el turno de palabra, levantó la mano:

—Hola, me llamo Eva y soy alcohólica.

Como estaba en Alcohólicos Anónimos, no hacía falta decir el nombre real, o eso había decidido la primera vez que había ido, justo después de su fiesta de cumpleaños, hacía ya un mes y un día. Manu se había pasado dos semanas sin dirigirle la palabra. Cada vez le angustiaban más aquellas travesías por el desierto y su autoestima estaba por los suelos porque no hacían el amor. Ella solo se atrevía a pedírselo cuando llevaba dos copas encima y entonces él siempre le respondía: «Yo no lo hago con borrachas». Había

empezado a dudar de si era alcohólica de verdad y, en la mente científica de Olga, dos y dos daban cuatro: si la adicción al alcohol provocaba problemas en su relación, tenía que convertirse en la mujer más sobria del planeta para salvarla. Cegada por su deseo de arreglar la situación, había obviado todas las veces que había intentado en vano atraer a Manu sin ir borracha, como un viernes por la noche que se había puesto un nuevo conjunto de lencería sexy y él le había soltado que le iba a dar frío vestida de aquel modo y que no pensaba poner la calefacción; o aquel otro día en que Manu estaba jugando a la Play, ella le había empezado a besar en el cuello y él la había rechazado con un movimiento del brazo tan brusco que le había golpeado con el mando de la consola y le había puesto un ojo morado: «Joder, que estaba a punto de pasarme la última pantalla».

Olga asistía a las sesiones cada día, aunque de momento no habían surtido ningún efecto en su relación. Al contrario, desde que no bebía, su marido se lo reprochaba cuando salían con los amigos: «¿No puedes ser como el resto de las personas?». Se había enganchado a aquellas reuniones en las que enseguida había acaparado toda la atención porque explicaba sus preocupaciones como si fuera un monólogo. Cuando se acababa la reunión, después de aquella oración que no conseguía aprenderse, salía aprisa por temor a que alguien la viera con aquella gente.

Aquel día leyó el mensaje de Catalina cuando había dejado atrás la librería de viejo y respondió lo primero que se le pasó por la cabeza: «Lo siento, Gatas, tenía una videoconferencia con Argentina —llevaba un caso a medias con una chica de La Plata— y he silenciado el móvil. Acabamos de terminar. Lo siento».

«Tranquila, ya estoy delante del hospital, intentando aparcar», respondió Margot.

De hecho, hacía media hora que había llegado y aparcado, pero había tenido que esperar dentro del coche a que se le pasara el ataque de angustia provocado por el último whatsapp de Aldo: «Va, Chimichurrita —detestaba aquel diminutivo que antes le encantaba —, dime dónde estás. Tenemos que hablar. Miquel del Cèntric dice que no sabe nada de ti, pero me parece muy raro. ¿Estáis conchabados? Va, ya basta de chorradas, ya se me ha pasado el enfado, pero, azucarillo —nunca la llamaba Margot, siempre apodos dulces envenenados—, no se pueden hacer las cosas así. Dime dónde estás, voy y lo arreglamos».

Le temblaba la mano. Pensó en bloquearlo, pero lo descartó porque aún se enfadaría más, así que optó por un: «Estoy de viaje, necesito pensar. Ya hablaremos, ahora no puedo, no tengo fuerzas. Espero que lo entiendas. Gracias».

Aldo no tardó ni un minuto en responder: «¿Que no tienes fuerzas? ¿Que tú no tienes fuerzas? ¿Y cómo se supone que tengo que estar yo después de la salvajada que me hiciste dejándome a distancia? ¡Estás loca! Dime de una puta vez dónde estás».

Se acordó del día que lo conoció. Ella ya era *freelance* y había ido a cubrir la gala de inauguración del Mobile World Congress a la Llotja de Mar. Él redactaba los discursos del *conseller* de Políticas Digitales y controlaba todos sus movimientos: «Solo una foto más —les dijo con una sonrisa—. Bueno, dos, porque soy buena persona. —Y le guiñó el ojo a Margot—. Además, no es tan guapo para que le hagáis tantas fotos». Ella lo encontró muy atractivo, tan alto y con aquellos ojos verdes de serpiente. Se movió como un reptil entre toda aquella gente hasta que acompañó al alto cargo al coche oficial, se quitó la corbata, se desabrochó los dos primeros botones de la camisa y se dirigió hacia donde estaban Pol y ella. Se notaba que era redactor de discursos porque al cabo de dos minutos

estaban todos llorando de la risa con las anécdotas sobre el congreso de telefonía y los choques de protocolo entre Oriente y Occidente: «Ay, para, que me duele la barriga», pero él no paraba, y los dos cayeron rendidos a sus pies. Cuando Aldo fue a la barra a buscar combinados para los tres, Pol ya lo quería saber todo de él.

—Ay, Margot, vamos a buscarlo en Facebook e Instagram para saber si es de los tuyos o de los míos. —Y le cogió el teléfono—. Perdona, es que me he quedado sin batería. A ver, a ver quién se lo podría tirar esta noche —dijo, exagerando la «o» de noche.

—La madre que te parió. ¡Cuántas veces tengo que decirte que no todo el mundo es gay!

Al día siguiente, Aldo saludó a Margot por Messenger, al cabo de pocos días pasaron a las conversaciones por WhatsApp hasta la una de la madrugada, fueron al Teatre Lliure y rieron durante toda la función, siguieron riendo en el bar Milano, rieron de camino a casa y aún rieron más cuando se acostaron por primera vez. Margot se enamoró de aquellas risas envenenadas, pero, sobre todo, de su seguridad: Aldo sabía lo que estaba bien y lo que estaba mal, no se equivocaba nunca. Por eso aceptó su propuesta de irse a vivir juntos, «porque pagar dos alquileres es un gasto absurdo», e hizo oídos sordos cuando le explicó el plan para hundir a la jefa de gabinete del *conseller*: «Es política, churrita, y hay que cubrirse bien las espaldas». Por eso mantuvo el secreto cuando el político lo despidió, y cuando encontró trabajo le dio la razón a su suegra, que afirmaba: «A este hijo mío siempre le van detrás con un trabajo mejor que el anterior». Por eso dejó de quedar con Pol, porque Aldo siempre proponía planes alternativos, y le gustaba que quisiera ir tan a menudo a Sant Francesc: «Estoy seguro de que, si un día nos separamos, tus amigos se volcarán conmigo para que pueda seguir viniendo. En este pueblo nunca me faltará un techo», le repetía, o:

«Un día seré el alcalde de Sant Francesc, ¿no notas cómo me admiran todos?». Y ella se lo creyó y asumió que siempre viviría a su sombra. Hasta que llegó el curso de fotografía y el beso con Itxaso.

Margot sintió un escalofrío al recordar aquel episodio, salió del coche, fue al aseo a lavarse la cara y, de camino a la habitación de Catalina, colgó en Instagram una fotografía de un mercado de Tailandia. Encontró a su amiga medio incorporada, vestida sin la bata del hospital y toqueteando el móvil.

—Vaya, pensaba que me habías dejado tirada para ir…, yo qué sé…, ¿a Vietnam? —Y le enseñó el móvil con la foto que acababa de colgar.

—Es Tailandia y forma parte de un nuevo proyecto —mintió—. Cuando os lo pueda explicar, os lo explicaré. Promesa de Gata.

Catalina calló, pero desde que Aldo se había presentado en el Flexos ya no se creía las excusas de su amiga:

—¿Y no será para despistar a Aldo? ¿Has vuelto a hablar con él desde que nos arruinó la fiesta de Olga?

Margot negó con la cabeza.

—No seas boba, algún día tendrás que verlo. ¡Como mínimo, tendrás que ir a buscar tus cosas al piso de Barcelona!

—Con la cámara, los Levi's que me cupieron en la maleta y los que me compraré en el outlet tengo de sobra para pasar un año.

—Estás obsesionada con los 501.

—Porque son los únicos que no me hacen el culo como una plaza de toros.

La enferma puso los ojos en blanco: cuando hacía comentarios como aquel le parecía una exagerada.

Catalina era la más delgada de todas, y eso que comía como una lima y no hacía nada de ejercicio. El pelo corto acentuaba su cuello esbelto, y los ojos rasgados le daban un aire exótico. Además de

trabajadora social en el ayuntamiento, hacía de voluntaria en una ONG y siempre llevaba camisetas reivindicativas, ropa de segunda mano o vestidos hippies que compraba si pasaba por algún mercado. Era de izquierdas a matar, del Mallorca a muerte y más animalista que nadie. No se cansaba de decirles a sus amigas que, cuando ella se muriera —tenía asumido que sería la primera porque fumaba como un carretero—, volvería en forma de gata para demostrarles que existía el más allá.

—¿Cómo llevas las fotografías? —preguntó al ver que no le sonsacaría nada sobre Aldo; estaba demasiado cansada para tirarle de la lengua.

—Fatal, aún no he hecho ni una. No me inspiro, tía, no sé qué me pasa, es como si aquí…

Catalina la cortó:

—Como si aquí nada te pareciera lo bastante importante —le salió del alma.

Silencio.

—Te ha pasado siempre, Margot, desde que te fuiste a estudiar a Barcelona: pones por las nubes todo lo que es de fuera. ¿Y a nosotros qué? ¡A nosotros que nos jodan!

La fotógrafa se quedó paralizada. Ninguna de las Gatas le había reprochado nunca ningún desprecio.

—Pero si siempre reivindico que soy de un pueblecito.

—No reivindicas nada, lo dices de manera despectiva, como si tuviera más mérito ser artista habiendo salido de un agujero como Sant Francesc. Como si por haberte marchado fueras más guay.

—Ya no se dice «guay» —intentó cambiar de conversación, porque le hacía daño.

—Pues como se diga. ¿Cuántas fotos has hecho en Sant Francesc desde que te fuiste? O te diré más: ¿cuántas has hecho de Mallorca?

¿Te acuerdas de cuando siempre ibas con la puñetera cámara colgada del cuello y hacías fotos de todas cada vez que salíamos de fiesta? ¿Sabes dónde están?

No. No tenía ni idea.

—Fue tu puto regalo de despedida, Margalida. No te las quisiste llevar. Viniste a mi casa, con las maletas hechas, me abrazaste sin derramar ni una puta lágrima y me regalaste todos nuestros recuerdos. Eso sí, en una caja preciosa. Todavía la guardo.

Notó una punzada en el estómago, la voz de Catalina le pareció lejana y la negrura de la angustia regresó. Fue al lavabo, se remojó la cara e intentó serenar la respiración. Cuando salió, Catalina estaba mirando el móvil, le sabía mal haber estallado, pero era demasiado orgullosa para pedirle perdón tan pronto. Las ruedas del carro de la comida las salvaron.

—Oye, que ya te llega la supercena. Aprovecho para bajar a la cafetería a pillar algo y me lo como aquí contigo, ¿de acuerdo? ¿Quieres que te suba algo?

Catalina asintió.

—Una botella de cava, ¡que el Mallorca ha ganado! —gritó para hacer las paces cuando Margot ya se había colgado el bolso y abría la puerta.

En casa de Andreva todos los invitados saltaban, abrazándose, por la victoria del Mallorca, que colocaba a los rojos segundos en la Liga. Ella miró el reloj, pensó que Catalina ya debía de estar cenando y escribió al grupo:

«¿Todo bien por el hospital?».

«Como una seda, Catalina acaba de abroncarme, pero ya estamos cenando como buenas amigas».

«No te he dicho nada que no te merezcas».

«¿Qué te ha dicho?».

«Que desde que me fui había renegado del pueblo».

«Tiene toda la razón. Empezando por el nombre de Margot».

«¡Pero si es un nombre artístico, tías!».

«Claro, porque ¿Margalida qué sería? ¿Demasiado rural?».

Margot había renegado de Mallorca al quinto día de estar en Barcelona. Aquella mañana, unos cuantos estudiantes hicieron pellas a primera hora y ella se propuso ir a *merendar* a la cantina, que es como lo dicen en Mallorca, en lugar de *desayunar*. Cuando Nati se rio de ella, en vez de responder: «Sí, es que los mallorquines merendamos por la mañana y por la tarde, ¿qué pasa?», decidió dejar de hablar su variante dialectal. Nati era una belleza clásica, de pelo rubio, pendientes de perlas y camisas de rayas a quien media facultad ya tiraba los tejos, y Margot se le pegó como una lapa. Se convirtió en su criada, altavoz y antítesis; en la amiga fea y simpática que, por contraste, hacía brillar aún más a la guapa. Le parecía mejor eso que ser invisible o, aún peor, que mostrarse tal como era. Habían pasado veinte años y todavía seguía sintiéndose como una hormiga cuando alguna vez hablaban por teléfono.

Margot no pegó ojo en toda la noche, y eso que el sofá para acompañantes de aquel hospital era mejor que muchas de las camas que había tenido en sus múltiples pisos, siempre provisionales, sin plantas, ni cortinas, ni cuadros. No sabía crear hogares, solo cuevas de paso, un lugar para dormir y ya está.

Hasta que había aparecido Aldo y la había convencido, aún no sabía cómo, de irse a vivir juntos a aquel ático de Hospitalet. Bueno, sí lo sabía: porque le tenía comido el coco.

20

CARMETA

Los domingos era el día que había más trasiego en la barbería de la calle Mayor. Una cola de hombres con barba de siete días se concentraba a las puertas del número 36, las únicas rojas de todo el pueblo. Primero se sentaban en las sillas de enea que había pegadas a la pared opuesta al espejo y, cuando les tocaba el turno, pasaban al trono de hierro blanco, que el barbero Tomàs levantaba, bajaba y movía a su gusto en función de la talla del cliente.

Tomàs era como un violinista; pasaba la navaja bien afilada con movimientos ahora largos, ahora cortos, siempre precisos, por aquella retahíla de mejillas y barbas llenas de pelos sudados. A menudo, cuando acababa de trabajar, la piel del cliente tenía dos tonalidades: la parte rasurada, limpia, y, por encima de la nariz, negruzca de suciedad.

La mujer del barbero, Margalida Bronda, y su hija Carmeta procuraban bajar a darle un beso cuando tocaban a misa porque después la barbería ya estaría impregnada de aquella peste a cuerpos sudados que se te quedaba en la garganta. Los hombres intentaban quitarse aquel velo hediondo con anís, palo o ron Amazona que uno u otro llevaba a hurtadillas. El caso es que Tomàs subía a comer tarde y con las orejas calientes. «Madre mía, mira que te gusta darle a la sinhueso —lo reprendía Bronda—, y después

dicen que somos nosotras las chismosas». Pero estaba contenta de comer a las tres, porque era la hora a la que lo hacían los señores.

Por motivos distintos, Tomàs también estaba contento de abrir los domingos: era el día que hacía más caja y, sobre todo, se ahorraba ir a misa. Había perdido la fe desde que todos los caciques se sentaban en la primera fila y el cura bendecía sus atrocidades, pero todavía había algo que le daba más rabia: su mujer, que desde que le quería encontrar un buen partido a Carmeta se había vuelto insoportable. Al salir de la iglesia, Margalida Bronda se hacía la encontradiza con las familias ricas del pueblo y presumía del dinero que tenían, de todo lo que habían comprado y de los vestidos que se había encargado confeccionar. La mitad de lo que decía era mentira, y como Tomàs no quería participar en aquella farsa, se refugiaba en la barbería y cuando notaba que las mejillas le ardían por culpa de los licores y que el pulso le flaqueaba, dejaba la navaja y se entregaba a la cháchara.

—A ver si vamos a tener un disgusto… —decía, y se sentaba con los domingueros.

—El disgusto lo tendrás tú si Bronda te ve sentado.

Y el barbero soltaba una risita, asentía con la cabeza, con las orejas tan rojas como las mejillas, y se bebía otro vasito de palo.

—A estas horas está ocupada en otros menesteres.

—Debe de estar dando sus señas del teléfono —dijo el matador del pueblo, y todos rompieron a reír.

—Y es que el teléfono es bien bonito, ¿eh?, pero no sé quién del pueblo os va a llamar si aquí solo hay un teléfono en el ayuntamiento y otro en la trastienda del *Días* —soltó el viejo que llevaba una barba blanca hasta el pecho.

Y toda la barbería estalló en carcajadas de nuevo.

—Me parece que Bronda te ha vuelto a torear, Tomàs —intervino el carpintero del Barracar, que se acercó al teléfono e hizo rodar el manubrio del aparato sin descolgar el auricular—. ¿Quieres decir que esto os sirve para algo? ¿O acaso habláis por aquí, ella desde arriba y tú aquí abajo?

Más risas.

—A la larga hará servicio, ya lo veréis. Es el futuro —se defendió el barbero.

—Pero ¿qué servicio va a hacer si los hijos de puta que tienen teléfono en Palma no necesitan llamar para reservar hora porque siempre pasan por delante? ¿O no? —El hombre se levantó indignado.

El carpintero quiso cambiar de tema y se rascó la barba.

—¿Cómo se llama lo que te has puesto dentro del lavabo? —Chasqueó los dedos.

—¡Bidé! —lo ayudó su hijo mayor—. ¡Y aún no sabemos para qué sirve!

—Su mujer dice que es para lavar las toallitas del lavabo, porque ahora se dice lavabo, no retrete.

—Aquí lo único que está claro es que tu mujer se las da de ricachona ¡y tú ni te enteras!

La cháchara se acabó de golpe al ver que el general Gossi retiraba las cortinas:

—Buenos días —saludó el militar con una voz ronca, impostada, que provocó una reverencia chapucera de Tomàs y el desfile del resto de los parroquianos, con el sombrero en las manos y la vista gacha.

Gossi no había ido nunca a aquella barbería y tampoco habría entrado aquel domingo si no fuera porque Merlos lo había ofendido y, cegado —«¿Cómo se atreve ese mamarracho tan siquiera a

aguantarme la mirada?»—, había tomado la calle Mayor abajo con los puños apretados hasta topar con el primer portal abierto. Cuando se dio cuenta de dónde estaba, y como quería tranquilizarse antes de volver a la plaza, se sentó en la silla de hierro y apoyó los pies en los estribos.

—¿Serás capaz de afeitarme?

—¡Y tanto! Le traigo un vasito de agua.

«Es que hasta los pinreles los tiene gigantes», y Tomàs, con el cuerpo temblándole, fue corriendo a buscar un vaso de agua para el general y otro para él, para tragarse el susto. El barbero no le dio conversación, sabía perfectamente cuándo un cliente quería estar en silencio. El general, sentado, repasaba mentalmente lo ocurrido aquella mañana en la iglesia y, de no haber sido porque Franco hacía poco que le había exigido que dejara quieto el gatillo, habría encañonado a aquel usurero «de mierda» y a su mujercita, que se había atrevido a quitarle el sitio a su esposa.

Huelga decir que Francina no tenía intenciones de robarle el puesto a nadie, pero Merlos la había obligado a hacerlo, aprovechando que la señora Leonor siempre llegaba tarde. Al entrar, una vez empezada la misa, con Llucia, que ya tenía cinco años, cogida de la manita, la señora Leonor tuvo que recular unos bancos para acomodarse y, como no había espacio suficiente, tuvo que sentarse a su hija en el regazo. Al salir de misa, Gossi había ido a buscar al usurero y lo había retado: «A ver si tienes machos», pero Ramón no se había achicado: «No todo el mundo puede presumir de machos. —Y aprovechó el desconcierto del general para rematar—: Yo solo digo, y medio pueblo también, que su hija tiene de usted el blanco de los ojos». Y se hizo el silencio en la plaza.

No era la primera vez que alguien le insinuaba algo así al general, que empujó a Ramón para apartarlo de en medio y bajó a

paso de instrucción por la calle Mayor mientras su hija y su mujer montaban en el coche: «Acompáñanos a la propiedad, que encima tenemos invitados, y después vienes a esperarlo», le ordenó la señora Leonor al chófer con un acento mallorquín que tiraba de espaldas.

La plaza de la iglesia fue un hervidero un buen rato, y Bronda envió a Carmeta a la barbería para que avisara a su padre de que comerían más tarde. Cuando Tomàs vio aparecer a su hija se puso tan nervioso que estuvo a un tris de degollar al general.

—Vete, Carmeta —le dijo en catalán, y cuando se dio cuenta de que Gossi lo reprendía con la mirada, cambió rápidamente de idioma —. ¿Que no lo sabes, que no puedes entrar si tengo clientes?

La muchacha se asustó porque su padre no gritaba nunca. Además, tenía ganas de hablar con él porque a primera hora se había discutido con su madre, que no la dejaba estudiar: «Las niñas de casa buena no hacen de enfermeras. Si quieres aprender algo, aprende a tocar el piano, a bordar o a pintar». Aquel día, además, Bronda lo había rematado con un cachete: «Venga, que vamos a llegar tarde a misa. Y que sea la última vez que me vienes con estos cuentos». La muchacha, que hasta entonces se había tragado las lágrimas, estalló.

—No. No hace falta que te vayas. ¿Cuántos años tienes, niña?

—Dieciséis —respondió ella, tragándose los mocos y mirando al suelo, lleno de pelos.

—¿Y a quién te pareces?

Ella miró a su padre, sin saber qué decir, y Tomàs se apresuró a responder por ella:

—Todo el mundo dice que a mí. Ya sabe el dicho: las niñas son de los padres y los niños de las madres.

Se detuvo en seco y se maldijo por haber hablado sin pensar: «¡Serás tonto del bote! Sabes perfectamente lo que dicen los del pueblo», y ya pensaba que Gossi le perforaría el cerebro de un tiro cuando entró Martí Taconer hijo y vio la oportunidad de arreglarlo:

—Pero todo eso son sandeces de pueblo. Mire este chaval: según el dicho, tendría que ser clavado a su madre, pero no, es igual que su padre, el bendito. Eso no se sabe nunca.

Gossi tenía los ojos inyectados en sangre. «Ahora sí —pensó el barbero—, ahora sí que voy a morir de un balazo en la cabeza».

No hubo ningún disparo, pero el general se arrancó la capa roja, se fue de allí a medio afeitar y no se dio cuenta de que su imagen, con media cara rasurada y la otra media con espuma, era grotesca hasta que entró en el coche, que lo esperaba justo delante del negocio, y se vio en el retrovisor. Eso aún lo encolerizó más.

Los tres de la barbería se miraron y resoplaron:

—¿Puede hacer algo con esta coliflor que tengo aquí? —El hijo de Joanaina dio vueltas con el dedo índice por encima de la mata de rizos de su cabeza, toda desgreñada.

Carmeta se rio por dentro y Martí pensó que era la muchacha más guapa que había visto nunca.

—Será mejor que vuelvas otro día, que hoy he tenido demasiadas emociones —dijo Tomàs.

—Si está la niña bonita de las trenzas —dijo, pues Carmeta llevaba dos trenzas negras hasta la cintura—, ¡desde luego que vendré!

Martí fue corriendo hasta el Barracar y encontró a su madre enfurruñada.

—¡El coche de línea ya hace rato que ha llegado! —Joanaina no soportaba que el arroz se reblandeciera.

—Es que he pasado por el barbero.

Ella rio con ganas.

—Invéntate otra excusa porque con esa coliflor que llevas encima, esa no me la trago.

—Sí que he ido, pero no me ha podido atender.

Martí le explicó la escena de Gossi y ella tuvo claro a qué se debía. Era la comidilla del pueblo.

—Ha habido jaleo porque Francina le ha quitado el sitio a la señora Leonor en misa.

—Sí, es que esta vecina nuestra, por mucha cara de mosquita muerta que tenga, tiene que ser tan hija de… —Martí se frenó, evitaba blasfemar delante de Joanaina— de su madre como el Merlos.

Joanaina se quedó con el cucharón de arroz que iba a servirle a su hijo en el aire.

—¡Chitón ahí! ¡Que las mujeres no son como sus maridos!

Apartó hacia atrás el cucharón y se sirvió el arroz en su plato.

21

EL MAR

Margot condujo sin rumbo, tenía la cabeza embotada de haber dormido en el hospital y por los reproches de Catalina la noche anterior. Sin saber cómo, se encontró en la playa de Muro. Aparcó en una pequeña lengua de arena donde cabían una docena de coches que en temporada alta estaba imposible, pero aquel día de abril estaba vacía. Abrió el maletero del 206 de Francina, sacó la bolsa de deporte negra y se cambió en el asiento trasero: mallas negras, camiseta negra, sudadera rosa, cortavientos rosa y zapatillas deportivas fucsia, todo de la marca Asics. Se hizo una coleta, se embutió los AirPods en los oídos y eligió una lista de música *indie* en Spotify.

Olía a resina y, cuando llegó al final de la pasarela de madera, la brisa la obligó a abrazarse, y como le entró arena en los ojos, pestañeó para humedecérselos. Tenía los ojos extremadamente sensibles. Se concentró en la música para quitarse a Catalina de la cabeza —*«Leave all your love and your longing behind»*— y echó a correr. Cruzó el tramo que en verano estaba lleno de extranjeros, pasó los monolitos y la pasarela de madera, que era idéntica a la de la entrada, pero esta se adentraba en el mar. Los recuerdos de su primera vida en Barcelona la apedreaban, uno tras otro: las escenas de servilismo, las personas a quienes se había acercado, siempre líderes, siempre perfectas, porque así no tenía que tomar ninguna

decisión y no había margen para equivocarse. Ella no se equivocaría nunca más. Nunca más.

Se detuvo cuando ya estaba a punto de llegar al puerto de Almúnia. El móvil le indicaba que había hecho cuatro kilómetros y trescientos metros a cinco minutos y medio el kilómetro: «Desde luego, nunca voy a ser la hija del viento», se dijo. Caminó un rato resollando, con las manos en la cintura, atenta a la música. «Come as you are», de Nirvana, la transportó a su habitación de la villa universitaria, con los pósteres de Kurt Cobain y Jim Morrison, y al recuerdo de cuando dejó de hablarle a aquel chico obeso que estudiaba Hostelería y con el que se había acostado unas cuantas veces porque le había regalado una rosa cada día durante toda la semana de Sant Jordi y a Nati le había parecido que era un plasta. Se rio de su propia ocurrencia.

Margot esprintó hasta el final de la pasarela marítima, el sol se filtraba entre las nubes y formaba estrellas de cuatro puntas en la cresta de las olas. «Quizá con el agua fría me olvide de toda esta mierda». Se quitó la ropa, se lanzó al mar con bragas y sujetador y nadó con furia hacia adentro, bien adentro, hacia el horizonte, y se puso a hacer el muerto. «¿Quién cojones eres, Margot?», se repetía sin parar, hasta que empezó a temblar y decidió volver a la pasarela. No había llevado toalla, así que se quitó la ropa interior y se secó con la sudadera, la prenda más gruesa e imprescindible que tenía. Cuando se estaba abrochando los pantalones, distinguió en el fondo una silueta acercándose, llevaba sombrero y le resultaba familiar. No puede ser: «¿Es necesario que el pintor me vea con esta pinta?». Se vistió como una exhalación y, roja como un tomate, lo saludó con la mano.

—Hola, ¿qué tal? —Se subió la cremallera hasta las orejas y, si hubiera podido cubrirse la cabeza, también lo habría hecho.

—Menuda sorpresa —dijo él, aunque la había reconocido hacía rato.

Se quedaron de pie contemplando el mar; no habían vuelto a hablar desde el cumpleaños de Olga y los dos estaban un poco avergonzados, ella por haberles aguado la fiesta y él porque llevaba demasiada fiesta encima. Desde aquel día se habían saludado con la cabeza y un «ey» algún mediodía a la hora del café. Margot hizo amago de marcharse, pero él sacó un pareo de la mochila. Tampoco tenía un buen día.

—¿Te apetece sentarte un rato conmigo?

—Estoy sudada, no me conviene resfriarme —respondió ella haciéndose la desganada.

—Como quieras. —Extendió el pañuelo y se sentó a lo indio.

Margot se deshizo la coleta, se pasó la mano abierta por el pelo en un intento fallido de peinarse y se sentó a su lado.

—Es hipnótico, el mar —dijo él, que no había mirado sus movimientos de cabellera ni de soslayo.

—Es precioso, pero ya puedes disfrutar de la vista ahora, porque de aquí a dos meses esto parecerá un hormiguero. Si seguimos así, nos hundiremos. —Él la miró con una mueca de extrañeza—: De extranjeros, se llena de extranjeros. Leí una entrevista a un experto que decía que toda superficie tiene una capacidad de carga para absorber el número de turistas. Pues nosotros seguro que hace mucho que la hemos superado. —Margot había huido de la isla hacía años, pero la tierra seguía doliéndole. Y cuando se trataba de la masificación turística, le hervía la sangre—. No te rías. De junio a octubre somos el puto parque temático que vaticinó Llorenç Villalonga antes de que naciéramos. Y en agosto parecemos…, yo qué sé, los aborígenes de Australia.

—Mujer, ¿quieres decir que no exageras? —Viniendo de Valencia, le parecía que no le podían dar lecciones sobre turismo.

—Ni una pizca. Mira —ya estaba encendida—, el año pasado pillaba tales cabreos que a las diez de la mañana ya había puesto el pareo y a las dos del mediodía, cuando la playa estaba llena, me iba a comer a casa. Además, son unos maleducados, sobre todo los alemanes.

—Si no exageras, generalizas. —Y se echó a reír, pero ella no le hizo caso.

—Sí, quizá generalizo, pero es porque lo he vivido. —En eso no tenía amigos ni miedo de hacerse enemigos—. El agosto pasado dos parejas de alemanes se me pusieron encima. —Hizo una pausa enfática—. Y, cuando digo encima, me refiero a medio metro de mi pareo. Lo peor de todo es que, si te echabas un poco hacia allí, estaba vacío. Les pedí que se apartaran un poco. Que estábamos hablando de cinco metros, no de cinco kilómetros. ¿Y sabes qué me contestaron? —Él negó con la cabeza, divertido—. Que me fuera yo. ¿Perdona? —Se la llevaban los demonios—. Es que encima se creen que la isla es suya. ¡Anda ya, hombre!

—No lo dirás por mí…

Ella misma notó que se sonrojaba.

—No, supongo que no, entiendo que tú eres diferente porque tienes una pata de aquí, ¡pero no se sabe nunca! —dijo, intentando bromear.

—Tranquila, que yo no he venido a hacer el guiri. Mi madre murió hace un par de meses y quería volver a Sant Esteve porque, cuando era pequeño, vinimos juntos y tengo una foto con ella en esta playa.

—Lo siento. —«A ver cuándo aprendes a cerrar el pico».

—No pasa nada. No volvimos más porque decía que le dolía en el corazón que su abuelo, Cosme Pinya, lo hubiera malvendido todo.

—¡Es que la culpa es nuestra por venderlo todo!

—No, mujer, que él se lo fundió todo mucho antes del *boom* turístico. Teníamos una propiedad y se la vendió al matrimonio que cuidaba de ella. No sé, parece que se trastornó al final de su vida, pero no he podido averiguar mucho más.

«Menuda metedura de pata, Margot, ¿no podías estar calladita?». Él tomó aquel silencio por interés.

—De hecho, el objetivo de mi viaje era iniciar la relación con mis familiares de aquí, pero me he encontrado con una panda de estirados que me acusan de haber abandonado el linaje y están obsesionados porque hay un hombre que les reclama pruebas de ADN para demostrar que es nieto de mi tatarabuelo. Están indignados.

—Caray con el abuelo Cosme, menuda joyita, ¿no? —Se arrepintió enseguida de haberlo dicho—. ¿Y qué vas a hacer?

—Ellos se niegan, pero yo le daré todo lo que necesita para que se haga las pruebas. Al fin y al cabo, no somos tan diferentes, solo quiere encontrar sus raíces. —Cogió un puñado de arena y la dejó caer como si fuera un reloj de arena—. Pero quizá en lugar de buscarlas tendríamos que cortarlas de raíz.

—Totalmente de acuerdo. —Se lo pensó dos veces—. O no.

Margot había querido cortar con sus raíces pensando que no pertenecer a nada la liberaría, pero la había convertido en una títere en manos mucho peores que las de su pasado.

El pintor la devolvió a la realidad.

—¿Y entonces qué? ¿Ya sabes si te vas a quedar en la isla? —le preguntó, retomando la conversación que habían tenido en el Flexos.

—Caray, qué buena memoria. No lo sé, tío, no lo tengo claro. Por un lado, es el único sitio donde todo el mundo me conoce desde que nací, pero al mismo tiempo necesito huir.

—¿Huir? ¿De qué?

—Siempre he huido. —La boca le iba más deprisa que el cerebro —. Huir de todo: del pasado, de mi… —Se detuvo antes de nombrar a Aldo—. De mí, vaya. Sobre todo, de mí.

—¿Es posible huir de uno mismo? ¿Eso no sería más bien un suicidio?

—Pues no es ninguna tontería lo que dices, no, pero es lo que he hecho toda la vida.

—¿Y te ha ido bien?

—No lo sé. Tengo más de cuarenta años, estoy igual de perdida que a los dieciocho y, encima, me había imaginado que a estas alturas ya habría expuesto por medio mundo y aún no he hecho nada.

—¡Mujer, a los dieciocho yo quería ser futbolista! —Ella a los dieciocho quería ser otra persona—. Por lo que he oído por ahí —dijo, y le dio un mordisco a una galleta—, tienes muy buena reputación.

Margot lo miró sorprendida.

—Pero, mujer, ¿tú dónde te crees que vives?

Y se echaron a reír.

—Tienes razón. Sant Francesc es mi refugio, mis mejores amigas están aquí, pero es verdad que también es un nido de cotillas. —Empezó a hacer un agujero en la arena con el pie—. Pero, vaya, sea lo que sea lo que te han dicho, seguro que han exagerado: soy una desgraciada que en Barcelona trabajaba quince horas al día y sí, me gano la vida haciendo fotos, que es lo que quería, pero son de encargo. No tienen alma. O, como mínimo, no tienen mi alma. No he hecho ninguna exposición, ni he conseguido mostrar ninguna realidad a través de la imagen, ni he aportado nada al mundo.

—Quizá has tenido miedo.

Toda la vida.

Se levantó viento y empezaron a recoger los bártulos aprisa. La bolsa de galletas se cayó y, cuando intentaron recogerla a la vez, chocaron. «Esto es de película», pensó ella, e hizo el gesto de besarlo, pero él se apartó.

—Perdona, perdona, perdona. Ha sido un impulso estúpido. Perdona, de verdad. —Se frotó los labios, aunque no habían llegado a rozar los del pintor—. No sé por qué lo he hecho, te he visto tan seguro que…, yo qué sé. No me lo tengas en cuenta.

—No deberías dejarte arrastrar por la aparente seguridad de los demás, Margot. Y, además, hay otra razón de peso.

22

ARROZ CON PICHÓN

Hacía un año y una semana que se había casado y las promesas que le había hecho Merlos se habían desvanecido: no había ningún palacio, no tenía criadas, a menudo su marido le echaba en cara que se arreglara y aquel mediodía mismo había tirado el plato de asado al suelo porque lo había encontrado seco. A los «No sirves para nada» se sucedían los «¿Adónde vas así vestida? ¿A quién pretendes gustar?». Las primeras veces que su Ramonet le había hablado de aquella manera, Francina había suspirado y se había puesto a barrer o limpiar o había ido a cambiarse de ropa disculpándolo porque trabajaba demasiado e intentando convencerse de que el día siguiente sería mejor: «Es lo que haría Escarlata O'Hara, dejarlo pasar».

Al principio, los mañanas sí que fueron mejores, pero a medida que transcurría el tiempo los días malos empezaron a superar a los buenos, y los buenos prácticamente desaparecieron. Mientras recogía el pollo asado del suelo del comedor —Merlos pensaba que comer en la cocina era de pobres—, Francina se reprochaba su poca maña, se decía que no sabía hacer nada y se avisaba de que, si no cambiaba, él se iría con otra. Era lo que les había oído decir siempre a las vecinas: «Si no lo tengo contento, se irá con otra», o con dos. De hecho, él había dejado caer que tenía tres *queridas.* Decidida, Francina se puso manos a la obra, sacó una botellita del cajón del

tocador y llamó a la puerta de la vecina. Joanaina oyó que llamaban mientras le daba de comer al mulo, en la cuadra. Le pareció extraño que quienquiera que fuera no entrara directamente al grito de «¡Ave María!» y pensó que debían de ser forasteros. Corrió a la entrada y, al abrir, se encontró a Francina, allí de pie, con un vestido amarillo y una chaqueta verde sobre los hombros.

—Buenos días, señora Joanaina —la saludó con una sonrisa.

—Buenos días —le respondió sorprendida.

Francina recitó la frase que se había repetido unas cuantas veces:

—Vengo porque usted es la mejor cocinera del pueblo.

Joanaina se ajustó el delantal, en un acto reflejo.

—Eso de que soy la mejor creo que es una exageración, pero sí, voy a las casas a cocinar y de momento no se ha quejado nadie. ¿Qué querría? ¿Una comida o una cena?

Francina soltó una risita nerviosa y se tapó la boca.

—No me hable de usted, que somos vecinas, aunque no hayamos coincidido mucho. —Carraspeó—. No vengo a encargarle ningún banquete.

No sabía cómo pedirle lo que le quería pedir, así que, temblorosa, pensando que se la ganaría, alargó las manos cerradas como si fueran una concha hacia Joanaina. Pero esta, que no estaba para sorpresas, dio un paso atrás como si le acercaran un explosivo. A Francina la desconcertó que alguien rechazara un regalo, así que avanzó un paso y, abriendo la mano como si fuera una tapa, dejó al descubierto un frasquito de vidrio tallado que contenía un líquido amarillo.

—Es un perfume muy bueno, buenísimo, viene de París. Y tiene un olor que enamora. Ramón me trae de vez en cuando. Este es de

ayer —dijo alargándole otra vez el frasquito—, y me gustaría que lo aceptara.

Joanaina se echó a reír. Perfumes a ella, que se lavaba en el barreño una vez a la semana y con jabón negro.

—Ya se lo puede llevar —consiguió decir, enjugándose las lágrimas—. Prefiero que, si tiene que pagarme, lo haga con dinero.

—Es que… —Se detuvo para pensar cómo expresarse—. Es que ya le he dicho que no le quiero encargar ningún banquete. Vengo para que me enseñe a cocinar y no tengo mucho dinero para ofrecerle. —Era cierto, Ramón le daba lo justo para hacer un poco de compra y, si necesitaba algo extra, tenía que justificarlo—. Créame, que si se lo pido es porque no me queda más remedio. —Le centelleaban los ojos—. Por más que me esfuerzo, siempre acabo fastidiando los platos y querría tener contento a mi marido.

Joanaina callaba, no se atrevía a darle una respuesta, no quería inmiscuirse en nada que tuviera que ver con los Merlos, y cuanto más callaba, más le suplicaba la vecina.

—Si no le gusta el perfume, le puedo traer cualquier otra cosa de la tienda de mis padres; tienen guantes y pañuelos de seda de todos los colores, y así podrá ir variando.

La cocinera se miró la ropa por instinto. Consideraba que iba la mar de bien, con sus faldas y la camisa y el pañuelo en la cabeza, todo negro. No necesitaba prendas finas y solo pensar en llevar un pañuelo verde o rojo en el cuello se ahogaba y se sentía ridícula. Estuvo a punto de decir que no, pero aquellos ojos transparentes la enternecieron.

—¿Cuándo querrías empezar?

—Por mí, hoy mismo. Pero he de estar en casa antes de que Ramón vuelva del trabajo. ¿Usted cree que me podría llevar lo que hayamos cocinado?

Joanaina la dejó entrar y Francina dejó el perfume en el taquillón. Allí permaneció, sin abrir, hasta que un sábado Joanaina lo tiró al suelo mientras limpiaba el polvo y aquel olor a rosas la mareó: «No sé cómo se lo pueden poner en la piel».

La cocinera le tendió un delantal a su aprendiz y empezaron a preparar arroz con pichón y arenques con tomate asado. Se pasaron toda la tarde cocinando y Francina descubrió que la rigidez de Joanaina en la calle se transformaba en gracilidad en la cocina. Le pareció que era como una mariposa, de flor en flor, mientras cortaba, condimentaba, removía, olía y le daba a probar. No tuvieron más conversación que las instrucciones de cada plato y la joven, que se lo apuntaba todo en una libreta, no paraba de hacer preguntas; sobre todo le interesaban los tiempos de cocción.

—¿Y qué hago? ¿Miro el reloj para que no se me queme? —preguntó cuando el arroz empezó a borbotear.

—¿El reloj? —Joanaina no necesitaba uno para ser la más puntual del pueblo—. ¡Lo que tienes que mirar es el arroz!

La joven soltó una carcajada, se la contagió a la cocinera y acabaron de cocinar el plato llorando de la risa. A partir de aquel día, tres veces por semana, Francina iba a aprender a cocinar con Joanaina: pelaba patatas, picaba cebollas, removía salsas y, de vez en cuando, le preguntaba «¿Cuántos minutos tiene que hervir esto?» para hacerla reír. Poco a poco empezó a sentirse mejor en casa de la vecina que en la suya, e iba a visitarla con cualquier pretexto. No le había contado ninguna intimidad, pero al lado de aquella mujer se sentía segura, y Joanaina, aunque no lo admitió nunca, esperaba como el santo adviento que «aquel cuerpecillo» entrara por la puerta. La enternecía. Se ablandó tanto que ni siquiera se dio cuenta de que su hijo iba cada vez más a Sant Francesc. Martí recelaba de la mujer de Merlos, pero como su madre estaba entretenida y así no

le hacía preguntas, se abstenía de criticarla. Bastante tenía ya con tenerse que esconder de la madre de Carmeta, con la que empezaba a festejar en secreto.

—Pobre de ti que te fijes en un desgraciado como él —le había advertido Bronda a su hija un domingo al salir de misa cuando vio que los dos muchachos se sonreían, y se la llevó a rastras hasta la otra punta de la plaza—. A ver si ha venido el nieto de los Barbó. Dicen que el viejo está a punto de irse al otro barrio y se lo dejará todo.

—Pero si Martí estudia para ser abogado en un buen colegio de Palma. —Aunque hacía días que no iba a clase y esperaba que llegara Semana Santa para dejar el internado.

Justo entonces salió Joanaina de la iglesia y la madre de Carmeta la señaló con un gesto de la cabeza.

—Vete tú a saber qué hizo esa para conseguirlo. Ni te acerques a ellos, que son unos pobretones.

Joanaina no oyó nada, pero, de haberlo hecho, también se habría callado. Bajaba con prisas porque tenía que enseñarle a preparar una pepitoria a Francina aprovechando que aquel domingo Merlos no estaba. Cocinarían y comerían las dos con Martí.

23

LAS GATAS

—¡Habértelo tirado! —exclamó Catalina.

Margot había esperado a que su amiga saliera del hospital para explicarles a las Gatas la anécdota del pintor. Era viernes, habían cenado en un pueblo de los alrededores y ya volvían a estar en la barra del Cèntric.

—Que no. Espera y verás… —dijo Margot.

—¡Madre de Dios! ¡Si aquellas dunas han visto de todo! —Andreva pensaba que Margot se había echado atrás en el último momento.

—Pero ¿te lo tiraste o no? —insistió Olga, queriendo sacar el agua clara como siempre.

—¡Que no!

—¡Tonta! —exclamaron al unísono.

—Me dio una razón de peso.

Margot le dio un trago a la cerveza directamente de la botella para hacerse la interesante.

—¡Venga! ¿Qué? —volvieron a preguntar las tres a la vez, alargando la «e».

—Que… —hizo una pausa— es… —hizo otra pausa—
¡gay!

Casi lo dijo gritando, y todas estallaron en un bucle de risas del que no pudieron salir en varios minutos. Las de Catalina, sonoras y

contagiosas, atrajeron a los parroquianos del bar, que las miraban con una mezcla de envidia y curiosidad aunque ya estaban acostumbrados a oírlas. Margot asentía eufórica con una mano en la barra y la otra en la barriga, satisfecha de haber triunfado con aquella anécdota.

—Madre mía, ¿y por qué no nos lo habías dicho antes? —le echó en cara Olga, abanicándose con la mano—. Ay, que me meo.

—¡Porque quería veros las caras! Y ha valido la pena. Ay, por favor, qué dolor de barriga.

Después de aquel beso fallido, Margot había deseado que un remolino de arena la propulsara al espacio, pero de vuelta, en el coche, se calmó y le escribió a Pol: «Lamento informarte de que tu teoría se ha cumplido. Lo lamento por mí, no por ti». Inmediatamente, su amigo de Barcelona la llamó y, muriéndose de la risa, le quitó hierro al asunto: «Además, ¿tú no dices que no quieres tener ningún lío con nadie de tu pueblo?». Era cierto, desde aquel primer enamoramiento adolescente de Tommy y el episodio en que él había comparado su culo con una plaza de toros, no había querido saber nada de ningún chico de Sant Francesc, sobre todo porque quería evitar que sus intimidades corrieran por todo el pueblo, más aún si la relación fracasaba. Había visto cómo pasaba demasiadas veces.

—Va, que esto se merece otra ronda —anunció Andreva—. Olga, ¿seguro que no quieres un gin-tonic?

—No, estoy bien. Ponme una tónica sola en una copa de combinado y una rodaja de limón. —Se volvió hacia sus amigas, que la miraban—. ¿Qué? Así engaño un poco al cerebro. Y ponme también una bolsa de Haribos. —En Alcohólicos Anónimos había aprendido que el dulce atenuaba la ansiedad por el alcohol, aunque

los había pedido más por gula que por necesidad—. Tengo las codornices en los pies ya…

—Pues yo no lo necesito —soltó Andreva.

—¿El qué?

—Follar.

—¿Cómo que no? Todo el mundo lo necesita —afirmó Olga mascando uno de los ositos de goma.

Olga había basado siempre su autoestima en el sexo. La hacía sentir poderosa. Le gustaba ponerse encima y dominar, pero también que la agarraran de las muñecas y la sorprendieran con caricias. De hecho, después de la sesión de shibari con las Gatas, había buscado a la pareja de la exhibición por internet para enseñárselo a Manu. Le había propuesto probar uno de aquellos talleres de cuerdas, pero él la había tomado por loca: «¿Ahora quieres formar parte de un club de depravados porque un día fuiste a una cena muy *cool*? Tú estás fatal, tía». Y siguió jugando a la consola.

—Pues todo el mundo menos yo —repitió Andreva—. Os lo digo de verdad, chicas. El otro día mi marido se me acercó muy serio y me recordó que hacía dos meses y tres días que no follábamos. —Olga le dio un trago a la tónica, aquella conversación empezaba a atragantársele—. ¡Pues no lleva la cuenta, el muy hijo de puta! Una cosa os digo: si mañana se fuera a acabar el mundo, no sería una de mis prioridades.

—¿Y cuál sería? —preguntó la abogada, rápida como en los juicios, para cambiar de tema.

—Bebérmelo y fumármelo todo. Un buen colocón con vosotras y a dormir la turca eternamente.

—Supongo que con hijos es distinto —apuntó Margot, siempre tan conciliadora.

—No digas bobadas, Margalida. ¡Que la pequeña ya tiene quince años! —exclamó exasperada Catalina, levantando los brazos y dejando a la vista la mata de pelo de las axilas.

—¿Tú no te piensas depilar nunca o qué? —Andreva no entendía aquella reivindicación de su amiga.

—No. De momento, no. Ellos no se depilan, ¿a que no?

—Manu sí. —Olga ahora defendía y disculpaba todo lo que hacía su pareja.

Andreva hizo oídos sordos.

—Claro, como tú lo haces a distancia, siempre lo puedes pixelar. —Olga y Margot pusieron cara de no entender nada—. Que resulta que, aquí, la amiga Catalina tiene un amante telemático —y remarcó mucho la palabra.

—¿Perdón? ¿Telemático? —Margot empezaba a recuperar la curiosidad—. ¿Y eso cómo se come?

—¡Directamente no se come! —remató Catalina, y todas venga a reír—. Es un poco complicado, porque resulta que es un antiguo compañero de instituto y está casado.

—Si solo estuviera casado… El tema es con quién está casado, titis —añadió Andreva.

Olga y Margot la interrogaron con la mirada y Catalina puso los ojos en blanco antes de responder:

—Con una amiga que también iba al instituto y, de hecho, es una de esas con las que todavía vamos a cenar de vez en cuando.

—No sé qué me interesa más, si el lío de amistad o el tema telemático. —El cerebro de Margot estaba a punto de estallar—. ¿Cómo empezó? ¿No querrás hacerme creer que solo lo hacéis a distancia? ¿No tenéis ganas de rematar? Quiero decir en persona.

Andreva la agarró del brazo para que dejara hablar a Catalina.

—Fue una noche de insomnio. Yo estaba cotilleando en Facebook y me apareció él por el chat, que resulta que tampoco podía dormir. Total, que hablamos un rato y, a partir de ahí, nos dimos el Whats y después pasamos a las videollamadas y tal.

—¿Y tal? Pero ¿qué es «y tal»? —Margot no daba crédito, pero le encantaba.

Andreva no la dejó responder:

—«Y tal» es que el titi le envía fotos y vídeos de sus partes, encienden la cámara y rematan.

—Mientras no se difundan las fotos no es delito —afirmó Olga.

Silencio y todas las miradas hacia la abogada.

—¡Perdón, perdón! Rectifico: mientras no te cuelgues de él…

—Os prometo que no. Además, no lo hacemos cada día.

—Solo cuando a él le pica. —Se notaba que Andreva creía que ya hacía demasiado que duraba—. Por cierto, ¡espero que no hiciera toc-toc cuando estabas en el hospital!

Catalina sonrió burlona.

—¿Cóóóóómo? —Margot no daba crédito a que su amiga Catalina, siempre tan discreta, estuviera metida en un rollo como aquel—. ¿Y qué le dijiste?

—¡Avisé a una enfermera para que me ayudara con el vídeo! —Se echó a reír y, más seria, añadió—: ¿A ti qué te parece?

A Olga no le parecía que aquello fuera sexo, pero sí deslealtad, y, para no variar, se avanzaba al problema:

—A mí me parece superbién que le des una alegría a ese cuerpecillo que tienes. —Siempre había envidiado la delgadez de Catalina—. Pero si la mujer os pilla se montará un buen pitote. Porque eso son cuernos, ¿o no? —Y enseguida buscó la mirada cómplice de las otras dos.

Pero Margot estaba por otras cuestiones más técnicas:

—Pero una cosa: eso de enfocarte y hacer un buen plano, de estar atenta a la pantalla para ver lo que te envía él y al mismo tiempo tocarte tiene que ser complicadísimo.

—¡A veces sí que lleva trabajo!

Y todas volvieron a reír un buen rato. Eran ya las tres de la madrugada cuando Andreva levantó la mano para llamar a Miquel.

—¿Nos pones la última?

Y el camarero, que ya llevaba más horas que un reloj detrás de la barra, decidió que ya habían bebido suficiente:

—¿La última? —dijo, mientras seguía secando vasos—. La última os la habéis tomado ya: ¡era esa!

Más risas.

—Va, Miquel, que iremos rápido.

El camarero, que se sabía la Biblia en verso y que a aquel cuarteto cuando se juntaba no se le acababa nunca la cuerda, cogió cuatro vasos de chupito y los llenó de cerveza del surtidor.

—¡Venga, invita la casa! —exclamó guasón, y provocó más risas —. ¡Y ya podéis hurgaros en los bolsillos para pagar!

Pagaron rezongando y sopesaron la opción de ir a casa de Catalina, pero al final decidieron que una retirada a tiempo era una batalla ganada para mañana. Olga las acompañó a todas y después puso rumbo a Palma, sin prisa. No tenía ganas de llegar a casa; desde que no bebía, Manu todavía estaba más serio, más irritable y le gritaba por cualquier cosa. Si se dejaba la puerta del microondas entreabierta, él la cerraba de un portazo; si se le olvidaba la leche fuera de la nevera, era una despistada; si se le caía agua fuera de la ducha, un desastre; si se dejaba una ventana abierta, una descuidada; una luz encendida, una distraída de mierda, y unas migas de pan en la butaca la convertían en una cerda. Lo decía todo

sin alzar la voz, porque «él no se enfadaba nunca, era ella quien lo sacaba de sus casillas».

Abrió la puerta de casa con mucho cuidado, con la esperanza de que su novio estuviera ya en la cama. Cuando oyó el sonido de la Play, apretó los ojos y miró hacia el techo: «Tendría que haberme quedado a dormir en Sant Francesc». Manu puso el juego en pausa.

—¿Qué tal? —le preguntó con el mando en las manos.

—Bien, ya sabes, como siempre con las Gatas: unas risas y a casita.

—¿Y no has bebido nada?

—No.

Él puso una mueca de incomprensión.

—¿Y no te preguntan qué te pasa?

—No.

Otra carantoña con los labios apretados y el cuello estirado.

—Estoy cansada, me voy a dormir, que mañana por la mañana quiero repasar un caso.

Era verdad, quería pensar a fondo la estrategia para la defensa de Andreva, e intentar convencerla de que denunciara por acoso a su jefe y a las dos esbirras que le hacían de guardia pretoriana.

—Ok. Acuérdate de limpiar las gotas del lavabo, que cuando te desmaquillas dejas salpicaduras por todas partes.

No respondió. No tenía fuerzas para un enfrentamiento.

24

CONEJO CON CEBOLLA

Era un abril especialmente caluroso. Joanaina cogió un conejo por las orejas mientras le pisaba las patas traseras para inmovilizarlo, acercó el cuello del animal al albollón y le clavó un cuchillazo seco e implacable. Murió en el acto. Recordó la primera vez que la cocinera Martina le había pedido que la ayudara a matar uno. Lo había pasado muy mal porque ella era la encargada de alimentarlos y hasta les había puesto nombre. Tener que agarrar a Pepito por las orejas y ver cómo de golpe se quedaba tieso y aquellos ojos negros perdían el brillo le provocó tal arcada que desde entonces nunca más volvió a bautizar a ningún animal.

Aquella tarde de abril, con el conejo en las manos, pensó que al día siguiente Martí se chuparía los dedos: le encantaba el conejo con cebolla. Se olía que su hijo tenía novedades porque últimamente no la avisaba con tanto tiempo de que iría de visita y cuando iba se pasaba el día en la calle. Además, se le veía muy contento. Quizá hubiera conocido a alguna muchacha en Palma o tal vez hubiera encontrado trabajo y lo compaginaba con los estudios. Por favor, que no fuera nada de fútbol, que eso eran cuentos chinos. Eso andaba elucubrando Joanaina cuando oyó ruido en la puerta. Debía de ser Francina.

—Pasa, Francina, que estoy en el corral —gritó para no soltar al animal, pero no entró nadie—. Francina, ¿eres tú?

Prestó más atención y reconoció la voz de la vecina, pero casi imperceptible.

—Joanaina, ayuda, ayúdame.

La cocinera se levantó tan de sopetón que el conejo rodó por el suelo, y estaba tan asustada que no pensó que los gatos hambrientos que deambulaban por los tejados del barrio al cabo de poco no habrían dejado de él ni los huesos. Corrió a toda prisa hacia la entrada y encontró a Francina temblando apoyada en el marco de la puerta. Casi no se aguantaba de pie. Llevaba el vestido desgarrado y solo un zapato, y le caía un hilillo de sangre de la boca. Tenía la ceja partida —habría podido perder un ojo— y una mejilla tan inflada que le desfiguraba la cara; y tenía los brazos llenos de heridas. La agarró por la cintura y la llevó a la cocina.

—Hija mía, ¿quién te ha hecho esto?

Se agachó para mirarla a los ojos, pero Francina tenía la barbilla clavada en el pecho y le caía el pelo tapándole la cara. Se lo apartó y la besó en la frente. La muchacha se estremeció. Sollozaba hacia dentro para tragarse las lágrimas.

Joanaina fue a buscar sus ungüentos naturales, elaborados con las plantas que cogía en Son Massanet, y se estuvo un buen rato curándola. Por más que aquellas unturas debían de escocerle hasta en el alma, Francina no se inmutó, pero cuando la cocinera acabó e intentó levantarle la cabeza, fue como si tuviera una descarga eléctrica.

—¿Ha sido él? ¿Ha sido Ramón?

Francina callaba.

—Mírame. —Y le cogió la cara con las dos manos para que la mirara a los ojos—. ¿Todo esto te lo ha hecho tu marido?

Francina asintió, volvió a agachar la cabeza y rompió a llorar, hecha un ovillo.

—¿Y dónde está ahora Ramón? —le preguntó Joanaina mientras se sentaba en una sillita de enea.

—Ha salido al casino.

—¿Es la primera vez que te lo hace? —La cogió de las manos y esta vez Francina se las apretó y negó con la cabeza.

Joanaina, que siempre que podía evitaba el contacto físico, la abrazó, le acarició el cabello y en voz baja le dijo que no se preocupara, que aquello se había acabado, que ella lo arreglaría. Era creyente, de misa cada domingo y algún rosario entre semana, pero sabía que las cosas que hacía aquel hombre no estaban bien.

—Tengo que salir un rato, tú quédate aquí y no te muevas. Métete en la cama de Martí. —La agarró por el codo y la cintura y la acompañó a la habitación de su hijo—. Iré lo más rápido que pueda. Tú espérame y, sobre todo, no te muevas. Dejaré cerrado. No le abras a nadie.

Fue corriendo a Son Massanet y al cabo de tres horas ya había vuelto con el cesto lleno de hierbas. Francina estaba tumbada, pero con los ojos abiertos, mirando el techo. No se había movido ni un milímetro. Joanaina arrastró la mecedora de tela mallorquina, la más cómoda que tenía, desde la entrada hasta la cocina y la ayudó a sentarse.

—¿Volverá a cenar ese animal?

—Sí.

—Pues vamos a prepararle el mejor caldo de gallina que habrá probado en su vida. —Y empezó a cortar las flores de una planta que la muchacha no había visto nunca—. Pero tú no puedes probar ni una cucharada, ¿me oyes?

Francina asintió, se llevó las manos a la barriga y siguió llorando con la cabeza gacha. Se le veían perfectamente las marcas de los dedos en el cuello.

Joanaina se lavó las manos, puso la olla en el fuego y cuando salió al corral en busca de una gallina vio los restos del conejo esparcidos por el suelo. Degolló la gallina con la misma precisión que al orejudo, la desangró en el albollón, la escaldó, la desplumó, la troceó y la echó en la olla mientras preparaba las hortalizas y añadía las especias. Tapó el puchero, se sentó al lado de Francina y la reclinó hacia su pecho. Al cabo de una hora de silencio, apagó el fuego, se quitó el delantal y cargó la olla hasta la cocina de la vecina. Lo vertió todo en un caldero, desmenuzó la gallina, especialidad de la casa, lo dejó todo a punto en el fogón y se fue a buscarla.

—Ahora tienes que ser fuerte y te tienes que poner bien guapa. Yo te ayudaré a vestirte. Cuando llegue Ramón, tienes que hacer como si no hubiera pasado nada. —Francina la miró con los ojos como platos, con pánico—. Créeme, hija mía, que te va la vida. Haces como si nada y le das este caldo delicioso, que le calmará, te lo aseguro. Todo irá bien, pero recuerda, por amor de Dios, que tú no tienes que probar ni una cucharada.

Justo cuando Joanaina acababa de cerrar la puerta de su casa llegó Merlos con la camisa entreabierta y dando tumbos por el alcohol. Exigió la cena a gritos. En un abrir y cerrar de ojos se comió todo el caldo con la gallina desmenuzada y, con el buche lleno, se dirigió hacia la habitación: «¡Vamos!», gritó, y Francina lo siguió. Cuando llegaba borracho siempre le exigía «hacer el acto». Pero aquella noche fue distinto, porque se durmió al instante.

Francina se quedó hecha un ovillo a un lado de la cama y se rindió al cansancio hasta que oyó que daban las siete de la mañana. Se asustó porque no tenía el desayuno listo y le caería otra somanta de palos, pero su marido seguía dormido. Rogó a Dios que le regalara media hora más para tener tiempo de preparar la leche y

las tostadas. Cuando dieron las diez y vio que Ramón aún no se había levantado, desconfió y lo fue a despertar. Estaba tumbado de espaldas, tal como lo había dejado. Le tocó el brazo. Nada. Y luego las mejillas: «Ramón, ¿estás bien? Ya son las diez, ¿no tienes que ir al trabajo?». Al ver que no respondía, encendió la luz y lo zarandeó, pero nada de nada. Acercó la oreja a la boca del hombre para comprobar si respiraba y fue corriendo a casa de Joanaina, que degollaba otro conejo.

—¡Está muerto, Joanaina, está muerto! —gritó.

—¿El conejo? ¡Pues claro que está muerto! —gritó ella también, y se llevó un dedo a los labios para que la vecina bajara la voz—. Y este no se lo van a comer los gatos.

Metió el animal en un lebrillo, lo cargó hasta el cobertizo más resguardado de los vecinos y se sentaron en el banco largo de las matanzas.

—Cálmate y cuéntamelo todo, despacico.

—Anoche Ramón llegó borracho, cenó y se fue a dormir enseguida. Joanaina… —Francina empezó a llorar—. Lo peor de todo es que yo deseé que no se despertara. —Se sonó la nariz de una manera tan ruidosa que no parecía ella—. Y esta mañana —se interrumpió mientras doblaba el pañuelo— no se ha despertado. —Lo dijo casi gritando y Joanaina volvió a indicarle que bajase el tono —. Me he acercado —susurró— y no respira. Está muerto.

A la cocinera le costaba creer que la muchacha no hubiera adivinado lo que había pasado, pero ella la cogió de las dos manos:

—¡Dime que no ha sido por culpa de lo que cocinamos ayer!

Joanaina se esforzó por no sonreír.

—Con la ración de especias que puse, tendría que estar más que muerto. Ahora nos falta enterrarlo, pero no te preocupes, que ya lo arreglaremos.

Francina estaba deshecha.

—Pero ¿qué voy a decirle al… al… al médico cuando venga? Bien que tendrán que mirarlo, tendrán que examinarlo.

—¿Médico? —preguntó Joanaina mientras levantaba un brazo por encima de la cabeza—. ¡Al cuerno con los médicos! Tú vete a casa, cierra con llave, como si estuvierais en Palma, y no te muevas. Cuando Martí se vaya, ya iré yo y lo solucionaremos. —Agarró el conejo como si no hubiera pasado nada—. Y ahora aguanta a este bicho por aquí —continuó, y le acercó las extremidades de detrás—, que va a llegar mi hijo y aún no lo tendré listo.

—Pero… —Agarró las patas traseras del conejo y estiró los brazos tanto como podía para alejarse de aquel cuerpo inerte.

—Ni peros ni peras. —Y Joanaina, con un movimiento rápido y preciso, despellejó al animal y dejó la carne a la vista—. Vete, anda. Por la tarde iré a buscarte. No te preocupes, que no lo encontrarán.

A mediodía, cuando llegó Martí, le hizo excavar un hoyo cerca del segundo granado, el que quedaba más al fondo del jardín y que había plantado ella misma, y cuando su hijo le preguntó para qué era, le dijo con socarronería: «Para enterrar a un muerto. ¿A ti qué te parece? ¡Pues para plantar otro granado, ¿para qué va a ser?!». El chico se quejó de que se ensuciaría: «Pues aquí tienes una jofaina con agua y, con el sol que hace, en un pestañeo la ropa estará seca», le respondió extrañada de que ahora se preocupara por si iba sucio o limpio. «No puede ser que se haya vuelto tan señorito».

Martí obedeció porque necesitaba que su madre estuviera calmada. Durante la comida tenía que explicarle que había dejado los estudios, que aquellos días de Semana Santa tenía que ir a Palma para todos los actos que se hacían, pero que el Lunes de Pascua ya se instalaría en Sant Francesc. Además, aquella noche, Jueves Santo, se quedaría a dormir en el pueblo porque quería ir a

la procesión. Quería ver a Carmeta, aunque fuera desde el exterior, en la representación que se hacía en la ermita de la Santa Cena, hacerse el encontradizo con ella durante la bajada a la iglesia y guiñarle el ojo durante la procesión que recorría el pueblo después de la misa. Luego iría a dormir a casa. Al oír aquello último, a Joanaina casi se le para el corazón. Que dejara los estudios no le hacía ninguna gracia, pero que aquella noche se quedara en el Barracar no podía permitirlo.

—¿Ahora que no te obligo a ir te interesa la procesión? De ninguna de las maneras, si has dado tu palabra, tienes que volver hoy mismo a Palma. Y de lo del Domingo de Pascua ya hablaremos.

Martí dedujo que su madre estaba enfadada porque dejaba los estudios y no opuso demasiada resistencia; al fin y al cabo, tendría muchos días para ver a Carmeta. Joanaina, que no lo acompañaba nunca hasta el coche de línea, aquel día lo hizo. Tenía que comprobar que se marchara, e incluso se esperó un rato delante del campanario para asegurarse de que aquel mentecato no se bajaba en la primera vuelta. Al llegar a casa fue a examinar el hoyo que había cavado: «Si todo lo hace de esta suerte —pensó, pues no tenía ni un palmo de profundidad—, no sacaremos nada bueno de este crío. —Y se arrepintió de haberlo enviado a Palma—. Con lo listo que parecía y lo zopenco que se ha vuelto. Aún me iría bien que volviera». Se puso a cavar y, cuando oscureció, fue en busca de Francina, que la esperaba hecha un manojo de nervios y le reprochó que hubiera tardado tanto.

—Da gracias de que haya podido venir, con el día que he tenido. —La agarró por los hombros y la miró a los ojos—. Ahora tenemos que ser más fuertes que nunca y tenemos que ir como un reloj. ¿Entendido?

Francina se sacó un pañuelo de la manga, se sonó la nariz y asintió.

—¿Cómo lo haremos?

—Lo primero de todo, tenemos que enterrarlo. Cuando todo el mundo se haya ido a la ermita y no haya ni un alma, lo cogemos entre las dos por los hombros, como si estuviera borracho, y lo metemos en mi casa. Una vez allí, ya estará, lo arrastraremos hasta debajo del granado y lo enterraremos en el hoyo que ya tengo hecho. Entonces tienes que irte corriendo a ponerte la mantilla y vestirte de Manola para la procesión. —La miró a los ojos, que ya no lloraban—. Porque tú irás de Manola, ¿no? —La joven asintió—. Pues te vas para allí poniendo un pie delante del otro y nos vemos en la iglesia cuando acabe la procesión.

Francina asintió. Tenía la sensación de estar escuchando una novela de la radio.

—¿Y si me preguntan por qué no he subido a la ermita?

—Te haces la tonta o dices que estabas en Palma porque tu padre ha empeorado y no has podido coger el coche de línea del mediodía.

Francina asintió, en el pueblo ya había corrido la voz de que el suegro de Merlos tenía una enfermedad incurable.

—Y si me preguntan por Ramonet, ¿qué les digo? —Tuvo que sentarse, estaba medio mareada.

—Pues que supones que está fuera, por trabajo, que a veces se va y no te dice adónde. Lo hacía, ¿verdad? —La muchacha asintió de nuevo—. Y de aquí a unos días te vas al ayuntamiento a denunciar su desaparición porque te parece que se demora demasiado. ¿Entendido? —La joven volvió a asentir y Joanaina le estiró de un brazo para llevarla a la habitación—. Pero primero de todo, lo más difícil: sacarlo de aquí.

Cuando estuvo cerca del muerto, cosa que Francina había evitado durante todo el día, la pesadilla se hizo realidad y cayó en que aquello no era un capítulo de *La segunda esposa*, sino que le estaba pasando a ella. Se tapó la cara con las dos manos.

—Joanaina, no sé si seré capaz.

La cocinera se dirigió a la cocina y volvió con un vaso medio lleno de anís. Se lo alargó y Francina se lo bebió de un trago.

—Tienes que saber que te va la vida en ello. Eres más fuerte de lo que crees.

Antes de salir con el muerto, las dos mujeres miraron a lado y lado de la calle. Como estaba previsto, no había ni un alma. Cada una se pasó un brazo de Ramón por encima de los hombros y, con una fuerza que les salió de las entrañas, lo arrastraron bien recto cuatro pasos hasta que lo tuvieron dentro de casa de Joanaina. Entonces dejaron el cuerpo en el suelo con cuidado y lo arrastraron por los pies hasta el hoyo. Aún tuvieron que excavar un poco más porque se habían quedado cortas.

—Sí que ha engordado en estos últimos años, ¡no me había dado cuenta! —se quejó Joanaina.

—¡Ya te lo digo yo, que lo he sufrido encima! —El anís se le había subido a la cabeza.

Rieron un buen rato con aquella ocurrencia, y cuando lo tuvieron enterrado, Francina se santiguó por inercia.

—Que Dios lo tenga en su gloria.

—Si Dios se hace cargo de este, yo prefiero arder en el infierno. —Y la acompañó hasta la puerta; se había hecho tarde.

Antes de salir, Francina la abrazó muy fuerte y Joanaina la estrechó entre sus brazos unos segundos y le dio un beso en la frente.

—Venga, vete ya, no pierdas más tiempo. Nos vemos de aquí a unas horas.

La muchacha llegó acalorada a la iglesia y estuvo todo el rato padeciendo porque notaba que le resbalaba el sudor por las mejillas y tenía miedo de que los polvos que le disimulaban las marcas de la paliza se fundieran. A medianoche, Joanaina esperaba a la romería a las puertas de la iglesia. Las dos mujeres se miraron a los ojos. Todo había salido como habían previsto.

Sin embargo, no se imaginaban que la función no había hecho más que comenzar.

Cuando los feligreses acababan de salir del templo, un hombre con sombrero ancho y una capa hasta debajo de las rodillas pisó un cigarrillo a medio fumar, le sacó la lengua al general Gossi como si llevara un as de bastos y se dirigió iglesia arriba. Se llamaba Melcion Torres, tenía cara de luna y era el mercenario más eficiente de la isla. El general lo había contratado para que adivinara si Llucia era hija suya. Los dos hombres caminaron hasta la tercera esquina y doblaron a la izquierda y otra vez a la izquierda por un callejón. Torres se detuvo a la mitad y el general se puso de lado, encendió un puro, le ofreció a él otro, que se guardó en el bolsillo de los pantalones, y empezó a cantar:

—Desgraciadamente, debo confirmarle sus sospechas. —El general se mordió el puño para no gritar—. Doña Leonor, su esposa, se entendía con el encargado de la finca, un tal Xipoter, pero todo se acabó cuando nació la niña. —Se sacó una libretilla minúscula de la chaqueta y se lamió el pulgar para pasar una hoja, aunque estaba demasiado oscuro para leer nada—. Lo peor, y esto no sé cómo decírselo, es que he descubierto otra cosa sobre doña Leonor que aún le gustará menos.

Melcion acercó los labios a la oreja del militar y, a medida que hablaba, la cara de Gossi se iba desencajando:

—¿Estás seguro, Melchor? Esto es muy grave, se tiene que castigar con la muerte.

El detective asintió y se maldijo por no habérsele dirigido en castellano: «A ver si ahora eso me va a dar problemas». Pero Gossi ni se había dado cuenta del idioma en el que hablaba el mercenario. Se sacó un fajo de billetes del bolsillo interior de la casaca verde y se lo tendió.

—¿Quiere que remate la faena? —preguntó Melcion antes de cogerlos.

—No, la remataré yo mismo. —Temblaba cuando dio una calada al puro—. Vete. Y si te vas de la lengua… —Se acercó el pulgar al cuello e hizo el gesto de degollarlo.

Melcion se movió el sombrero para que le quedara inclinado y le cubriera la cara, y desapareció.

Cuando Gossi regresó a la plaza para reunirse con su familia, doña Leonor lo encontró muy seco, cosa que confirmó durante el trayecto de regreso a Palma. El general solía hablar por los codos: repasaba a toda la gente que les había dado coba y se reía de los obsequios que tal o cual les había entregado: «¿No se dan cuenta de que con esto nos limpiamos el culo?». La señora le seguía la corriente. Pero cuando Llucia empezó a reírle las gracias al general, su madre hizo lo imposible para espaciar las visitas al pueblo: «Mejor que no se le pegue nada de esos catetos», argumentaba, pero la verdad es que no quería que su hija fuera como él. Aquella noche de abril notó que pasaba algo raro porque él no dijo ni mu en todo el trayecto. El militar no podía quitarse de la cabeza lo que le había explicado Melcion. Se pasó todo el rato mirando por la ventanilla y, de vez en cuando, apretaba los puños, resoplaba por la nariz y se le

marcaban las venas del cuello. Pensaba en cómo lo haría para matar a Xipoter y en el calvario que le haría pasar a ella, que sería peor que si también la hubiera matado.

Cuando llegaron a Palma, la criada ya los esperaba en la puerta, se llevó a la cama a Llucia, que ya estaba adormilada, y el matrimonio subió la escalera interior en silencio. Cuando ya se separaban, uno a cada lado para ir a su habitación, Gossi se detuvo:

—¿Hay algo que me tengas que contar? —alzó la voz.

Doña Leonor, sorprendida, se volvió hacia él:

—No, querido, ¿qué quieres que te cuente? Creo que no hay nada nuevo.

—Se dice «no hay ninguna novedad». Te lo vuelvo a repetir: ¿tienes algo que contarme?

—No sé a qué te refieres. —Se le acercó e hizo ademán de darle un beso, pero él se apartó.

—De la niña, por ejemplo.

Ella se enderezó e intentó que no le temblara la voz:

—No. Nada. Ya sabes que es muy aplicada y que se le dan muy bien la música y la pintura. ¿Pasa algo, querido?

—Nada. Ha sido un arranque. Es tarde. A primera hora tienes que estar lista para salir.

—¿Adónde vamos? ¿Con Llucia?

—Se llama Lucía, y no. Sin ella.

Gossi se fue a su habitación y aquella noche empezó a urdir la venganza contra su mujer. Pero no contaba con la intuición de ella, que ya hacía las maletas.

25

LA MUSA

El Jueves de Pascua, a las ocho de la mañana y cansada de dar vueltas en la cama, Margot se enfundó la indumentaria rosa y negra de ir a correr. Se propuso no volver a casa hasta haber encontrado el tema para la exposición. Pero aún no había puesto los dos pies en la calle cuando vio a Francina encaramada a una escalera de mano limpiando las persianas. Se le acercó y durante unos segundos se le congeló la mirada con aquella imagen que la transportaba a la infancia: dos muslos hinchados por la mala circulación rodeados por un viso que se ondulaba bajo un vestido floreado que le tapaba las rodillas: «Esto no lo encuentra Almodóvar ni queriendo», se dijo. La vecina pasaba el cepillo con tanto ímpetu por las lamas verdes de madera que no se daba cuenta de que hacía temblar la escalera.

—¡Buenos días! —la saludó, y Francina asomó un poco la cabeza por debajo de la axila.

—Buenos días, ¿sales a correr?

Margot obvió la pregunta. Estaba enfadada.

—¿Quieres decirme qué haces ahí subida? ¿No ves que si haces un mal gesto te puedes matar? —Se fijó en que unas zapatillas deportivas Nike negras, nuevecitas, remataban los pies de la mujer.

—Hace sesenta años que limpio las persianas y nunca me he roto nada.

—Baja, que haces que me preocupe. Ya las limpiaré yo, las persianas. O mejor: ¿no podrías contratar a alguien? —Francina intentó replicar, pero Margot fue más rápida—: Y no me vengas con excusas. ¿Quieres hacer el favor? —Y aguantó la escalera a modo de ultimátum.

La vecina estaba en buena forma, pero le costaba bajar: buscaba cada peldaño haciendo unos pequeños movimientos en el aire con el pie, y cuando ya los tenía los dos bien firmes, iba en busca del siguiente peldaño. A media escalera, cuando ya estaba bastante alta para llegar hasta arriba de la persiana, se detuvo, respiró y Margot sintió una pulsión:

—Espera, espera un momento. No te muevas. Ahora vuelvo.

—¿En qué quedamos? ¿Bajo o no bajo? —Se quedó agarrada con fuerza a la escalera.

—Sí, pero quédate ahí quieta hasta que vuelva, por favor. —Y entró corriendo en casa.

Salió con la cámara colgada del cuello y le pidió que volviera a subir los peldaños, hasta donde estaba antes, y continuara con la faena.

—¿Es que me vas a retratar?

—Sí, la luz y el contrapicado son buenísimos.

—¡¿Y qué más?! No me vas a hacer una foto de esta suerte, no tengo veinte años, pero tampoco quiero salir de cualquier manera. —Y bajó otro peldaño.

—Por favor, por favor, Francina, no me estropees el único instante de inspiración que he tenido en todos estos meses.

La mujer se lo repensó y subió, poco a poco, otra vez. Nunca le había sabido decir que no. Eso sí, rezongó todo el rato que Margot estuvo fotografiándola:

—¿Ya está? ¿Ya puedo bajar?

Y la otra:

—¿Ahora? ¿Justo ahora tienes prisa? —Y seguía, clic, clic, clic, haciéndole fotografías desde todos los ángulos.

Cuando hubo acabado, la ayudó a bajar y le hizo algunas más a los pies de la escalera, con aspecto triunfal. Aquella sesión improvisada había atraído a dos vecinas, que las observaban desde la acera. Pereta, que tenía tres años menos que Margot, exclamó:

—¿A qué te dedicas? ¿A fotografiar viejas? —preguntó mofándose.

Francina estuvo a punto de responderle con un desplante, pero la fotógrafa se le adelantó:

—¿Sabes qué pasa? Que Francina me ha inspirado y me ha hecho entender que cada momento puede ser especial y que el arte está en todas partes. ¡Solo hace falta fijarse! —Le guiñó el ojo a la vecina y se llevó las manos a la cintura, en jarras, de manera teatral —: ¡Y porque espero que sea la última vez que te subes ahí tú sola!

—Venga, chiquilla, ya va siendo hora de que te vayas —dijo Francina, resentida, dirigiéndose a Pereta y señalando el cesto que llevaba—, que si tu abuela se entera de que te entretienes con una vieja —y recalcó la palabra «vieja»—, igual se enfada.

—¡Qué va! Si esto es cabello de ángel y requesón para las sopaipas, que las hacemos por la tarde.

—¿Cómo está, por cierto? Aún me acuerdo de que en verano nos daba higos con queso. —Margot no sabía de dónde había sacado aquel recuerdo, pero le había salido de repente.

—Como una pasa. Si la quieres fotografiar —bromeó—, con noventa y cinco años todavía ceba el horno de leña para hacer empanadas y sopaipas.

Sin mediar palabra, Francina y Margot pensaron en Joanaina, que hasta que no cumplió los noventa y tres años, y después de una

operación de cadera, no admitió que era mayor —«Me parece que empiezo a hacerme vieja»—, y fue cierto, porque desde entonces no volvió a ser la misma. No aguantaba tanto rato de pie, no le apetecía cocinar, se encontraba mejor en la cama que levantada, y llegó un momento en que se acordaba más de las historias de cuando era niña que de lo que acababa de hacer. A Margot se le encogió el estómago y se maldijo por no haberle hecho casi ninguna fotografía.

—Pues ¿por qué no? —dijo, y se volvió hacia Pereta—: Si te va bien, voy ahora. Así tendréis un buen recuerdo de ella.

—Entonces ¿qué? —rezongó Francina—. ¿Al final tengo que limpiar las persianas yo?

—No te preocupes, que vuelvo enseguida y te lo hago, de verdad. —Francina movió la cabeza a lado y lado, incrédula—. Serán diez minutos, te lo prometo. —Y juntó las manos delante de la boca en gesto de rezo, como hacía de pequeña para ganársela.

Margot estuvo casi una hora en casa de las Peretas. Primero retrató a la abuela sola mientras preparaba el horno y encendía el fuego, y después con la madre y la hija, que posaron, orgullosas, a su lado. Cuando volvió a casa de Francina, ya la esperaba con tostadas y sobrasada frita con miel, que sabía que le encantaba.

—¿Y qué? ¿Qué te has encontrado en casa de las Peretas?

—Pues me ha emocionado ver que sus bisnietas empezaban a colgar nuestra sesión en Instagram.

—¡Aún habrás tenido una buena ocurrencia!

Margot desayunó rápido, porque quería ver las fotografías en el ordenador antes de ir a comer con Catalina y Andreva, que le habían jurado que, siendo Jueves Santo, saldrían del trabajo antes de las tres.

Catalina esprintaba de lo lindo en el trabajo para llegar puntual a la comida y Andreva aquel día no había ido a trabajar. Justo en aquel momento entraba en el despacho de Olga, porque no aguantaba más en la empresa. Víctor la había cambiado de sitio y le había asignado un cubículo embutido en el hueco de la escalera, en la planta baja, entre la entrada y el almacén. Rosa y Maite subían y bajaban tres y cuatro veces para ir al bar o fumar y la criticaban como si no estuviera delante. Intentó trabajar desde casa, una medida que había implantado ella para favorecer la conciliación, pero entonces aquellas dos la habían acusado de estar desaparecida. Había vuelto al despacho y los ataques de ansiedad eran diarios. No podía conciliar el sueño sin pastillas y así y todo apenas dormía un par de horas. Ella, que siempre se había levantado antes de que sonara el despertador, temía abrir los ojos porque automáticamente notaba una opresión en el pecho. Las faldas de tubo que llenaban su armario ahora no le permitían respirar y las americanas le pesaban, empezó a descuidar la vestimenta, se dejó de maquillar y se mantenía a base de barritas energéticas porque todo lo que comía en la oficina lo vomitaba.

—Tienes que denunciar —le dijo Olga, poniéndole una mano encima de la suya—, esto ya pasa de la raya. Estás agotada. —Y le tendió una caja de pañuelos de papel—. Cariño, esto tiene un nombre: *mobbing*, *bullying*, acoso, lo que quieras, pero no tienes por qué seguir aguantándolo.

—No, no. Tiene que haber otra solución.

—Pero ¿por qué lo haces? ¿Por qué te niegas?

Andreva rompió a llorar. Por vergüenza, porque se sentía una estafa, porque no quería decepcionar a Toni, porque no quería que sus padres se enteraran, porque tenía casi cincuenta años ¿y adónde iba a ir ahora?

—De acuerdo, aparcamos la denuncia. —Y arrancó un pañuelo de la caja de cartón—. Ten, que son de aloe y calman —dijo, y después volvió al tema—. La aparcamos, pero acepta la baja que te ha recomendado el médico y, como mínimo, no tendrás que verles la cara a esas dos arpías.

Andrea se sonó, miró el reloj y, para cambiar de tema, se agarró a la excusa de la comida:

—¿Al final vienes o no?

—No. Tengo que acabar cuatro cosas y hoy me toca cena con los amigos de Manu, así él mañana vendrá con nosotras a hacer empanadas.

—Si tanto le cuesta venir a Sant Francesc, que se quede.

Para Andreva, aquel hombre no era más que un fastidio. «Total, si solo da mala vida», pensó.

—No, no es eso. Le cuesta salir de Palma en general, pero después se lo pasa superbién con nosotras —mintió—. ¿Y quién no? —preguntó al aire intentando quitarle hierro.

Andreva fue la primera en llegar a la bodega de Sinera, llena de botas de vino que impregnaban el ambiente de una humedad cargante. Una camarera risueña con el pelo teñido de fucsia la hizo sentarse al final de la sala. Solo había otra mesa ocupada, con cuatro extranjeros que se deleitaban con un arroz *brut*. Margot y Catalina no tardaron en llegar.

—Prohibido hablar de mí —ordenó Andreva antes de que se sentaran—. He estado toda la mañana con Olga.

Catalina hizo el gesto de cerrarse los labios con una cremallera, dejó la chaqueta en el respaldo de la silla y se sentó, pero no pudo resistirse:

—Solo te diré que ya puedes andarte con cuidado o acabarás fatal. Esto ya pasa de castaño oscuro.

No miraron la carta porque todas sabían lo que querían: un surtido de fritada, sepia en salsa, lengua con alcaparras, ensaladilla, albóndigas y chocos.

—Y hasta aquí el tema, titis. De verdad —dijo Andreva, y volviéndose hacia Catalina—: ¿Qué? Esta semana de exámenes no debes de haber tenido noticia del telemático, ¿no?

—Tú lo has dicho. Semana de exámenes. No tenía que dar clases.

—¡No! No me digas que también te llama desde el instituto porque flipo.

—Oye, que los profesores tienen un lavabo aparte, ¿eh?

—¡Como si eso fuera un atenuante!

Se echaron a reír hasta que Margot vio que entraban Tomeu y su pandilla. Las miradas fueron tan evidentes que tuvo que explicarles, muerta de vergüenza, la aventura de la noche de Fin de Año.

—Titi, tienes más de cuarenta años, estás soltera, ¡puedes hacer lo que quieras! No entiendo por qué te mortificas. Tú, con la cabeza bien alta. Además, está buenísimo, hasta yo me lo tiraría —dijo con entusiasmo Andreva.

—Pero ¿tú no decías que no necesitabas sexo? —la pilló Catalina.

—Tienes razón. Bueno, ¡es con mi marido con quien no quiero!

Se echaron todas a reír y devoraron el surtido. Cuando llegaron al Cèntric, pasadas las cinco, solo quedaba la mesa del sanedrín, pintor incluido. Margot, que normalmente se paraba a cruzar cuatro palabras con ellos, esta vez farfulló un saludo y pasó de largo. Por mucho que el beso fallido fuera una anécdota, todavía le daba reparo encontrárselo. Una vez en la barra, sus amigas se morían de risa.

—Hoy es tu día, ¿eh, amiga?

—Calla, calla. Menuda sudada que llevo. Además, no entiendo por qué ha tenido que adoptar al valenciano esa pandilla…

Pero sí que lo entendía. Había sido Solico, que siempre daba conversación a los recién llegados que le parecían interesantes. Aquel día, intrigado por la familia del pintor y cansado de verlo fumar solo en la terraza, había salido a tomar el café con él y después lo había integrado en su grupo, que se había puesto a explicarle anécdotas de su familia.

—Tu tío bisabuelo, o como se diga, vaya, Anton —decía el carpintero—, ese sí que fue el crac de la familia. Ese sí que se lo fundió todo.

—Al tanto, que era un tipo espabilado. Si no le hubieran perdido los malos vicios y las apuestas, habría hecho más carrera que tu bisabuelo. —Solico conocía todas las historias del pueblo—. Dicen que de joven no había quien le chistara. Un año, su padre lo hizo ir a cribar y el hijo de puta volvió por la tarde y robó la mitad de los tamices para venderlos de estraperlo. Se lo bebió todo en el bar. Al cabo de unos días, el encargado se quejó de que los manojos habían menguado y Anton, sin cortarse ni un pelo, con ese porte de sabelotodo que se ve que tenía, le respondió que era normal, porque al secarse se encogían. ¡Él! ¡Que no había cribado en su vida!

—Siempre tenía deudas, pero cuando ganaba cuatro chavos venía aquí e invitaba a todo el mundo.

—Eso sí que lo tenía, era generoso como él solo.

—Pero estaba cantado que no llegaría a viejo.

El pintor rio y miró de reojo a Margot, que hacía esfuerzos por evitarlo. Las Gatas se tomaron un gin-tonic y se marcharon: tenían que reservarse para el día siguiente. El Viernes Santo toda la pandilla iba a hacer empanadas a casa de Joan, un amigo que vivía

fuera del pueblo, desafiando la prohibición de comer carne los viernes de Cuaresma.

26

UNA TILA

La noche del Jueves Santo en que enterraron a Ramón Merlos tres mujeres no durmieron.

El reloj del campanario dio las tres y empezó a llover. Francina, todavía vestida de Manola, se preparó una tila y se sentó en la silla de coser, delante de la Singer, de cara a la ventana que daba al corral. Las gotas repiqueteaban en el cristal y se imaginó que eran las voces del cielo que la avisaban de que no entraría nunca allí. Chip, chip, chip, era una asesina, chip, chip, chip, pagaría por lo que había hecho, chip, chip, chip, ardería por toda la eternidad. Desvariaba.

Se abrazó la cintura, se dobló hacia delante y notó un pinchazo en las costillas. Se merecía la tunda que le había dado su marido porque se había entretenido con la comida y Ramón se había quemado el paladar con los fideos. Ella sabía bien que tenían que estar tibios, que a él no le gustaban tan calientes; ya había recibido una vez por aquel motivo y era tan boba que había vuelto a hacerlo. Aquella paliza era culpa suya, por no haberse aplicado suficiente, porque no servía para nada; culpa suya, porque en lugar de vigilar la cazuela se había arreglado aquel vestido que a él tanto le gustaba.

El reloj de la iglesia dio una campanada: las tres y media. Francina seguía desvariando, solo habían pasado treinta y seis horas, pero a ella le parecían meses. Había esquivado el primer bofetón,

ese se lo esperaba, pero entonces él le había desgarrado el vestido, que le había quedado tan bonito, y no vio venir el segundo golpe. El puño le impactó en la sien, justo en el tímpano de la oreja derecha. Por un momento, pensó que se moría, porque se fundió todo a negro y empezó a oír un pitido. Todavía lo oía un poco. La tercera no sabía de dónde vendría, pero la esperaba: le impactó en el ojo y la derribó al suelo. Las patadas en la cabeza, por mucho que se la tapara con los brazos, en la barriga, en el culo y en la espalda la habían obligado a ovillarse mientras oía los insultos de fondo: «Piiiiiiiiiii uja, mala puta, hija de satanás, piiiiiiiiiiiip», «No das un palo al agua en todo el día y encima tengo que sacarte a la calle como una mantenida». Y al cabo de unos minutos eternos, la puerta que se cerraba.

A las cuatro de la madrugada, Francina se acarició la cara y se pasó la mano por encima del ojo hinchado, que seguro que se le había puesto amoratado. Tenía que maquillarse antes de que Ramón volviera y le diera otra paliza. Se levantó para ir al lavabo, pero de repente se detuvo. «Francina, ¿qué haces? No hace falta que te maquilles, Ramón no volverá», se dijo. Ya no le gritaría que parecía una furcia porque llevaba los labios demasiado pintados. Ya no le tiraría el aceite hirviendo de la sartén sobre el cuerpo por no tener la cena a punto. Ya no la agarraría por las rodillas —«Ven aquí, que te empitonaré hasta que revientes»— ni la violaría. Se puso de pie y caminó por la casa acariciando las paredes estucadas con los dedos. Sin querer, tiró uno de los vasos de whisky de Ramón. Aquel cerdo ya no volvería. Cerdo. Mala bestia. Cabrón. Francina tocó la pared llena de bultitos que tantas veces le había llagado la cara. Pensaba alisarla aunque le llevara toda la vida. Y cosería todo el día, si tenía ganas, y toda la noche, si quería, y si se dormía sobre el bastidor de bordar nadie le pegaría un puntapié en las piernas para despertarla.

Se levantaría a la hora que quisiera, porque, si no desayunaba a las ocho, lo haría a las nueve. Se echó a reír, se apoyó en la pared y rompió a llorar. Ya no hacía falta que se levantara si no quería y podía llorar todo lo que quisiera, y entonces rompió a reír porque también podía reír sin pedir permiso. Y entonces lloró. Y rio. Y lloró y rio y lloró otra vez hasta que empezó a amanecer y se quedó dormida tumbada en el suelo.

Cuando el reloj del campanario dio las tres, Joanaina no paraba de dar vueltas en la cama, intentando encontrar la postura. El camisón se le había arremangado hasta la cintura y no se molestó en bajárselo. Le preocupaba el granado, porque Francina, con aquellos golpes con el azadón había lastimado más de una raíz, y si se moría, tendrían que remover toda la tierra. Además, amaba aquel árbol que había plantado el segundo día de vivir allí sin demasiadas esperanzas de que el esqueje agarrara, y, cuando empezó a subir bien, no le había querido hacer un injerto de granada dulce porque las agrias servían para hacer salsa, y aquellas resultaron extraordinarias. Además, de pequeño, Martí también quería mucho a aquel árbol, tanto que por más que ella dejara el capazo debajo del viejo, el bebé solo se tranquilizaba con el movimiento de las hojas del granado joven. Martí, otro problema. ¿Qué iba a hacer con aquel muchacho? Movió la cabeza hacia el otro lado de la cama. La manta le sobraba y se la dobló hacia abajo, por la cintura. Tendría que despedir a Madoret, pero le sabía mal, porque aquel hombre le había sido fiel desde muy joven y había hecho mangas y capirotes por ella. No era justo que ahora, por un capricho de su hijo, más de ciudad que del pueblo, se quedara sin trabajo. Pero tampoco podía consentir que Martí se dedicara todo el día a papar moscas. «Al menos, que siembre cuatro cosas en Son Massanet». Joanaina, que no era de

arrepentirse, dudaba de si todo lo que había hecho por enviarlo a estudiar a Palma y protegerlo del estraperlo había valido la pena. Recordaba cómo había extorsionado a doña Leonor. De haber sabido que su hijo no iba a sacar ningún beneficio de los estudios, por nada del mundo habría alzado la voz en aquel pajar. Nunca le había interesado saber quién se acostaba con quién. Solo faltaría, «cada uno que viva como quiera». Aunque aquel Mateu Xipoter, menudo pájaro. Otra vez en la cama. No entendía esa obsesión de los hombres de estar con tantas mujeres como podían. A ella le habían sobrado todos. «Entre la perdiz y el tabaco, al arrancapinos ese se le han subido los humos a la cabeza». Y entonces cayó: «¡Claro!». Ya sabía qué tenía que hacer para remontar el molino: ¿cómo no se le había ocurrido antes?

El reloj del campanario dio las cuatro, Joanaina se tapó con las sábanas hasta la barbilla, se bajó el camisón hasta los tobillos y se durmió.

A las cinco de la madrugada, la señora Leonor apretaba la cabeza de Llucia contra su pecho y rezaba por encontrar la casa que buscaba. Cuando vio el letrero de Sant Francesc le sugirió al conductor que no circulara por la calle principal, sino que doblara enseguida que pudiera a la izquierda hasta que se acabaran las calles, y que ya buscarían entonces. El chófer tragó saliva, sabía que se jugaba el pescuezo, pero la señora era la única de la familia que siempre lo había tratado bien. Antes incluso de descubrir, hacía años, que aquella mujer interpretaba un papel, que ni era señorita ni de casa buena. De hecho, si el general Gossi no se hubiera obnubilado con su belleza, también se habría dado cuenta.

Cuando llegaron al Barracar, la señora Leonor se acordó del día que había ido a ver a Joanaina a escondidas para darle la carta de

recomendación para el colegio de Martí, y enseguida reconoció su casa, con las persianas de un verde más oscuro que el resto. El chófer apagó el motor, le abrió la puerta, sacó la maleta y el hato del maletero y los dejó delante de la puerta. Doña Leonor salió del coche con su hija encajada en la cintura, acariciándola para que no se desvelara. El sirviente, que sabía que no las volvería a ver, se atrevió a darles un beso en la frente y arrancó con el corazón un poco más pequeño. A las siete tenía que volver a estar en Palma con el depósito lleno y el coche limpio porque el general lo había citado a las ocho.

La señora Leonor esperó a que el vehículo doblara la esquina para llamar a la persiana de la entrada. Lo hizo con golpes cortos y seguidos para no llamar la atención, y, al ver que no salía nadie, probó a llamar a la ventana. Esta segunda vez sí que desveló a Joanaina, que aguzó el oído, sentada en la cama, para asegurarse de que era cierto, que alguien llamaba. Enseguida pensó que Martí, el muy tunante, debía de haberse bajado del coche de línea y buscaba refugio; se echo el mantón por encima del camisón y estaba dispuesta a dejarlo a la intemperie cuando vio una silueta desconocida.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

—Soy yo —respondió doña Leonor.

«Pues claro que eres tú, pero no te conozco». No habían cruzado más de cinco o seis frases en toda la vida, todas en castellano, y Joanaina no reconocía aquella voz. Cuando iba a responderle que volviera más tarde, se fijó en que la desconocida llevaba una criatura y abrió enseguida. La última persona del mundo a quien esperaba la miró con ojos suplicantes.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó Joanaina en mallorquín, y enseguida se dio un golpe instintivo en la boca y se corrigió—: ¿Qué

hace aquí, señora Leonor? —le dijo en castellano.

—Haga el favor —le respondió en mallorquín, haciendo un gesto con la mano—. Puede llamarme Leo o Elionor. Tengo de señora lo que usted de tonta. ¿Puedo entrar?

Doña Leonor no esperó respuesta, miró a ambos lados de la calle, le dio un puntapié al hato y se coló dentro. Joanaina, todavía sin salir de su asombro, tiró de la maleta que se había quedado en la puerta y se apresuró a cerrar.

—Perdone, no sabía adónde ir. Tengo que hacer un mandado de vida o muerte en el pueblo y necesito que me acompañe. —Hablaba mientras daba pasitos y mecía la cintura para que la niña no se despertara.

—Usted dirá.

—No me trate de usted.

—Tú dirás, pero habla de una vez.

Dieron las cinco y media y eso alentó a la visitante.

—Mi marido se ha enterado de que la niña es hija de Mateu Xipoter. Tengo que avisarlo porque esta mañana quiere matarlo y, si el detective a quien ha contratado indaga un poco más, después vendrá a matarme a mí también.

—¿Y dónde está ahora su marido? ¿Y dónde se supone que está usted?

—Tú.

—¿Yo?

—No. Que me hable de tú.

Joanina estaba a punto de perder los estribos.

—Pues tú, Elionor, Leo o como te llames, ¿dónde se supone que estás? Porque, si viene aquí, nos matará a las tres.

—No sabe nada. La niña y yo hemos huido mientras dormía. Ayer me citó para hoy a las ocho de la mañana y suele esperarme media

hora antes de enviar a las criadas a la habitación. Por tanto, no se dará cuenta de que no estamos hasta las ocho y media. Y se pondrá hecho una furia. —Besó a Llucia en la frente.

—Pues no tenemos tiempo que perder —respondió Joanaina.

Entró aprisa en la habitación, se puso una falda por encima del camisón, una chaqueta negra, el mantón y, en la cabeza, el pañuelo sin el alfiler. Cogió otro para su acompañante —«Ponte esto»— y fueron a llamar a casa de la vecina, que abrió con la cara hinchada por el sueño, por la paliza y por haber dormido en el suelo.

—Francina, tienes que cuidar de esta niña. —Y le hizo una señal a Elionor.

—Pero ¿qué hace aquí la señora Leonor? —Francina se intentó tapar la cara con la mantilla de Manola que aún llevaba sobre los hombros.

—Se llama Leo o Elionor, y se ve que tiene lo mismo de señora que nosotras dos.

Francina dejó caer la blonda, sorprendida. La recién llegada se desembarazó de la niña, que se había despertado.

—No pasa nada, ratita, ahora te quedarás con esta señora, que es amiga de mamá.

—Pero ¿qué quieres que haga yo con esta cría? —le preguntó Francina a Joanaina.

—¿No dices que te gustan tanto los niños? —mintió delante de Elionor—. Nosotras tenemos que ir a hacer unas gestiones. Ya te lo explicaremos a la vuelta. Si es que volvemos.

—Joanaina, no me asustes. —Sabía que su vecina no era dada a exagerar.

—Volveremos y te lo explicaremos, pero ahora cuida de la niña y, si puede ser, que no llore. Es mejor no hacer ruido o aún nos encontrarán a todas dentro de una acequia.

Las mujeres sacaron el carro y Joanaina lo llevó poco a poco hasta el final del pueblo. Al llegar al camino, espoleó al mulo para que corriera.

Encontraron a Mateu Xipoter en el campo que había cerca de su casa, desenterrando sacos de tabaco de debajo de unos algarrobos. Los días y las noches de las fiestas de guardar eran los mejores para hacer circular la mercancía. Cuando oyó pasos, se volvió hacia ellas y las apuntó con una escopeta.

—¡No dispares! —gritó Elionor—. Soy yo.

—¿Y qué quieres? A buenas horas vuelves —respondió sin bajar el arma.

—No vuelvo, te vengo a avisar de que mi marido te quiere matar.

Elionor se le acercó y estuvo un buen rato explicándoselo todo: la niña, la sospecha de su marido, el detective. Acababan de dar las siete. Joanaina hizo girar al mulo por si tenían que salir disparados y se acercó a la pareja. Xipoter daba pasos de un lado a otro.

—Es imposible que sea mi hija. Tú me habías dejado antes.

—No. Te dejé cuando supe que estaba embarazada. Ser madre era la ilusión de mi vida y no quería hacer nada que nos pusiera en peligro. Y si Gossi nos hubiera descubierto, le habría dado igual que estuviera preñada o no.

Joanaina carraspeó:

—Es muy bonita esta escena de enamorados, pero hay un hombre que de aquí a dos horas, o menos, porque dudo que hoy te dé media hora de margen —le dijo a Elionor—, vendrá a mataros. Tenéis que largaros.

—Yo no me voy a ningún sitio —intervino Xipoter—. Antes lo mato yo de un escopetazo. —Era uno de los mejores tiradores del pueblo.

—No hagas tonterías. —Elionor lo cogió de las dos manos—. Si alguna vez me has querido…

—Ya estamos otra vez con los romances —la interrumpió Joanaina—. La cosa está muy clara. Gossi no irá de broma, te matará, Mateu. Será mejor que te busques un buen escondite una temporada.

El hombre negaba con la cabeza. Tenía toda aquella remesa de tabaco para repartir y el contacto en Argelia que le había prometido que, si conseguía colocarla, sería su persona de confianza en la isla. Y eso significaba mucho dinero.

—Mateu, ya te guardo yo todo eso —le dijo Joanaina señalando la mercancía—. Podemos cargar todas las cajas en el carro y ya me las apañaré para hacer circular el tabaco. —Hizo una pausa—. Pero tendremos que ir a medias.

Las mujeres necesitaron un buen rato para convencer a Xipoter, que al final cerró el trato con Joanaina. Se empeñó en acompañarlas a Son Massanet a dejar el género y después cogió el hatillo. Joanaina le había dado una buena idea para refugiarse.

27

EMPANADAS

—Todavía no entiendo por qué tenemos que ir nosotros a buscar a Pol al aeropuerto. Ese azafato es un marica histriónico.

Olga paró de ponerse el rímel y miró a Manu con incredulidad.

—¿Porque vivimos en Palma? —preguntó en tono de reproche—. Y ya te lo expliqué ayer: Margot tenía que acompañar a Francina a casa de la pastora para comprar medio cabrito. —Levantó la visera con el espejito que había utilizado para maquillarse e intentó cambiar de tema—. Imagínate a Margot rodeada de cabras y ovejas, ¡eso sí que es noticia!

—¿Y hoy tampoco beberás?

—No, claro que no.

Estaba cansada de que cada vez que salían le preguntara lo mismo.

Activó la lista de Spotify *Olguita pulguita*, que había seleccionado Manu al poco de conocerse: «Para que te acostumbres a la buena música». Se las daba de melómano.

—Como mínimo, hoy no estarás con la cara de culo de ayer por la noche.

Ella suspiró.

—Manu, oíros a ti y a tus amigos tramar un plan para escarmentar al pobre encargado del pádel, ¿qué quieres que te diga? No es muy edificante.

Aquella noche, en medio de la clarividencia de la sobriedad, había dudado de que su pareja fuera buena persona.

—Se lo merece, nos ha querido estafar.

—Por unas pistas mal cobradas unos cuantos días… En cualquier caso, a las cuatro de la madrugada, cuando todo el mundo lleva dos copas de más y tú vas despejadísima tienes más ganas de estar en la cama que en un bar, te lo aseguro —intentó bromear Olga—. No se lo deseo a nadie.

—Si estás así es porque quieres. ¿Qué pasa? ¿Que no puedes ser como todo el mundo? ¿Tomarte un par de copas y ya está? Joder, es que siempre tienes que dar la nota. En el cumpleaños de mi hermana no brindaste ni con un culito de cava.

Olga miró el móvil y dio la conversación por zanjada. Volvía a tener nervios en la barriga. Habían entrado en el aeropuerto y, una vez que cargaron a Pol, su verborrea los acompañó hasta la masía. Para llegar había que bajar una pista escarpada llena de baches y piedras.

—Joder, ¡podrían arreglarla ya de una vez! —renegó el conductor, preocupado por los bajos de su coche deportivo.

Aparcaron al mismo tiempo que Margot, pero ella había accedido por la parte de atrás, que daba a los campos de trigo, que en abril estaban tan verdes que cegaban. Se reunieron debajo del emparrado de buganvillas y, mientras Manu y Olga sacaban las ensaimadas del maletero, Pol aprovechó para llevarse a su amiga a un aparte. Le susurró algo al oído.

—¿De verdad? —Margot se frotó la frente varias veces.

—Sí, está un poco pesado. Yo se lo comentaría. —E hizo un gesto con la cabeza en dirección a la masía.

—¿Qué secretitos os estáis contando? —preguntó Olga, con su manía de ser la mejor amiga de todo el mundo—. Venga, que

siempre estáis igual: secretitos, secretitos.

Tropezaron con Toni, que hacía rato que había llegado con Andreva y justo salía para limpiar el horno de leña. En la sala de la entrada, de techos altos y con unas vigas de madera vista y las paredes curvas, Joan y Catalina hacían masa sobre una mesa redonda protegidos con unos delantales grises. Ella tenía las manos dentro de un pequeño barreño de plástico y estaba echando los ingredientes. Hacia las doce, la masa estuvo a punto.

—Venga, ahora a dejarla reposar —dijo el anfitrión—. Es hora de remangarse —añadió dando dos palmadas en el aire.

Mientras la pasta se ablandaba, pusieron los dados de cordero dentro de una fuente de vidrio, el tocino en otra, la carne de cerdo en una tercera y la de pollo en un plato más pequeño, porque era una innovación y no todo el mundo querría. Sazonaron los jureles con cebolla y repartieron los trozos de sobrasada en tres platos.

Al cabo de media hora, Joan miró el reloj y, como si lo hubiera adivinado, entraron los amigos del Cèntric: Miquel, Montse y el pequeño Adrià. A todo el mundo le sorprendió que el camarero hubiera dejado el bar en un día medio festivo.

—Solo puedo quedarme hasta después de comer. Mi hermana ha venido unos días, sola, debe de haber pasado algo con su marido, pero, bueno, el caso es que me cubre el turno de la mañana, y como yo ya tendré las empanadas hechas y habré comido, le llevaré dos y haremos el relevo. ¡Ja! ¿Qué te parece? Es más lista que un zorro. —Él mismo se preguntaba y se respondía—. ¡No hace nada gratis! —Pero se notaba que estaba feliz—. Venga, que me tenéis que enseñar a hacer empanadas, porque yo no he hecho nunca.

—¡Empezamos en cualquier momento! —lo animó Joan, que no sabía estarse quieto y ya estaba disponiendo las mesas y los bancos donde tenían que trabajar.

Cuando la pasta estuvo lista, la moldearon en forma de cazuelitas, como si fueran terrinas de barro, y cada cual las rellenó con los ingredientes que quería. Después las taparon con otro trozo de masa aplanada y las sellaron con unos pellizcos, un toque quirúrgico y artesano que Margot hacía a la perfección.

—¡Caray, tú! —exclamó Joan, que la tenía al lado—. No recordaba que pellizcaras tan bien.

—Tuve buenas maestras.

Margot recordaba cómo le había enseñado a hacerlo Francina: le había cogido los dedos índice y pulgar y la había guiado en aquel movimiento de abajo arriba continuo y perfecto hasta que supo hacerlo sola. El día de las empanadas era uno de sus preferidos porque todas las viudas o solteras de la calle se reunían en casa de su abuela. Acostumbraban a ser siete u ocho mujeres y se armaba una buena escandalera de cháchara, risas y chismorreos mientras Joanaina iba de aquí para allá entre la cocina y el horno. Luego comían todas juntas: «Este año nos han salido más buenas que el año pasado».

Las bandejas de horno se llenaron de empanadas, todas con alguna señal distinta para saber quién las había hecho, salvo dos de Toni, que eran tan grandes como un plato y se reconocían de sobra. Los vasos de cerveza se iban vaciando y Manu, que hasta entonces siempre había procurado no emborracharse con la pandilla de su novia, no paraba de beber, rellenaba los vasos y se empecinaba en brindar con todo el mundo, también con Olga y su vaso de agua con gas.

—Venga, ¿no tenemos que hacer el vermut? —preguntó.

Pusieron la mesa en el jardín para aprovechar el sol temprano de abril. Sacaron cocas de pimientos asados, pan, sobrasada casera y unas aceitunas aliñadas. Hacía un día ideal, las chaquetas y las

sudaderas empezaron a llenar sillas y bancos mientras el vermut hacía su efecto. Margot, alertada por Pol, preguntó:

—¿Por casualidad Aldo os ha telefoneado u os ha escrito este último mes preguntando por mí?

Miquel levantó la mano, como pidiendo permiso, mientras se acababa el pan con sobrasada.

—Sí, a mí me vino con el rollo de Metallica, ya te lo dije, y me preguntó por ti. Pero —continuó, moviendo la cabeza a lado y lado— le respondí que no sabía nada desde que habíais roto y que no quiero follones. Y ya no me ha vuelto a decir nada más. —Le dio un trago al vino—. Pero nada de nada.

—A mí también —se sumó Joan—. Me llamó por una duda informática y, de paso, me preguntó si estabas por aquí. Tampoco le dije nada.

—Gracias, es que todavía no estoy preparada para hablar con él. Necesito más tiempo.

El camarero asintió, mientras se comía un trozo de coca.

—Ya te lo dije: la nuestra eres tú y, aunque no siempre te entendamos —Miquel hizo una pausa—, o casi nunca, respetaremos tus decisiones. —Todos rieron.

Pol quería hablar, pero Margot ya tenía suficiente y lo interrumpió.

—Por cierto, Pol —dijo recalcando su nombre para que dejara el tema Aldo—, ¿cuándo tienes que volver al trabajo?

—Pues, mira, ¡tengo un notición! —Y se puso de pie para hacer el anuncio, exagerado como él solo—: De junio a septiembre haré de azafato en los trayectos Barcelona-Palma. De momento, hoy tenía previsto dormir en tu casa y mañana ya pasará a buscarme un piloto de Llosenca.

—Lo que nos faltaba —se le escapó a Manu, que ya iba torrija.

Lo miraron con extrañeza. Estaba desconocido, él nunca era el primero en reclamar alcohol y se guardaba mucho de emborracharse, porque al día siguiente disfrutaba criticando los patinazos de los demás. Cogió otra botella de vino, hizo ademán de servirle a Olga y enseguida la retiró.

—Ay, noooo, que ahora eres una persona soooooobria. Es que se me hace tan difícil no verte medio borracha. A estas alturas ya estarías arrastrando las eses, como mínimo. ¿A que sí? —Y miró a su alrededor buscando cómplices, pero no encontró ninguno.

Los de la pandilla se sentían incómodos y las Gatas estaban indignadas.

Olga se fue al aseo y se aguantó la rabia haciendo fuerza con los brazos en el lavabo. Se miró al espejo. Se habría lavado la cara, que le ardía, si no fuera porque le estropearía el maquillaje y se le notarían las ojeras de no dormir.

Al volver, Toni y Joan ya sacaban las bandejas de empanadas horneadas a la mesa.

—Siéntate más para allí, Manu, que tú la ves cada día —soltó Andreva.

—Sí, a veces demasiado —respondió él.

Silencio. Suerte que las empanadas estaban a punto y la conversación derivó hacia la especialidad del día.

—¡Nos han salido de rechupete!

—Mejores que las del año pasado.

—¡Es que se deshacen en la boca!

—¡Un brindis por los amasadores! —gritó Manu.

—Buf, si me como otro trozo, reviento.

—Trae otra botella de este vino tan espectacular. —Otra vez él.

—¿Alguien quiere probar las de pollo? También están ricas.

—¿Nos partimos media de pescado?

—Va, que con un digestivo lo bajamos. —Manu.

Se levantó para preparar gin-tonics para todo el mundo y propuso jugar a encontrar al asesino.

—¡Es para todos los públicos! —gritó—. Bueno, menos para la abogada estrella. ¿Hay alguna abogada estrella en la sala? —Y miró a Olga—. Pues no puedes jugar, porque eso de encontrar asesinos tú lo haces cada día y nos sacarías ventaja.

—Yo me descarto también —dijo Margot, que no le gustaban los juegos de mesa, pero, sobre todo, estaba indignada con Manu.

Aprovechó para llevarse a su amiga a las tumbonas de la piscina.

—¿Estás bien, Olga?

—Sí, es que tiene mucha presión y yo voy muy cansada. —Olga ya no sabía qué inventarse para disculparlo—. Y sin beber, pues ya te puedes imaginar, estoy que me subo por las paredes. —Como buena abogada que era, le dio la vuelta a la tortilla—. Pero eres tú la que me debe una explicación. ¿Qué narices pasa con Aldo?

Margot confiaba en que su amiga se habría olvidado del tema, pero ahora sentía que, en efecto, le debía una explicación. Se sentó en la tumbona.

—No quiero hablar demasiado porque no quiero montar ningún drama aquí en medio, pero digamos que un día se puso violento. —Tragó saliva para no llorar.

Olga también se sentó, de sopetón:

—¿Perdón? ¿Te ha pegado? ¡Será hijo de puta! ¿Cuándo? Tenemos que denunciarlo, cariño. Pero ¿cómo es que no nos has dicho nada? No lo entiendo. Mira que sabía que había pasado algo.

Margot la frenó:

—Pasó unos meses antes del viaje a México. Fue solo una discusión —mintió—, pero muy chunga, tía. Y nada, durante el viaje

me di cuenta de que quizá no era el hombre que yo pensaba y por eso lo dejé desde allí.

Las interrumpió Andreva, que venía medio piripi y se sentó con ellas.

—¡Titi, no nos has dicho cómo te ha ido con la pastora!

Margot miró al cielo, agradecida.

—Hosti, pues me ha fascinado. ¡Ha sido brutal!

Sacó el móvil para enseñarles las fotos que le había hecho. La mujer estaba de espaldas, pero con el torso girado, y miraba, desafiante, a la cámara: los ojos negros, una flor de biznaga en la boca, la piel roja y las mejillas todas llenas de venillas. Llevaba un jersey rojo de punto, de manga corta y pasado de moda, una falda marrón con forma de triángulo que recordaba a la revolución hippie y unas botas de montaña. De fondo: su reino, aquel prado con todas las cabras y ovejas debajo de las higueras.

—¿Qué miráis, chicas? —preguntó Catalina al acercarse, pero era una pregunta retórica, porque se moría de ganas de explicarles su secreto—. Os tengo que contar una cosa porque, si no la comparto, reviento. Pero tenéis que prometerme que no le contaréis nada a nadie, ni a vuestras parejas siquiera —dijo mirando a Olga—, ni a vuestras hijas —dirigiéndose a Andreva—, ni a Francina —dijo por último a Margot.

Todas asintieron y Catalina, con cara de felicidad, hizo una pausa para enfatizar lo que les iba a decir:

—¡Gatas! —Otra pausa—. ¡Haré el pregón de la Salida Rabiosa de los Dimonis, en forma de glosa!

—¡Ostras, eso es muy grande, Cat! ¡Es brutal! —exclamó Olga, que ya estaba enganchada: aquel pregón era tan importante o más que el inicio de las fiestas.

—¡Eso tenemos que celebrarlo aunque solo lo sepamos nosotras! —dijo Andreva, que ya tenía la excusa perfecta para no tener que volver a casa y encerrarse con Toni. Se acercó a la pandilla, que ya empezaba a plegar velas—. ¡Va! ¡Recogemos y vamos al Cèntric, que esto no se puede acabar aquí!

Fueron todos menos Olga y Manu, que se marcharon a Palma. Mientras conducía, Olga se preguntó una y otra vez por qué Manu se había comportado de aquella manera, por qué la había puesto en evidencia. Llegó a casa hecha un manojo de nervios, así que ni subió al piso: «Voy a dar una vuelta para que me dé el aire», y se fue hacia Alcohólicos Anónimos. Cuando explicó cómo se había sentido aquel día, los más veteranos le recomendaron que evitara aquellos encuentros y que tampoco fuera a bodas, cumpleaños, conciertos, festivales de música o bares. Quizá le conviniera dejar de ver a sus amistades, si se centraban en todos esos ambientes.

Si el cerebro pudiera sufrir un cortocircuito, es justo lo que le habría pasado a la abogada: de ninguna manera. Por eso sí que no pasaba. Podía ir cada día a las reuniones, e incluso podía imaginarse sin beber ni una gota de alcohol el resto de su vida, pero ¿dejar de ver a las Gatas? Eso no pasaría jamás de los jamases.

Cuando llegó al piso, oyó los ronquidos de Manu procedentes del sofá. Se fue directa a la ducha, luego a la cama y, después de poner la alarma en el móvil, escribió en el buscador: «Psicólogo Palma».

28

ELIONOR

Elionor tenía trece años cuando los golpistas se llevaron a toda su familia. Una madrugada irrumpieron en su casa, apalearon y ataron a su madre, modista y activista, a su padre, dirigente del Partido Comunista, y a su hermanito, que se había dormido sonriendo porque su madre le había prometido que al día siguiente haría guirlache para su santo. Les apuntaron con un fusil, los sacaron de casa y los hicieron subir a una camioneta. No volvió a verlos. Ni tuvo más noticia suya hasta que corrió la voz de que los habían fusilado. Pasarían más de setenta años hasta que encontraran sus cuerpos en el cementerio de Son Coletes, casi por casualidad.

Elionor se salvó porque había ido a Costinàlitx a visitar a sus primas y, como se había hecho tarde, se había quedado a dormir. Cuando entró en casa lo encontró todo patas arriba: sillas por el suelo, cajones revueltos y vidrios por todas partes. Fue corriendo enseguida a la biblioteca de su padre: habían quemado los libros que leían juntos y, en lugar de la librería, había una mancha negra en la pared.

Desde entonces solo tuvo una fijación: vengar a su familia, fuera como fuera y al precio que fuera, incluso traspasando el límite de tenerse que casar y acostar con un cerdo como el general Gossi para poder pasar información a sus camaradas. Enamorar al general fue fácil, no solo porque Leo era más lista que el hambre, sino también

porque se había convertido en una mujer preciosa, y sus primas, que eran costureras, le habían confeccionado unos vestidos de revista. Solo tuvo que hacerse la encontradiza unas cuantas veces y mostrarse como la más devota de Franco y de Dios, por este orden.

El primer día que el general la acompañó a casa y la besó en el portal, vomitó hasta el alma. Le hizo creer que ella y su madre, viuda, vivían de rentas, pero que la anciana había perdido la cabeza después de la muerte de su progenitor, un hombre recto y de misa que había sufrido un infarto fulminante. No podía subir a casa porque su madre se llevaría un susto y ella tenía que proteger su honra hasta el matrimonio. El general, engatusado por tanta pureza, se ofreció a internar a su madre en un hospital de la península, pero ella se negó: «Piensa que cuando seas viejito te cuidaré tan bien como a ella», le decía amorosamente por fuera y asqueada por dentro. Y él aún se enamoraba más. Unos días después, Leo aprovechó un viaje de Gossi a Madrid para simular la muerte súbita de su madre. Al volver de Mallorca, el general la encontró deshecha, lamentándose por haberse quedado huérfana. Sin pensárselo dos veces, fue a su casa a buscar el anillo de su tatarabuela y le pidió matrimonio. «Hagámoslo ahora mismo», respondió Leo con los ojos anegados de lágrimas. Aquella misma noche, un cura amigo de los golpistas los casaba en la intimidad y, al cabo de una semana, lo repetían en la iglesia de Sant Miquel, supuestamente porque ella tenía una gran devoción y, en realidad, para que sus amigos republicanos pudieran identificar las caras del general y su séquito, que era numeroso y escurridizo.

Ahora, tantos años después, todos aquellos sanguinarios la buscarían y, si la encontraban, no quedaría de Elionor ni un pedacito. ¿Y qué sería de su hija Llucia?, se lamentaba Leo en la cocina de Francina.

—Ese animal me pondrá precio. —Le dio un trago a la tila—. Y como todo el pueblo y media isla me odian, cualquiera que me reconozca me delatará.

—No es verdad, chiquilla, si aquí todo el mundo te admira. Es a Gossi a quien odiamos.

Desde que Elionor había empezado a contar su historia, Joanaina no había abierto la boca. Tenía el pensamiento más centrado en el tabaco y en la huida de aquella mujer que en el pasado: «Lo pasado, pasado está». Dieron las ocho y media y las mujeres se estremecieron.

Ciertamente, el general Gossi no había esperado la media hora de rigor y en aquel momento, acompañado de sus esbirros más sanguinarios, ya iba camino de Sant Francesc. El chófer volaba bajo la lluvia de insultos y amenazas: «Venga, Bernardo, échale cojones», «Si no los encontramos, te las vas a cargar». Cuando llegaron a casa de Xipoter solo hallaron las huellas de su huida: armarios vacíos con cajones y puertas abiertas, unos calzoncillos en el suelo y roderas de carro en el camino. Los secuaces intentaron seguir el rastro, pero lo habían disimulado con paja y había un punto en el que se perdía.

Hacía unas horas que Mateu Xipoter había cogido un coche de los contrabandistas y se había ido a la cala Dragó. Había sido idea de Joanaina que siguiera el camino del tabaco a la inversa: se escondería en la cueva donde guardaban la mercancía, esperaría el barco que llegaba de Argel, descargarían y huiría de Mallorca en la bodega de la barcaza, de vuelta. Joanaina se encargaría de vaciar la cueva y le tomaría el relevo. Cuando el capitoste de los traficantes escuchó el plan, frunció el ceño, pero Xipoter lo convenció de que Joanaina era un hacha: «No te preocupes, que esta mujer sabe más que el diablo». Así que finalmente accedió y a él le prometió un buen cargo en Argel.

Las tres mujeres del Barracar habían pasado la segunda noche en vela, alertas a cualquier ruido en la calle y pensando en dónde esconderían a Llucia y Leo, que todavía no quería contactar con sus amigos republicanos por si los tenían vigilados. Cuando empezaba a amanecer, Francina tomó la palabra:

—Tengo una prima que es monja de clausura.

—Ni monjas ni curas —suplicó la republicana—, el general los tiene a todos comprados.

—No te preocupes, que en este convento solo hay dos o tres monjas profesadas.

El convento de Son Baulet, una suerte de hospicio, quedaba a las afueras de Palma. La prima de Francina había entrado años después de hacer de enfermera, muy jovencita, en la Guerra Civil, en el bando republicano. Acababa de cumplir los veinticinco, sus padres la presionaban para que se ennoviara con un primo segundo, pero ella no se quería casar, ni siquiera le gustaban los hombres, y pensó que en Son Baulet se podría dedicar en cuerpo y alma a la medicina, que era su pasión. Había oído decir que en aquel convento la media de edad de las monjas era de setenta años y que, cuando se murieran, se acabaría la congregación porque las religiosas jóvenes querían ir a un sitio de más categoría. El edificio, además, se caía a pedazos. Las bauledinas la recibieron como un ángel bajado del cielo. Cuando Francina fue a hablarle de Elionor y su hija, su prima frunció el ceño, pero accedió porque, al fin y al cabo, cuidar de mujeres maltratadas era su principal razón de ser. No se podía negar.

Llucia y Leo llegaron la madrugada de Pascua al convento, escondidas debajo de las mantas del camión que transportaba una carga de tabaco. Al poco, sor Juliana, que fue el nombre que pusieron a la recién llegada, se volvió una indispensable de las rondas nocturnas. No tenía miedo de nada, y eso que medio año

después de llegar al convento estuvieron a punto de atraparla. Ella y dos monjas más habían ido a socorrer a una prostituta a la que habían dejado medio muerta después de violarla. Mientras la curaban en un catre infecto, hubo una batida. Saltaron por la ventana, cargaron a la mujer por los tejados y, después, un montón de kilómetros hasta el convento.

Lo que sor Juliana no sabría nunca es que el registro en el que casi la cogen lo había ordenado el general Gossi. Desde que ella y Llucia habían desaparecido, había enloquecido y desconfiaba de todo el mundo: había planeado un ataque fallido a la Falange porque no eran militares, había intentado estrangular al cura que lo había casado y había disparado a un hombre que se parecía a Xipoter. Bebía mucho y cuando se emborrachaba, obsesionado, se inventaba las historias más extravagantes sobre Leonor. Una noche, aquella noche, se convenció de que su mujer lo había sabido enamorar porque era puta. Fue con sus sicarios a tres burdeles para ponerlo todo patas arriba y, en el último, violaron a una pobre muchacha que se parecía a Leo y la dejaron medio muerta. Después simularon el registro: «Por orden del Generalísimo». Cuando lo supo el dictador, que estaba hasta las narices de él, lo destinó a la península. Durante el trayecto, el general cayó al mar misteriosamente.

El barco hacía el trayecto hasta Barcelona. Si Gossi hubiera llegado a puerto, se habría encontrado cara a cara con Xipoter, que esperaba una carga de tabaco para llevarla a la Junquera. Hacía unos meses que se había trasladado de Argel a Barcelona y ya se había hecho el amo de aquel puerto. Lo apodaban «la Sombra», porque nunca lo veían aparecer hasta que ya lo tenían encima. Nadie sabía dónde vivía, ni cómo se las apañaba para que el tabaco llegara a la frontera con Francia, pero siempre lo hacía cuadrar todo. Al cabo de dos años, cansado de dar tumbos, dejó el tabaco y abrió

una tienda de electrodomésticos, la mayor parte de contrabando, en los porches de Pla de Palau. Debajo de aquellos mismos porches fue donde, tiempo después, se encontró por casualidad con su hija Llucia y con Leo.

29

UNA MARIPOSA

Francina cosía detrás de las vidrieras cuando oyó un alboroto procedente de casa de Margot. Hacía décadas que se había acostumbrado a coser en la entrada, tras las persianas entreabiertas, con la excusa de que le entretenía ver a la gente pasar. Muchos creían que era una chismosa empedernida, pero no era por eso.

Francina vigilaba por si volvían aquellos dos hombres bien vestidos que se habían presentado ocho días después de la muerte de su marido y, cauta como era incluso tantos años después, tenía un hacha a mano: «No volverán a pillarme desprevenida». Le habían dado tal patadón a la vidriera que uno de los cristales se rompió y antes de que ella tuviera tiempo de llegar a la entrada ya la tenían agarrada por el cuello. Eran gemelos idénticos: uno llevaba un bigote recto y vestía de blanco, con un pañuelo rojo en la solapa; el otro, bien afeitado, de negro y con un pañuelo como la nieve.

—¿Dónde se esconde tu marido? —le preguntó el de blanco.

—No lo sé, estamos desesperados, hace días que lo buscamos. No volvió de la timba y desde entonces no he vuelto a saber de él… —Temblaba como un flan.

—Pues no se puede haber fundido, Merlos —insistió el de blanco.

—He dado parte al ayuntamiento y a la policía, a todos sus amigos, y nada. Estamos desesperados, vaya a preguntarle a mi suegra, que si no lo encontramos pronto, perderá el entendimiento.

—Venga, señora, no me venga con mandangas. Sabe muy bien que se ha apropiado de cosas que no son suyas, díganos dónde está el nido. Podemos ir por las buenas —dijo, rozándole la barbilla con un dedo— o le aseguro que no querrá saber lo que son las malas.

—Créame, que la que tiene más ganas de que vuelva soy yo.

—Mire, señora, nosotros tenemos paciencia hasta un punto. No nos la acabe y saldremos todos ganando —intervino de nuevo el de blanco—. Porque yo aguanto mucho, pero aquí, mi hermano —dijo, y lo señaló con un gesto de la cabeza—, tiene la mecha muy corta.

—Así es —respondió el de negro dándose un puñetazo en una mano.

—Yo no sé nada, se lo juro por lo más sagrado.

—¡No jure! —gritó el de negro, y se enjugó el sudor de la frente con el pañuelo de la solapa—. Volveremos de aquí a un par de días, vale más que lo haya aclarado.

Francina resbaló por la pared muerta de miedo. Al cabo de dos días volvieron y recibió dos guantazos como saludo. Pero Joanaina los vio entrar y salió detrás de ellos con un hacha en la mano.

—Registrad todo lo que queráis. —Aprovechó el susto que causó el hacha para acercarse a Francina—. Además, ¿os parece que lo que sea que buscáis lo tendría aquí? Id a meteros con su familia, que tienen dinero para dar y vender y un terreno que acaban de comprar.

Los dos hombres se echaron a reír. Al cabo de unos segundos, callaron de golpe, se miraron sin decir nada y registraron toda la casa. No encontraron lo que buscaban y se marcharon.

Desde aquel día, Francina cosía con un ojo en la tela y el otro en la calle, y con un hacha escondida bajo la silla, la misma que había empuñado Joanaina. Con los años, cada vez pensaba menos en aquel episodio, pero el estrépito de aquella mañana en casa de

Margot la había asustado, así que había cogido «el arma» y había salido hacia allí.

Cuando abrió la persiana vio a Margot tumbada en el suelo, bocabajo, con la escalera de la higuera encima y el suelo lleno de cascotes de tiestos. Se había caído mientras intentaba fotografiar un dragón. Probaba unos objetivos nuevos, vio al animal en la pared y se subió a la escalera para hacerle la foto, con tan mala pata que cuando agarró la cámara con las dos manos perdió el equilibrio y se cayó. Al ver que alguien abría la persiana, volvió la cabeza. Era Francina, que intentaba entrar.

—¿Me puedes decir por qué narices tienes cerrado? —La riñó—. ¡Mira que te lo he dicho mil veces!

En el pueblo nadie cerraba con llave, la gente se sentía más segura con las puertas abiertas porque así, si pasaba algo, cualquiera de la calle los podía socorrer. Pero Margot tenía miedo.

—Ahora abro, estoy bien, me duelen un poco las cervicales, solo es eso. Menuda hostia me he pegado, Dios mío.

Margot se tocó el cuello, las marcas de aquella noche de hacía casi un año ya no estaban, pero todavía le dolían. Aldo había salido con sus amigos, así que ella decidió relajarse: se puso ropa cómoda, pidió sushi, abrió una botella de vino blanco y se tragó una maratón de *Dead to me*. Se durmió en el sofá. A la una de la mañana, el televisor se apagó solo, a las dos dormía plácidamente y a las tres se despertó estremecida: no podía respirar. Intentó carraspear, pero alguien le apretaba el cuello; probó a levantarse, pero alguien se le había sentado encima de la pelvis y le inmovilizaba el torso. Se le aceleró el corazón, notaba que la vena de la sien le latía. Intentaba moverse con todas sus fuerzas y no podía. El agresor era un hombre y pesaba. Ahora le retorcía el brazo derecho, que le punzaba. Intentó golpearle a tientas con el izquierdo, pero él lo esquivaba.

Intentó gritar, pero solo le salió un hilillo de voz. Notaba dos dedos clavados en la glotis, la falta de aire la mareó, intentó levantar las nalgas hacia arriba para desestabilizarlo, pero no lo conseguía. Cuando dejó de estrangularla, el agresor le metió una servilleta en la boca. Margot intentó escupirla, pero le venían arcadas. Vio la pantalla del iPhone encendida, delante de la cara, y detrás reconoció a Aldo.

—¡Que te estés quieta, cojones! ¡Y mira la puta pantalla!

Aquello la desconcertó y la asustó todavía más. Simuló unas gárgaras para coger fuerza en la garganta y escupió la servilleta.

—Calla, o no lo cuentas. —Aldo le volvió a apretar la glotis—. ¡Y mira la puta pantalla, hostia! ¡O desbloqueas el teléfono o te estrangulo aquí mismo!

Margot, jadeando, movió la pelvis hacia los lados, pero era imposible deshacerse de él, la tenía atrapada.

—¿Estás loco? —gimió.

—Que mires la pantalla, te digo.

—Déjame en paz —dijo, apretando los ojos para hacer fuerza— y te prometo que haré lo que quieras.

—¡Te digo que no te muevas! No te soltaré hasta que no vea qué tienes aquí dentro. Estoy seguro de que me engañas, y aquí —dijo él, y le colocó el teléfono a unos centímetros de los ojos— están las pruebas.

Margot negó con la cabeza y se echó a llorar:

—Te prometo que no, para y lo verás.

Aldo, pensando que con la luz encendida sería más fácil, pulsó el interruptor de la lámpara de pie. Margot aprovechó para escabullirse y corrió hacia la puerta, pero él la atrapó, la tiró al suelo y le tapó la boca. Se había dado un golpe en la cabeza. Estaba aturdida.

—Si vuelves a gritar te juro que no lo cuentas —le dijo al oído—. Lo único que quiero es que desbloquees el puto móvil.

Margot se dio por vencida.

—¡Auerdo! —dijo con la mano de Aldo todavía en la boca.

—¿Cómo?

—Aaale. —Intentó decir que sí con la cabeza—. Auerdo, auerdo, auerdo. —Él aflojó la presión—. ¡De acuerdo, he dicho! —Temblaba.

Entonces Aldo le lamió el cuello y subió la lengua hasta el lóbulo de su oreja.

—No intentes gritar —le susurró—. Todo esto es culpa tuya, mira lo que me has hecho hacer. Sé que me engañas, puta mentirosa, solo quiero verlo con mis propios ojos.

Volvió a clavarle las garras en el cuello, le plantó el móvil delante de la cara y se desbloqueó.

Margot se quedó hecha un ovillo en un lado mientras aquel Aldo desconocido repasaba las imágenes de la galería, los mensajes de las aplicaciones, el mail. No encontró nada y enloqueció. Se arrodilló delante de ella y la volvió a agarrar por el cuello.

—Te vieron entrar en el Mandarin Oriental. Me lo han dicho hoy en la cena. Quiero saber con quién me engañas.

—Voy a muchos hoteles por trabajo, lo sabes perfectamente —consiguió decir con dificultad.

Aldo se puso en pie furioso y le pegó una patada en la cadera.

—¡Si las pruebas no están aquí estarán en tu puto cuarto oscuro!

Volvió a retorcerle la muñeca y la obligó a abrir la puerta de la pequeña habitación que había habilitado como estudio. La había sellado porque le gustaba revelar a la antigua. Lo habían acordado cuando se fueron a vivir juntos.

Los primeros tiempos habían sido dulces, pero poco a poco Aldo la había aislado de su entorno y había conseguido dominarla. No

salía casi con nadie más que con él. Hasta que un día la contrataron para impartir un curso de fotografía en el Raval y empezó a llegar tarde a casa porque de vez en cuando se tomaba una cerveza con los alumnos después de clase, pero, sobre todo, porque se había animado con un proyecto. Había retratado a gente del Raval y quería imprimir las fotos en blanco y negro, a tamaño real, y colgarlas por las paredes del barrio como si fueran un grafiti. Quizá podrían convertirse en una exposición itinerante.

Margot le imploraba a Aldo que no tocara nada del estudio. Había colgadas fotografías: de una barrendera, de una mujer pakistaní con un pendiente en la nariz y de un hombre kurdo con sombrero y barba, sonriendo y sin tres dientes. Aldo las arrancó, las tiró al suelo y empezó a ponerlo todo patas arriba. En el segundo cajón del archivador metálico, donde Margot guardaba el material del curso, encontró lo que buscaba. Cogió una fotografía y la levantó en el aire: eran ella y una alumna, Itxaso, que le daba un beso en la mejilla y ella sonreía con los ojos cerrados.

—¡Aquí está, hija de puta! ¡Niégalo ahora, si tienes cojones!

—Aldo, te equivocas, es un ejercicio de clase, te lo prometo. Mira. —Señaló la ventana que salía en la foto, por donde se vislumbraba el rótulo de un restaurante—. Mira, si se ve perfectamente que es el aula. Los hago salir de dos en dos a improvisar situaciones, desde una discusión hasta un enamoramiento, y los demás tienen que captar la esencia con la fotografía. Y para hacer la muestra, hice salir a Itxaso.

—Así que tiene nombre, la puta bollera.

Salió del estudio y cerró con llave por fuera.

—Aldo, mírala bien, si hasta sale el pie de algún otro alumno.

Le suplicó unas cuantas veces que la dejara salir y, cuando se dio por vencida, se tumbó en el suelo. Le dolía todo.

Aldo fumaba en el sofá y la oía suplicar y llorar, pero estaba cegado. «¡Qué cojones! Si no fuera por mí, sería una muerta de hambre, puta desagradecida», pensaba. Él la había convencido de que dejara aquella manía de la fotografía artística y pidiera un ascenso en la agencia: «Churrita, eso de las exposiciones es para cuatro escogidos y tú no eres así, si siempre dices que no tienes imaginación… Dedícate a hacer lo que sabes y adelante». Y gracias a sus consejos la habían ascendido y ganaba más que él y lo pagaba todo. Pero aquella Margot ya no era la mujer sumisa que él había modelado. Después del tercer cigarrillo y de un partido del Barça antiguo se decidió a abrir la puerta. Tenía que encarrilar la situación.

Cuando abrió el cuarto, Margot no se atrevió a levantar la cabeza. Él se le arrodilló delante, la abrazó y ella se dejó hacer como si fuera un trapo. Se sentía como un trapo. La ayudó a ponerse en pie y la llevó al sofá, ya no tenía miedo a que escapara, temblaba como un flan. Le preparó una taza de leche caliente con cacao y, cuando se la acabó, le cogió la mano y la condujo a la cama, como si fuera sonámbula: «Mañana será otro día». Aldo llamó a sus dos trabajos para avisar de que estaban enfermos —«Un virus estomacal, mira, como mínimo lo pasaremos juntos»— y se dedicó a cuidarla y vigilarla. La acompañó a la ducha, la secó y la tapó con una manta.

El fin de semana fueron al teatro —él siempre se negaba a ir— y a comer sushi, y las semanas siguientes las salpicaron de planes que habían aplazado. Poco a poco, Margot se relajó y se convenció de que había sido un episodio aislado. Cuando tuvo que retomar las clases, Aldo respondió con una sonrisa y una amenaza: «Ve, pero a ver si tendremos otro susto». Ella no le hizo caso. Al poco empezaron los comentarios despectivos y la violencia en la cama. A veces la empotraba tan fuerte que le hacía daño, pero ella no se

atrevía a pararlo. Cuando salían a cenar le preguntaba si le gustaba la camarera o la mujer de la mesa de al lado; ella callaba y él seguía con las intimidaciones: «Que me lo puedes decir, ¿eh? De hecho, yo ahora mismo me tiraría a la camarera en el almacén, pero los impulsos hay que frenarlos para que no haya consecuencias». Margot clavaba la mirada en el plato o en la copa y callaba.

Hasta que al cabo de medio año Pol, cansado de que lo evitara, la obligó a salir a cenar con él. La vio tan demacrada que no paró de hurgar hasta que Margot, muerta de miedo, se confesó. Estaba convencida de que, si se iba de casa, la mataría. Pol le prometió que de ninguna manera la dejaría volver con aquel «energúmeno» y allí mismo maquinó un plan: la semana siguiente tenía que volar a México, la colaría en su vuelo y se quedarían allí unas semanas. En una excursión a la sierra para ver mariposas conocieron a Mariona. Aquella misma noche, Margot llamó a Aldo para despedirse. Al día siguiente se tatuó una mariposa en el antebrazo y ya no volvió a Barcelona.

30

LA MERCANCÍA

Martí hijo llegó a Sant Francesc la mañana de Pascua, un día antes de lo previsto. Dejó el fardo en casa y subió a la iglesia. Era la hora del encuentro y se reunió con los jóvenes que se agrupaban en la puerta de los hombres de la iglesia para alzar la figura de Jesús. No es que él fuera devoto, pero sabía que en la otra puerta del templo, la de las mujeres, Carmeta cargaría con el paso de la Madre de Dios y que las dos figuras se encontrarían a los pies del campanario para escenificar la Resurrección.

Cuando Martí le guiñó el ojo desde el otro lado de la plaza, Carmeta perdió el equilibrio y a punto estuvieron todas, la Madre de Dios y las muchachas que la porteaban, de dar de bruces en el suelo. Joanaina, que lo había visto todo, enseguida lo entendió. Era por aquella muchacha por lo que su hijo había vuelto, y meneó la cabeza de un lado a otro.

—¿Estás enamorado de ella? —le preguntó a la hora de comer.

Martí se lo confirmó.

—¿La conoces bien?

Él se encogió de hombros y le respondió que estaba convencido de poder compartir la vida con ella. Joanaina reflexionó unos segundos.

—La vida es muy larga, hijo. Sea quien sea, asegúrate de que os podréis acompañar.

Al día siguiente, Joanaina llevó a Martí al molino, daba igual que fuera Lunes de Pascua —«Si has vuelto, no es para hacer el vago»—, y le comunicó que a partir de entonces sería el encargado. Pero, al acabar el año, Martí, viendo que en el molino había poco trabajo, empezó a preguntarse cómo se las apañaba tan bien su madre con aquellos números tan justos que salían de la harina.

—De acuerdo, madre, que me he pasado los últimos doce años en Palma y que no soy Madoret, pero, si de algo sé, es de cuentas, y es imposible que con las ventas que tenemos tiremos adelante. —No era ninguna lumbrera con los números, pero había aprobado cálculo sin problemas—. Este molino hace años que tendría que haber cerrado.

Joanaina, contenta porque los secretos ya le pesaban demasiado y porque si su hijo se había dado cuenta es que no estaba todo perdido, le explicó los detalles ocultos del negocio. En lugar de reprenderla, Martí empezó a dar brincos: «¡Nos haremos ricos, nos haremos ricos!», y ya se imaginaba aparcando un cochazo delante de la barbería y con un anillo de diamantes para Carmeta con el que ablandar a su madre. Joanaina lo dejó fabular un rato.

—¿Ya has acabado?

Él, sudado, se secó la frente con el brazo.

—Ni ricos ni ricas, no te pienses que ahora te podrás comprar joyas y coches. —Sabía perfectamente en qué había pensado su hijo —. Al contrario, si no queremos que la policía se nos eche encima, tenemos que parecer más pobres que nunca.

—Madre, es usted una exagerada. Y una sufridora, no sabe usted lo que es la vida.

Desde luego que lo sabía. Tanto, que le pegó una bofetada.

—La vida es lo que pasa hasta que te mueres, y hasta que esté muerta se hará a mi manera. ¿Entendido?

El joven bajó la cabeza y se frotaba la mejilla mientras le caía el chaparrón.

—Cuando estéis casados, si es que consigues el «sí» de Bronda, ya se lo contarás todo a tu mujer, pero, mientras tanto, ni palabra. ¿Entendido?

—Entendido. Pero si me dejo los cuernos, algo tendré que sacar —y le reclamó hacer de trajinante y quedarse parte del sueldo que ganaría cargando y descargando tabaco al pie del cañón.

Joanaina soltó una risita.

—De acuerdo. —Y se puso seria—. Mañana mismo hablaré con los vendedores de Araló para que te puedas ir una temporada y que te pongan donde cobran más.

El joven se infló como un pavo real y ella rio por dentro: aquel hijo suyo no sabía que los trajinantes que más ganaban eran los que sacaban los bultos del laúd dentro del mar, con el agua hasta la cintura. Cuando llegó el día, Martí entró en el agua muy confiado, pero cuando notó aquel helor en los testículos, se estremeció y ya no paró de temblar durante toda la descarga. Los veteranos que lo veían tan envarado se burlaban de él: «No es lo mismo pegarle puntapiés a una pelota que tener las tuyas en remojo, ¿eh?», y venga a reír. Cuando a finales de semana Joanaina fue a cobrar y se lo contaron, también prorrumpió en carcajadas.

A partir de aquel día, Martí esperaba la mercancía en tierra. Tenía buenas piernas, pero a medio camino le flaqueaban. No era fácil hacer los veinte kilómetros que separaban la costa de los escondrijos distribuidos por la sierra de Tramuntana con un fardo de veinte kilos de tabaco a la espalda y con el cinto grueso que lo sujetaba clavado en la frente. Los compañeros solo lo oían rezongar y resoplar, y se ganó el apodo de Soplón. De no haber sido hijo de quien era, lo habrían despedido al tercer día. En el bar era el único lugar donde se

quitaban el sombrero ante el joven; como durante los años que había estado en Palma había jugado más a las cartas de lo que había estudiado, se había convertido en un profesional del siete y medio y los desplumaba a todos. Al principio, sus compañeros le perdonaban las salidas de tono, pero pronto se hartaron de sus fantochadas y lo dejaron de lado.

Un día, cuando estaba a punto de anochecer, Joan Peregall, el amo del circuito de contrabando, entró en el bar, le puso una mano en la espalda —«Martí, hoy me acompañarás a Palma»— y lo hizo subir a su Studebaker cargado de tabaco. Él, todo gozoso, pensó que por fin lo ascenderían de categoría. Nada más lejos de la realidad. El amo lo quería avisar de que a la próxima queja lo pondría de patitas en la calle. No hizo falta, porque aquella misma noche, después de lo que pasó, Martí los dejó por su propio pie.

Resulta que a medio camino del trayecto a Palma se encontraron un control de la Guardia Civil con una cadena de lado a lado de la carretera a la altura de los faros del coche. El chófer avisó de que no podrían pasar, pero el jefe de los contrabandistas sabía lo que se jugaba y le respondió: «¡Sigue!». El conductor redujo un poco la marcha y, cuanto más se acercaban las cadenas, más grandes las veía: «Le digo que no podremos pasar». Peregall, más preocupado por el tabaco que por la vida, temía que fueran agentes de la brigadilla, a los que no tenía sobornados, y gritó a pleno pulmón: «¡Te ordeno que sigas!». Con todo y con eso, el chófer aún dudó y el guardaespaldas, que hacía de copiloto, pasó el pie al acelerador, lo pisó a fondo y el coche se llevó las cadenas por delante. La policía disparó y acertó a la carrocería, pero a ninguna rueda, así que, después de hacer unas cuantas eses, retomaron la ruta. Martí, que era muy miedica, al llegar a Palma le agradeció el trabajo de

contrabandista, le anunció que lo dejaba y lo emplazó a hablar con su madre, que, al saberlo, se puso como un basilisco.

—Hijo mío, ya es hora de que te empieces a valer por ti mismo. A mí ya no me quedan muchos años de gestionar el molino y tienes que pensar qué quieres hacer. Si quieres continuar, a partir de ahora tendrás que asumir más responsabilidades.

Martí se hizo cargo del negocio familiar, con la salvaguarda de Joanaina, y enseguida se demostró que no era como ella: era miedoso y dejó las rutas más peligrosas, que eran las que daban más beneficio, empezó a guardar el tabaco en el molino porque le daba pereza ir y venir de los escondrijos, y contrató a más intermediarios para no tener que dar él mismo la cara. En 1967, las cosas se complicaron; un clan de la competencia denunció a la compañía de Peregall. Los agentes de la brigadilla arrestaron a los hombres de la familia y los torturaron hasta que el hijo, para tapar a su padre, se declaró culpable. Confiscaron todos los almacenes y las cabañas a nombre de la familia, que estaban a reventar de cartones de tabaco rubio y pastillas de picadura Jorge Russo.

Joanaina se enteró por el carpintero, que lo había oído en la barbería «de buena tinta», y, sin pensárselo dos veces, contactó con Granell. Su antiguo socio no había conseguido enamorar a Magdalena Canterana haciendo de chófer de la familia, pero sí engatusar a la hija pequeña de la casa. Se había casado con ella, había ascendido y ahora se ocupaba de la logística de la empresa de carpintería. Joanaina le hizo una visita, le recordó que, de no ser por ella, nunca habría entrado en aquella familia y le reclamó que le devolviera el favor y le dejara embarcar «una mercancía» en el primer barco que saliera cargado de muebles hacia Barcelona «sin hacer preguntas». Sabía perfectamente que a ellos no los registrarían. Cuando le arrancó el «sí», puso pies en polvorosa hacia

el molino y allí encontró a Martí, tan contento porque había tirado toda la partida al pozo: «A mí no me cogerán».

—¿Que has hecho qué?

Joanaina, incrédula, se retorció el delantal y se dio cuenta de que había llegado el momento de dejarlo.

—Pues a partir de ahora, Martí, tú te encargas de sacarte las castañas del fuego. Yo ya no te puedo ayudar más. Tu cerebro se escapa a mi entendimiento.

—¡Madrecita! —sollozó, y se le tiró al cuello.

—Ni madrecita ni madrezota. Tienes que labrarte tu propio camino. Tienes un molino que es tuyo, lo puedes vender, alquilar, montar el negocio que quieras o no hacer nada con él. Yo no me meteré.

Y así fue como Joanina dejó el mundo del contrabando.

Martí intentó recuperar el negocio oculto, pero entre los contactos ya había corrido la voz de que su madre se había retirado y no encontró a ningún traficante que se fiara de él. Además, tuvo que pagar todo el tabaco que había echado a perder y se quedó sin un céntimo. Se volvió arisco, se pasaba la noche y el día en el molino, pero de brazos cruzados. No comía ni dormía, solo pensaba en la manera de casarse con Carmeta si no podía ofrecerles nada a sus padres. Hasta que un sábado se le encendió la bombilla y fue a buscar a su enamorada al paseo. Tenía ojeras, iba mal afeitado y estaba de mal humor, pero Carmeta lo había añorado tanto que le dijo que sí a todo. «No esperemos más. Mañana mismo a la hora de comer ponemos en marcha el plan». Los dos se separaron henchidos de coraje y, al día siguiente, en el postre, cada uno hizo el anuncio en su casa. En la calle Mayor, Margalida Bronda perdió los estribos.

—¡¿Cómo?! ¡¿Que estás qué?! —Y agarró a Carmeta por una trenza—. Vuélvelo a decir, si tienes valor.

—Embarazada —respondió la muchacha, con la vista clavada en la servilleta, que con el zarandeo se le había caído de los muslos al suelo.

Margalida Bronda le tiró de la trenza con tanta fuerza que a punto estuvo de hacerla caer.

—Espero que no le hayas dicho a nadie que esperas un niño de ese muerto de hambre porque, si es así, te juro por tu padre que te arranco hasta el último pelo.

Tomàs, que hasta entonces había contemplado la escena horripilado, intervino:

—¡Oye! ¡Por mí no jures, Margalida, que yo no estaba cuando hicieron al niño! —Miró a Carmeta, que se retorcía de dolor, y a su mujer, que no aflojaba—. Con violencia no iremos a ningún sitio, mujer. —Le imploró con los ojos y, después, tembloroso, se dirigió a Carmeta—. Pero, hijita mía, si tú querías ser monja… —Y suspiró.

—O enfermera, padre.

—Pues de este modo no serás ni lo uno ni lo otro —lamentó él, con la mirada gacha.

Cuando Tomàs consiguió tranquilizar a su mujer y a su hija, fue a ver a Joanaina y acordaron que lo primero de todo era casarlos. Le propuso que Martí aprendiera el oficio de barbero y así, cuando él se jubilase, no tendría que cerrar. «Lo que quiere este es mantener el palique en la barbería, pero sin darle un palo al agua», pensó Joanaina, y con un tono que parecía más de Bronda que suyo y que a la cocinera no le gustó nada, Tomàs sentenció:

—De todos modos, trabajando en el molino todo el mundo sabe que en dos días te puedes arruinar; en cambio, así puede continuar un negocio que da beneficios.

Con la misma condescendencia, le ofreció que vivieran en el desván de la calle Mayor hasta que Martí pudiera pagarse «su propia

casa». Joanaina lo escuchaba sin decir nada y, cuando aquel hombre acabó, lo despidió con un:

—Muy bien, Tomàs, ya nos lo pensaremos.

Hacía horas que ella tenía un plan alternativo, que pasaba por Francina y Sa Casona.

Sa Casona era una casa pequeña de dos plantas y un corral enorme que Ramón Merlos había comprado hacía muchos años. Cuando desapareció, fue el primer sitio donde lo buscaron. Pensaban que lo encontrarían allí con una querida o en una partida de cartas ilegal, pero nada. Después se dispararon los rumores de que se había ido con una cantante de un casino de Palma. También se supo que la cúpula de la Falange de Palma se la tenía jurada porque recaudaba joyas y oro en nombre del régimen y se lo quedaba él. Si dos y dos hacían cuatro, estaba bien claro: Merlos había cogido las joyas y se había largado con la cantante. Pero la suegra no asumía que su hijo fuera un ladrón y culpó a Francina de todo:

—Si se ha ido, no es por robar, es porque esta no se lo hacía bien ni en la cocina ni en la cama. Muy guapa y muchos vestidos, pero, a la hora de la verdad, los hombres necesitan mujeres y no muñecas.

Francina no se defendió nunca; primero, porque ya le iba bien perder de vista a aquella vieja insoportable, y segundo, porque su cuñado le había ofrecido la casa del Barracar, Sa Casona y Son Bassinés a cambio de renunciar a la herencia si un día encontraban el cadáver de su marido. Francina aceptó al acto y, cuando Joanaina le preguntó si les quería alquilar Sa Casona a los futuros novios, respondió que sí al instante.

Huelga decir que Margalida Bronda se puso hecha un basilisco cuando Carmeta les anunció que, en lugar de aprender a hacer de barbero, Martí montaría un almacén de venta de sacos de cemento en el molino —«Que ahora hacen muchas obras a orillas del mar»—

y vivirían de alquiler en una casa de Francina. Se enfadó tanto que no quiso saber nada ni del acondicionamiento de la nueva casa ni del ajuar: «Que te ayuden las del Barracar», le soltó. En cambio, Francina la recibió con los brazos abiertos y, como si se casara una hija suya, le bordó las sábanas y los camisones, le confeccionó las cortinas, le regaló unos cubos para el corral y la ayudó a poner orden en casa.

El día de la boda, cuando todo el mundo se había ido, Francina fue a comprobar que todo estuviera a punto para recibir a los novios. Dejó un ramo de flores variadas en la mesa del comedor y otro de margaritas en la cocina, y subió al segundo piso para colgar unas cortinas en la que sería la habitación del bebé. Aún no estaba encalada y solo había un secreter y una butaca orejera, pero ella había insistido en dejarla «arregladita». Le echó un vistazo a la habitación para darle el visto bueno y se fijó en que había unas piedras en la pared que sobresalían: «¿Cómo no me he dado cuenta antes?». Perfeccionista como era, empujó con todas sus fuerzas para intentar recolocar aquel cuadrado hasta que las piedras cedieron y cayeron en un agujero cavado dentro del mismo muro. Cuando se hubo recuperado del susto y acostumbrado a la penumbra, se dio cuenta de que estaba sentada sobre una alfombra hecha de oro y joyas. No se lo podía creer. Aquel era el escondrijo que todo el mundo buscaba. Sin pensárselo, llenó las dos maletas que había llevado para decorar un poco y las cargó hasta el Barracar.

Al cabo de dos días le pidió a Joanaina que la acompañara a la policía.

—¿A la policía? —preguntó esta con los ojos como platos—. No, hijita mía, esto te lo has ganado tú. No te preocupes, que si jugamos bien las cartas no dependerás nunca más de nadie.

Volvió a abrir la vía del estraperlo para vender las joyas poco a poco, todas no, «que el oro nunca perderá valor y tienes que guardar una parte», y entre eso y que empezó a hacer de modista en casa, Francina vivió holgadamente toda la vida.

—Y cada vez que te arrepientas —le recalcó Joanaina—, piensa que no hay herida que valga tanto dinero.

31

EL CEMENTERIO

El 21 de junio, comienzo de las fiestas de San Juan, Margot se había encerrado en el cuartucho del desván, donde finalmente había decidido montar el cuarto de revelado. Al lado, en la habitación grande, pondría el estudio. Pero antes tenía que poner orden a aquellas montañas de pasado en forma de trastos, baúles, cajas y libros viejos. Empezó por sacar la cuna de mimbre de cuando su padre era un bebé, la lámpara de araña de vidrio de color caramelo, que de adolescente había desterrado de su habitación y ahora le parecía una joya, un cesto de higos lleno de medallas de cuando su padre jugaba a fútbol, tres fajos de diarios y revistas antiguas, un montón de cuadernos de cuando iba a la escuela… Estaba claro que Joanaina no tiraba nada. Y entonces llegó a los tres montones de libros viejos y se entretuvo.

El primero contenía una mezcla extraña: el Nuevo Testamento con tapas nacaradas de su Primera Comunión, el *Marcelino, pan y vino* que le habían dado las monjas porque iba muy avanzada en la lectura, la biblia de los tatarabuelos, los cómics *Esther y su mundo* y *Pecosa* que le regalaba Catalina cuando se los había leído y los dos que más la sorprendieron: el *Manifiesto comunista* de Karl Marx, que debía de ser de su abuelo, y el *Llibre de les bèsties* de Ramon Llull, en una edición de 1905 que era una maravilla. Entonces recordó que, de niña, incluso antes del accidente, había visto que Joanaina

lo guardaba en un doble fondo del tocador. Lo abrió y leyó la dedicatoria: «No te olvides nunca de leer», y la firma: «El mayordomo Llorenç». Lo hojeó y, entre las páginas, encontró una fotografía en blanco y negro demasiado borrosa para distinguir los detalles, pero lo bastante clara para reconocer a su padre y a Joanaina caminando cogidos del brazo.

La observó con detenimiento. Martí, con una mata de cabello que la sorprendió, llevaba una camisa blanca y un clavel en la solapa. Su abuela vestía de negro riguroso, incluso las medias, llevaba un mantón de terciopelo y un pañuelo en la cabeza del cual se le escapaban unos mechones rebeldes de cabellos blancos a la altura de las sienes. Erguía la barbilla incómoda, entre saludando y aguantándole la mirada al fotógrafo con aquellos ojillos que parecían dos alfileres y que le hacían sobresalir los pómulos. Martí, juguetón, levantaba las cejas mirando a la cámara con una sonrisa amplia. Iba agarrado a su madre, que sujetaba en las manos una cartera pequeña, de esas que se cierran con dos bolas. Detrás, muy en segundo plano, se veía a una mujer con una corona de flores blancas y un velo. Era una fotografía de la boda de sus padres. Margot no la recordaba, pese a que de pequeña le encantaba hojear el álbum de bodas sentada en el regazo de Carmeta. Era todo un ritual, sobre todo cuando pasaban el papel de seda que protegía la fotografía, con mucha parsimonia y siempre precedido de un: «Cuidado, no lo estropeeees» con voz dulce.

Margot estaba hipnotizada. Era la primera vez que veía sonreír a su padre. Nunca se había parado a pensar que aquel hombre algún día había sido joven y quizá feliz. Y sí, aquel domingo de 1969, Martí todavía era un hombre feliz. Solo podía pensar en la jugada maestra que había tramado y no se dio cuenta de que la culpa ya había empezado a abrirse camino en el alma de Carmeta, incapaz de

pensar en nada que no fuera la mentira que habían tenido que decir para poderse casar. La noche de bodas durmió ovillada en un lado de la cama, muerta de miedo porque no sabía lo que tenía que hacer. Unos días antes, cuando se lo había preguntado a su madre, esta le había contestado: «Una muchacha que ha celebrado Pascuas antes de Ramos lo sabe bien, lo que tiene que hacer la noche de bodas». Al cabo de unos meses, cuando tal como habían previsto explicaron a sus padres que habían perdido el hijo que esperaban, la culpa le caló todavía más hondo. Se obsesionó con tener aquel hijo. Por las noches se dejaba penetrar por Martí, pero estaba tan tensa que después se dolía unos cuantos días. Como no se quedaba embarazada, la religión se convirtió en una pasión: se desvivía por la iglesia, iba a limpiarla, a hacer ramos, a rezar el rosario y leía las lecturas dominicales. Tenía que hallar el perdón. Martí no tardó en echárselo en cara: «Te pasas más tiempo con el cura que con tu marido», y ella lo culpaba por estar malditos: «Este matrimonio se basa en una mentira. Nos merecemos todas las desgracias que nos pasen». Como todas las conversaciones desembocaban en el mismo sitio, Carmeta se pasaba el día entre la iglesia y casa de sus padres, donde Margalida Bronda le inflaba la cabeza en contra de Martí. La suegra y el yerno ya no se hablaban.

Por fin, al cabo de tres años nació su primera hija. La madre de Carmeta insistió en que le pusieran Aina en lugar de Joanaina porque «Ahora ya no se llevan esos nombres tan antiguos». El nacimiento de Aina habría sido un bálsamo si no fuera porque Martí tuvo que empezar a trabajar en una cementera porque las ventas del molino no daban para criar a una hija. La llegada de Margalida, cinco años después, no mejoró la situación. Martí se volvió huraño. Siempre estaba enfurruñado y reñía a su mujer y a sus hijas por cualquier nimiedad. Le daba igual que sacaran las mejores notas,

siempre encontraba un motivo para quejarse: «cagoenlosclavosdecristo» o «la leche puta» en voz baja.

Margot recordaba que los sábados que iban a comer a casa de Bronda su padre se quedaba solo en casa refunfuñando. También recordaba que su abuela, al verla llegar, la cogía por el cuello y la estiraba hacia arriba: «Las mujeres guapas han de tener el cuello largo». Y fuera por aquellos tirones o no, era la parte más esbelta de su cuerpo. Rio por dentro: «¿Quién necesita un cirujano plástico teniendo una abuela que te estira como si fueras un pollo en la carnicería?». Se acarició aquel cuello que le habían vuelto a apretar con fuerza hacía poco. Notó la inquietud, los nervios y, de repente, la angustia: la respiración le pesaba, el temblor le subía por la espalda. Al primer sofoco bajó las escaleras, inspiró hondo, salió a la calle y paseó sin rumbo, sin darse cuenta de que llevaba la camiseta blanca polvorienta y los ojos llenos de lágrimas.

Margot caminó hasta su campo de Son Massanet, a resguardo de los trigales. Las higueras estaban llenas de higos aún verdes, le llegó la fragancia del manzano y cogió una manzana; era pequeña y estaba ácida, buenísima. Se acercó al huertecito de hierbas medicinales que Francina y ella mantenían por encargo de Joanaina. Fue lo único que les pidió antes de morir. Cortó un par de ramitas de cada planta, las apiló con margaritas, amapolas y unos cuantos brotes de trigo del campo aledaño; hizo con ellas un ramo y se dirigió al cementerio.

Hacía calor, se subió la camiseta hasta el ombligo y apretó el paso. El camino estaba tan seco que por poco que pisaras se levantaba polvo. A cien metros vio a una mujer que se encaramaba a una bala de trigo y estiraba los brazos al cielo con la camisa abierta, dejando a la vista un bikini brillante. Se notaba a la legua que era extranjera, y no solo por las fotografías que le hacía su

acompañante, sino porque habían aparcado el coche de cualquier modo en medio de la curva. Se saludó con unas mujeres que caminaban a buen paso, tocadas con sombreros de paja: «¡Buenas!», «¡Buenas!».

Al cabo de veinte minutos llegó al cementerio, donde el ángel custodio la recibió amenazador. Bajó los escalones saltando como cuando de muy pequeña la vigilia de Todos los Santos acompañaba a Joanaina con tres ramos de crisantemos mezclados con ramitas de olivo. Cuando su abuela se ponía a limpiar las lápidas de los nichos, ella iba hasta las tumbas más antiguas decoradas con cruces y ángeles majestuosos. Después se acercaba a los pasillos de los panteones y asomaba la nariz entre los barrotes de hierro para ver las fotografías y las inscripciones. No solía haber demasiada gente, pero, si la sorprendía alguien, se asustaba tanto que bajaba los escalones de cuatro en cuatro y volvía corriendo junto a su abuela. «¿Dónde te habías metido», le espetaba esta, y rezaban un padrenuestro y un avemaría por cada pariente muerto. Después del accidente, todo cambió: iban el día del aniversario de la muerte de sus padres y su hermana, durante la semana de Todos los Santos para limpiar, y en Todos los Difuntos muy temprano para no encontrarse a tanta gente. Ella ya no saltaba entre las tumbas y ayudaba a su abuela a colgar los ramos de crisantemos en los nichos. Francina las acompañaba con el coche y no se movía de su lado, rezaba los padrenuestros de rigor y, cuando veía que la niña se ponía nerviosa, les metía prisa para irse.

Margot se perdió unas cuantas veces antes de encontrar la columna de nichos donde estaba Joanaina. No pisaba aquel cementerio desde su entierro, hacía quince años. Todavía se le ponía la piel de gallina cuando recordaba la llamada de Francina: «Se está apagando», le había anunciado. Había metido cuatro cosas en una

mochila y había cogido el primer vuelo, pero, cuando llegó a Sant Francesc, su abuela ya había muerto.

—He sido una mala nieta —dijo en voz baja, y colgó el ramo de Son Massanet del gancho de la lápida, que quedó un poco torcido—. Me sabe mal, me sabe muy mal. Si pudiera volver atrás, lo haría todo diferente.

Intentó enderezar el ramo en vano, acarició la cara de su abuela, que, por el efecto ovalado de la fotografía, le daba la impresión de que sonreía, y recordó el primer día que cocinaron juntas y se le cayó al suelo la grasera, con la cazuela de huevos, y su abuela no la había reñido: «Pues hoy sopas de pan, así sabrás lo que se comía en la posguerra». La recordaba dormida en la mecedora de la cocina, esperando a que acabara de hacer los deberes, o con el desayuno preparado cada mañana: una tostada con mermelada y un café con leche. O cuando le dijo que había conseguido una beca para ir a estudiar a Barcelona, y después otra para ir a Estados Unidos, y ella no lo entendía y le preguntaba a Dios por qué la apartaba de todos los que llevaban su sangre. Pero lo aceptaba.

Margot se secó las lágrimas, no todo había sido malo.

—Si la hubiera conocido ahora, abuela, no dejaría de hacerle fotos —le dijo a modo de despedida.

Y entonces le vino un flash: la primera foto que le había hecho a Joanaina no era la de los granados. La primera foto que le había hecho había sido el día que habían comprado la cámara con Francina. Cuando volvían de Palma se la encontraron subida al carro, volviendo de preparar un banquete. Margota la hizo detenerse en medio de la carretera y disparó dos veces con la cámara porque el de la tienda le había dicho que la primera fotografía del carrete a menudo salía velada. Le hizo dos, y efectivamente solo salió una. «¿Cómo diantres no me he acordado hasta ahora?», se dijo. De

repente, lo vio clarísimo. Y, sin despedirse del nicho, echó a correr hacia el Barracar.

Al llegar a casa, el reloj del campanario daba las dos. No había comido, pero le daba igual. El corazón le iba a mil por hora y necesitaba aquella fotografía. Rebuscó en cajones y baúles, subió y bajó las escaleras, agitó algunos libros bocabajo, por si caía, pero nada. Fue a casa de Francina, que dormía la siesta en la butaca con un bastidor de bordar en las rodillas, y la sobresaltó.

—Ay, menudo susto, Margot, ¿qué pasa? Dios mío, ¿qué tienes en la cara? —El polvo de todo el día se le había pegado con el sudor.

—Ah, nada, nada —contestó, y se frotó las mejillas con la mano —, es que estoy poniendo un poco de orden en casa. Necesito un favor enorme. ¿Conservas las fotografías que os hice los primeros días de tener la cámara?

—No, estoy casi segura de que solo tengo la de los granados. ¿Has mirado en la cómoda?

—Sí, es el primer sitio donde he mirado, y he rebuscado en todos los cajones. Pero nada.

—Pues debe de estar debajo de las baldosas.

—¿De qué baldosas?

Francina rompió a reír. Claro, nadie le había explicado a la niña que dormía encima de un ponedero y que Joanaina guardaba allí todo lo que consideraba de valor. Lo que le extrañaba a la vecina es que, con las obras, los picapedreros no lo hubieran encontrado. De hecho, los paletas habían visto que las baldosas estaban un poco sueltas, pero como Margot las quiso aprovechar porque eran tan antiguas que le parecían preciosas, hicieron la vista gorda y, durante las obras, aquella habitación había servido para guardar todos los muebles antiguos que se quedarían en la casa.

Apartaron la cama, contaron veinte baldosas de ancho por diez de largo y, con un destornillador, Francina levantó, una tras otra, dieciséis baldosas que daban paso a un agujero de un metro. En el interior había tres cajas de zapatos medio deshechas por la humedad. Las sacaron. En la primera había unas joyas antiguas: «Esto ya te lo explicaré otro día, pero son tuyas», y riñó mentalmente a Joanaina por haber vivido de manera tan austera mientras conservaba casi todo lo que ella le había regalado del botín de Merlos debajo de la cama. Solo había empeñado algunas joyas para pagar los estudios de su nieta y, cuando envejeció, para tener una cuidadora —«Para que no se lo cargue todo Francina»— y para los gastos de «cuando me muera».

En la segunda caja encontraron las libretas del estraperlo y, en la tercera, las fotografías que buscaba Margot. Había una de la abuela y la nieta delante de las persianas verdes —«mi primer selfi», pensó Margot— y otras con todas las mujeres que se reunían el día de las empanadas alrededor de la artesa mirando a la cámara mientras Joanaina amasaba, con los ojos fijos en el lebrillo —«¡Es la masa, lo que tengo que mirar ahora», se había quejado—. El recuerdo las hizo reír. También había un contraluz en Son Massanet, tan espléndido que solo se veían sombras, y, al fondo de todo, la primera de toda la serie, la que Margot había recordado ese día: su abuela conduciendo el carro con las manos en las bridas y los labios en forma de trompeta porque le mandaba al mulo que se detuviera: «Sóóóóó».

Margot abrazó a Francina y la levantó un palmo del suelo.

—Ya lo tengo, Francina. ¡Ya lo tengo!

—¿Qué es lo que tienes?

—¡Es igual, ya lo tengo!

II

32

¿ALEGRÍA?

Martí y Carmeta concibieron a Margalida una noche en que él llegó a casa derrotado. Era cerca de medianoche y había trabajado dieciocho horas por cuatro chavos. Carmeta lo oyó en el corral y se enterneció, lo acarició, lo abrazó, le besó la frente, luego los ojos, una cosa llevó a la otra y fue la primera y última vez en que disfrutaron haciendo el amor. Al cabo de un mes, cuando ella le anunció que esperaban otro hijo, Martí tiró el vaso de vino al suelo y se fue.

Fue la primera de muchas noches en que no durmió en casa. Condujo hasta Can Vinuet y se detuvo en la encrucijada donde acababan de abrir un restaurante. La persiana estaba medio bajada, pero probó suerte y la encargada, Maciana Munda, lo dejó entrar, le sirvió un plato de lengua con alcaparras y un vaso de vino mientras ella acababa de limpiar y aquella noche ya durmieron juntos. Munda era republicana, trabajadora y descreída, todo lo contrario que Carmeta. Martí perdió la cabeza. Primero iba de vez en cuando, una vez al mes, después cada semana, y acabó yendo casi cada noche.

Los amantes planeaban un futuro juntos rodeados de champán, coches y diamantes: «Tienes tanto potencial», lo enjabonaba Munda, que lo creía sinceramente. Pero todo quedaba en potencial, porque los negocios que Martí abría en el molino fracasaban uno tras

otro: el de la harina, el del cemento, el de los materiales de construcción. Siempre llegaba tarde.

—No te queda más remedio que ser creativo —le soltó Munda una noche mientras jugaban a cartas—. ¿Y sabes con qué eres muy creativo? —Barajó las cartas en el aire, como si fueran un acordeón —. ¡Con esto!

Al principio, Martí se negó a montar un casino clandestino en el molino, pues ya había tenido malas experiencias con los negocios ilegales. Pero el día que fue al Pryca con la familia y ni tan solo pudo comprar dos tarrinas de chocolate con nata para su hija, su orgullo quedó tan zaherido que aquella misma noche, indignado, se decidió: «Ni Montecarlo», se dijo. Y así fue como Martí cambió el día por la noche, la construcción por las cartas y a Carmeta por Munda.

El casino ilegal funcionó desde el primer minuto. Y cuanto mejor iba, más amaba Martí a Munda. Hasta el punto de que una noche, en las fiestas del pueblo, le pidió que lo acompañara a la verbena.

—¿Y si está tu mujer?

—Esa solo sabe ir a misa. Además, no tenemos que hacer nada escandaloso. Solo somos un hombre y una mujer que se han encontrado casualmente.

Casualmente también, aquella misma noche Margota no podía dormir. Su madre, que por la tarde le había prometido algo de las paradas de la feria, cogió el dinero que reservaba para la compra de la semana siguiente y, con la niña de la mano, sin armar ruido para no despertar a su hermana, se fue hacia la plaza: «Pero el juguete que escojas no tiene que ser muy caro, ¿eh?».

Al llegar a la feria, Margot escogió un juguete para hacer burbujas de jabón, lo quiso probar allí mismo, sopló con fuerza y, mientras las dos seguían las esferas de jabón con la vista, vieron a Martí bailando en la plaza pegado a una mujer desconocida, Munda.

—Mamá, ¿quién es? —Y Carmeta, que ya había girado sobre sus talones y tiraba a la niña del brazo, arrastrándola, se detuvo detrás de una columna a llorar—. Pero ¿quién es?

Y Margota recibió una bofetada. Pero de esa no se acordó nunca, porque, al llegar a casa, su madre le preparó una bañera con agua caliente y la metió dentro. Mientras la enjabonaba, le hacía cosquillas y juntas soplaban burbujas con el juguete recién comprado, Carmeta le repetía que aquella noche siempre la recordarían por aquel baño tan divertido: «¿A que sí, ángel mío?». Y la niña decía que sí y su madre le daba besos en la barriga, de esos que hacen reír, y el ruido despertó a Aina, que se desnudó y entró en la bañera y jugaron a salpicarse. Más tarde, con el lavabo hecho un desastre, bajaron a la cocina y, a medianoche, se comieron un chocolate a la taza y mojaron churros secos que les había llevado la abuela Bronda. Y eso era lo que Margota recordó de aquella noche, la noche más divertida que había pasado nunca con su madre y con su hermana.

33

LA HORA DEL CAFÉ

«En Mallorca hay una dama que es hermosa como el Sol —empezó a cantar Margot bajo la ducha la tarde después de encontrar las fotografías—, con una melena rubia que me roba al corazón. —Ella misma se extrañó, porque nunca lo hacía, lo de cantar—. Con un cepillo de oro, su madre se la peinaba. —Era la canción que le cantaba Carmeta de pequeña—. Válgame Dios, ay, María, mira que es bonita mi dama».

Se abrazó. Su madre se la cantaba cambiando el «María» por «Margalida», sonrió y aguantó unos minutos con la cara bajo aquella lluvia fina que arrastraba todo el polvo de la caminata de la mañana hasta el cementerio y caía, parduzca, a sus pies.

Se puso otra camiseta blanca y unos Levi's 501, cortos y rasgados, y salió hacia el Cèntric. Eran ya más de las cuatro. Se había perdido la hora punta del café. Abrió la puerta con ímpetu, con la expectativa de encontrarse a algún parroquiano despistado, pero, en lugar de eso, derribó una columna de cajas de cartón donde ponía Evax y Bayern.

—Pero, Miquel, ¿qué es todo esto? —se asustó.

—Pues suerte que no son botellas de vidrio —bromeó el camarero, que estaba barriendo—. Nada, la de la farmacia, que aún no ha abierto y el repartidor me lo ha dejado a mí.

—Madre mía, Miquel, van a tener que hacerte un monumento, en este pueblo.

—¿Y qué quieres que haga? Si el chaval acaba de tener un hijo, ¿qué va a hacer, perder la tarde esperando a la farmacéutica? A mí no me cuesta nada guardárselo un rato. —Abrió las manos a la altura del pecho y miró a lado y lado—. Además, no hay nadie.

Era cierto, ni un alma. Margot se acercó a la barra y Miquel fue directo a la cafetera.

—¿Un cortado?

—Sí, por favor. —Le encantaba la sensación de hogar que sentía allí—. Y una bolsa de patatas, que no he comido.

—Menudas mezclas, Margalín. —Miquel siempre se inventaba nombres para los clientes de confianza.

—Cosas peores he mezclado en mi vida.

—Ya, eso también me lo creo.

Miquel le puso la taza delante, con leche de soja y sin azúcar, como lo tomaba ella, y desapareció por el pasillo que daba a los lavabos y al almacén. Volvió con un cachorro de pastor alemán que, al verla, quiso subirse al taburete. Después de hacerle dos mimos, Miquel tiró de la correa y se lo llevó hacia la puerta.

—¿Vas a sacarlo a pasear?

—Sí, hoy he tenido jaleo por la verbena de las fiestas y aún no lo he podido sacar. Pero vuelvo en media hora. ¿Quieres algo más? Bueno, si quieres algo, cógelo tú misma y lo apuntas en la libreta. —Señaló hacia la caja registradora.

«Estoy flipando», pensó ella.

—Pero ¿y si viene alguien?

—No te preocupes, que a esta hora no hay ni un alma, pero, vaya, que si son del pueblo, les dices que lo apunten también.

—¿Y si son de fuera?

Pero Miquel ya no estaba. Margot cogió el periódico y se sentó en la terraza. Al cabo de diez minutos llegó la farmacéutica, que dejó a Miquel como un trapo sucio por no haberla esperado. Margot se ofreció a ayudarla a meter las cajas —«Ya ves, de camarera a moza de carga y descarga», pensó—. Al entrar en la trastienda se sorprendió por la cantidad de lecheras de latón que había por todas partes, algunas reconvertidas en mesas, con un vidrio encima.

—¿Y eso? —preguntó.

—Eso es porque esta farmacia antes era una lechería. Pero como los amos no vinieron a buscarlas decidí aprovecharlas. Ahora que pienso, tu vecina tiene relación con ellos.

—¿Francina?

—¡Esa, sí! Este local era de la familia de su marido, de los Merlos, unos malas piezas. De hecho, cuando los viejos se murieron, los que quedaban lo vendieron todo y no se les ha vuelto a ver el pelo.

«Yo hoy flipo en colores». Le pareció que había pasado ya una semana de la visita al cementerio de aquella mañana.

Al acabar, Margot volvió a la terraza. Miquel, que ya había llegado del paseo, salió de repente bandeja en mano y, con la bayeta colgando del brazo, limpió la mesa y le puso delante una cerveza helada.

—Gracias por vigilarme el gallinero. —Y añadió un plato con un pedazo de coca de pimientos asados.

—¿Y esto?

—Esto es coca de pimientos asados hecha por Montse, que no puede ser que una mujer como tú se alimente de patatas de bolsa. —Y volvió a entrar en el bar sin esperarse a la réplica.

Le dio un mordisco a la coca, sonrió, cerró los ojos al sol y al momento llegó Robert, un profesor de literatura jubilado californiano

que cada verano presumía de hacer un intercambio de catalán-inglés, pero que todavía no acertaba ni una palabra.

—¡Uep! —El saludo oficial mallorquín sí que se lo había aprendido a la primera—. ¿Me puedo tumbar contigo? —dijo «tumbar», sílaba a sílaba.

—Hombre, si quieres, te puedes tumbar, pero mejor si te sientas. —Y añadió en voz alta, para que Miquel lo oyera—: Porque esta plaza no es que esté muy limpia…

—¡Oye, que eso es trabajo de la brigada municipal! —El camarero estaba dentro, pero atento a todo.

El estadounidense rio, haciendo que las palmeras de su camisa subieran y bajaran. Parecía un Papá Noel hawaiano.

—Margot, Margot, *you're* —dijo, y pensó unos segundos— siempre cachonda.

Entonces fue ella la que soltó una carcajada, y enseguida llegó Maties Solico, que por mucho que compartiera las noches con Robert no hablaba ni jota de inglés, pero con tres cervezas en el cuerpo se entendían de maravilla.

—¡Estáis bien divertidos! —Y se volvió hacia él—: *Very happy!* —Le hizo un gesto a Miquel—: ¿Me pones una caña pequeña? —Y volvió a gritar hacia la barra—: ¡Y al Papá Noel yanqui tráele una jarra! —Y otra vez a Robert—: *A beer,* ¿no?

—¡Una cerveza, sí! —respondió entusiasmado tocándose la barriga.

—¡Eso sí que lo ha aprendido, el muy cabrón!

—Miquel, ¡para mí un *barrejat*! —Se oyó a un joven que bajaba por la escalera.

Era el hijo del herrero, un muchacho que, como medio pueblo, había sido alumno de Solico en el instituto. Al cabo de poco llegó el

conductor del único taxi que había en Sant Francesc, quejándose del calor:

—Miquel, una cerveza, que me deshidrato.

Dos cañas después llegó Catalina y se sentó en otra mesa. Margot se cambió, copa en mano.

—Miquel, una clara —resopló Catalina—. ¿Y Olga? ¿No ha llegado? Hace una hora que me ha dicho que salía del trabajo.

Olga, ciertamente, hacía una hora que había salido del trabajo, pero había ido a la primera cita con la psicóloga y acababa de salir justo entonces. La terapeuta había descartado que fuera alcohólica, pero de todos modos le había sugerido que siguiera sin beber porque estaba convencida de que usaba el alcohol para anestesiar otro sentimiento, y necesitaba tenerlo bien fresco para identificarlo. Cuando la abogada llegó a la plaza del Cèntric, Margot les estaba contando a Catalina y a Andreva, que se les había unido hacía un rato, que la farmacéutica tenía la trastienda llena de lecheras de aluminio, y todo el corro se acordó del antiguo establecimiento.

—Mi madre me hacía ir cada día. —Miquel estaba sentado en el filo de una silla, controlando la plaza—. Con la lechera de latón, ¿os acordáis?

—Hosti, sí, que hacíamos así —respondió Andreva girando el brazo como si fuera un molino—, con la lechera sin tapa, y no se nos derramaba la leche.

—Bueno, lo de que no se nos derramaba… —la interrumpió Catalina—. A mí una vez se me derramó entera y, al llegar a mi casa, no quieras saber el chaparrón que me cayó. Me parece que hasta me castigaron…

—¿Y os acordáis del sabor que tenía? Era como nata —añadió Miquel—. Nunca he vuelto a probar ninguna igual.

—¿Y de cómo la ponía la vieja Merlos? Con dos medidas, una de cada lechera grande, y hacía la mezcla encima de la tuya. No se le caía ni una gota al suelo. Menuda hija de puta, también. —Catalina no tenía pelos en la lengua, y con los franquistas, aún menos—. Ahora, que en aquella casa no vivían de la leche, eso también os lo digo.

—¿Y de qué vivían? —Margot a veces parecía que no fuese del pueblo.

—Eran unos usureros y unos fascistas de mierda —siguió Catalina, que cada vez se encendía más—. Después de la Guerra Civil, se convirtieron en los caciques del pueblo y Ramonet, el hijo pequeño, fue el cabecilla de la Falange. Dicen que mató a más de un republicano. Entre ellos, a tu abuelo, que lo colgó de una viga.

Margot dejó la copa sobre la mesa, le temblaban las manos. No sabía nada de todo aquello. Ella no había conocido a su abuelo, y Joanaina nunca le había hablado de él. Catalina siguió:

—No pongas esa cara, es la pura verdad. Lo encontraron ahorcado en vuestro molino, se sabía que le debía dinero a esos cabronazos. Además, los socios de tu abuelo denunciaron que habían encontrado puros y cigarrillos recién apagados en el suelo, como si quienes lo colgaron se lo hubieran quedado mirando.

Margot había pasado de no ponerle cara a su abuelo a imaginárselo colgado de una viga, y si no hubiera visto que Bàrbara Matarina se acercaba, habría seguido preguntando.

—Mírala, ahí viene, arrasando con la pana —avisó Andreva—. ¿Qué? ¿Alguna novedad, Matarina?

—¿Cómo es que no estáis en casa del pintor? —Todas miraron a Margot, que levantó las manos indicando que no sabía de qué hablaba. La chismosa siguió, contenta de dar información fresca—: Se va pasado mañana y hoy hace puertas abiertas en su casa para

vender los cuadros. —Irguió la barbilla en dirección a Margot—: Pensaba que te lo habría dicho. Os habéis hecho un poco amigos últimamente, ¿no?

—Sí, un poco, pero no me acordaba —la cortó.

Matarina se desvió hacia otra mesa y Margot se inclinó hacia delante.

—Gatas. —E hizo una pausa de suspense.

—¿Qué pasa? —preguntó Andreva.

—He tenido una revelación. —Hubo otra pausa de suspense para hacerlas rabiar.

—¿Cuál? —preguntó Andreva con tono condescendiente.

—¿Os acordáis de aquel año que subimos al cementerio y os hice una sesión de fotos?

—Hosti, sí, fue brutal. Si me desnudé y todo. —Soltó Catalina, y todas rieron.

—¿Cómo no me voy a acordar? Todas con unos cuerpazos, y yo intentando taparme las estrías del tercer embarazo.

—¡Qué dices, si estabas estupenda! —le rebatió Margot.

—¿Cuánto debe de hacer? ¿Diez años? —Catalina era la más negada para las matemáticas.

—¡Qué va! —exclamó Olga—. Dieciséis, debe de hacer ya. Tu hija tiene quince, ¿no, Andreva?

Antes de que iniciaran un debate cronológico, Margot volvió a tomar la palabra:

—Hagámosla otra vez, aquella sesión… Ahora. Todavía nos quedan unas horas de luz buenísima.

—Tú estás loca —se escandalizó Andreva—. Yo no voy, ¿no has visto la pinta que llevamos?

—¡Sí! Me parece una idea fantástica —asintió Olga, que le encantaba que le hicieran fotografías y era la reina de los filtros en

Instagram.

—Claro, como tú quedaste espectacular… —Catalina era todo lo contrario, veía una cámara y echaba a correr.

—Titi, qué más quieres. Fotos profesionales en bolas, ideales para un amante virtual.

—Muy graciosa, pero no, gracias. No lo hacemos en público.

—Mujer, si se encierra en un lavabo del instituto para pajearse…, un poco en público sí que es…

Margot reencauzó la conversación:

—Va, por favor, chicas, hoy tengo un día inspirado. Hacía meses que no tenía ideas creativas como esta. ¿Qué digo meses? ¡Años! —Y juntó las manos delante de la boca con un gesto suplicante—. Por favor, por favor. Además, tengo unos biombos nuevos que le compré al guapo de la tienda de Sinera.

—Tía, no paras de ligar.

—Que no, que fui a fotografiar a aquella centenaria que todavía trenza cestos. ¡No sé cómo ve aún!

—¡Es que no ve! ¡Le salen todos torcidos!

—Venga, no cambiéis de tema —dijo Olga, mientras se retocaba el pelo con la cámara frontal del iPhone—. Nos maquillamos en un momento y vamos. Venga, va, que será divertido. Nos lo merecemos. ¡Si estamos mejor que nunca!

—¿Y el maquillaje? —Catalina, que siempre iba con la cara lavada, buscaba las excusas más descabelladas, pero no se salía con la suya.

—Tranquilas, chicas, que en el coche yo siempre llevo un set de «chapa y pintura». —Olga también llevaba un pequeño costurero, corchetes, espuma para el pelo, un secador de viaje, ropa interior, unos tejanos, una camisa medio de vestir, unas zapatillas deportivas y unos zapatos de tacón: «Nunca sabes lo que puede pasar».

—¡Venga, vamos! Si serán para consumo interno —insistió Margot—. Además, he encontrado unos camisones de mi abuela que son una maravilla. Va, por favor. —Y miró a Andreva—: ¡Piensa que ya no tienes estrías!

Al cabo de un cuarto de hora ya estaban en el coche de Francina con todo lo necesario para la sesión.

—Ay, titis —dijo Andreva en voz baja—, me tiemblan las piernas. Si nos pillan, vamos a ser la comidilla del pueblo, lo sabéis, ¿no?

—¡Qué va! Si a esta hora todo el mundo se ha ido a ver el pregón del ayuntamiento. Además, todo eso son biombos y sombrillas. —Margot señaló el carro de la compra que había sacado del maletero y del que tiraba Catalina.

—De acuerdo, ¿dónde montamos la paradita? Porque pesa como un muerto.

—No la ha hecho nadie, titi, esa broma en un cementerio.

Y la fotógrafa señaló la zona de las tumbas en el suelo, con las figuras y las cruces.

—Empecemos por allí.

34

FOTOGRAFÍAS

—¿Me enseñas una talla M de hombre?

Margot se lo pidió a una niña con la cara pecosa que no debía de tener más de diez años. Vendía camisetas de los Dimonis en una tienda improvisada en un patio del pueblo.

La pequeña sonrió entre orgullosa y avergonzada. En Sant Francesc había siete demonios, uno por cada pecado capital. Cada año, uno de ellos era el protagonista de la camiseta que los vecinos lucían en la Salida Rabiosa. Aquel año tocaba la carota de la envidia: con los mofletes hinchados, los cuernos retorcidos con los pitones hacia fuera y, al lado, el icono de Instagram. «Buena correlación», pensó Margot.

—¿Te irá bien? —La niña la sacó del envoltorio—. También tenemos de mujer.

—No, no, esta me irá perfecta. La quiero personalizar.

—Yo también la he personalizado, bueno, mi madre me la ha ajustado de las mangas y por abajo. Son diez euros. —La niña no perdía el tiempo—. Si no tienes efectivo, nos puedes hacer un Bizum a este número. —Y le acercó un papelito.

Con la camiseta en la bolsa, Margot se fue hacia casa de Francina.

—Mira, la idea sería cortarla para que me quede por aquí. —Se señaló el final de los vaqueros, justo a la altura del ombligo—. Que

no me la tenga que meter por dentro de los pantalones y que tenga dobladillo, porque no me gusta cómo queda solo cortada. Y las mangas —se puso la camiseta de los Dimonis por encima de la de tirantes que llevaba— que queden remangadas —se dobló la manga tres veces hacia arriba—, hasta aquí, pero quizá les podríamos dar una puntadita para que no se bajen. Pero, si no tienes tiempo, no hace falta, ¿eh? Soy consciente de que la Salida es mañana y quiero ir con la camiseta puesta al vermut, cuando Catalina haga la glosa, porque me he dormido a la hora de ir a comprarla.

—Chiquilla, si eso no es nada, mañana por la mañana estará lista. Espera, que te cojo el largo con alfileres.

Margot se quedó quieta para dejarla trabajar.

—Si vinieran de una televisión extranjera a hacer un reportaje de la Salida Rabiosa y vieran que siete tipos vestidos de demonios nos persiguen, nos dan latigazos con una cuerda de nudos y que, encima, todo el mundo disfruta, pensarían que somos unos bárbaros.

Cuando se quitó la camiseta, Francina reconoció la pulsera que llevaba.

—Veo que te has puesto la pulsera que encontramos debajo de las baldosas.

—Es que la encuentro preciosa. —Hizo tintinear el brazalete hecho con monedas de oro antiguas—. Y, siendo de la abuela, me gusta todavía más.

—Mujer, suya, suya…

Margot frunció las cejas.

—Ay, mira, ha pasado tanto tiempo y ahora que todos están muertos, ya te lo puedo contar: el día que tu padre y tu madre se casaron encontré unas joyas que mi marido, en el infierno arda, tenía escondidas detrás de una pared. El muy cabrón las requisaba

en nombre de Franco, pero se las quedaba él, debía de querer huir con alguna amante. —Margot tenía los ojos como platos—. Pero esa no es la cuestión. —Francina estaba enfadada de verdad—. La cuestión es que tu abuela me ayudó a venderlas en secreto y con el dinero que sacó me pude hacer modista y le di una parte de las joyas para que ella también tuviera una buena vida. Pero resulta que, en lugar de gastárselas, lo guardó casi todo. ¡Ya me dirás tú!

—Cada día flipo más.

—Cuando descubrí las joyas, quise ir a las autoridades a devolverlas, pero Joanaina me frenó. Siempre recordaré sus palabras: «Si jugamos bien las cartas, serás libre».

—Ya ves, mi abuela clamando a la libertad y nunca se movió de aquí. ¡Ahora sí que flipo de verdad!

Francina la reprendió:

—No te equivoques, Margalida, tu abuela era mucho más libre de lo que tú te crees. Desde que murió tu abuelo, vivió como quiso. Para ella, ser libre no era ir al mar y andar de fiesta todo el día. De hecho, el mar solo lo vio una vez, cuando hacía de criada en Palma. Para ella, la libertad era seguir su camino sin tenerle que rendir cuentas a nadie y que nadie se las rindiera a ella, y acabar el día con la faena hecha y la conciencia tranquila.

—Pero ¿no crees que es todo lo contrario, Francina? ¿Que habría sido más libre si hubiera visto un poco de mundo? Por no tener, no tenía ni tele. Y solo puso teléfono cuando yo estaba fuera, que durante el primer año tenía que llamarte a ti cada domingo. ¿Te acuerdas?

Francina asintió con la cabeza, pero volvió a ponerse seria:

—Los de vuestra generación os pensáis que cuantas más cosas hagáis y cuantas más cosas tengáis, más felices seréis, pero vais muy equivocados.

—Lo que digo es que la abuela no salió nunca de su zona de confort y que quizá…

Las risotadas de Francina la interrumpieron:

—Si se llama «de confort» será por algo, ¿no? ¿Por qué tienes que salir, si estás bien y con-for-ta-da?

—¿Para avanzar?

—¿Hacia dónde, mi niña?

Margot calló pensativa. Todavía no tenía la respuesta. Por eso se había quedado en la isla. Pero empezaba a estar cansada de remover el pasado.

Margot dedicó el resto de la mañana a revelar las fotografías de las Gatas en el cementerio y, por la tarde, se sentó delante del ordenador para enviarles algunas a sus amigas. La primera, por Instagram privado, a Andreva, que justo en aquel momento discutía con sus padres y no oyó la notificación. Los había acompañado a la notaría y, al llevarlos de nuevo a su casa, le habían reprochado que tenía mala cara y que se tenía que arreglar un poco más, sobre todo para ir a sitios como «a lo del notario». Ella había intentado pasar por alto el reproche, como siempre, pero aquel día no supo medir el tono:

—¿Sabéis qué? Me voy, que tengo cosas más importantes que hacer que analizar si iba correcta o no.

—Tú siempre con tus secretitos —replicó su madre—. Si hace treinta años hubieras hablado más con nosotros, otro gallo cantaría.

Andreva no pudo más y rompió a llorar. Su padre la hizo sentarse.

—¿Qué te pasa? —Le puso una mano en el hombro—. Nos lo puedes explicar, ya lo sabes. Siempre nos has hecho sufrir, y siempre hemos salido adelante.

—Pero ¿qué os he hecho yo para haceros sufrir tanto? Me quedé embarazada de adolescente, de acuerdo. Fui una tonta, pero ¿y después? No he hecho nada más que ir detrás de vosotros para que me perdonarais aquel error y, aun así, siempre andáis con reproches. Siempre.

—No, si ahora encima le tendremos que dar las gracias —dijo su madre, sarcástica.

Andreva empezó a temblar y le salió por la boca todo lo que no había dicho en los últimos veinte años:

—No quiero que me deis las gracias. ¡Quiero que me pidáis perdón! —Silencio—. ¡Que nos obligasteis a tener la niña y a casarnos!

La madre se santiguó.

—Ay, que resulta que quería abortar.

—No, pero había otras maneras. ¡Que yo quería ser doctora, joder! —Y frenó con una mano a su padre, que ya iba a interrumpirla —. Ya lo sé, que aquí no se estudia Medicina, pero habría podido estudiar la diplomatura de Enfermería y quién sabe… ¡Joder! ¡Que me he sacado un máster en Dirección y Administración de Empresas teniendo a mis hijas pequeñas!

—¿Y quién cuidaba de las niñas mientras tanto? —Su madre, que siempre le echaba en cara que había sido ella la que había criado a sus hijas.

—Que sí, que os estoy superagradecida, ¡pero no era lo que quería ser! Siempre he hecho lo que vosotros habéis dicho… —Los sollozos no la dejaron continuar.

—Venga, que eso es agua pasada —intervino el padre—. ¿Qué es lo que te pasa ahora? ¿Es un problema de salud? —Andreva negó con la cabeza mientras se sonaba—. ¿Es por Toni?

—Ay, Dios mío, que ahora nos dirá que se separa.

Para la madre de Andreva, una separación en el siglo XXI todavía era un escándalo.

—¿Y no lo podéis arreglar?

—¡Que no es Toni!

—¿Y entonces qué es?

Andreva no aguantó más.

—Me hacen *mobbing* en el trabajo.

Su madre no tenía ni idea de qué era aquello, pero se sentía tan aliviada por que su hija no se separara que acercó una silla al lado de la de Andreva y le cogió la mano.

—¿Y eso qué es, hija? —dijo con voz amable.

—Que hay dos en el trabajo que me hacen la vida imposible.

—Acabáramos —sentenció el padre.

—Pero, Andreveta —dijo su madre, todavía sujetándole la mano —, si lo tienes todo: un buen empleo, un marido que te quiere, tres hijas preciosas, unas amigas que son un tesoro… ¡Si tendrías que darle gracias a Dios! Con la pobreza y el dolor que hay en el mundo, tú no tienes derecho a estar triste.

—Tu madre tiene razón, tienes que animarte.

Se hartó. Se secó las lágrimas, les dio un beso en la mejilla y se fue.

Ya estaba en la calle cuando vio el mensaje de Margot: «Eres maravillosa», le decía. Cuando abrió la imagen, los ojos le hicieron chiribitas. En el cementerio habían encontrado una silla vieja, la fotógrafa la había colocado con el respaldo hacia delante y la había hecho sentarse, con una pierna por aquí y otra por allá, con la blusa blanca con cuello de barca bien abierta y echada hacia atrás, de manera que se le veían los omóplatos. «Te comes la cámara, ¡te lo digo de verdad!», la había animado mientras disparaba desde todos los flancos. El resultado era una mujer segura que miraba al objetivo

con la cabeza ligeramente inclinada a la derecha, la barbilla alta y los ojos tan potentes que parecía que fueran a salirse de la pantalla. No pudo evitar soltar un: «¡Joder!». Era ella, con cuarenta y siete años. Tenía que reconducir su vida; no podía continuar siendo rehén de un embarazo de hacía más de treinta años ni de un trabajo que ya no quería. Llamó a Olga, que no le cogió el teléfono, y, como tenía miedo de desdecirse de aquel arrebato, le envió un whatsapp: «Amiga, denunciaré. Está decidido. Denunciaré. No dejes que me eche atrás».

Justo en aquel momento, Olga no estaba para animar a nadie. Había recibido la fotografía de Margot y había sido como si le clavaran una daga en el estómago: ¿qué hacía aquella señora en su pantalla? La foto era preciosa, sí, aparecía ella de medio cuerpo, vestida solo con un pañuelo de seda negra en el pecho mirando a la cámara por encima del hombro. Pero no se reconocía: «Esta no soy yo. ¿Dónde esta mi mirada implacable?». Olga siempre se quejaba de sus ojos, demasiado grandes, pero sabía que aquel verde le confería una belleza salvaje. De pequeña, su madre le decía que sonreía con los ojos y su padre siempre se los elogiaba. Así que desde muy niña los había domesticado: si quería transmitir sensación de alegría, los abría al máximo; si quería seducir, los cerraba un poco y, si quería parecer segura, miraba fijamente. No le hacía falta espejo. Hasta que la imagen de aquel día le mostró unos ojos transparentes, afligidos, pasables, unos ojos inexpresivos e inocuos. Era una mujer triste. Y vieja.

Buscó en Instagram una fotografía de hacía quince años. En su momento la había colgado en todos los perfiles de las redes sociales y le habían llovido los piropos. Acababan de contratarla en uno de los despachos más importantes de Mallorca, era joven, se sentía

imbatible, pletórica, casi inmortal. Ahora, en aquella imagen que le había enviado Margot, solo veía a un ser frágil. Aquella no era ella. Se fue al lavabo a mirarse al espejo, levantó la barbilla. No. No era la mujer de la foto. Volvió a llorar.

—¿Qué te pasa?

No había oído a Manu; si no, se habría enjugado las lágrimas y habría hecho como si nada.

—Nada. No pasa nada.

—Pues debes de haber hecho algo, para estar así.

Se sintió desnuda.

—Esto. —Y le alargó el móvil con la fotografía—. Esto es lo que me pasa. Que estoy horrible.

—Yo te veo bien, normal. Eres tú, ¿eh? No sé, con tu esencia y eso.

—¡Pues mira qué mierda de esencia! —Y le tendió la mano para que le devolviera el aparato.

—Va, no empieces a quejarte, Olga, que te pones insoportable. Es solo una foto, ya está. Cambia de chip, de verdad, que últimamente pareces un disco rayado. —Se deshizo el nudo de la corbata—. ¿Vas a ir así a la fiesta?

Olga había olvidado la fiesta de la amiga más estirada de todas las amigas de la infancia de su novio, que se celebraba en la terraza de un hotel de lujo del Marítimo, propiedad de la familia. Se imaginó rodeada de camareros con bandejas de canapés minúsculos y champán del caro, maquillada con los labios rojos y el pelo planchado, con la mano de Manu en la cintura de su vestido blanco escotado hasta el ombligo, sujetado a los pechos con tiras adhesivas y suelto hasta los pies. Espectacular. Hasta que toda aquella gente le viera la cara, aquella cara triste y de vieja que no podía quitarse de la cabeza. No se vio con fuerzas de ir.

—¿Qué pasa? No me digas que no quieres venir por esta chorrada. Mira que me da igual, ¿eh? De hecho, si vas a estar con esa cara larga, mejor que no vengas. Además, hoy habrá mucho alcohol. Parece que su padre ha comprado un contenedor de barco, repito, un contenedor de barco de Veuve Clicquot, ¿te imaginas?

—Cuidado, que aún haréis *balconing* y tendrá que llenar el contenedor de dinero para taparles la boca a los periodistas.

Manu se enfadó:

—Mira, creo que es mejor que no vengas porque aún nos aguarás la fiesta —dijo con sarcasmo—. Desde que no bebes, te has vuelto una amargada.

«O quizá es que hace dos años que no me tocas», pensó ella, molesta, pero prefirió no enzarzarse en la enésima discusión.

—Sí, tranquilo, me quedaré aquí, que prefiero estar bien mañana para ir a la piscina de tus padres. —Sería la primera vez que se perdería la salida de los Dimonis. Cuando oyó que se cerraba la puerta, dijo bajito—: Todo sea por salvar nuestra relación.

Pero lo que más le molestaba era que al día siguiente, por culpa de la comida con los padres de Manu, se perdería la glosa de Catalina, y eso la hacía sentir tan mal como aquella foto. Le envió otro mensaje de disculpa, aquel día ya le había enviado unos cuantos.

Catalina estaba en plena sesión sexual telemática cuando recibió dos mensajes privados. Abrió el de Margot y se distrajo con la fotografía.

—¡Qué artista! ¡Qué buena!

La fotógrafa le había hecho ponerse un camisón de encaje de Joanaina, la había colocado delante de un paraguas enorme de esos de color plateado y había encendido el foco de pie portátil. Entonces le pidió que se tocara la cara y la cabeza con las manos abiertas,

planas, primero con delicadeza y luego sin miramientos. El resultado era una mujer medio humana medio animal.

Se embobó tanto con la fotografía que su amante a distancia, el *telelover*, como habían empezado a llamarlo las Gatas, le llamó la atención:

—¿Qué pasa? —le preguntó—. ¿Tienes a otro o qué? Yo casi he acabado. —Y enfocó su miembro.

—Sí. Me parece que tenemos que acabar ya con esto.

—Eso digo yo, que me tienes aquí con el asta a punto de coronar.

—No, no digo esto. —Catalina se puso una camiseta—. Creo que de una vez por todas tenemos que rematarlo en directo y no volver a hacerlo nunca más.

El amante secreto acercó tanto la cara a la cámara que se le deformó.

—Hace tiempo que te lo digo, que tenemos que vernos en persona. ¿Estás segura?

—Sí. Pero después se tiene que acabar.

—De acuerdo —mintió él, que no tenía ninguna intención de dejar aquel juego—. Por mí, hoy mismo, ¿tú puedes? —El corazón le iba a mil.

—Sí. Liquidémoslo. Busca cualquier habitación a orillas del mar.

Una vez enviadas las tres fotografías, Margot se frotó los ojos. Las Gatas tenían planes, así que optó por ir al Cèntric. Al llegar se encontró al pintor solo en la terraza.

—¿Qué? ¿Ya tienes la maleta hecha?

—¿Maleta? ¿Eso qué es? —Le guiñó el ojo—. Si mi maleta se prepara en cinco minutos. He venido a despedirme de Miquel. ¿Te tomas una cervecita conmigo?

La fotógrafa se sentó con él y le explicó la idea que había tenido para la exposición.

—Me parece realmente buena, Margot. Tírate de cabeza.

—¿Sí? ¿Tú crees? Ay, por favor, ¡qué nervios! Ahora solo tengo que buscar más material.

Él se frotó la barbilla y miró el reloj.

—¿Tienes planes?

—Cero, estoy más libre que Belice.

Él rio:

—Pues quiero darte una cosa que creo que te encantará. ¿Te fías de mí?

—No mucho —bromeó—, pero hemos venido a arriesgarnos, ¿no?

35

ADELFA

Margot se volvió para desperezarse y de repente se dio cuenta de que aquel colchón de lana que la atrapaba como una nube y las sábanas de cuadros lilas no eran suyos.

«¡No, no, no!».

Primero se asustó, pero, al oír los pájaros fuera, sonrió y se desperezó como un gato. El olor a café que llegaba del piso inferior la hizo saltar de la cama. Abrió el armario de madera blanca, se puso la única camiseta que había colgada: gris, con el símbolo de la paz y llena de agujeros de colillas. Le llegaba hasta las rodillas. Descalza, bajó media escalera metálica.

—¿Y este olorcillo?

El pintor se volvió hacia ella.

—¿Te gustan las tostadas para desayunar? —le preguntó.

—Me gusta todo, pero antes necesito tomarme un café. —Acabó de bajar las escaleras—. Sabes que estás muy bueno, ¿no?

—Lo sé. Y tú sabes que no me catarás nunca, ¿verdad?

—Lo sé. —Y Margot se sentó en el banco de la barra de la cocina y se fijó en la maleta y la mochila, ya preparadas—. Me sabe mal que te vayas esta noche. —Y puso labios de tristeza.

El pintor le alargó una taza Duralex de vidrio verde cargada de café.

—¿Quieres un ibuprofeno para acompañarlo?

—¡No, qué va! Si casi no bebí. No me perdonaría ir con resaca al Dimoni Gat.

—Luego te acerco en coche. Y sobre todo. —La aleccionó con el dedo—. Recuerda que tienes que llamar a Llucia. Es muy buena, y gestiona galerías en Barcelona, Madrid y Bilbao. Es una excéntrica con pasta, pero muy maja. Y tiene muy buen ojo, pero no pierde el tiempo: solo te dará una oportunidad.

—Cuando tenga un poco de material, lo haré. Te lo prometo, pesado. —Margot miró el reloj—. ¿Nos vamos?

El pintor cargó el cuadro de una mariposa que le había regalado a Margot en el dos caballos que le había prestado la propietaria de la casa y la acompañó al Barracar. Se detuvo el tiempo justo y se despidió haciendo sonar el claxon una vez. Al verlo alejarse, ella se acordó del día que lo había intentado besar; le parecía que hacía una eternidad. Estaba tan emocionada por las fotos de la posible exposición y por la inminente Salida Rabiosa de los Dimonis que no reparó en un Volvo que estaba aparcado al otro lado de la calle, unos metros más adelante. Andaba rebuscando la llave en el bolso cuando una voz le congeló la respiración:

—Veo que los amantes continúan trayéndote en coche a casa.

Aldo cruzaba la calle. Margot se volvió con la esperanza de que no fuera él y la llave se le cayó al suelo. Él dio un salto para recogerla y se la quedó.

—Joder, parece que hayas visto un fantasma. ¿Qué? ¿Entramos?

—¿Qué haces aquí? —Margot hizo un esfuerzo por contener la voz.

—Pues resulta que —dijo mirando el reloj— hace dos horas y media que te espero en el coche. Porque dejar a alguien por videoconferencia es una salvajada, eso ya lo sabes, pero no tener los

huevos de hablar cara a cara casi un año después es de ser muy mala persona.

Margot intentó que la voz no le temblara:

—Aldo, si te vas a poner así, será mejor que te vayas. —Alargó el brazo para que le diera la llave—. Tenemos que hablar con calma, pero yo todavía no estoy preparada. Hoy no es un buen momento. —Intentaba mantener los nervios a raya.

—Ah, claro, los Dimonis. —Le cogió el brazo y se lo retorció—. No hay nada más importante que los putos Dimonis en este pueblo.

Dio una palmada en la persiana, muy cerca de ella.

—Te juro por Dios que, si no me dejas pasar, te vas a acordar toda tu vida. ¿Quieres montar un escándalo o qué? ¿Y que toda la calle vea que estás loca?

Dos jóvenes vestidos con la camiseta de los Dimonis salieron de una casa a mitad de la calle. Aldo levantó una mano para saludarlos.

—Eh, Aldo, ¿estás por aquí? —gritó uno de ellos.

—¡Sí, nos vemos en la Rabiosa! —respondió él, con su sonrisa perfecta—. Entonces ¿qué? ¿Abro o nos quedamos aquí fuera? —Giró la llave en el bombín y, al entrar, le estiró de la camiseta y cerró la puerta rápidamente—. ¿Qué te creías? ¿Que no te encontraría? Tendría que habérmelo imaginado, que te esconderías en este pueblo. ¿Y ese? ¿Quién era?

—Un pintor, hemos ido a buscar este cuadro. —Cogió el lienzo y se lo colocó como si fuera un escudo.

—A las nueve de la mañana, claro. —Y caminó hacia la puerta del corral, se mordió el puño y retrocedió—. Va, volvamos a comenzar. Solo quiero hablar. —Le acarició la barbilla—. Tomemos un café, a ti te encanta el café.

Margot pensó que, en la cocina, cogería un cuchillo para echarlo.

—Vale, pero no tengo mucho tiempo. Hoy es fiesta mayor y el pueblo está lleno de gente.

Aldo miró el reloj.

—Pero si los Dimonis no son hasta mediodía, tenemos tiempo de hablar. ¡Quién sabe! Quizá podamos ir juntos, como en los viejos tiempos.

—Aldo, no es buena idea. Ya hablaremos, quizá mañana, u otro día. Además, Francina vendrá de aquí a nada, que ayer quedamos.

—¿Ahora vas a los Dimonis con una vieja? —Soltó una risa forzada—. Va, no digas bobadas. —Y con un movimiento rápido la agarró por los hombros y la empujó contra la pared—: Hace tres horas que te espero ahí fuera mientras tú te follabas a un pintor de mierda.

Les sorprendió el ruido de la persiana, él la dejó de bloquear y se apartó. Era Francina.

—Ten, que ya está lista. —La vecina entró con la camiseta personalizada en las manos y se sorprendió al ver al recién llegado —. Uy, Aldo, ¿tú estás por aquí…?

—Sí, he llegado hoy por la mañana. Le quería dar una sorpresa. —Clavó los ojos en los de Margot: si hacía algún gesto raro o decía algo sospechoso, lo pagaría caro.

—¿Va todo bien? —Francina solo miraba a Margot.

Ella cogió la camiseta y le dio un beso para darle las gracias, pero Francina la notó fría y le dio mala espina.

—Oye, ¿por qué no vienes a buscar un poco de coca de cuarto? La acabo de sacar del horno y a Aldo le gusta mucho. O te gustaba, ¿no? —Ahora sí que lo miró. Y con un movimiento de ninja se llevó a Margot hacia fuera y le cerró la persiana en las narices a Aldo—. Ahora volvemos —gritó.

Francina hizo entrar a Margot hasta la cocina de su casa y, cogiéndola de las manos, le pidió que le dijera la verdad. Ella le contestó que se habían puesto un poco nerviosos los dos pero que todo estaba controlado. Sabía que Aldo aparecería en cualquier momento y no quería que Francina recibiera.

—¿Seguro? Mira, mi niña, no me engañes, ¿eh?

La anciana abrió un cajón, sacó un frasco de vidrio con un líquido turbio de elixir de adelfa y se lo metió en el bolsillo de los pantalones a Margot. Desde que Joanaina le había enseñado aquella infusión, preparaba de vez en cuando. Solo por tener a mano, porque no la había vuelto a utilizar, pero tampoco quería vivir con el miedo en el cuerpo.

—Si la cosa se pone fea, le echas unas gotas de esta medicina en el café. —Lo oyeron entrar y aceleró la explicación—. Solo unas gotas y ya está, tampoco te pases. Le dará sueño y ganarás tiempo.

—¡Ah! Aquí estáis. Me habéis dejado allí colgado como una sobrasada —dijo Aldo asomando la cara por la puerta.

Francina envolvió medio bizcocho en una servilleta de papel y le dio un beso en la frente a Margot.

—Y si necesitas que te haga algo más con la camiseta, me vienes a ver.

Aldo se avanzó para coger el dulce, le ofreció la mano a Margot para salir de la casa y se la apretó tanto que le crujió.

36

EL PREGÓN GLOSADO

Olga estaba en el balcón con el cigarrillo y el café con leche, absorta en otro crucero que llegaba al puerto de Palma. Pensó que, por las dimensiones, debía de ser como mínimo el *Wonder of the Seas*: «Pronto nos tirarán cacahuetes a los mallorquines». Un golpe seco dentro de casa la sobresaltó. Se volvió y vio a Manu, vestido solo con los pantalones de chándal cortos.

—Te has vuelto a dejar la puerta del microondas abierta. —Movía un cartón de leche por encima de su cabeza—. Y la leche, otra vez fuera. —Se detuvo a medio camino de la cocina y se volvió hacia ella —. ¡Y eso que anoche no saliste! De verdad, Olguita, no sé si te prefería cuando te emborrachabas, como mínimo prestabas más atención a las cosas.

«O tenía que pedir perdón», pensó ella, pero no lo dijo.

Soltó todo el humo, apagó el cigarrillo en el cenicero de la mesita del balcón y decidió que era mejor callarse e irse a la ducha. Pero, al entrar en la cocina para dejar la taza, no pudo reprimir una pregunta que hacía tiempo que le rondaba por la cabeza:

—Manu, ¿estás seguro de que te gusto?

La pregunta cayó en saco roto, porque él hablaba con su madre por los auriculares. Olga fue al vestidor y escogió dos prendas que aún tenían la etiqueta puesta: un bikini verde y dorado que se había comprado en las rebajas del año anterior y un vestido verde cruzado

con un escote de vértigo que lo dejaría entrever. Lo dejó todo encima de la cama, cortó la etiqueta del vestido y la puso sobre la mesita de noche, pero pensó que, si se la olvidaba allí, volverían a tener bronca, así que la tiró a la papelera del lavabo, que justo estaba llena, y si Manu veía que se desbordaba, tendrían follón. Sacó la bolsa, la llevó a la basura y dio gracias porque él ya no estuviera en la cocina. ¿En qué momento había empezado a esquivar a Manu? ¿En qué momento se había vuelto la mujer de la fotografía?

Mientras se duchaba intentó convencerse de que no pasaba nada por perderse los Dimonis una vez, ya habría más. No quería llegar de mal humor al chalé de sus suegros. A fin de cuentas, ellos no tenían la culpa de que aquel año el 23 de junio cayera en sábado. Aunque también habrían podido aceptar la invitación de ir a Sant Francesc, en lugar de responder que era una fiesta demasiado «de pueblo» o una «ruralada de cojones», como la había tildado Manu. Además, se veían casi cada fin de semana, tampoco habría pasado nada si Manu y ella se hubieran saltado la inauguración de la piscina. «Joder, que son las fiestas de mi pueblo». Cogió el guante de crin echando humo. Además, Manu sabía perfectamente que para ella el verano empezaba el día de la Salida Rabiosa de los Dimonis. Y aquel año se la perdería para ver la cara de culo de su cuñado, aguantar la cháchara de su suegra y las impertinencias de cuatro sobrinos malcriados. Empezó a frotarse la piel con furia hasta que vio que se estaba levantando la piel del muslo.

Oyó que Manu se estaba duchando en el otro lavabo. Suspiró, limpió el vaho del centro del espejo con el antebrazo y, con la cara húmeda por la crema, se acercó a su reflejo para aplicarse la primera capa de pintura. Era el ritual cubista de cada día: se miraba por partes y, hasta que no completaba el maquillaje, no quería saber

nada de aquel rostro. Sombra de ojos, difuminador, lápiz de ojos, tapaojeras, base fluida, polvos, gel para las cejas, colorete, rizador de pestañas, rímel, iluminador y pintalabios. Beso en el aire, y ya se podía mirar a la cara. Ya era ella. Proyectó la mirada, abrió los ojos, probó una risa perfecta para las fotos de aquel día, volvió a mirarse. Sacó el móvil. Buscó el retrato que le había hecho Margot. Eran los mismos: «Putos ojos tristes». Y por primera vez en todos aquellos años de convivencia se rebeló: se puso unos tejanos y la camiseta de los Dimonis que había comprado, porque las tenía todas desde hacía catorce años, y se calzó las zapatillas Axel Arigato blancas y rosas. Embutió en una bolsa de deporte el vestido verde, unas sandalias doradas planas, otra muda de tejanos y una camiseta con la boca de los Rolling y se fue hacia el otro cuarto de baño, de donde Manu salía con una toalla enroscada a la cintura:

—¿Adónde vas?

—Me voy al Dimoni, Manu. Mi mejor amiga hace el pregón glosado de la Salida Rabiosa y parece que tú no lo entiendas. Y mañana comeré con mi padre y mi madre: son las fiestas del pueblo y no me las quiero perder. Si quieres venir: arroz *brut* y lechona al horno. —Nada de hacerle pollo porque el cochinillo le parecía grasiento—. Y si no, a freír espárragos.

—¿Qué dices? ¿Estás loca?

«Ya estamos con el "loca"». Pero no lo dijo.

—No, Manu, no lo estoy. Sencillamente quiero hacer lo que me apetece. No pasa nada por estar un día separados, pero creo que tienes que reflexionar sobre si de verdad te gusto, porque últimamente parece que todo lo que hago te irrita. —Cuanto más hablaba, más descargada se sentía—. Y yo también tengo que pensar en si me gusta la vida que tenemos.

—Si te vas así…

—¿Qué? ¿Qué pasará? ¿Que no puedo volver? Pues no volveré. Si nuestra relación solo se basa en ir a las comidas y las cenas de tu familia, quizá es que ya se ha agotado todo lo que teníamos.

—Olguita, piénsatelo bien, que desde que no bebes estás muy excitada.

No le respondió. Le dio un beso en los labios, como si besara a un maniquí, agarró la mochila impermeable de los Dimonis del año anterior y las llaves y se fue. Dentro del coche, notó que tenía el corazón desbocado, así que respiró hondo unas cuantas veces. Antes de encender el motor, les envió un mensaje a las Gatas para avisar de que iba:

«Espero que en Can Roca me hagan sitio para comer».

«Pero ¿ha pasado algo?», Catalina rezó por que su respuesta fuera negativa. Con los nervios que tenía por las glosas solo le faltaba que Olga hubiera tenido alguna desgracia.

«Nada, ya os lo contaré».

Olga puso *Duc es dimoni dins jo* a todo volumen. Solo quería llegar y abrazar a sus amigas. Al cabo de treinta y siete minutos ya estaba en casa de sus padres para dejar la bolsa, y al cabo de tres cuartos de hora, en casa de Margot. Todavía faltaba una hora para que empezara el vermut endemoniado.

Le extrañó que su amiga tuviera la puerta abierta. Era la única de todas que cerraba: «Es la inercia de Barcelona», se excusaba ella.

—¿Margot? —alzó la voz para que saliera.

Cuando la vio aparecer, blanca como si hubiera visto al diablo, desgreñada y con una camiseta llena de agujeros de colilla, la abrazó.

—¡Cariño! ¿Qué ha pasado?

Margot se echó a llorar.

—Ay, Olga, ay, que no puedo respirar —le dijo con una mano en el pecho.

—Pero ¿qué pasa?

Olga cogió la mano que le ofrecía su amiga y, cuando llegó al umbral de la puerta de la cocina, se detuvo.

—Pero ¿qué ha pasado?

Había un hombre aturdido con medio cuerpo sobre la mesa camilla, con la cabeza entre los brazos y encima de un charco de café que goteaba en el suelo. Olga siguió a Margot hasta la otra parte de la cocina y, cuando le vio la cara, dio un salto atrás.

—¿Y este? —preguntó mirando a su amiga, que lloraba apoyada sobre el mármol de la cocina—. ¿Qué hace aquí Aldo? ¿Qué hace? ¿Está dormido?

—No, no, no, no… —Margot lo decía con las manos en la cara y su amiga se las apartó.

—Pero ¿qué hace? ¿Se ha drogado? —Pasó las manos por delante de la cara de Aldo—. ¿Eo? Hija, de verdad, ¿qué pasa? Me estoy poniendo nerviosa.

—Me parece… —dijo cogiendo aire por la boca—, me parece que está muerto.

—Cómo cojones va a estar muerto. ¿Has mirado si respira?

—No.

—Pues sería importante, para saber si está fiambre o no —la riñó.

Olga estaba convencida de que Aldo tenía un mal viaje. No era la primera vez que lo veía drogado. Le cogió la muñeca, pero, solo con el roce, el brazo cayó por su propio peso. Pegó un grito y se tapó la boca. Parecía estar muerto.

A estas, Andreva, a quien ni siquiera habían oído entrar, asomó la nariz por la puerta.

—¿Qué hace aquí este? ¿Va drogado? —Se detuvo para pensar unos segundos—. ¿Para qué ha venido? ¿Estaba previsto?

Margot negó con la cabeza y volvió a romperse.

—Chicas, que lo he matado. Está muerto. ¿No lo veis? —Y se limpiaba con el pañuelo, que ya era más un hilo de papel que otra cosa.

—¡Qué va a estar muerto!

Andreva lo zarandeó con tanta fuerza que Aldo cayó de lado al suelo. Se dio un golpe en la cabeza y empezó a sangrar.

—Si no lo estaba, ahora quizá sí que lo está —observó Olga—. Mira que llegas a ser bruta, ¿eh?

La abogada se acercó para ponerle los dedos en el cuello y, justo en aquel momento, Aldo se despertó y le agarró el tobillo. Margot, por instinto, se fue corriendo al fondo de la cocina, y Andreva, también por instinto, le pegó un puntapié en la mano con la que se aferraba al pie de su amiga.

—¿Qué me habéis hecho, malas putas? ¡Os mataré! —Había empezado gritando, pero acabó la frase mascullando: se notaba que iba drogado y se medio desmayó otra vez.

Margot estaba hecha un ovillo en un rincón de la cocina, protegiéndose la cabeza con los brazos, no podía moverse ni dejar de llorar. Andreva, obsesionada con la limpieza, le enrolló la cabeza a Aldo en dos trapos de cocina y se fue a buscar la fregona. Olga hizo sentarse a Margot en una silla, lejos de Aldo, y le dio un vaso de agua. Esperó unos minutos, animándola para que bebiera un poco más, pero cuando vio que ya tenía suficiente, le pidió explicaciones:

—Mira, Margot, hace tiempo que sabemos que nos ocultas algo. —Andreva iba asintiendo mientras fregaba—. Lo hemos dejado pasar porque pensábamos que lo tenías controlado, pero esto ya pasa de la raya. —Levantó el tono—: ¿Nos quieres decir de una vez que ha

pasado con este? —Fue a pegarle un golpe en la espalda a Aldo, pero Andreva la frenó con la fregona.

—Venga, no vayas a ensuciar más ahora, tú también.

—Tonta, no le iba a pegar fuerte. Bueno, Margot, ¿qué ha pasado?

Margot empezó por el principio: por las agresiones en Barcelona y las vejaciones posteriores, el viaje a México y los empujones de aquella mañana.

—Es que me he asustado mucho, Gatas, estaba muerta de miedo.

—Pues claro. —Olga se inclinó para abrazarla—. Pero eso no explica qué hace medio muerto en el suelo de la cocina. —Abogada hasta el final.

Cuando se habían sentado a desayunar aquella mañana con la coca de cuarto, él había vuelto con la matraca de que era una salvajada que lo hubiera dejado a distancia y había seguido criticando el curso de fotografía.

—¿Qué te creías? ¿Que eras la reina de las ópticas porque les dabas clase a cuatro modernos del Raval? ¿Qué pensabas? ¿Que eras…, que eras… —buscaba el nombre de algún fotógrafo reconocido, pero no sabía ninguno— una crac? ¿Qué has hecho tú de provecho en todo este tiempo? —Margot había clavado la vista en la taza de café; era verdad que no tenía ningún proyecto con cara y ojos—. Si es que cae por su propio peso. Y mira si soy buen tío, que hablé con los de la agencia y, si vuelves, te recibirán con los brazos abiertos.

¿Que había hecho qué?

—Es que no quiero volver, Aldo —consiguió decir una Margot temblorosa.

—No hace falta que sea hoy. Pasamos las fiestas tranquilos. Yo todavía no he comprado el billete de vuelta y me puedo ir a un hotel, si lo prefieres. Te espero el tiempo que haga falta, pero aquí. No tengo que trabajar.

—¿Qué ha pasado? ¿Tienes vacaciones?

—No. He dejado el trabajo. Eran unos mierdas que no sabían valorar lo que tenían, putos ineptos, que les jodan.

Lo habían echado por haberles gritado a dos trabajadoras y haberlas hecho llorar delante de todo el equipo. Ya encontrarían a otro: «Das una patada y salen diez reyes del marketing», le habían dicho.

—Margot. —Aldo le había puesto la mano derecha encima de la suya, pero ella la había apartado—. Margot, joder, ¿no puedes ni darme la mano?

—Es que no, Aldo, no insistas más. Ya te dije que era definitivo.

—¿Y quién lo decide, eso? ¿Tú solita? Algún derecho debo tener yo, ¿no? ¿O es que tu cerebrito no da para más? —Y le quiso dar unos toquecitos en la sien, como había hecho centenares de veces, pero ella se levantó.

—Basta. Vete. Por favor, no lo empeoremos.

Aldo también se había levantado, había tirado la silla al suelo, la había cogido por el cuello y le había acercado la cara a dos centímetros de la suya.

—Me haces daño, Aldo, y aquí la puerta está abierta.

—¿Me estás amenazando? —preguntó, y fue a cerrarla.

En ese punto de la confesión, tanto a Olga como a Andreva les caían lágrimas de rabia, de impotencia y de culpabilidad por no haber intuido nada. En cambio, Margot iba descargándose; cuantos más detalles daba, más los revivía, pero una vez que habían salido se convertían automáticamente en pasado. Siguió relatando:

—Cuando ha salido de la cocina, he buscado el móvil para llamaros, pero me he acordado de que el bolso se me había caído en la entrada. Y cuando he oído que cerraba con llave, he pensado que no saldría viva de aquí y le he echado en la taza casi todo el líquido que me había dado Francina. Lo he hecho sin pensar, os lo juro. Cuando ha acabado de remojar el bizcocho en el café con leche, se ha desplomado, me he asustado y he ido a buscar a Francina, pero, cuando he salido a la calle, me lo he pensado mejor y entonces habéis llegado vosotras.

Oyeron la voz de Catalina:

—Bueno, que ya me sé todas las glosas de memoria, y eso que las puedo leer… —Cuando vio el estropicio se le cayeron al suelo las hojas que llevaba—. Pero ¿qué cojones hace este hombre de esta suerte?

Margot se enjugó las lágrimas. Le dijeron que ya se lo explicarían y que se fuera a dar el pregón tranquila, pero se negó: ella no iba a ninguna parte sin las Gatas.

—Joder, chicas, ¡sois las únicas que me hace ilusión que lo oigáis!

Olga le dio la razón. Sería muy raro que no fueran. A Andreva, a quien el hecho de poner orden y limpiar le aclaraba las ideas, se le ocurrió un plan:

—Yo le daría dos o tres orfidales, le taparía la boca con cinta aislante, lo ataría y lo llevaría a la habitación de la entrada. Lo dejamos dormir y, después de comer, antes de que salgan los Dimonis, volvemos, lo reanimamos e intentamos hacerlo entrar en razón.

—Pues no sé si tengo cuerdas, chicas. —Margot era una negada para hacer cualquier tipo de bricolaje.

Catalina miró el reloj, aún faltaba una hora para el pregón. Les pidió que arrastraran el fardo hasta la habitación y que la esperaran.

Volvió de su casa con tres haces de cuerda. Entre las cuatro subieron a Aldo a la cama y la glosadora empezó a enrollarlo con la cuerda, que iba sujetando con nudos y más nudos. El resto, al verla tan resuelta, la dejaron hacer y, al cabo de poco, les vino la misma imagen:

—¿Perdona? Titi, esto son los nudos de aquello que vimos en la cena. ¿Cómo se llamaba?

Margot pareció despertar de la catatonia:

—Shibari.

Catalina apretó los labios y arqueó las cejas:

—Todo el mundo tiene ases en la manga.

Le dieron media vuelta a Aldo y Catalina siguió atándole los brazos y las muñecas. Apretaba las cuerdas con toda su fuerza y Aldo ni se inmutaba. Volvieron a comprobar si respiraba:

—Afirmativo —dijo Andreva.

Y se fueron las cuatro hacia la plaza de la iglesia cogidas por la cintura para notarse las unas a las otras. Cuando llegaron, la gente estalló en aplausos al reconocer a la pregonera, que no tuvo tiempo de saludar a nadie, porque ya la esperaban en el escenario y, milagro, se hizo el silencio. Catalina arrancó. Al principio le temblaba la voz, pero miraba a sus amigas, que sonreían, aplaudían y la vitoreaban al acabar cada estrofa, y siguió muy segura de sí misma hasta la ovación final, que duró unos minutos, con gritos de: «¡El demonio no da miedo! ¡El demonio no da miedo!».

Al bajar del tablado, las cuatro se dirigieron a la barra.

—Cuatro pomadas —pidió Catalina con el brazo en alto.

—¿Pomadas? —protestó Margot—. Yo no he comido nada desde… —Hizo una pausa—. Ni me acuerdo. —El desayuno con el pintor le parecía de otra vida.

—¡He dicho que pomadas y no se hable más! —Se bebió la suya de un trago, dejó caer la cabeza hacia atrás y dijo: «Aaaaaah».

—¿Y ahora nos pones cuatro cañas? —Esta vez era Olga.

—¿No habías dejado la bebida? —preguntó Andreva, que controlaba más la salud de sus amigas que la suya propia.

—¡En casa de mi suegra, agua! ¡Venga, una caña!

Y se volvieron a abrazar por los hombros, como si fueran un equipo, mientras esperaban que les rellenaran los vasos de plástico. En un momento u otro a todas les venía a la cabeza el follón que tenían en el Barracar o, mejor dicho, el hombre que tenían maniatado en el Barracar. Andreva intentó desviar el pensamiento hacia otra parte:

—Por cierto, ¿qué ha pasado con Manu?

Olga dio un buen trago.

—Que me he ido, que le he dicho que no quería perderme los Dimonis con vosotras para ir a una piscina que puedo ver cada día.

—¿Y ya está? —Margot necesitaba quitarse de la cabeza los flashes de Aldo.

—¡Uy, no! —Le dio otro trago a la cerveza, que después de tantos meses se le subía a la cabeza—. Se ha enfadado como una mona. Y me ha insinuado que, si me iba, no hacía falta que volviera.

—Ay. —Margot la abrazó—. ¡Suerte que has venido!

—Sí, está claro que hoy hago más servicio aquí que en casa de mis suegros. —E imitó a la madre de Manu—: «¿Te gusta nuestra piscina? Yo no soy de nadar, si acaso de entrar y salir, ¡pero nos ha quedado tan bien! ¿No te parece que nos ha quedado muy bien?». —Se echaron todas a reír y ella hizo el gesto de vomitar—. Es muy fuerte que prefiera el negocio este que nos traemos entre manos que estar en una piscina.

Bailaron con los vasos y los sombreros en el aire, fingiendo que no pasaba nada hasta la hora de comer. «Ya lo arreglaremos después», se decían la una a la otra cuando se veían al límite por los remordimientos. No habían conseguido otro sitio en el restaurante, que estaba a reventar, pero Olga no quiso que cambiaran de planes, prefería ir al Barracar a controlar. Quedaron que las otras irían para allí a la hora del café.

Entró en casa de Margot a oscuras y, cuando encendió la luz, ahogó un grito con las manos en la boca. Ahora sí que estaba muerto.

Que Catalina hubiera hecho dos sesiones de shibari no la convertía en una experta, así que cuando Aldo se había medio despertado, se había movido, había conseguido desatarse los brazos y las piernas y se había levantado. Las cuerdas se habían aflojado, pero él no era consciente de que le rodeaban todo el cuerpo, había dado un paso más largo de lo que le permitían y había perdido el equilibrio, con tanta mala pata que había caído de espaldas y se había desnucado con la esquina de la cómoda.

La abogada le acercó la oreja a la boca. Estaba bien muerto.

37

SALIDA RABIOSA

Las tres amigas llegaron a casa una hora después. Habían aprovechado la algarabía de los jóvenes durante el postre, cuando habían empezado a tirarse agua y cubitos de hielo, para marcharse. Encontraron a Olga sentada en una silla de enea a la entrada, pensando en el modo de salir de aquel lío. No había tocado nada de «la escena del crimen» y, de vez en cuando, miraba los ojos abiertos de par en par de Aldo, hasta que se los cerró, protegiéndose la mano con un pañuelo.

—¿Qué cojones ha pasado? —preguntó Andreva esquivando un hilillo de sangre.

—Me lo he encontrado así al llegar. Se ve que ha conseguido desatarse y debe de haberse tropezado y se ha dado con el pico de la cómoda. —Se frotó la frente—. Y se ha vuelto a abrir la herida de esta mañana.

Catalina se había tapado la cara. Como asistenta social, había visto golpes de toda clase, pero nunca un muerto. No quería que aquel fuera el primero.

Andreva estaba a punto de ir a buscar la fregona cuando el himno del Barça las sobresaltó. Era el teléfono del difunto. Se agachó para cogerlo, pero la abogada la frenó.

—¡No! —gritó—. Que lo haga Margot. —La fotógrafa imploró que no con la cabeza, volvía a tener la cara llena de mocos y lágrimas—.

Sí, cariño —la abogada endulzó el tono—, si vamos a la policía solo tienen que encontrar tus huellas.

Silencio.

—Sí, sí, llamemos a la Guardia Civil —dijo Catalina, que se había dado media vuelta—. Y se lo contamos todo, es lo mejor.

—¿Tú has visto cómo está este hombre? —exclamó Andreva—. Bueno, de espaldas no lo puedes ver, pero las cuerdas le han hecho llagas. ¿Qué decimos? ¿Que primero lo hemos envenenado y que, como no estaba muerto, lo hemos encerrado y torturado para ir de fiesta? Bravo.

—No, si encima tendré yo la culpa. —Catalina torció solo medio cuerpo para defenderse—. Me habéis dicho que apretara la cuerda bien fuerte. Pues bien fuerte.

—Y ni siquiera así ha bastado —observó la abogada con tono de reproche.

—Pues haberle dado más pastillas.

—No se trata de culpas —intervino Andreva—, se trata de encontrar la mejor solución.

Margot estaba arrodillada cerca de Aldo, con su móvil en la mano, que había dejado de sonar.

—Lo contaré todo.

—Ahora ya es tarde. Cuando estaba medio turbio aún, cariño, pero a estas alturas nadie te libra de un homicidio, y costará mucho demostrar que no ha sido premeditado. Y como no denunciaste malos tratos… —Olga rugió—. Es que los malos tratos hay que denunciarlos, ¡joder! —dijo más alto de lo que quería.

—¿Perdón? ¿Qué quiere decir con lo de que te maltrató? —Catalina se volvió a medias, esta vez con las manos a cada lado de la cara para hacerse pantalla y ver solo a Margot, pero como esta estaba arrodillada al lado de Aldo, por fuerza tuvo que enfocar al

muerto—. No, si al final el primer muerto que habré visto —dijo volviéndose del todo— será un hijo de puta. ¿Este cabrón te pegó?

—Ahora no es el momento. —Andreva ya había vuelto con los bártulos de fregar—. Ya te lo contaremos. Olga tiene razón. Si vamos a las autoridades, te meterán en la cárcel. Y, joder, ¡nosotras no lo hemos matado!

—Tenemos que hacerlo desaparecer. No hay otra salida —sentenció Olga.

—Y mientras pensamos cómo, tenemos que actuar como si nada. —Andreva ya removía el agua del cubo de fregar con tanta lejía que mareaba—. ¿Este suelo se puede fregar con lejía, Margot?

Volvió a sonar el teléfono y convencieron a Margot para que cogiera la mano de su ex e hiciera coincidir el pulgar con el recuadrito de la pantalla para desbloquearlo.

—¡Me cago en Dios! ¡Tiene veinticinco llamadas y diez whats de su madre! —se sorprendió Andreva, que se había inclinado por detrás de su amiga y miraba desde arriba la pantalla.

—Caramba. Qué pesadita es la mujer, es peor que la madre de Manu —criticó Olga.

—No, pobre, que es buena persona —dijo Margot, todavía conmocionada.

Olga se puso unos guantes de látex que Andreva había encontrado bajo el fregadero de la cocina y le escribió un mensaje a la madre de Aldo, como si fuera él: que estaba muy cansado del viaje, que se había quedado dormido y que ya enviaría fotos del Dimoni al grupo familiar.

—Putos grupos familiares… Yo al de la familia de Manu le prendería fuego.

—Por cierto, ¿qué os ha pasado? —preguntó Catalina.

—Nada, ya te lo explicaré.

—Vaya, hoy debe de ser el día de los secretos. Pues cuando queráis, ya me lo contaréis todo. —Y se cruzó de brazos, molesta.

—A ver, que esta mujer me ha contestado y me pregunta si iré a la fiesta de cincuenta años de su hermano mayor.

Miraron todas a Margot.

—Sí, es en quince días, el diez de julio.

Respondió que seguramente asistiría, pero que, como estaba seguro de que haría las paces con Margot, quizá se fueran a Formentera unos días, de escapada romántica.

—No, no escribas «romántica». Él no lo escribiría.

—De acuerdo. Ahora me riñe. —Y leyó la respuesta de la madre de Aldo—: «Podéis venir los dos y hacer la escapada luego, caray, que es tu hermano».

Él, o sea Olga, respondió que no sufriera, que haría todo lo posible, y que se tenía que ir a la ducha y a la fiesta. Nada de enviar besos ni emoticonos porque Aldo tampoco solía hacerlo, señaló Margot.

Las Gatas le pusieron una contraseña numérica al teléfono del muerto y arrastraron el cadáver hasta el lavabo, que no era demasiado espacioso. Le metieron la cabeza en el plato de la ducha, siguiendo las órdenes de Andreva: «Si le queda sangre, que se vaya por el desagüe», y Catalina, a la que ya le daba igual ver un muerto que quince, lo empujó con un pie para acabar de meterlo en el cubículo.

—Hija mía, ya que hacías la reforma habrías podido ampliar este lavabo.

—Hija mía —imitando el tono de Catalina—, es que solo es un aseo. El baño principal está en el piso de arriba —se defendió Margot.

Andreva les repartió un Lexatin a cada una y ella se tragó dos —desde que tenía ataques de ansiedad, su bolso parecía el dispensario de la planta de psicología de un hospital— y se puso a fregar. Olga y Margot pusieron al día a Catalina, que al acabar de oír el relato se fue a la despensa y salió con una botella de coñac.

—No me digas que solo tienes esto —le echó en cara agitando la botella en el aire.

—Tía, ¿qué quieres? En casa, yo no bebo. Y da gracias, porque la trajo Francina para cocinar. —Sus amigas la miraron con cara de reproche—. Sí, cuando viene a comer, cocina ella.

—Pues si solo hay esto, esto será. —Catalina se llenó un vaso de coñac y se lo bebió de un solo trago—. ¿Alguien quiere?

Todas levantaron la mano.

Olga había ideado una estrategia. Como los Dimonis daban dos vueltas al pueblo, en la primera se separarían. Andreva, que nunca llevaba bolso y a menudo le daba el móvil a alguien para que se lo guardara, se lo dejaría a una de sus hijas. Catalina, que llevaba un terminal del año de la picor al que siempre se le acababa la batería, lo apagaría. Las dos recorrerían la primera vuelta juntas, harían fotos con el teléfono de Aldo, colgarían una en su perfil de Instagram. «Solo una», recalcó la abogada. Y después apagarían el teléfono del muerto. Durante esa primera vuelta, Margot y Olga harían la ronda por la plaza del Cèntric, hablando con unos y con otros, como si se hubieran rezagado saludando a conocidos. Se encontrarían todas en la subida de la calle Mayor y darían la segunda vuelta juntas, como si nada. A media noche, en cuanto estallara la primera palmera pirotécnica, pondrían en marcha la segunda parte del plan.

Sellaron el pacto con otro chupito de coñac y subieron abrazadas por la calle Mayor. Hicieron un alto en el Bar del Mig a rellenar los

vasos de pomada y llegaron al ayuntamiento. Todavía faltaba media hora para que salieran los Dimonis, rabiosos. El corazón les iba a mil por hora y se abrieron paso hasta la primera corona de gente, la de los jóvenes. Andreva aprovechó para pedirle a Cesqueta que le guardara el móvil y gritaron juntas: «Cuerno verde» y «El demonio no da miedo». Cada vez estaban más apretados y ya se habían integrado en aquella marea cuando un toquecito en el hombro de Margot las hizo volverse a todas. Era Matarina.

—¿Dónde te has dejado a Aldo?

Escalofrío general. Andreva se amorró al vaso de pomada, aunque estaba vacío.

—¿Aldo? —respondió la fotógrafa.

—Sí, lo he saludado bien temprano esta mañana. Debían de ser las siete, conducía vuestro coche, uno negro, ¿no es verdad? —Margot asintió con la cabeza—. Pues eso, que me ha saludado de lejos con la mano.

Catalina se volvió hacia Andreva:

—¿Me puedes decir qué cojones hace esta despierta a las siete de la mañana un sábado festivo?

Su amiga le respondió con un codazo en las costillas para que se callara.

—Ah, sí, venía de Almúnia, del barco —improvisó Margot—. Como no tenía tique para la comida, se ha ido a descansar. De hecho —dijo echando un vistazo a su alrededor, los jóvenes saltaban eufóricos delante de la puerta del ayuntamiento, ya no cabía ni un alfiler—, de hecho, es raro que no esté por aquí, pero ya sabes cómo va esto: hoy te encuentras y te pierdes todo el rato.

—Ah, muy bien. Entonces ¿volvéis a estar juntos? —preguntó ella, sin perder el hilo.

—No, no, qué va. Ha venido para ver el Dimoni, que siempre le ha gustado, y para traerme el coche.

Se hizo un silencio y Matarina verbalizó lo que todas habían pensado:

—¿El coche? Pero si siempre dices que no te gusta conducir.

Margot estrujó el bote de la tisana medio vacío que todavía llevaba en los pantalones cortos: «Si te despistas, te tiro lo que me queda en el vaso», e intentó esbozar un argumento creíble.

—Sí, pero voy con el 206 de mi vecina y ya es hora de que tenga mi propio coche. Además, que tenemos que empezar a hacer el reparto, después de la separación.

—Ah, pues, mira, me ha parecido verlo tan contento que me había hecho ilusiones de que os hubierais reconciliado.

—Nada más lejos de la realidad —se le escapó a Catalina, que se ganó otro codazo en las costillas.

—No, no, qué va: él se quedará el piso de Barcelona y a mí me va mejor tener el coche, ni que sea para venderlo y comprarme uno más pequeño.

Matarina se colocó el índice en el pómulo y el pulgar bajo la barbilla. Eso significaba que no se iría ni con aguarrás, así que Margot, fuera por un ataque de lucidez o porque iba colocada de Lexatin con pomada, decidió que para quitársela de encima tenía que soltar información más suculenta.

—¿Sabes qué pasa? Que he decidido quedarme a vivir aquí y me conviene más vender el coche y quedarme el dinero que me toque de su parte del piso.

Matarina abrió la boca:

—¿Qué dices! ¡No lo sabía!

—Ni tú ni nadie. Podría decirse que lo he decidido hace dos minutos. —Margot forzó una risa mientras el resto de sus amigas le

seguían el juego asintiendo con la cabeza.

Entre que tenía pescado fresco y que la banda de las cornamusas y los flautines había empezado a tocar las dos canciones previas a la Salida Rabiosa, Matarina se fue.

—Madre mía, pensaba que no se iría nunca —suspiró Catalina.

A las siete y cinco vieron la Salida desde el ayuntamiento, y después se dispersaron, tal como habían quedado. En la segunda vuelta se encontraron, corrieron delante de los demonios, se hicieron fotos, les tocaron el cascabel que llevaban en el culo, las bestias las persiguieron y les llenaron las piernas de moretones. Al final del recorrido encontraron a la hija mayor de Andreva y a Tomeu:

—Me han dicho que te quedas definitivamente en Sant Francesc —le dijo el profesor de batería a Margot, lo que suscitó una sonrisa pícara de Fina.

«¡Mierda! Fina sabe lo de la aventura de Fin de Año», pensó Margot, en lugar de celebrar, como las otras, que Matarina ya había corrido la voz de que se quedaba a vivir en el pueblo.

Eran las nueve y todavía tenían que esperar hasta las doce, así que Catalina propuso ir a cenar a la plaza, donde estaban las paraditas de la feria y las de comida, como hacían siempre.

—Si no comemos algo, se nos va a caer el alma a los pies. Yo estoy más muerta que aquel y todavía lo tenemos que enterrar. Además, no podemos desaparecer así como así.

Margot las abrazó a todas:

—Gracias. No sé qué haría sin vosotras.

—Venga, va. No digas tonterías. ¿Qué llevamos tatuado? —Y Olga enseñó el antebrazo con el diseño que se habían hecho una noche de fiesta en Barcelona: #Forever con una huella de gato—. Pues eso.

Cenaron y, cuando dieron las doce y todos los vecinos iban a ver los fuegos artificiales al campo, ellas partieron en sentido contrario, hacia el Barracar. Tenían que excavar un hoyo entre el granado pequeño y el níspero.

38

EL GRANADO

Margot se asustó al despertarse en la cama y ver a Olga a su lado. Miró el móvil, era casi la una del mediodía. Tenía la boca pastosa.

Se levantó para beber agua y las imágenes de la madrugada anterior se le aparecieron como en una película: las cuatro arrastrando a Aldo hasta el jardín, escavando y excavando hasta que el hoyo fue lo bastante hondo para que cupiera el cadáver, y cómo, al tirar el cuerpo, había quedado en posición fetal sobre las raíces del granado pequeño.

—Mira, así tendrá abono para unos cuantos años —había sentenciado Catalina, que ya se había sentado en el suelo—. No le eches más, que he leído que demasiado adobo sobreestimula.

—Tú sí que estás sobreestimulada —le había contestado Andreva, de pie, con los brazos en jarras y la respiración acelerada.

—¡Suerte que es la noche más larga del año! —Olga, sentada al lado de Margot, las dos con las piernas cruzadas.

—¡La más corta! Pareces tonta. ¡Eres de ciudad hasta para eso! —había exclamado Andreva—. El sol saldrá de aquí a nada y nosotras ya deberíamos estar cada una en su casa.

Le había ofrecido la mano a Catalina y había tirado de ella para que se levantara y la siguiera.

—A mí me ha parecido la más larga de mi vida —había dicho Margot.

Olga le había cogido la mano.

—Yo me quedo contigo, ya he avisado a mis padres y a Manu. —Y dirigiéndose a las otras dos—: Hablamos mañana, Gatas.

Margot volvió a mirar el iPhone: ya era la una del mediodía. Se puso una camiseta con la silueta de Nadia Comaneci haciendo un vuelo acrobático, se preparó un café con leche y salió al jardín. Pisoteó la tierra removida con los pies descalzos y esparció las malas hierbas que había segado hacía unos días y que todavía estaban dentro del canasto de goma.

—La policía no vendrá por ahora —dijo Olga detrás de ella, como si le leyera el pensamiento—. Si Pol, que tiene conocidos en el aeropuerto, nos ayuda, la despistaremos.

—Sí, después lo llamaré. ¿Y qué hago con Francina? No le puedo mentir.

—No lo sé. Eso depende de la confianza que le tengas, pero yo, a una mujer mayor y que te quiere tanto, se lo ahorraría. Intenta disimular hoy en la comida. Y le cuentas que te quedas, que ya circula por el pueblo. Tengo que reconocer que estuviste muy bien con Matarina.

—¿Y tú qué harás con Manu?

—No lo sé. Ya lo veré. No tengo ganas de discutir. —Olga se acabó de dos sorbos el café y se despidió.

Margot se quedó en la cocina removiendo la bebida. No le entraba nada. Llamó a Pol, pero debía de haber acabado tarde la verbena de San Juan, así que le envió un mensaje de voz.

«¿Qué? ¿*Hangover* total? Yo no puedo con mi alma, pero estuvo muy bien. Los Dimonis, magníficos, como siempre, y este año con heridas de guerra».

Le envió la fotografía de sus piernas llenas de moratones, de los latigazos de los Dimonis, según la versión oficial que había colgado

en Instagram hacía unos segundos. Se puso unos Levi's cortos de un rosa desteñido, una camiseta blanca y se apresuró para acompañar a Francina a buscar la lechona al horno. Francina atribuyó la poca cháchara de la joven a la resaca. Lo único que le explicó es que Aldo se había ido a un hotel y que ella se quedaría con el coche.

—Míralo por el lado bueno, ahora ya no te cogeré prestado el 206, y tú puedes usar este siempre que quieras. —Señaló el Volvo negro aparcado allí mismo, donde lo había dejado Aldo—. Bueno, hasta que lo venda, porque lo encuentro demasiado grande. Si con lo que me saque me puedo comprar un 500, seré la mujer más feliz de la Tierra. —Por un momento, se creyó aquel cuento.

Francina se quedó convencida solo a medias, pero como la repasó de arriba abajo y no vio más signos de violencia que las marcas del Dimoni, lo dejó estar.

A las cuatro y media en punto, las Gatas estaban sentadas en una mesa del Cèntric. Los jóvenes se enseñaban sus trofeos en forma de cardenales, chichones y arañazos fruto de los latigazos, todo el mundo se paraba a felicitar a Catalina por las glosas y Matarina se desplazaba de corrillo en corrillo metiendo el dedo en la llaga.

—¿Cómo está tu hija? ¡Llevaba un buen pedal, Fina!

Andreva ni se molestó en responder: no estaba de humor. Asintió y ya está.

—¿Y Aldo? Sí que se fue pronto, ¿no?

—Sí, debía de dar una vuelta solo. ¿Lo viste? —preguntó Margot arriesgándose.

—Sí, nos saludamos de lejos, con la mano, pero muy de lejos. Había tanta gente que era imposible hablar con todo el mundo.

Las cuatro callaron, admiradas por la necesidad de Matarina de transferir información, fuera cierta o inventada. Cuando se alejó,

Catalina estalló:

—Puta Bàrbara Matarina —dijo entre susurros—, siempre la excusamos porque es buena persona y ayuda a todo el mundo, pero de diez cosas que dice, ¡siete son mentira!

Olga añadió en voz baja:

—Que lo vaya explicando, lo de que vio a Aldo, que a nosotras nos va de perlas.

Miquel se acercó con los cafés.

—¡Ep! Matarina dice que Aldo estaba por aquí, ¿es verdad? —Como siempre, se preguntó y se respondió él solo—: Yo no lo vi. Bueno, yo tuve mucho lío, estuve en danza hasta las dos. Qué ganas tengo de que se acaben ya las fiestas.

—Va, no te quejes, que seguro que has hecho una buena caja —lo picó Catalina.

Como el bar no se vaciaba, las Gatas decidieron ir a dar una vuelta para hablar con tranquilidad.

—¿Cómo estáis? —preguntó Andreva.

—A mí me parece que fue una película —contestó Catalina.

—Y a mí que pasó hace años. —Margot se detuvo—. Es curioso, porque desde que estoy aquí tengo esa sensación.

Andreva rebuscó en el bolso y sacó un montón de orfidales y lexatines.

—Escoge. —Margot rechazó la oferta con la mano—. Yo esta mañana me he tenido que encerrar en el lavabo varias veces porque todo me daba vueltas, pero he decidido que ¡a la mierda! No quiero estar mal por ese energúmeno.

—Gatas —la fotógrafa lo dijo gritando con el móvil en la mano—, Pol me ha contestado.

—¡Ya era hora! —saltó Olga—, tan amigo, tan amigo, pero responde cuando le sale de los cataplines.

El auxiliar de vuelo le comentaba la foto de las piernas llagadas: «Sois tan rurales que dais miedo. ¿Tú sabes la marca que te dejará eso? Perdona que no haya contestado antes. Resaca máxima».

—Está de resaca, bocazas. —Margot, defendiendo a Pol; y siguió escribiendo.

«O sea, que la coca estaba buena».

«Buenísima».

«La de chicharrones, empanado, que ya sabes que es la única que me gusta. ¿Me traes un trocito mañana? ¿Sigue en pie la comida o te han cambiado el *planning*?».

«No, *darling,* como cada lunes desde hace un mes llego a primera hora».

«Pues pido mesa en el Bungalow, así estamos cerca del aeropuerto. Ay, pero si cierran los lunes».

«No. Este año no cierran y ya he reservado, *darling*. ¿Qué te crees? ¿Qué a estas alturas de junio puedes andar improvisando por Mallorca? *My God*».

—Ya está. Ya he quedado con él. Tú vienes conmigo, ¿no? —le preguntó a Olga.

Si Olga ya estaba celosa de Pol, durante la comida en el Bungalow todavía se puso más porque se evidenció que él sí que sabía todos los detalles del maltrato que había sufrido Margot e incluso presumía de haberse llevado a «su» amiga a México y de haberla animado para que cortara con aquel «desgraciado» por videoconferencia. A él no le supo mal que estuviera muerto.

—Porque tú no lo has hecho —le soltó Margot con los ojos vidriosos.

—Técnicamente, vosotras tampoco. —Le cogió la ma-no—. Mira, querida, estoy tranquilo porque, si no, te habría matado, o a ti o a la siguiente mujer. —Pol se llevó una pata de cigala a la boca—. ¡Cómo

me gusta chupar! —Ellas no rieron: tenían todo el arroz en el plato, estaban demasiado preocupadas por cerrar el caso—. Ey, que yo a partir de ahora estoy con el agua al cuello como vosotras, así que un poco de calma. Todo saldrá bien. —Le arrancó otra pata al crustáceo —. De hecho, me parece que habéis tenido una gran idea.

Las hizo brindar con cava y, justo en aquel momento, le llegó una nota de voz.

—¡Hecho! Mi Buhito —hablaba de un chico del personal de tierra con quien tenía un idilio— tiene turno de noche. Reservad un billete a nombre de Aldo en el vuelo de las 22:10 a Barcelona, mejor que sea un asiento de las filas del medio y ventanilla, y haced la reserva desde su móvil. Cuando lo hayáis comprado, me pasas la tarjeta de embarque, también desde su móvil. Durante el embarque, yo me colocaré cerca de Buhito y, en un momento u otro, pasaré el código de barras por el escáner para que conste que ha embarcado. No habrá ningún problema. Además, seguro que algún otro pasajero de la fila, si ven que la ventanilla está vacía, ocupará su asiento.

—Gracias, de verdad. Tengo tanta suerte de teneros. No os merezco —no paraba de repetir Margot.

Se despidieron. Olga volvió al trabajo y Margot compró un billete para aquella misma noche desde el móvil del muerto. Por la tarde, las Gatas quedaron en el Cèntric para debatir qué hacer con aquel teléfono. Catalina, que era ecologista, no aceptó tirarlo al mar:

—Sí, claro, toda la mierda allí… Digo yo que habrá más sitios, ¿no?

—Las fiestas os han pasado factura, ¿eh? —les dijo Miquel, que llegaba con cuatro infusiones.

—Hablábamos de los residuos que se tiran al mar. —Catalina sacó una raíz de jengibre del bolso—. ¿Me cortas una rodajita, por favor? —Todas la miraron como si hubiera perdido la cabeza—. ¿Qué

pasa? Da energía y es depurativo. Después de todo lo que hemos comido y bebido, a vosotras también os convendría.

Miquel abrió los brazos.

—Pues solo me faltaba a mí eso. ¿La próxima vez qué harás? ¿Traerás el termo con tu infusión? —Todas rieron y Miquel cogió el bulbo y se dirigió a la barra—. ¿Cuatro rodajas?

—¡Sí, para todas! —respondió Catalina.

Su objetivo era tener al camarero entretenido un rato con las tisanas y el jengibre para poder hablar con tranquilidad, pero aquel hombre era un rayo y volvió enseguida. Andreva se inventó que la clase de su hija pequeña escribía un cuento policiaco y que el malo tenía que deshacerse de un móvil.

—Qué cosas más raras les hacen escribir, Dios mío —se quejó el camarero—. Hombre, lo más fácil es tirarlo al mar, ¿no?

—¡Ya estamos con el mar!

—Pero… —Miquel se había apoyado en la mesa de al lado, que estaba vacía—. Y si la corriente lo lleva a la orilla, ¿qué? Yo creo que le daría un martillazo y cada vez que pasara el camión de la basura tiraría un trozo y listos. —Se levantó—. Bueno, ¿queréis algo más o ya me puedo ir?

El camarero no esperó la respuesta y desapareció. Las Gatas estaban tan cansadas de no dormir y de pensar y repensar en todo lo que había pasado que dieron la idea de Miquel por buena. Al cabo de media hora hacían las particiones del móvil en el Barracar. Al día siguiente, a primera hora, Pol le escribió el mensaje que esperaban a Margot:

«*Darling*, la paella me ha sentado fatal, ayer cuando llegué a Barcelona eché hasta el último trozo de gamba. ¿Vosotras estáis bien?».

Respiró aliviada y, tal como habían acordado con el resto de las Gatas, intentó que aquel día fuera como cualquier otro. Pero no tuvo nada de normal: ella se encerró y no salió de casa; a Catalina le dio un pronto y rompió con el telemático; Andreva fue al médico a pedir la baja y luego se fue al despacho de Olga a preparar la denuncia por acoso laboral, y Olga aprovechó que Manu siempre comía fuera para pasar por casa y llenar dos maletas de ropa. Se trasladaba a Sant Francesc.

A primera hora de la tarde, Margot miró la pantalla del teléfono. Era la enésima llamada que recibía de aquel número desconocido y larguísimo. No se había atrevido a descolgar por miedo a que fuera la policía, pero la curiosidad le pudo:

—¿Sí?

—¿Margot?

—Sí. Soy yo. ¿Con quién hablo?

—Soy Llucia. ¿Te va bien que nos veamos esta tarde? —El pintor tenía razón con lo de que la marchante no perdía el tiempo.

La fotógrafa llevaba dos cafés cuando Llucia llegó al local donde habían quedado, en el centro de Palma. No la había visto nunca, pero no tuvo ninguna duda de que era ella: avanzaba con parsimonia, encaramada a unas plataformas exageradas y con el brazo doblado hacia arriba para sostener el bolso Birkin. Calculó que tendría entre sesenta y setenta años, llevaba el pelo corto y teñido de dos colores: media cabeza negra y la otra media violeta; vestía un mono fluido de color crema que se veía a simple vista que era caro: «Eso no es poliéster».

La marchante de arte se detuvo un momento antes de entrar al jardín del local, se bajó un poco las gafas, que tenían forma de ojo de gato, y fue directa hacia ella. Cuando se aseguró de que era Margot, pidió un Dry Martini.

—¿Quieres uno?

Margot dudó un momento.

—Que sean dos.

Fueron al grano. La fotógrafa le entregó la memoria de su exposición y una selección de las fotografías que había hecho aquellos días. Llucia las contempló un buen rato mientras chupaba una patilla de las gafas.

—Me gusta. Tiene fuerza y un buen mensaje detrás. ¿Cuándo crees que podrías tener todo el material? Podríamos empezar por Madrid, en septiembre. En Barcelona tengo toda la programación completa hasta junio que viene, pero podríamos enlazar las dos capitales. ¿Cómo lo ves?

—Eeeeh —balbuceó Margot, todavía procesándolo.

—No te preocupes, que no tendrás que organizar nada. Mi equipo se encargará de toda la intendencia. Tú solo tienes que dedicarte a hacer buenas fotografías.

Margot tosió, casi se atraganta con las aceitunas del combinado. Tenía la sensación de ser una impostora, de que todo aquello le quedaba grande, pero enseguida pensó que no se le volvería a presentar una oportunidad como aquella. Aceptó, sin creérselo todavía.

—Muy bien. Acostumbro a equivocarme un 0,1 por ciento de las veces. —Apuró la copa—. Y ahora que hemos atado el trato —solía salpicar las conversaciones con expresiones coloquiales—, tengo que confesarte algo.

«Ahora viene la parte mala».

—Tenía muchas ganas de conocerte porque tu abuela nos salvó la vida a mi madre y a mí.

—Últimamente estoy descubriendo tantas cosas de Joanaina, que ya nada me sorprende. ¿Y cómo fue?

Llucia le explicó que su madre, Elionor, Leo, estaba casada con un general franquista inhumano y que, cuando huyó, su abuela y Francina las refugiaron en un convento de monjas. Durante aquella época había conocido a sor Aurèlia, que era una apasionada del arte y se explayaba explicándole todo lo que sabía de escultura, pintura y arquitectura. Al cabo de tres años huyeron de la isla, querían ir a Francia, pero al llegar a Barcelona encontraron a su padre biológico, Mateu Xipoter, «que ya se veía que era un encantador de serpientes y volvió a engatusar a mi madre». El viaje a Francia se truncó, pero, en cuanto pudieron, sus padres la enviaron a estudiar a un internado de París y se había quedado allí a hacer la carrera y a vivir.

—¿Y dónde están ellos ahora?

—Mi madre murió cuando yo tenía veinticuatro años, de cáncer. Y al cabo de poco, demasiado poco, él volvió a casarse con una mujer que podría ser mi hermana. —Guardó unos segundos de silencio—. Un encantador de serpientes, ya te lo he dicho. Murió hace años.

Margot se maldijo por preguntar demasiado.

—Lo siento.

Llucia hizo una carantoña con los labios hacia abajo.

—¡No pasa nada! La vida es así, tenemos que aprender a soltar lastre. No lo digo por mi padre, en paz descanse, pero cuanto más ligera vas para hacer camino, mejor. —Y cambió de tema—: Y por eso tenemos que darnos prisa en montar esta exposición, ¡porque las protagonistas de las fotografías se merecen verla!

Le hizo una señal al camarero para que le trajera otro Dry Martini.

39

ESPERANZA

Llegó un julio sofocante. Los meteorólogos afirmaban que no se recordaba un inicio de mes tan caluroso. Margot salía a correr cada día a las siete en punto para evitar sudar tanto. Cada mañana corría once kilómetros y, en aquellos cincuenta minutos largos, mientras oía música de una lista aleatoria, dejaba entrar y salir todas las imágenes que le llegaban al cerebro. La paliza de Aldo en el piso de Barcelona se mezclaba con su cuerpo tumbado en el suelo del Barracar y con las fotografías que le había entregado a Llucia. Corría y la culpa se volvía rabia; la rabia, esperanza; la esperanza, temor, y todo se le drenaba a través de los poros.

Se había impuesto correr once kilómetros y no diez, como hacía antes, por una sugerencia de Andreva: para subir el estado de ánimo, tenían que cambiar las pequeñas rutinas, por más que les gustaran. Si te bebías un quintito al llegar a casa, ahora había que tomarse una copa de vino; si normalmente te quedabas dormida en el sofá viendo una serie, ahora tenías que leer una novela en la cama; si las pastillas de melanina no hacían efecto, ella tenía una amiga en el hospital que les recetaría algo más fuerte; si corrías diez kilómetros, ahora tenías que hacer nueve u once, y si tenías la costumbre de hacer la misma ruta, ahora tenías que cambiarla. Al final todo se convertía en una rutina que no servía demasiado, pero

ninguna Gata se atrevió a llevarle la contraria a aquella mujer empoderada gracias a la denuncia que había tramitado.

Aquel lunes, quince días después de la supuesta partida de Aldo, Margot decidió aumentar la carrera a trece kilómetros. Todavía no había regresado a casa cuando una mujer rubia con una coleta alta y un hombre moreno llamaron a la puerta de su casa. Olga, todavía en pijama porque se había tomado el día libre, les abrió.

—Buenos días, ¿en qué les puedo ayudar?

Cuando la pareja vestida de paisano se identificó con la placa, la abogada se sintió aliviada: «Por fin lo buscan». Prefería saber en qué estadio del caso se encontraban a la incertidumbre.

—¿Margalida Serra?

—No. No está. Soy su compañera. ¿Les puedo ayudar en algo?

La mujer le respondió:

—¿A qué hora cree que llegará?

Olga miró el reloj.

—Hace una hora que ha salido a correr, no puede tardar demasiado, pero yo tengo que irme al trabajo, que llego tarde —mintió—. Si me dicen de qué se trata, yo misma se lo comento.

—No —se negó la policía, seca—. Es una cuestión que tenemos que hablar con ella.

En aquel momento llegó la corredora, roja y empapada en sudor. Olga se avanzó:

—Mira, Margot, son agentes de la policía. —La mujer de la coleta la miró mal—. Quieren hablar contigo. ¿Dónde has ido, que has tardado tanto? —añadió para darle tiempo a reaccionar.

—¿Qué ha pasado? —El corazón se le aceleró—. Siéntense. Si no les molesta, voy a coger algo de beber, que vengo de correr y estoy abrasada. —Tenía que salir de escena como fuera.

—Vaya. —La policía, seria—. Solo queremos hacerle algunas preguntas sobre el Volvo que está aparcado aquí delante.

Margot desapareció en la cocina para poder respirar hondo y Olga la siguió.

—Cíñete a la versión que acordamos y no hables demasiado, que cuando te pones nerviosa pareces una metralleta. Yo me quedo aquí detrás vigilando —le dijo muy flojito.

Margot salió y le dio un trago al zumo de arándanos que le provocó una mueca. Siempre bebía zumo de naranja, pero, con la teoría de Andreva, todo eran pruebas. Agarró el vaso con las dos manos para que no se notara que estaba temblando. Los agentes le pidieron las llaves para registrar el coche, abrieron el maletero, la guantera, comprobaron los papeles y vieron que estaba a su nombre. Ella les explicó que el Volvo había sido un capricho de Aldo, pero que el banco no le había concedido el crédito porque entonces estaba en el paro y que, para evitar jaleos, lo pusieron todo a su nombre.

—Cuando nos separamos, me daba con la cabeza en la pared, pero al final fue una buena decisión, porque ahora ha sido más fácil hacer el reparto. Él se quedará el piso y yo el bólido. —Dio un golpecito en el capó del Volvo—. Pero lo pondré a la venta, porque es demasiado grande para mí.

—Muy bien, pero de momento no lo venda —le ordenó la mujer.

—¿Y eso? ¿Hay alguna multa pendiente? Mía no puede ser, no hace ni un mes que está aquí, casi no lo he cogido, y voy a paso de tortuga. Si hay alguna multa, pueden creerme, no es mía. No está bien hablar mal de las exparejas, pero todos lo sabemos, se lo pueden preguntar a cualquiera que les responderá lo mismo, que a mi ex le gusta —se esforzaba por hablar en presente de Aldo— pisar el acelerador. ¡Eh! Que con eso no quiero decir que conduzca mal. Al

contrario, hizo unos cursos en el RACC y, si algo sabe hacer, es conducir.

—No, no es cosa de multas y no hace falta que nos dé tantos detalles —la cortó el hombre, que no tenía tanta paciencia como la mujer.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—¿A quién?

—A su ex.

Margot respondió enseguida que el día de San Juan; para el gusto de Olga, lo dijo demasiado rápido, pero siendo una fecha tan señalada en el pueblo, podía pasar. La abogada mantenía la calma, pero le parecía que el interrogatorio se estaba alargando demasiado y, cuando le preguntaron si habían discutido, se puso nerviosa.

—Buf, sí, es una historia larga, pero sí, básicamente está enfadado porque corté con él por videoconferencia y hace unos días se presentó aquí para intentar arreglar las cosas.

—Mujer, es que por videoconferencia… —El agente se ganó un codazo de la mujer policía y calló.

—Y después de la discusión, ¿qué pasó?

—Fui con mis amigas a ver el pregón y la salida del Dimoni. Como él no había dormido, se quedó descansando. —Hizo ver que pensaba—: No me dirá que lo buscan por las bolsitas que lleva a veces. —E hizo un gesto con la mano quitándole hierro—. Sé seguro que son para consumo personal. Aunque, si le piden, ¿qué quieren que haga? Es un tío generoso.

Margot se estaba pasando, en ningún momento habían hablado de hacerlo pasar por traficante, pensó Olga, y decidió intervenir.

—Perdonen que me entrometa, pero, además de amiga de Margot, soy abogada y no acabo de entender esta visita. Exactamente, ¿por qué están aquí?

Los agentes tuvieron que explicar que Aldo había desaparecido.

—¡Qué dicen!

Margot hizo un aspaviento que se le quedó a medias. Y la abogada aprovechó la fisura que había abierto su amiga hacía un momento:

—Pues creo, y esto lo digo como persona de la calle y no como abogada, que sería mejor que fueran a pedir señas por Valencia. Iba muy a menudo, y más de una vez volvía con mucho material para consumo propio, ustedes ya me entienden. —Miró a Margot fingiendo paternalismo—: Hija, creo que eres la única del pueblo que no se enteraba.

Era cierto, de vez en cuando Aldo había vendido cocaína en el Cèntric. Él se excusaba diciendo que los publicistas siempre llevan encima, pero las Gatas, todas salvo Margot, sospechaban que hacía negocio. Una vez lanzada la acusación, Olga invitó a los agentes a continuar el interrogatorio en dependencias policiales, pero ellos respondieron que de momento ya tenían suficiente. Por mucho que su exsuegra la hubiera acusado de «bruja» por haberlo «dejado por videoconferencia», habían descartado a Margot como sospechosa porque, según la investigación:

- El sujeto había cogido un avión hacia Barcelona y a partir de ahí se le había perdido la pista.
- El último año y medio había saltado de trabajo en trabajo, y del último lo habían echado por haber intimidado a dos trabajadoras.
- Estaba en tres listas de morosos: por impago de una escúter, por una factura de teléfono y por otro coche.
- Había puesto una motocicleta de gran cilindrada a nombre de la pareja que tenía antes de Margot y, al acabarse la relación, se había negado a pagar el resto de las letras.

- Tenía cinco multas por diversos conceptos pendientes de pagar.
- Tenía un expediente abierto por suplantación de identidad en las redes sociales por enturbiar la reputación de la jefa de gabinete de un *exconseller* para quien había trabajado hacía años.
- Habían encontrado cocaína para dar y vender en su piso.
- Los vecinos del 4.º 2.ª denunciaban que le habían llamado al orden varias veces porque alquilaba el piso ilegalmente a turistas que montaban fiestas y no les dejaban dormir.
- Una testigo, llamada Bàrbara y conocida en el pueblo como Matarina, aseguraba que lo había visto la vigilia de San Juan a primera hora y en el Dimoni.
- Después de visitar a su ex, se había confirmado que vendía cocaína en el pueblo esporádicamente.

Al día siguiente de la visita a Sant Francesc pasaron el expediente de aquel tipo a sus colegas de Barcelona. Allí ya no podían hacer nada más.

40

LECHONA AL HORNO

Margot alzó la copa a contraluz para comprobar que estuviera impecable. La dejó sobre la mesa y puso recto un cuchillo. Le encantaban aquellas copas de cava chatas que le recordaban a las películas de los años cincuenta. Cogió cuatro granadas cerradas del jardín, les clavó el banderín con el nombre de cada invitada y las dejó entre los platos y los vasos. Se alejó un poco, bajo el emparrado, para tener una visión general de la mesa preparada en el corral, y sonrió.

El olor a lechona que desprendía el horno de leña la hizo retrotraerse en el tiempo. Se vio de niña, en una de tantas comidas con Francina y Joanaina. Primero, revoloteando al lado de la vecina mientras ponía la mesa, y después de comer, enfadada porque la obligaban a echar la siesta aunque no tuviera sueño: «Pues cierra los ojos y ya te vendrá». También se vio algo mayor, cuando ya estudiaba en Barcelona y los domingos que comían juntas se acortaban y, justo después de comer, salía corriendo hacia el aeropuerto y no volvía hasta al cabo de los meses, sintiéndose culpable por ser una mala nieta. Poco a poco, Joanaina fue menguando. Cuando cumplió cien años, una comitiva encabezada por el alcalde le llevó una ensaimada con velas y toda la calle las sopló. Pero ella no estaba. Le costaría perdonarse. Al cabo de dos

meses, Joanaina se fue de este mundo tal como había llegado: sin hacer ruido.

Mientras ponía la mesa, Margot lamentaba no haberla conocido a fondo.

—Ave María, ¿estáis ahí?

Se alegró de oír a Francina.

—¿Adónde quieres que vayamos, si tenemos al animal en el horno?

Era un reproche cariñoso y se abrazaron.

—¿Te imaginas que me viera preparando una lechona al horno?

Si la veía, desde donde estuviera, su abuela sonreiría, haría que sí con la cabeza unas cuantas veces y acto seguido se iría a acabar los mil trabajos que tendría en danza.

—Lástima que las granadas este año aún no estén a punto. Más adelante me enseñarás a preparar la salsa para la lechona, ¿eh? —Abrazó a Francina de lado y se quedaron unos segundos mirando el horno—. ¿Seguro que no te quieres quedar a comer con nosotras?

—No, mi niña, que hoy he quedado con Fernando y aún no descarto pasar a mayores.

—Francina, ya te dije que no quiero saber nada de ese tema.

—De verdad que eres más antigua que yo.

Las sorprendió Olga, que parecía salida de una revista: la piel brillante, la raya de los ojos perfecta, el pelo cayéndole en cascada, se había puesto una falda plisada marrón que le llegaba a media pierna, unas sandalias del mismo color, idéntico, y una camiseta blanca por dentro, de talla grande, con la inscripción: «It's not you. It's your grammar», que hizo reír a Margot.

—¡Qué buena! ¡Yo quiero una igual!

La abogada hizo el signo de victoria.

—Ay, hijas, os pediría que me explicarais la gracia, pero tengo prisa.

Francina abrió el horno para echarle un vistazo al cochinillo, las alertó de que solo le faltaban unos minutos y se fue. En la puerta tropezó con Andreva y Catalina, que llegaban con entrantes y unas botellas de cava.

—Venga, que me parece que tendréis comida para una semana, con tanta cosa.

—¿No te quieres quedar con nosotras? ¡Te hacemos un hueco en la mesa encantadas! —Catalina era la que más confianza le tenía.

—No. Tengo otros asuntos. ¡Pasáoslo muy bien!

Durante el aperitivo, con dos copas de cava y la boca llena, Catalina disparó:

—¿Os puedo hacer una pregunta? —Silencio afirmativo—. ¿Pensáis mucho? —Y señaló el granado con la barbilla.

—Cada día —respondió Margot—, cada puto día. —Se quedó en silencio, pensativa, y las amigas lo respetaron.

Era cierto, el sentimiento de culpa la carcomía: ¿y si no le hubiera echado tantas gotas? ¿Y si hubiera sabido aguantar más? ¿Y si se hubiera ido la primera vez que le pegó? ¿Y si hubiera confiado en sus amigas enseguida? ¿Y si hubiera acudido a los Mossos? Entonces le venían la presión en el pecho, la dificultad para respirar y la imagen de Aldo en el suelo. Se acordaba de sus ojos, que al principio la habían enamorado y que al final solo desprendían odio: «puta, puta, puta». Después de todo eso, fuera la hora que fuera, se vestía rápido para ir a correr y lo dejaba salir todo. Cuando llegaba a casa hacía unos estiramientos en la entrada y miraba la fotografía que le habían hecho sus amigas en el cementerio, medio en broma, mirando al cielo con los ojos cobardes, llenos de miedo al qué dirán,

a fracasar, a decepcionar. Finalmente, bajo la ducha, se decidía a sobreponerse. Podía ser culpable, pero no era una asesina.

—Y me lo repito cada día: «no eres una asesina, no eres una asesina», y me siento un poco más liberada. —Las miró a todas—. Y en deuda con vosotras.

—Mujer, ¡ya lo puedes estar! Cuando seas rica y famosa, nos pagas las hipotecas y en paces —bromeó Catalina, que sentía aversión por las escenas sentimentales.

—No seas tonta. A lo hecho, pecho. Nos implicamos porque quisimos, porque te queremos y porque siempre estaremos juntas, pase lo que pase —dijo Andreva, solemne.

Cortó un trozo de corteza y se la comió. Hacía crec crec.

—Esta lechona está de muerte. Va, brindemos por nosotras, titis, y porque a partir de ahora no haya secretos.

—Pues empieza por ti y explica a qué te dedicarás a partir de septiembre. —Olga le sacó la lengua.

—¡Es verdad! —Y volvió a alzar la copa—. ¡Brindemos por la nueva tendera de Porto Moloc!

Andreva había aceptado el jugoso cheque que le había ofrecido Víctor por dejar el trabajo y no ir a juicio. A Olga le supo mal no luchar en un pleito, pero sabía que su amiga lo pasaría mal, que los testigos podían cambiar de versión en el último momento por miedo a perder el trabajo y que, en función del juez, el camino se podía torcer y acabar en nada. Así que cuando su amiga le dijo que quería el dinero, no la presionó. Provista del cojín económico, Andreva se había matriculado en Enfermería por las tardes, y por las mañanas ayudaría a su suegra en la tienda de suvenires. Con Toni, las cosas seguían como siempre. Sabía que su matrimonio se acabaría algún día, pero todavía no estaba preparada, quizá cuando la pequeña

fuera mayor de edad o cuando ya no le diera tanto miedo la soledad. Estaba cansada de preguntarse si era feliz.

—Brindo por esta abogada. —Andreva ya tenía los ojos brillantes —. Tendríais que haberle visto la cara al hijo de puta cuando lo citó en el bufete. Fue épico.

Brindaron con las copas.

—Tu caso, aunque no llegáramos a juicio, es uno de los que más me reconfortan. Estoy cansada de defender a estafadores y asesinos.

—No te preocupes. De momento, la policía todavía no ha venido a esposarme —dijo Margot.

—Ya sabes que no lo decía por ti, cariño, pero a veces no entiendo qué he hecho con mi vida. Ya sé que tengo un buen trabajo, pero yo estudié Derecho para defender causas justas y me he convertido en todo lo contrario.

—Gata, si abres tu propio bufete —dijo Catalina—, te pasaré todos los casos de la ONG. No estarías de brazos cruzados.

—Serías una laboralista espectacular.

Quizá fuera por el cava, pero aquella idea nuca le había parecido tan factible. Aun así, prefirió pasar la patata caliente:

—Va, Catalina, ¿qué es lo que no te deja dormir a ti?

Quizá fuera por las burbujas, pero la poeta estalló:

—¿A mí? Que nos sintamos culpables y avergonzadas de todo. Culpables si nos vamos a la cama con un hombre casado, culpables si subimos al piso de uno y al final no rematamos la faena, y sucias si nos lo dejamos hacer. Culpables si abortamos, avergonzadas si perdemos al niño. Invisibles a los cincuenta… ¡Eso! ¡Eso es lo que no me deja dormir!

La última frase la dijo gritando y se levantó con tanta energía que casi tira la silla al suelo.

—Venga, ¿no habías dicho que tenías pastel de pobre de postre?

Y se hicieron una fotografía con temporizador en la que ninguna de las cuatro salió bien: Margot, tronchándose de risa; Catalina, con un trozo de pastel en la boca; Olga, en medio de un aspaviento porque se había tirado el gin-tonic por encima, y Andreva con los ojos cerrados, la cabeza inclinada y sonrisa de pánfila. Era la peor fotografía que se habían hecho nunca, pero todas se la enmarcaron.

Margot la puso en la mesita del recibidor del ático de Madrid que le pagaba Llucia durante los meses de la exposición. Cada vez que entraba y salía las saludaba: «Hola, Gatas», «Adiós, Gatas».

A las nueve y media de la segunda noche en Madrid sonó el interfono. Era el mensajero de la agencia de comunicación, que le llevaba el catálogo. Esperó a que se fuera para abrirlo, rasgó el papel de estraza por la mitad, sacó el libro y besó la cubierta. Allí estaba Joanaina, montada en su carruaje, con el pañuelo negro y los ojos de alfiler. Inmortal. Recorrió con las yemas de los dedos la mirada desafiante de la pastora. Acarició a Francina, encaramada a la escalera, y agradeció que la vieja Pereta la hubiera removido tanto por dentro horneando aquellas empanadas. Cerró el catálogo y releyó el título de la exposición:

Tiempo de granadas.

Y su nombre impreso:

Margot Serra.

Tamborileó con los dedos sobre la mesa mientras miraba por la ventana sin enfocar nada en concreto y llamó a la agencia:

—No. Poned Margalida. Margalida Serra.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Eva y Carlota por animarme a escribir, a Pilar por confiar en mí, a Anna y Antònia por ser las primeras lectoras y estar tan pendientes de esta aventura. A Marta y Marga, las «Cusses», por ayudarme a superar el miedo y demostrarme cada día qué es la amistad incondicional. Gracias a mi madre por los recuerdos y por darme alas, a mi hermana Joana por estar siempre, a María Magdalena, MM, por ser mi confidente y creer en un mundo lleno de arte. A mi abuela, por la inspiración y por enseñarme tantas cosas sin decir nada. A Joana por la receta de la salsa de granada. Gracias a todas las mujeres de mi vida. Y gracias a mi padre por la pasión de leer.

Notas

3. EL CÈNTRIC

* *Porcella rostida* es el nombre mallorquín de este plato de la gastronomía tradicional balear. Se trata de una receta mallorquina imprescindible en las grandes celebraciones y, especialmente, durante las fiestas de Navidad y Año Nuevo. *(N. de la T.)*

** El arroz *brut* es un plato típico de la gastronomía tradicional de Mallorca. Es un arroz caldoso con especias que admite diferentes variaciones según la zona y la temporada. Su nombre, que se traduce literalmente como «arroz sucio», hace referencia al aspecto turbio y oscuro del caldo, resultado de la «picada» que se añade al final de la cocción y que incluye ingredientes como hígado, sobrasada y especias tradicionales. *(N. de la T.)*

Tiempo de granadas
Caterina Karmany i Jaume

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de colección: © Júlia Gaspar
Diseño de la cubierta: Planeta Art i Disseny

Diseño y maquetación, Lunwerg 2026

© Caterina Karmany Jaume, 2024
Derechos de edición negociados a través de Asterisc Agents

© de la traducción, Gemma Deza Guil, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Lunwerg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avenida Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 – 28027 Madrid
lunwerg@lunwerg.com
www.lunwerg.com
www.instagram.com/lunwerg
www.x.com/Lunwerglibros
www.facebook.com/lunwerg

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2026

ISBN: 979-13-87761-73-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Carmate Ediciones